CRIMEN & CIA.

Cuentos de la pérfida Albión

Arthur Conan Doyle
G.K. Chesterton
Agatha Christie
Dorothy L. Sayers
Ngaio Marsh
Margery Allingham
John Dickson Carr
Nicholas Blake
P.G. Wodehouse
Michael Innes
Ethel Lina White
Philip MacDonald
Cyril Hare
Ruth Rendell
P.D. James
James Miles

(edición de Thomas Godfrey)

SERIE MAYOR





Nada podría parecer más civilizado, más ordenado y tranquilo que un fin de semana en una casa de campo inglesa. Sin embargo estas casas son escenario de mayor variedad de asesinatos que los sórdidos callejones de las grandes ciudades norteamericanas. Con cianuro en la tetera, curare en los alfileres, una daga en el escritorio de la biblioteca, un mastín que merodea por los alrededores y valiosas piezas ornamentales convertidas en eficaces armas contundentes, la tentación de deshacerse de una tía o un tío pelmazos —y muy acaudalados, naturalmente— puede resultar deliciosamente irresistible.

Thomas Godfrey ofrece en esta antología a los mejores autores que han abordado este escenario, incluidos Agatha Christie, sir Arthur Conan Doyle, John Dickson Carr, Ruth Rendell y P. D. James. Buena compañía, sin duda, si el mal tiempo nos impide participar en una cacería.

AA. VV.

Cuentos de la pérfida Albión

Crimen & Cía. (Serie Mayor) - 11

ePub r1.0
Titivillus 27.01.2020

Título original: *English Country House Murders*
AA. VV., 1988
Traducción: Carme Camps

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

Para un trio de mujeres que han influido en los misterios de mi vida: Janet Barber, Godfrey Alspach, Rae Walter Barber, y Doris Barber Parr. Muchas gracias

A mis editores Lesley Ornara por la idea y Otto Penzler por su guía y utilización de la colección Penzler.

A Valerie Vanaman por su labor de lectura y búsqueda.

A mi esposa, Kathy, por sus consejos y tolerancia.

A mis hijos, Brian, Calvin y Sam, que no me vieron mucho mientras todo esto estaba en marcha.

Al paciente cuya receta fue extendida accidentalmente a Ethel Lina White, porque se me ocurrió una buena idea al final de un examen.

INTRODUCCIÓN

De todos los placeres civilizados de que puede disfrutar el hombre, ¿qué se puede comparar con un buen misterio en una casa de campo inglesa?

Después de un día horroroso lleno de facturas o de pañales, uno se encuentra cansado y agotado. Se retira a un cómodo asiento en un rincón apartado con un nuevo misterio en una casa de campo. Abre el libro y, de pronto, se halla transportado a una espléndida finca baronial tomando té con lord y lady Femcliffe, quienes nunca han pagado una factura o cambiado un pañal en su vida. La conversación entre los *cognoscenti* ha derivado hacia la temporada en «Monte», cuando sir Percy se desploma hacia adelante en su sillón junto a la chimenea, cargada de láudano su taza de té Earl Grey. Un asunto desagradable. Pero no hay que preocuparse, las autoridades locales se ocupan del caso. Se rumorea que pronto habrá un arresto.

Aquella misma noche, más tarde, en el baile de disfraces, todo se olvida temporalmente cuando uno se desliza por la pista de baile con una lista de invitados sacada de Debrett's. En el piso de arriba, Helena Cavendish se cita en secreto con el coronel Nigel Smythe-Balfour mientras en la biblioteca su esposa, Felicity, hija de sir Randolph Cross (del que se rumorea que es el segundo en Hacienda), yace muerto de un golpe mortal en la sien.

Muy complicado. Evidentemente, el hombre local encargado del caso no tiene ni idea de lo que ha sucedido. ¿Hemos de creer la coartada de Simón Agate de que un pinchazo retrasó su llegada a Ferncliffe Hall?

¿Y quién era aquella figura en sombras a la que vieron salir del cobertizo del jardinero a primera hora de la tarde?

¿Y ese asunto de que Cecily Fairchild es la campeona de pulsos en la Academia para Chicas de la señorita Thornhill?

¿Hay otro asesinato en perspectiva? ¿Puede averiguarlo usted todo antes que el gran detective?

Y así se desarrolla la magia.

Los misterios en casas de campo inglesas, que surgieron de la literatura romántica a finales del siglo diecinueve, fueron una lógica extensión de ésta. A partir de las semillas de *Caleb Williams* de Godwin y *Bleak House* de

Dickens, tuvo su primer florecimiento en *La piedra lunar* de Collins y produjo su mayor ramillete en los relatos de Sherlock Holmes.

Más tarde, la tradición de las casas de campo floreció con profusión con las narraciones estilizadas de Agatha Christie y su generación de novelistas de misterio de principios del siglo veinte. Después de la segunda guerra mundial, mientras Inglaterra se reconstruía, la realidad económica trasladó las casas de campo inglesas al National Trust o a las salas de subastas, y a sus moradores a pisos o lejos del campo.

Con ello, los relatos de misterio ingleses pasaron al estudio íntimo del personaje a una escala más modesta. La Era de la Nacionalización produjo una nueva variedad de escritores, modernos estilistas como P. D. James, Ruth Rendell, Margaret Yorke y Celia Fremlin. El alcance y la extensión de la novela clásica de misterio en casas de campo inglesas disminuyeron, desapareciendo con los mineros, los cotillones y los chóferes que las poblaban, reliquias de una Edad de Oro.

Pero el entusiasmo de los lectores por esta forma no desapareció. Los libros de Agatha Christie se vendían en mayor cantidad. Las nuevas generaciones disfrutaban redescubriendo a Lord Peter Wimsey y el padre Brown en la televisión e impresos de nuevo. La popularidad de Sherlock Holmes y la señorita Marple ayudaron a mantener viva una gran fantasía inglesa, y llevó su agradable atractivo por todo el globo.

¿Morirá? Dudo que los lectores insaciables lo permitan. Estos pequeños paquetes de tranquilo placer llevan más de un siglo satisfaciendo a los lectores. Hoy en día, acompañan a muchos viajeros a la playa, al campo, a las montañas, a Oriente, en cruceros que dan la vuelta al mundo o sólo por el pasillo hasta el cuarto de baño. ¿Y su atractivo para el escritor? Ahora mismo, en algún lugar, alguien se está preparando para cargarse al pobre sir Percy otra vez con su ordenador doméstico.

¿Cómo definir el misterio en casas de campo inglesas? Esta pregunta se impuso cuando empecé a reunir la colección que tenía a mano. Lecturas exhaustivas y muchas horas de pensar revelaron los siguientes axiomas:

1. Los auténticos misterios en casas de campo inglesas están escritos por autores ingleses. Los americanos, incluso los canadienses, pueden estudiar la forma e intentarlo, pero invariablemente se traicionan como pretendientes de la tradición.

2. Todo misterio en una casa de campo inglesa que se precie debe incluir un crimen. El asesinato, desde luego, es el crimen por excelencia, ya que capta la atención del lector con mayor facilidad. Le siguen los robos de joyas y las desapariciones inexplicables, por ese orden.

3. Los crímenes múltiples constituyen una historia más divertida, aunque hay que deplorar los asesinatos en masa y la violencia sangrienta descritos gráficamente. (Lo mismo que disparar a juerguistas y las torturas retorcidas).

4. El veneno es el medio prescrito para eliminar a las víctimas en los relatos de misterio que se desarrollan en casas de campo inglesas. La alternativa es un buen golpe en la cabeza. (Encuentro que la defenestración está asombrosamente infrautilizada y la recomiendo a los nuevos practicantes del arte. Es limpio, seguro y momentáneamente pintoresco. Puede tratarse con una sola frase, lo que permite al autor pasar a asuntos más importantes, como la solución del caso).

5. La naturaleza del crimen debe ser enigmática. La identidad del autor debe permanecer desconocida el mayor tiempo posible. La deducción de esta identidad debe implicar auténtica capacidad de razonamiento. Deben ser aplicables las reglas del juego limpio con el lector.

Es mucho mejor que la solución del crimen sea ridículamente efectista, y que se base en el conocimiento que el autor y el detective tengan de los jeroglíficos egipcios o las lluvias anuales medias en Katmandú, que no que sea demasiado sencilla y el lector se lo imagine todo en la página dos.

6. El crimen debe ser resuelto por un detective, ya sea profesional o aficionado. El autor del relato puede designar a cualquiera como detective, incluso uno de los sospechosos, la víctima o el propio autor del crimen.

7. Un misterio en una casa de campo inglesa de clase superior tiene al detective presente o en la escena momentos después de cometido el crimen.

8. El crimen, tanto si se queda en intento como si se lleva a cabo, debe tener lugar en la casa o en los jardines. Si los acontecimientos llevan la investigación a alguna otra parte, lo correcto es volver a la casa lo antes posible.

9. La intervención de la policía en la investigación no es pertinente a menos que el detective sea oficial de policía.

10. Hay que intentar atar los cabos sueltos lo más rápidamente posible una vez efectuada la deducción. Se permiten la extensión y la restricción. («Ah, bien, inspector, sabía que podía eliminar al reverendo Falmouth inmediatamente debido al ojo de cristal, aun cuando era evidente que fue él quien retrasó el reloj una hora, permitiendo sin saberlo al asesino que, claro

está, tenía que medir menos de un metro y ser un tirador experto con ballesta, así como tener un profundo conocimiento de las propiedades químicas del antimonio…» etc., etc.).

11. La caracterización no es importante en el misterio en una casa de campo inglesa, siempre que el lector pueda tener a todos los personajes en su mente. No es importante que lady Bracknel sea un personaje creíble. Lo importante es que se distinga fácilmente de lady Billows.

12. El rompecabezas, el desafío al lector, es supremo. No hay lágrimas para la víctima, ni angustia para el acusado falsamente, ni insultos para el autor una vez revelado. Es vital que el lector sea capaz de cerrar el libro y salir a sacar la basura inmediatamente, sin la carga de ninguna emoción persistente. (Aunque uno puede seguir preguntándose cómo sabía el asesino que la víctima estaría sola en el estudio aquella tarde a las ocho).

13. Puede que el escritor utilice algún tema cultural, pero las injusticias sociales jamás tienen que infiltrarse. Los reformadores y radicales en los misterios en casas de campo inglesas invariablemente son chiflados o excéntricos que aparecen para dar una nota de color. El escritor de este tipo de relatos que dedique páginas a la situación de los pensionistas, el fracaso de la Seguridad Social o a discusiones de los méritos de la pena capital no ha entendido nada, y pronto se encontrará sin lectores o sin editor.

14. El crimen debe tener lugar en una auténtica casa de campo inglesa.

En cuanto a las Reglas de la Casa:

A. El escenario principal debe ser una residencia bien definida separada de la finca que la rodea.

B. Cuanto más grande sea la casa, mejor. No se confunda con términos como «pequeña» o *«cottage»*. Lo que en 1900 era descrito como un pequeño *cottage* quizá podría albergar a la población entera de las islas Malvinas de la actualidad.

C. La casa debe estar fuera de la ciudad, sino verdaderamente en el campo. Recuerde que lo que en otro tiempo un autor consideraba alejado de los rigores de la vida en la ciudad ahora podría ser una estación de cercanías.

D. Ha de haber unos terrenos circundantes importantes. Una casa de campo inglesa digna de consideración incluirá unos extensos jardines. Edificios anexos como una casa para invitados, un invernadero o unos establos son características añadidas de admirar. Un laberinto ofrece una encantadora atracción para los cuerpos muertos.

E. Ha de haber criados presentes, al menos uno que viva en la residencia. (Tiene que haber alguien a quien despertar para que llame a la policía y confunda las cosas después. «Oh, no, mamá, perdona, sir Charles no se retiró a las diez esa noche. Le encontré borracho en la despensa a las dos de la madrugada, cuando fui a buscar el veneno que me pediste»).

Un mayordomo es el criado preferido. Una doncella añade caché a un misterio. Una cocinera a veces es útil, especialmente si sospecha algo y acaba muerta. Las secretarias, los chóferes y propietarios mal definidos siempre son bien recibidos en un misterio en una casa de campo inglesa que se precie.

Aviso: Los criados no tienen que estar implicados directamente en los crímenes. Sólo un mal constructor intentaría vender un misterio en el que el mayordomo fuera el culpable. (A menos, sin embargo, que el mayordomo estuviera disfrazado como propietario de la casa, el policía local o la señora Tatcher).

F. Es crucial que la casa tenga carácter. No es necesario que sea un carácter agradable. Baskerville Hall era bastante horrible. Manderley era decididamente amenazadora.

G. Hay que alabar al autor si a la casa o a sus residentes se unen secretos, maldiciones o profecías. Un fantasma está permitido. Una historia de antiguos crímenes en la finca es una dicha, especialmente si no está resuelta.

H. No hay que olvidar la importancia del tiempo. El tiempo tormentoso o imprevisible es divino. Hay que olvidarse de las casas situadas en un lugar soleado donde nunca llueve o nunca hay niebla o neblina que lo envuelva todo. Un acantilado que descienda hasta el mar puede ser un sustituto aceptable del mal (es decir buen) tiempo.

I. El pedigrí de un misterio en una casa de campo inglesa se encuentra siempre en su demostración de riqueza. Las joyas y los cuadros antiguos han demostrado ser recomendables para exhibir la riqueza porque se roban muy fácilmente. Además, su desaparición siempre es motivo de inconmensurable preocupación para los ocupantes de la casa.

J. Un misterio en una casa de campo inglesa se considerará elegante si en la casa tiene lugar una gran reunión social durante la narración de la historia.

K. En una casa de campo inglesa característica el sistema telefónico no funciona como debería.

Dos importantes observaciones finales:

—En un misterio desarrollado en una casa de campo inglesa siempre hay alguien que miente respecto a su pasado.

—Jamás ha aparecido nadie llamado Lefty en los misterios en casas de campo inglesas.

Por supuesto, hay muchas excepciones a estas reglas (excepto la última), así como variantes aceptadas. Las encontraremos en las páginas que siguen.

Los relatos han sido ordenados en secuencia progresiva, más o menos cronológica. Empezamos con una aparición de Sherlock Holmes, que sigue siendo el faro por el que se guía todo lo que ocurre en los misterios en casas de campo inglesas. Siguen algunas variantes importantes, como el misterio como humor y sátira, con el Jeeves de P. G. Wodehouse como el criado pluscuamperfecto atrapado en el crimen; la novela de misterio terrorífica, en la que lo policiaco queda subordinado a asustar al pobre lector.

Al final, hay unos misterios en casas inglesas de final de ciclo, donde las realidades de después de la guerra mencionadas antes se imponen con bastante fuerza. La casa de campo está presente, el misterio está presente; pero los personajes son diferentes y su relación con el escenario se ha alterado.

Y después, un dulce para concluir: otra vez Holmes, en una reverencia final a la tradición.

A los lectores que inevitablemente quedarán decepcionados por mi selección de relatos y autores, mis sinceras disculpas. Las posibilidades eran ilimitadas, y la limitación de espacio, dolorosa.

En los casos de Christie y Conan Doyle, confieso haber elegido trabajos menos conocidos pero distinguidos. Habría podido llenar el libro sólo con sus historias.

Y ya es hora de comenzar. Pañales y facturas a un lado, por favor. Estamos citados con la señora Agatha y lord Peter para tomar el té. Estarán allí todos: sir Pelham, la señora Ngaio, sir John, e incluso el Poeta Laureado y Maestro del King’s Musick. El señor Holmes y el doctor Watson han prometido pasar por allí. Vamos a pasarlo muy bien. Allá vamos… una buena tetera de Earl Grey recién preparada para usted.

Eso es.

Póngase cómodo.

¿Tiene las galletas a mano?

¿Todo está en orden?

Comencemos…

SIR ARTHUR CONAN DOYLE
(1859-1930)

LA AVENTURA DE LA GRANJA ABBEY

Ninguna figura de la literatura inglesa es tan reconocida universalmente como Sherlock Holmes. Descrito a imagen y semejanza de uno de los profesores de medicina del doctor Doyle, Holmes es un hombre de pensamiento igual que de acción, un observador agudo y preciso con una viva imaginación e instinto para la invención. En resumen, es todo lo que un detective de éxito debe ser. Apareció en uno de los primeros y más grandes misterios desarrollados en casas de campo inglesas, ese «curioso asunto del perro en la noche» en Baskerville Hall. Y ahora nos invita a reunirnos con él en otra aventura.

¿Qué es lo que atrae de Holmes?

¿Su ingenuidad?

¿Su independencia?

¿Sus valores, fuertemente arraigados?

¿Su romántico instinto y sentido de la ocasión?

¿Su escenario eduardiano, tan confortable, acogedor y civilizado?

¿Su habilidad para efectuar deducciones penetrantes a partir de la simple observación?

¿Los recuerdos de la indeleble interpretación de Basil Rathbone en la pantalla?

La razón nos dice que es todas estas cosas y más, pues Holmes tiene un fuerte atractivo para muchos lectores diferentes. En conjunto, es una mezcla muy satisfactoria, adecuada para todos los gustos.

Una fría y helada madrugada de finales del invierno del noventa y siete, me despertó alguien que tiraba de mi hombro. Era Holmes. La vela que sostenía iluminaba su rostro impaciente inclinado sobre mí y una mirada me bastó para saber que algo iba mal.

—¡Vamos, Watson, vamos! —dijo—. Muévase. ¡No diga nada! ¡Vístase y venga!

Diez minutos más tarde, nos hallábamos los dos en un taxi, traqueteando a través de las silenciosas calles camino de la estación de Charing Cross. Empezaba el primer débil amanecer de invierno y apenas podíamos ver la figura ocasional de algún obrero madrugador que se cruzaba con nosotros confuso e indistinto en la bruma opalescente de Londres. Holmes se arrebujó en silencio en su grueso abrigo, y yo hice lo mismo con gusto, pues el aire era sumamente cortante y ninguno de los dos había desayunado.

Hasta después de consumir un poco de té caliente en la estación y ocupar nuestros asientos en el tren de Kentish no entramos en calor, lo suficiente para hablar él y escuchar yo. Holmes se sacó una nota del bolsillo y leyó en voz alta:

> Granja Abbey, Marsham, Kent,
> 3.30 madrugada.
>
> Mi querido señor Holmes:
>
> Me complacería mucho su inmediata ayuda en lo que promete ser un caso notable. Es algo que está en su línea. Salvo liberar a la señora, me ocuparé de que todo permanezca exactamente como lo he encontrado, pero le ruego no pierda ni un instante, ya que es difícil dejar a sir Eustace donde está.
>
> Atentamente,
> Stanley Hopkins

—Hopkins me ha llamado siete veces y en cada ocasión sus llamadas han estado enteramente justificadas —dijo Holmes—. Imagino que cada uno de sus casos ha ido a parar a la colección de usted, y debo admitir, Watson, que

sabe seleccionar, lo cual compensa lo que deploro de sus narraciones. Su hábito fatal de contemplarlo todo desde el punto de vista literario en lugar de un ejercicio científico ha arruinado lo que habría podido ser una serie de demostraciones instructivas e incluso clásicas. Omite el trabajo de la mayor delicadeza y finura para explayarse en detalles sensacionales que quizá excitan, pero no pueden instruir, al lector.

—¿Por qué no las escribe usted mismo? —dije, con cierta amargura.

—Lo haré, mi querido Watson, lo haré. De momento, como usted ya sabe, estoy muy ocupado, pero me propongo dedicar mis años de decadencia a la composición de un libro de texto, que se centrará en el arte de la percepción. Nuestra actual investigación al parecer es un caso de asesinato.

—¿Cree que este tal sir Eustace está muerto?

—Eso diría yo. La letra de Hopkins revela una agitación considerable, y él no es un hombre emocional. Si, deduzco que ha existido violencia, y que han dejado el cuerpo para que lo examinemos. Un simple suicidio no le habría hecho acudir a mi. En cuanto a la liberación de la dama, diría que la han encerrado en su habitación durante la tragedia. Nos movemos en la alta sociedad, Watson, papel grueso, monograma «E. B.», escudo de armas, lugar pintoresco. Creo que ese amigo Hopkins estará a la altura de su fama y que tendremos una mañana interesante. El crimen se cometió antes de las doce de la noche.

—¿Cómo lo puede saber?

—Consultando los horarios de los trenes y calculando el tiempo. Se tuvo que avisar a la policía local, ellos tuvieron que comunicarse con Scodand Yard, Hopkins tuvo que salir y, a su vez, tuvo que enviar a buscarme. Todo eso requiere una noche. Bien, ya hemos llegado a la estación de Chiselhurst, y pronto saldremos de dudas.

Un trayecto en coche de unos cuatro kilómetros por estrechos caminos rurales nos llevó hasta la verja de un parque, que nos fue abierta por un viejo portero cuyo rostro trasnochado reflejaba algún gran desastre. La avenida discurría a través de un noble jardín, entre hileras de viejos olmos, y terminaba en una casa baja y amplia, con pilares en la fachada según la moda de Palladio. La parte central era a todas luces muy antigua y estaba cubierta de hiedra, pero las grandes ventanas demostraban que se habían efectuado cambios modernos, y una ala de la casa parecía enteramente nueva. La figura juvenil y alerta y el rostro ansioso del inspector Stanley Hopkins nos recibió en el umbral de la puerta, que se encontraba abierta.

—Me alegro mucho de que haya venido, señor Holmes. Y usted también, doctor Watson. Pero, en realidad, si pudiera volver atrás no les habría molestado, pues cuando la señora ha recobrado el conocimiento, nos ha ofrecido un relato tan claro de lo que ha sucedido, que no nos queda mucho por hacer. ¿Recuerda usted aquella banda de ladrones de Lewisham? —¿Los tres Randall?

—Exactamente: el padre y dos hijos. Es obra suya. No me cabe duda. Realizaron un trabajo en Sydenham hace quince días; les vieron y les describieron. Qué sangre fría, dar otro golpe tan pronto y tan cerca, pero son ellos, sin duda alguna. Esta vez es asunto de horca.

—Entonces, ¿sir Eustace está muerto?

—Sí, le han golpeado en la cabeza con su propio atizador.

—Sir Eustace Brackenstall, me ha dicho el chofer.

—Exactamente. Uno de los hombres más ricos de Kent. Lady Brackenstall está en el saloncito de las mañanas. Pobre señora, ha sufrido una experiencia terrible. Parecía medio muerta cuando he entrado aquí. Creo que será mejor que la vea usted y oiga su relato de los hechos. Después examinaremos juntos el comedor.

Lady Brackenstall no era una persona ordinaria. Pocas veces he visto a una figura tan airosa, una figura tan femenina, un rostro tan hermoso. Tenía el cabello rubio y los ojos azules, y sin duda habría tenido el cutis que acompaña a semejantes rasgos de no haber sido porque su reciente experiencia la había dejado ojerosa y desmejorada. Su sufrimiento era mental y físico, pues sobre un ojo se veía una horrible hinchazón amoratada que su doncella, una mujer alta y austera, bañaba sin parar con vinagre y agua. La dama estaba recostada en un sofá, exhausta, pero su mirada rápida y observadora, cuando entramos en la estancia, y la expresión alerta de sus bellas facciones, demostraban que ni su razón ni su valor se habían visto sacudidos por la terrible experiencia sufrida. Vestía una bata ancha azul y plateada, pero a su lado, sobre el sofá, se encontraba un vestido de noche negro cubierto de lentejuelas.

—Ya le he contado todo lo que ha ocurrido, señor Hopkins —dijo en tono cansado—. ¿No podría repetirlo usted por mí? Bien, si lo considera necesario, contaré a estos caballeros lo que ha sucedido. ¿Han estado ya en el comedor?

—Me ha parecido mejor que oigan antes su historia, señora.

—Me alegraré cuando todo esté arreglado. Es horrible para mi pensar que él aún yace allí.

Se estremeció y ocultó el rostro entre las manos. Al hacerlo, las anchas mangas resbalaron hacia atrás y dejaron sus antebrazos al descubierto.

Holmes lanzó una exclamación.

—¡Tiene usted otras heridas, señora! ¿Qué es esto?

Dos manchas rojas se destacaban en uno de los pálidos brazos. Ella se apresuró a cubrirlo.

—No es nada. No tiene nada que ver con el espantoso suceso de esta noche. Si usted y su amigo se sientan, les contaré todo lo que pueda.

»Soy la esposa de sir Eustace Brackenstall. Hace aproximadamente un año que me casé. Supongo que no servirá de nada que intente ocultar que nuestro matrimonio no ha sido feliz. Me temo que nuestros vecinos se lo dirían, aunque yo intentara negarlo. Tal vez la culpa sea en parte mía. Fui criada en el ambiente más libre, menos convencional, del sur de Australia, y esta vida inglesa, con sus convenciones sociales y su gazmoñería, no es compatible conmigo. Pero la razón principal radica en el hecho, notorio para todo el mundo, de que sir Eustace era un borracho declarado. Estar con un hombre así durante una hora es desagradable. ¿Pueden imaginar lo que significa para una mujer sensible y alegre estar atada a él día y noche? Es un sacrilegio, un crimen, una villanía sostener que semejante matrimonio es válido. Yo digo que estas monstruosas leyes de ustedes acarrearán una maldición sobre la tierra… Dios no permitirá que semejante maldad perdure.

Por un instante, se incorporó, las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes bajo aquella terrible señal que tenía sobre la ceja. Entonces la mano fuerte y tranquilizadora de la austera doncella le hizo reposar la cabeza sobre el cojín, y la ira desapareció para dar paso a unos apasionados sollozos. Por fin, prosiguió:

—Les contaré lo que ocurrió anoche. Tal vez se hayan dado cuenta de que en esta casa todos los criados duermen en el ala moderna. Este bloque central lo forma nuestra vivienda, con la cocina detrás y nuestro dormitorio encima. Mi doncella, Theresa, duerme encima de mi habitación. No hay nadie más, y ningún ruido podría alarmar a los que se encuentran en el ala más alejada. Los ladrones debían de conocer este hecho o de lo contrario no habrían actuado como lo hicieron.

»Sir Eustace se retiró hacia las diez y media. Los criados ya se habían ido a sus habitaciones. Sólo quedaba levantada mi doncella, y permaneció en su habitación, en la parte más alta de la casa, hasta que necesité sus servicios. Estuve sentada en esta habitación hasta las once, absorta en un libro. Luego, antes de ir arriba, comprobé aquí abajo que todo estaba en orden. Era costumbre mía hacer esto, ya que, como les he dicho, no siempre se podía confiar en sir Eustace. Entré en la cocina, en la despensa, la sala de armas, la

sala de billar, el salón y, finalmente, el comedor. Cuando me acerqué a la ventana, la cual está cubierta con cortinas gruesas, sentí de repente que el viento me daba en la cara y me di cuenta de que estaba abierta. Aparté la cortina y me encontré cara a cara con un hombre mayor, de anchos hombros, que acababa de entrar en la habitación. Esta ventana en realidad es una puerta vidriera que da al jardín. Yo sostenía la vela encendida en la mano y, con su luz, vi a otros dos hombres detrás del primero, que entraban en aquel momento. Retrocedí, pero al instante el hombre se abalanzó sobre mí. Primero me cogió por la muñeca y después la garganta. Abrí la boca para gritar, pero me asestó un salvaje puñetazo en el ojo y me tiró al suelo. Debí de quedar inconsciente unos minutos, y cuando recobré el conocimiento, vi que habían partido el cordón de la campanilla y me habían atado a la silla de roble que se encuentra en la cabecera de la mesa del comedor. Me habían atado tan fuerte que no podía moverme, y un pañuelo que me tapaba la boca me impedía emitir un solo sonido. En ese instante, mi infortunado esposo entró en la habitación. Evidentemente, había oído ruidos sospechosos y vino preparado para una escena como la que encontró. Llevaba camisa de dormir y pantalones y su porra de endrino favorita en la mano. Se abalanzó sobre los ladrones, pero uno de ellos, el hombre mayor, se agachó, cogió el atizador de la chimenea y le asestó un terrible golpe. Él cayó al suelo con un gruñido y no volvió a moverse. Yo me desmayé otra vez pero supongo que también sólo durante unos minutos. Cuando abrí los ojos, descubrí que habían cogido la plata del aparador y que habían sacado una botella de vino. Los tres tenían un vaso en la mano. Ya les he dicho, me parece, que uno era mayor y llevaba barba, y los otros eran unos jóvenes lampiños. Bien pudieran ser padre e hijos. Se hablaban en susurros. Luego se acercaron a mí y comprobaron que estaba bien atada. Finalmente se marcharon, cerrando la vidriera tras ellos. Tardé como un cuarto de hora en liberarme la boca. Cuando lo hice, mis gritos hicieron acudir a la doncella en mi ayuda. Los otros criados pronto fueron alertados también, y enviamos a buscar a la policía local, que al instante se comunicó con Londres. Esto es lo que puedo contarles, caballeros, y confío en que no será necesario que tenga que repetir esta dolorosa historia.

—¿Alguna pregunta, señor Holmes? —preguntó Hopkins.

—No forzaré más la paciencia y el tiempo de lady Brackenstall —dijo Holmes—. Antes de ir al comedor, me gustaría oír su experiencia —se dirigió a la doncella.

—Vi a esos hombres antes de que entraran en la casa —dijo ella—. Estaba sentada junto a la ventana de mi dormitorio y a la luz de la luna vi a

tres hombres cerca de la caseta del guarda, pero en aquel momento no le di importancia. Más de una hora después oí gritar a mi señora; bajé corriendo y la encontré, pobrecita, como ella dice, y a él en el suelo, en un charco de sangre. Era suficiente para estar fuera de si, estar atada de aquella manera, con el vestido manchado de la sangre de él, pero ella nunca ha carecido de valor, la señorita Mary Fraser de Adelaida, y Lady Brackenstall de Abbey Grange no ha cambiado. Ahora, caballeros, ya le han hecho suficientes preguntas y se irá a su habitación, con su vieja Theresa, para descansar como su cuerpo necesita.

Con maternal ternura, la flaca mujer rodeó con su brazo a su señora y se la llevó de la habitación.

—Ha estado con ella toda su vida —dijo Hopkins—. La cuidó cuando era un bebé, y vino con ella a Inglaterra cuando se marcharon de Australia, hace dieciocho meses. Se llama Theresa Wright, y es la clase de doncella que hoy en día ya no se encuentra. ¡Por aquí, señor Holmes, por favor!

La expresión de vivo interés había desaparecido del rostro de Holmes, y yo sabía que, con el misterio, se había desvanecido todo el encanto del caso. Quedaba aún un arresto por efectuar, pero ¿quiénes eran aquellos bribones comunes para que él se manchara las manos con ellos? Un especialista impenetrable e instruido que descubre que le han llamado para un caso de sarampión experimentaría parte del disgusto que se reflejaba en los ojos de mi amigo. Con todo, la escena del comedor de la granja Abbey era suficientemente extraña para llamarle la atención y recuperar su interés.

Era una estancia muy amplia y alta, con el techo de roble tallado, artesonado de roble y una buena colección de cabezas de venado y armas antiguas en las paredes. En el lado opuesto de la puerta se encontraba la vidriera de la que nos habían hablado. Tres ventanas más pequeñas a mano derecha inundaban el apartamento de frío sol invernal. A la izquierda había un chimenea grande y profunda, con una repisa de roble también grande y salida. Al lado de la chimenea había una silla de roble con brazos y travesaños en la parte inferior. Una cuerda de color carmesí pasaba por los huecos que quedaban en la madera y estaba atada a ambos lados del travesaño de abajo. Al liberar a la dama, habían quitado la cuerda deslizándola, pero los nudos con los que había sido asegurada aún estaban allí. Estos detalles sólo llamaron nuestra atención después, ya que nuestros pensamientos estaban por entero dedicados al terrible objeto que yacía sobre la alfombra de piel de tigre delante del fuego.

Era el cuerpo de un hombre alto y fuerte, de unos cuarenta años de edad. Yacía de espaldas, con la cara vuelta hacia arriba, asomando su blanda dentadura entre la barba negra y corta. Tenía las dos manos enlazadas por encima de la cabeza, y entre ellas había un pesado palo de endrino. Sus oscuros rasgos aguileños y atractivos estaban contraídos en un acceso de odio vengador, que había dejado su rostro muerto con una expresión terriblemente diabólica. Era evidente que se encontraba en la cama cuando sonó la alarma, pues llevaba una elegante camisa de dormir bordada y sus pies descalzos sobresalían de los pantalones. Su cabeza estaba horriblemente malherida, y toda la habitación daba fe de la salvaje ferocidad del golpe que le había abatido. A su lado se hallaba el pesado atizador, doblado a causa del golpe. Holmes examinó ambas cosas, el objeto y el indescriptible daño que había producido.

—Debe de ser un hombre fuerte, este Randall, mayor —observó.

—Si —dijo Hopkins—. Tengo algunos datos suyos, y es un tipo duro.

—No le costará cogerle.

—Ni lo más mínimo. Hemos estado vigilándoles, y teníamos la idea de que se habían marchado a América. Ahora que sabemos que la banda se encuentra aquí, no veo cómo podrán escapar. Ya hemos dado aviso a todos los puertos, y se ofrecerá una recompensa antes de esta noche. Lo que me sorprende es cómo han podido hacer una cosa tan salvaje, sabiendo que la señora podría describirles y que no dejaríamos de reconocer la descripción.

—Exactamente. Parece que lo lógico era que silenciaran también a lady Brackenstall.

—Quizá no se dieron cuenta —sugerí— de que había recobrado el conocimiento.

—Es bastante probable. Si parecía estar sin sentido, no le iban a quitar la vida. ¿Y qué me dice de este pobre tipo, Hopkins? He oído algunas historias curiosas referentes a él.

—Era un buen hombre cuando estaba sobrio, pero un perfecto demonio cuando iba bebido, o más bien cuando estaba medio bebido, pues raras veces llegaba hasta el final. En esas ocasiones parecía que el diablo se apoderaba de él, y era capaz de cualquier cosa. Por lo que he oído, a pesar de toda su riqueza y su título, estuvo a punto de caer en nuestras manos una o dos veces. Se produjo un gran escándalo porque empapó a un perro con petróleo y le prendió fuego (el perro de la señora, para empeorar las cosas) y costó un poco silenciar el asunto. Después arrojó una jarra a la doncella, Theresa Wright;

eso acarreó problemas. En conjunto, y entre nosotros, sin él esta casa estará más alegre. ¿Qué está usted mirando ahora?

Holmes estaba de rodillas, examinando con gran atención los nudos con los que habían atado a la señora. Luego, examinó con atención el extremo roto y deshilachado por donde el ladrón había tirado del cordón.

—Cuando tiró de esto, la campanilla de la cocina debió de sonar fuerte —observó.

—Nadie podía oírla. La cocina está al fondo de la casa.

—¿Cómo sabía el ladrón que nadie la oiría? ¿Cómo se atrevió a tirar de un cordón de campanilla de esa manera tan irreflexiva?

—Exactamente, señor Holmes, exactamente. Es la pregunta que me he estado formulando una y otra vez. No cabe duda de que este tipo tenía que conocer la casa y sus costumbres. Tenía que saber que todos los criados estarían en la cama a una hora relativamente temprana, y que nadie podría oír sonar la campana en la cocina. Por lo tanto, debía de estar confabulado con alguno de los criados. Eso es evidente. Pero hay ocho criados, y todos ellos buenas personas.

—En igualdad de condiciones —dijo Holmes—, se sospecharía de aquel al que el amo lanzó una jarra a la cabeza. Y sin embargo eso implicaría traición a la señora a la que esta mujer parece consagrada. Bien, bien, este punto es secundario, y cuando tengan a Randall, no será difícil descubrir a su cómplice. La historia de la señora sin duda parece corroborarse, si es que necesitaba corroboración, con todos los detalles que tenemos delante de nosotros. —Se acercó a la puerta vidriera y la abrió—. Aquí no hay huellas, pero el suelo es duro y no cabe esperar que las hubiera. Veo que estas velas de la repisa de la chimenea han sido encendidas.

—Si, con su luz, y con la de la vela del dormitorio de la señora, los ladrones veían por dónde andaban.

—¿Y qué se llevaron?

—Bueno, no se llevaron mucho: sólo media docena de objetos de la vajilla de plata del aparador. Lady Brackenstall cree que se quedaron tan trastornados por la muerte de sir Eustace, que no registraron la casa, como habrían hecho si no.

—Eso es cierto, sin duda, y sin embargo bebieron un poco de vino, creo.

—Para calmar sus nervios.

—Exactamente. Estos tres vasos no se han tocado, ¿verdad?

—No, y la botella está tal como la dejaron.

—Echémosle un vistazo. ¡Vaya, vaya! ¿Qué es esto?

Los tres vasos estaban agrupados juntos, todos ellos manchados de vino y uno de ellos con algunos sedimentos. La botella se hallaba junto a ellos, llena en sus dos terceras partes, y a su lado se encontraba un tapón largo e impregnado. Su aspecto y el polvo de la botella demostraban que los ladrones habían disfrutado de un vino nada común.

La actitud de Holmes había experimentado un cambio. Había perdido su expresión indiferente y volví a ver un destello de interés en sus ojos penetrantes y hundidos. Levantó el corcho y lo examinó minuciosamente.

—¿Cómo lo sacaron? —preguntó.

Hopkins señaló un cajón medio abierto que contenía ropa de mesa y un gran sacacorchos.

—¿Lady Brackenstall ha dicho que se utilizó ese sacacorchos?

—No, recuerde que se encontraba sin sentido cuando abrieron la botella.

—Sí. En realidad, no se utilizó ese sacacorchos. Esta botella fue abierta con un sacacorchos que probablemente formaba parte de una navaja, y de no más de tres o cuatro centímetros de largo. Si examina la parte superior del corcho, observará que el tornillo fue metido tres veces antes de extraer el corcho. No llegó a traspasarlo. Ese sacacorchos largo lo habría atravesado y sacado de un solo tirón. Cuando atrapen a ese tipo, verá usted que tiene uno de esos cuchillos múltiples.

—¡Excelente! —exclamó Hopkins.

—Pero estos vasos me confunden, lo confieso. Lady Brackenstall vio realmente que los tres hombres bebían, ¿no?

—Sí; eso lo ha dicho con seguridad.

—Entonces eso es todo. ¿Qué más se puede decir? Y sin embargo, debe usted admitirlo, estos tres vasos llaman la atención, Hopkins. ¿Qué? ¿No ve nada extraño en ellos? Bueno, dejémoslo correr. Quizá, cuando un hombre posee un conocimiento especial y poderes especiales como yo, eso le incita a buscar una explicación compleja cuando existe otra más sencilla. Por supuesto, lo de los vasos debe de ser pura casualidad. Bien, buenos días, Hopkins. Me parece que no puedo serle de ninguna utilidad, y al parecer tiene el caso muy claro. Hágame saber cuándo es arrestado Randall y cualquier progreso que se produzca. Confío en que pronto tendré que felicitarle por concluir felizmente el caso. Vamos, Watson, me parece que podemos ocupamos de cosas más útiles en casa.

Durante nuestro viaje de regreso, me di cuenta por la expresión de Holmes de que algo que había observado le tenía confundido. De vez en cuando, haciendo un esfuerzo, alejaba de si esta impresión, y hablaba como si el

asunto fuera claro, pero luego le asaltaban las dudas de nuevo y su ceño fruncido y ojos abstraídos demostraban que sus pensamientos habían vuelto otra vez al gran comedor de la Granja Abbey, donde se había desarrollado esta tragedia de medianoche. Por fin, siguiendo un impulso repentino, cuando nuestro tren salía despacio de una estación, saltó al andén y me arrastró tras de sí.

—Discúlpeme, mi querido amigo —dijo, mientras observábamos desaparecer tras una curva los vagones traseros de nuestro tren—. Lamento convertirle en víctima de lo que puede parecer un simple antojo, pero por mi vida, Watson, no puedo dejar ese caso en el estado en que se encuentra. Todos los instintos que poseo protestan contra ello. Está mal, todo está mal; juro que está mal. Y sin embargo, la historia de la señora era completa, la corroboración de la doncella suficiente, los detalles exactos. ¿Qué puedo sostener contra eso? Tres vasos de vino, eso es todo. Pero sino hubiera dado las cosas por supuestas, si lo hubiera examinado todo con el cuidado que habría demostrado si hubiéramos abordado el caso *de novo* y no hubiera tenido en la cabeza esa historia ya hecha, ¿no habría encontrado algo más definido para seguir adelante? Claro que sí. Siéntese en este banco, Watson, hasta que llegue el tren de Chiselhurst, y permítame que le presente los hechos, implorándole en primer lugar que aparte de su mente la idea de que cualquier cosa que la doncella o su ama han dicho ha de ser necesariamente cierta. No debemos permitir que la encantadora personalidad de esa dama deforme nuestro juicio.

»Seguro que hay detalles en su historia que, si la miráramos a sangre fría, levantarían nuestras sospechas. Esos ladrones obtuvieron un cuantioso botín en Sydenham hace quince días. Los periódicos publicaron un informe sobre ellos y una descripción de su aspecto, y cualquiera que deseara inventar una historia en la que intervinieran ladrones la recordaría naturalmente. En realidad, los ladrones que han dado un buen golpe están muy contentos, en general, disfrutando en paz del botín sin embarcarse en otra empresa peligrosa. También es inusual en los ladrones operar a una hora tan temprana; es inusual también que los ladrones ataquen a una mujer para impedir que grite, ya que parece el modo seguro de hacerla gritar; es inusual que cometan asesinato cuando están en número suficiente para dominar a un hombre; es inusual que se contenten con un botín limitado cuando hay tantas cosas a su alcance, y, finalmente, diría yo, es muy inusual que tales hombres dejen una botella medio vacía. ¿Qué le parecen a usted, Watson, todos estos hechos inusuales?

—Su efecto acumulativo es, sin duda, considerable, y sin embargo cada uno de ellos es posible en sí mismo. Lo más inusual de todo, me parece a mi, es que la señora estuviera atada a la silla.

—Bueno, eso no lo tengo tan claro, Watson, porque es evidente que tenían que elegir entre matarla o atarla de manera que no pudiera dar aviso inmediato de su huida. Pero de todos modos, he dicho, ¿verdad que sí?, que existe cierto elemento de improbabilidad en la historia de la señora. Y ahora, por añadidura, está el incidente de los vasos de vino.

—¿Qué pasa con los vasos de vino?

—¿Puede verlos mentalmente?

—Los veo con toda claridad.

—Nos han dicho que tres hombres bebieron en ellos. ¿Le parece probable eso?

—¿Por qué no? Había vino en los tres.

—Exactamente, pero había poso sólo en uno. Habrá usted observado ese hecho. ¿Qué le sugiere eso?

—El último vaso que se haya llenado es el que con más probabilidad contendrá poso.

—En absoluto. La botella estaba llena de sedimento, y es inconcebible que los dos primeros vasos estuvieran limpios y el tercero cargado de posos. Existen dos explicaciones posibles, y sólo dos. Una es que después de llenar el segundo vaso se agitara violentamente la botella, y así el tercer vaso recibió los posos. No parece probable. No, no, estoy seguro de que tengo razón.

—¿Qué supone, entonces?

—Que sólo se utilizaron dos vasos, y que los posos de ambos fueron echados a un tercer vaso, para dar la falsa impresión de que habían estado allí tres personas. De ese modo, todos los posos se encontrarían en el último vaso, ¿no? Sí, estoy convencido de que es así. Pero si he dado con la explicación verdadera de este pequeño fenómeno, entonces el caso pasa de lo común a lo extremadamente notable pues ello sólo puede significar que lady Brackenstall y su doncella nos han mentido deliberadamente, que no hay que creer ni una palabra de su historia, que tienen alguna razón muy poderosa para encubrir al auténtico criminal, y que debemos construir el caso nosotros mismos sin ayuda de ellas. Ésta es la misión que ahora tenemos ante nosotros, y aquí está, Watson, el tren de Sydenham.

Los moradores de la granja Abbey se sorprendieron mucho ante nuestro regreso, pero Sherlock Holmes, al ver que Stanley Hopkins se había marchado para presentarse ante sus superiores, se instaló en el comedor, cerró

la puerta por dentro y se entregó, durante dos horas, a una de esas minuciosas y laboriosas inspecciones que forman la sólida base sobre la que se alzan sus brillantes edificios de la deducción. Sentado en un rincón como un alumno interesado que observa la demostración de su profesor, yo seguía cada paso de aquella notable investigación. La ventana, las cortinas, la alfombra, la silla, el cordón; cada cosa era examinada minuciosamente y debidamente ponderada. Habían retirado el cuerpo del infortunado baronet, y todo lo demás estaba tal como lo habíamos visto por la mañana. Finalmente, para mi asombro, Holmes se subió a la gran repisa de la chimenea. Muy por encima de su cabeza colgaban los pocos centímetros de cordón rojo que aún estaba unido al alambre. Durante largo rato estuvo mirando hacia ese cordón, y luego, en un intento por acercarse, apoyó una rodilla en una ménsula de madera que había en la pared. Así, su mano quedaba a pocos centímetros del extremo roto del cordón, pero esto no pareció llamarle tanto la atención como la propia ménsula. Finalmente, bajó de un salto con una exclamación satisfecha.

—Está bien, Watson —dijo—. Ya lo tenemos; uno de los casos más notables de nuestra colección. Pero, Dios mío, qué lento he sido, y qué cerca he estado de cometer el mayor disparate de mi vida. Creo que, con unos cuantos eslabones que faltan, mi cadena está casi completa.

—¿Ya tiene a los hombres?

—Al hombre, Watson, al hombre. Sólo uno, pero una persona formidable. Fuerte como un león; ¡fíjese en el golpe que ha doblado el atizador! Un metro ochenta y ocho de estatura, activo como una ardilla, hábil con los dedos y notablemente perspicaz, pues esta ingeniosa historia es obra suya. Si, Watson, hemos dado con el trabajo de un individuo sobresaliente. Y, sin embargo, con ese cordón de la campana, nos ha dado una pista que no deja lugar a dudas.

—¿Dónde está la pista?

—Bueno, si tuviera que tirar de un cordón de campanilla, Watson, ¿por dónde esperaría que se rompiera? Seguramente por el lugar en que está unido al alambre. ¿Por qué se rompería a siete centímetros de la parte superior, como es el caso de ésta?

—¿Porque estaba deshilachado en ese punto?

—Exactamente. Este extremo, que podemos examinar, está deshilachado. El hombre fue lo bastante astuto para hacer eso con su cuchillo. Pero el otro extremo no está deshilachado. Desde aquí no puede verlo, pero si estuviera sobre la repisa de la chimenea vería que está cortado sin ninguna señal de deshilachado. Puede usted reconstruir lo que ocurrió. El hombre necesitaba el cordón. No iba a tirar de él, por miedo a dar la alarma al sonar la campanilla.

¿Qué hizo? Se subió a la repisa de la chimenea y, como no llegaba, apoyó la rodilla en la ménsula (se ve la huella en el polvo) y sacó su cuchillo para cortar el cordón. A mi me faltaban al menos siete centímetros para llegar a ese punto, de lo que deduzco que el hombre es al menos siete centímetros más alto que yo. ¡Mire esa marca en el asiento de la silla de roble! ¿Qué es?

—Sangre.

—Indudablemente es sangre. Esto solo ya invalida la historia de la señora. Si ella estaba sentada en la silla cuando se cometió el crimen, ¿de dónde sale esa mancha? No, no, ella fue colocada en la silla después de la muerte de su esposo. Apuesto a que el vestido negro muestra una mancha que corresponde a ésta. Todavía no hemos encontrado nuestro Waterloo, Watson, pero éste es nuestro Marengo, pues comienza en derrota y termina en victoria. Ahora me gustaría tener unas palabras con la doncella, Theresa. Por el momento debemos ser cautos, si queremos conseguir la información que precisamos.

Era una persona interesante, esta seria australiana; taciturna, recelosa, descortés, costó cierto tiempo que la actitud agradable de Holmes y su franca aceptación de todo lo que ella decía la ablandara y le hiciera mostrarse más amable. La mujer no trató de ocultar su odio por su ex amo.

—Si, señor, es cierto que me arrojó la jarra. Le oí llamar un nombre a mi ama, y le dije que no se atrevería a hablar así si el hermano de ella estuviera aquí. Fue entonces cuando me la arrojó. Habría podido lanzarme una docena si las hubiera tenido, pero dejó en paz a mi pobrecita. Él siempre la estaba amenazando, y ella era demasiado orgullosa para quejarse. Ni siquiera a mi me contará todo lo que le ha hecho. Nunca me habló de esas señales en el brazo que ha visto usted esta mañana, pero sé muy bien que son consecuencia de clavarle una aguja de sombrero. Ese diablo desalmado… Que Dios me perdone por hablar así de él, ahora que está muerto. Pero era un demonio, si alguno ha pisado jamás la tierra. Al principio de conocerle, hace sólo dieciocho meses, era todo miel, y a las dos nos parece que han sido dieciocho años. Ella acababa de llegar a Londres. Si, era su primer viaje, nunca había salido de casa hasta entonces. Él se la ganó con su título y su dinero y sus falsos modales londinenses. Si cometió un error, ya ha pagado por ello como nadie. ¿En qué mes le conocimos? Bien, le diré que fue poco después de nuestra llegada. Llegamos en junio, y fue en julio. Se casaron en enero del año pasado. Si, ahora está otra vez en el salón de las mañanas, y no me cabe duda de que les recibirá, pero no deben hacerle muchas preguntas, pues ya ha soportado todo lo que una persona puede soportar.

Lady Brackenstall se hallaba recostada en el mismo sofá, pero parecía más animada que antes. La doncella entró con nosotros, y se puso de nuevo a bañar la herida de la ceja de su ama.

—Espero —dijo la dama— que no haya vuelto para interrogarme de nuevo.

—No —respondió Holmes, con la más amable de sus voces—. No le causaré ningún problema innecesario, lady Brackenstall, y mi mayor deseo es hacerle las cosas más fáciles a usted, pues estoy convencido de que es una mujer que ha sufrido muchas pruebas. Si me trata como amigo y confía en mi, encontrará justificada su confianza.

—¿Qué quiere que haga?

—Decirme la verdad.

—¡Señor Holmes!

—No, no, lady Brackenstall… no sirve de nada. Puede que haya usted oído hablar de la fama que poseo. Lo apuesto todo a que su historia es una absoluta invención.

Ama y doncella miraban fijamente a Holmes con el rostro pálido y expresión asustada.

—¡Es usted un tipo descarado! —exclamó Theresa—. ¿Insinúa usted que mi señora ha mentido?

Holmes se levantó de la silla.

—¿No tiene nada que decirme?

—Se lo he dicho todo.

—Piense un poco más, lady Brackenstall. ¿No sería mejor ser sincera?

Por un instante, la duda asomó a su bello rostro. Luego, algún pensamiento más fuerte hizo que se quedara inexpresiva como una máscara.

—Le he contado todo lo que sé.

Holmes cogió su sombrero y se encogió de hombros.

—Lo siento —dijo, y sin decir una palabra más salimos de la habitación y de la casa.

En el jardín había un estanque, y mi amigo me condujo hasta allí. El estanque estaba helado, pero habían dejado un agujero para un solitario cisne. Holmes lo contempló, y luego fue hasta la verja. Allí escribió rápidamente una corta nota para Stanley Hopkins, y se la dejó al portero.

—Puede que acierte o puede que falle, pero es seguro que haremos algo por el amigo Hopkins, sólo para justificar su segunda visita —dijo—. Todavía no voy a revelarle lo que pienso. Creo que nuestro próximo escenario de operaciones ha de ser la oficina de la compañía naviera de la línea Adelaida-

Southampton, que se encuentra al final del Pall Mall, si recuerdo bien. Hay una segunda línea de vapores que conectan el sur de Australia con Inglaterra, pero primero iremos a la más grande.

Gracias a la tarjeta de Holmes enviada al director nos atendieron inmediatamente, y no tardó mucho en adquirir toda la información que necesitaba. En junio del noventa y cinco, sólo un barco de su línea había llegado a un puerto inglés. Era el *Peñón de Gibraltar*, su barco más grande y mejor. Mirando la lista de pasajeros se vio que la señorita Fraser, de Adelaida, con su doncella, había viajado en él. El barco ahora se encontraba al sur del Canal de Suez, camino de Australia. Sus oficiales eran los mismos que en el año noventa y cinco, con una excepción. El primer oficial, el señor Jack Crocker, había sido ascendido a capitán e iba a hacerse cargo de su nuevo barco, el *Roca baja*, que iba a salir al cabo de dos días de Southampton. Vivía en Sydenham, pero era probable que aquella mañana acudiera allí para recibir instrucciones, si queríamos esperarle.

No, el señor Holmes no deseaba verle, pero le gustaría conocer más cosas de su historial y carácter.

Su historial era magnífico. No había en la flota oficial que le igualara. En cuanto a su carácter, podía confiarse en él para el trabajo, pero era un tipo fiero, dispuesto a todo fuera de la cubierta de su barco; exaltado y excitable, pero leal, honesto y bondadoso. Ésa era en esencia la información con la que Holmes abandonó la oficina de la compañía Adelaida-Southampton. De allí fuimos a Scotland Yard, pero, en lugar de entrar, permaneció sentado en el coche con el ceño fruncido, absorto en profunda meditación. Finalmente, fuimos a la oficina de telégrafos de Charing Cross, envió un mensaje y después, por fin, nos encaminamos de nuevo a Baker Street.

—No, no podía hacerlo, Watson —dijo, cuando volvimos a entrar en nuestra habitación—. Una vez emitido el mandamiento judicial, nada en la tierra le habría salvado. Un par de veces en mi carrera he sentido que he hecho más daño con mi descubrimiento del criminal que el que él había causado con su crimen. Ahora he aprendido a ser cauto, y prefiero hacer trampas a la ley de Inglaterra que a mi propia conciencia. Esperemos a saber algunas cosas más antes de actuar.

Antes del atardecer, recibimos la visita del inspector Stanley Hopkins. Las cosas no le iban muy bien.

—Creo que es usted un genio, señor Holmes. Realmente a veces pienso que tiene usted poderes que no son humanos. ¿Cómo demonios podía saber que la plata robada se encontraba en el fondo de aquel estanque?

—No lo sabía.
—Pero me dijo que lo examinara.
—Entonces, ¿la ha encontrado?
—Sí, la he encontrado.
—Me satisface haberle ayudado.
—Pero si no me ha ayudado. Ha hecho que el caso sea mucho más complicado. ¿Qué clase de ladrones son, que roban plata y después la arrojan al estanque más cercano?
—Sin duda fue un comportamiento muy raro. Yo sólo partí de la idea de que si la plata había sido robada por personas que no la querían, que sólo la cogieron para despistar, entonces, como es natural estarían ansiosos por deshacerse de ella.
—Pero ¿por qué semejante idea iba a cruzársele por la cabeza?
—Bueno, pensé que era posible. Cuando salieron por la puerta vidriera, vieron el estanque con un tentador agujero en el hielo justo frente a sus narices. ¿Podía existir un escondrijo mejor?
—¡Ah, un escondrijo… eso está mejor! —exclamó Stanley Hopkins—. Sí, sí. Ahora lo entiendo. Era temprano, había gente en las calles, tenían miedo de ser vistos con la plata, así que la sumergieron en el estanque, con intención de volver por ella cuando no hubiera moros en la costa. Excelente, señor Holmes… esa idea es mejor que la del pretexto.
—Así es, tiene usted una teoría admirable. No me cabe duda de que mis ideas eran descabelladas, pero debe usted admitir que han acabado descubriendo la plata.
—Sí, señor… sí. Todo ha sido obra suya. Pero he sufrido un contratiempo.
—¿Un contratiempo?
—Sí, señor Holmes. La banda de los Randall ha sido arrestada en Nueva York esta mañana.
—¡Dios mío, Hopkins! Sin duda esto va en contra de su teoría de que anoche cometieron un asesinato en Kent.
—Es fatal, señor Holmes… absolutamente fatal. Aun así, hay otras bandas aparte de los Randall, o puede que se trate de alguna banda nueva de la que la policía no tiene noticia.
—Es posible, perfectamente posible. Vaya, ¿se marcha?
—Sí, señor Holmes. No habrá descanso para mí hasta que haya llegado al fondo de este asunto. Supongo que no tiene ninguna pista para darme.
—Le he dado una.

—¿Cuál?

—Bueno, he sugerido que podía tratarse de algo para despistar.

—Pero ¿por qué, señor Holmes, por qué?

—¡Ah! Ésa es la cuestión, desde luego. Pero yo le recomiendo esa idea. Posiblemente podría descubrir que hay algo en ella. ¿No quiere quedarse a cenar? Bien, adiós, y háganos saber sus progresos.

Habíamos terminado de cenar y la mesa estaba despejada, cuando Holmes volvió a hacer mención del asunto. Había encendido su pipa y acercado los pies, calzados con zapatillas, al cálido resplandor del fuego. De pronto, consultó su reloj.

—Espero acontecimientos, Watson.

—¿Cuándo?

—Ahora, dentro de unos minutos. Me atrevería a decir que cree usted que he actuado mal con Stanley Hopkins.

—Confío en su juicio.

—Una respuesta muy sensata, Watson. Debe mirarlo de esta manera: lo que se no es oficial, lo que él sabe, sí. Tengo derecho a la opinión particular, pero él no. Él debe revelarlo todo, o se le considera un traidor. En un caso dudoso, no le colocaría yo en una situación tan dolorosa, y por tanto me reservo la información que tengo hasta que yo mismo lo vea claro.

—¿Y cuándo será eso?

—Ha llegado la hora. Estará usted presente en la escena final de un notable pequeño drama.

Se oyó un ruido en la escalera, y se abrió nuestra puerta para dar paso a un ejemplar de hombre como ninguno que había cruzado aquel umbral. Era un hombre joven muy alto, con bigote rubio, ojos azules, la piel quemada por soles tropicales y un paso ligero, lo que demostraba que aquel cuerpo enorme era activo al igual que fuerte. Cerró la puerta tras de si, y permaneció de pie con las manos cruzadas y la respiración fuerte, ahogando alguna emoción abrumadora.

—Siéntese, capitán Crocker. ¿Recibió mi telegrama?

Nuestro visitante se sentó en un sillón y nos miró a uno y a otro con ojos interrogadores.

—Recibí su telegrama, y he venido enseguida, como me indicaba. He sabido que ha estado usted en la oficina. No había manera de huir de usted. Oigamos lo peor. ¿Qué va a hacer conmigo? ¿Arrestarme? ¡Hable! No puede permanecer ahí sentado jugando conmigo como un gato con un ratón.

—Dele un cigarro —dijo Holmes—. Muerda ahí, capitán Crocker, y no permita que los nervios le dominen. No estaría aquí sentado fumando con usted si creyera que era un delincuente común, puede estar seguro de ello. Sea franco conmigo y es posible que lleguemos a algo bueno. Engáñeme, y le aplastaré.

—¿Qué desea que haga?

—Que me haga un relato auténtico de lo que sucedió en la granja Abbey anoche; un relato auténtico, sin añadir ni quitar nada. Se ya tanto, que si se aparta un poco de la verdad utilizaré este silbato de policía en la ventana y el asunto se me escapará de las manos para siempre.

El marinero pensó durante un rato. Luego, se dio un golpe en la pierna con la mano, grande y tostada por el sol.

—Me arriesgaré —dijo—. Creo que es usted un hombre de palabra, y un hombre honorable, y le contaré toda la historia. Pero primero diré una cosa. En lo que a mi se refiere, no lamento nada ni temo nada, y lo haría todo de nuevo y estaría orgulloso del trabajo. ¡Maldita bestia, si tuviera tantas vidas como un gato, me las debería todas a mí! Pero es esa dama, Mary, Mary Fraser; nunca la llamaré por aquel maldito nombre. Cuando pienso que puedo causarle problemas, yo, que daría mi vida sólo para provocar una sonrisa en su rostro muerto, eso es lo que ablanda mi alma. Y sin embargo… sin embargo, ¿qué menos podía hacer yo? Les contaré mi historia, caballeros, y después les preguntaré, de hombre a hombre, ¿qué menos podía hacer?

»Tengo que retroceder un poco. Al parecer ustedes lo saben todo, así que espero que sepan que la conocí cuando era pasajera y yo primer oficial del *Peñón de Gibraltar*. Desde el primer día que la vi, fue la única mujer para mí. Con cada día que transcurría más la amaba, y más de una vez desde entonces me he arrodillado en la oscuridad de la noche y he besado la cubierta de ese barco porque sabía que sus pies la habían pisado. Nunca estuvo comprometida conmigo. Me trataba como jamás una mujer ha tratado a un hombre. No tengo ninguna queja. Por mi parte todo era amor, y por la suya todo era buena camaradería y amistad. Cuando nos separamos, ella era una mujer libre, pero yo no podía volver a ser jamás un hombre libre.

»Cuando regresé del siguiente viaje, me enteré de que se había casado. Bueno, ¿por qué no iba a casarse con quien ella quisiera? Título y dinero… ¿quién podría disfrutarlo mejor que ella? Había nacido para todo lo que es hermoso y delicado. No me entristeció su matrimonio. No era tan egoísta. Simplemente me alegré de que la buena suerte se hubiera cruzado en su

camino, y que ella no se hubiera entregado a un marinero sin un centavo. Así es como amaba yo a Mary Fraser.

»Bien, nunca pensé que volvería a verla, pero en el último viaje fui ascendido, y el nuevo barco aún no estaba botado, asique tuve que esperar un par de meses con mi gente en Sydenham. Un día, en un sendero rural, me encontré con Theresa Wright, su doncella. Ella me lo contó todo, lo de su ama, lo de él, todo. Les digo, caballeros, que casi enloquecí. ¡Que ese canalla borracho osara levantarle la mano a ella, cuyas botas él no merecía ni lamer! Volví a encontrarme con Theresa. Luego, me reuní con la propia Mary… y volví a reunirme con ella. Después, no quiso volver a verme. Pero el otro día, recibí aviso de que tenía que iniciar mi viaje al cabo de una semana, y decidí verla antes de partir. Theresa siguió siendo amiga mía, pues amaba a Mary y odiaba a ese villano casi tanto como yo. De ella aprendí las costumbres de la casa. Mary solía quedarse leyendo en su pequeña habitación del piso de abajo. Anoche fui hasta allí con sigilo y arañé la ventana. Al principio no quería abrirme, pero ahora se que me ama y no podía dejarme fuera, en la helada noche. Me indicó en un susurro que fuera a la puerta vidriera de delante, y la encontré abierta para que pudiera entrar en el comedor. Nuevamente oí de sus propios labios cosas que me hicieron hervir la sangre, y volví a maldecir a este bruto que maltrataba a la mujer a quien yo amaba. Pues bien, caballeros, me encontraba de pie con ella junto a la puerta, con toda inocencia, Dios es testigo de ello, cuando él irrumpió como un loco en la habitación, la insultó llamándola lo peor que un hombre puede utilizar contra una mujer, y la golpeó con el bastón que tenía en la mano. Yo salté a coger el atizador, y fue una pelea bastante igualada. Vean aquí, en mi brazo, la señal de su primer golpe. Entonces me tocó a mi y le partí el cráneo como si fuera una calabaza podrida. ¿Creen que lo lamenté? ¡No! Era su vida o la mía, pero mucho más que eso, era su vida o la de ella, o sea que ¿cómo podía dejarla en poder de este loco? Así le maté. ¿Me equivoqué? Bien, entonces, ¿qué habrían hecho ustedes, caballeros, si hubieran estado en mi lugar?

»Ella había gritado al golpearla él, y eso hizo bajar a la vieja Theresa de la habitación de arriba. En el aparador había una botella de vino, y la abrí y le di a beber un poco a Mary, pues estaba medio muerta a causa de la impresión. Luego yo mismo tomé un trago. Theresa se mostraba fría como el hielo, y el plan fue tanto suyo como mío. Tenía que parecer que lo habían hecho unos ladrones. Theresa no paraba de repetir nuestra historia a su ama, mientras yo me subía para cortar el cordón de la campanilla. Después la até a ella en la silla, y deshilaché el extremo del cordón para que pareciera natural, de otro

modo se preguntarían cómo era que el ladrón se había encaramado para cortarlo. Luego, recogí unos objetos de plata, para poner en obra la idea del robo, y allí las dejé, con órdenes de dar la alarma un cuarto de hora después de haberme marchado yo. Arrojé la plata en el estanque y me encaminé a Sydenham, sintiendo que por una vez en la vida había realizado un buen trabajo en una noche. Y ésa es la verdad y toda la verdad, señor Holmes, aunque me cueste la vida.

Holmes fumó un rato en silencio. Luego, cruzó la habitación y estrechó la mano de nuestro visitante.

—Esto es lo que pienso —dijo—. Sé que cada palabra es cierta, pues no ha dicho nada que yo no supiera. Nadie más que un acróbata o un marino habría podido cortar el cordón de la campanilla desde la ménsula, y nadie más que un marino habría podido hacer los nudos con los que el cordón fue atado a la silla. Sólo en una ocasión había estado esa dama en contacto con marinos, y fue durante su viaje, y se trataba de alguien de su propia clase de vida, pues intentaba por todos los medios protegerle, demostrando así que le amaba. Ya ve qué fácil me resultó atraparle una vez que me encontré en la pista correcta.

—Creía que la policía jamás habría descubierto nuestro engaño.

—Y no lo ha hecho, ni lo hará, creo yo. Ahora, escuche bien, capitán Crocker, se trata de un asunto muy serio aunque estoy dispuesto a admitir que actuó usted ante la provocación más extrema a la que cualquier hombre podría ser sometido. No estoy seguro de que en defensa de su propia vida su acción no se considere legítima. Sin embargo, eso es asunto que ha de decidir un jurado británico. Entretanto, siento tanta simpatía por usted que, si decide desaparecer en el transcurso de las próximas veinticuatro horas, le prometo que nadie se lo impedirá.

—¿Y entonces todo saldrá a la luz?

—Sin duda alguna.

El marino enrojeció de ira.

—¿Qué clase de proposición es ésa? Conozco lo suficiente las leyes para saber que Mary sería arrestada como cómplice. ¿Cree que la dejaría sola mientras yo desaparecía? No, señor, que me hagan lo peor a mi, pero por el amor de Dios, señor Holmes, encuentre alguna manera de mantener a mi pobre Mary lejos de los tribunales.

Holmes estrechó por segunda vez la mano del marino.

—Sólo le estaba probando, y también esta vez se le ve sincero. Bien, es una gran responsabilidad la que asumo, pero le he dado a Hopkins una pista excelente, y si no sabe utilizarla yo no puedo hacer nada más. Verá, capitán

Crocker, lo haremos con la debida forma de la ley. Usted es el prisionero. Watson, usted es un jurado británico, y jamás he conocido a un hombre más eminentemente idóneo para representarlo. Yo soy el juez. Ahora, caballeros del jurado, han oído los hechos. ¿Encuentran al prisionero culpable o inocente?

—Inocente, señor —dije.

—*Vox populi, vox Dei*. Está usted absuelto, capitán Crocker. Y mientras la ley no encuentre ninguna otra víctima, está usted a salvo de mi. Vuelva a esta dama dentro de un año, y ojalá su futuro y el de usted justifiquen la sentencia que he pronunciado esta noche.

G. K. CHERTERTON
(1874-1936)

LA MALDICIÓN DE LOS DARNAWAY

La contrapartida exacta del impersonal y clínico Freeman fue el humanista y observador social Gilbert Keith Chesterton. Mientras Thorndyke se concentra en el método científico, el padre Brown triunfa a través del conocimiento de la naturaleza humana y su debilidad. Aunque las entusiastas explicaciones del padre Brown referentes a la naturaleza humana pueden hacerse pesadas, su buen corazón contribuye a crear un detective más afectuoso y más memorable.

Mientras Freeman apunta hacia un estilo más limpio, más moderno de la novela de misterio contemporáneo, Chesterton, especialmente en este relato sacado de La incredulidad del padre Brown*, con sus maldiciones, viejos cuadros, herederos y personaje femenino al estilo de Brontë, rememora los modelos victorianos.*

Chesterton fue una figura destacada de su tiempo, primer presidente del London's Detection Club*, fundado en 1932, que marcó las pautas del Arte de las Obras de Misterio Elegantes.*

Dos pintores paisajistas se hallaban contemplando el paisaje, que era una marina, y los dos estaban curiosamente impresionados por ésta, aunque sus impresiones no eran exactamente las mismas. Para uno de ellos, que era un artista prometedor de Londres, era nuevo y extraño. Para el otro, artista local, pero algo más que una celebridad local, era más conocido; pero tal vez más extraño aún por lo que sabía de él.

En términos de tono y forma, como estos hombres lo veían, era una extensión de arena en contraste con una puesta de sol, el paisaje entero en franjas de color sombrío, verde oscuro y bronce y marrón y un gris que no era simplemente apagado sino que, en aquel crepúsculo, era más misterioso que el oro. Lo único que rompía estas líneas regulares era un largo edificio que sobresalía de los campos y se adentraba en la arena del mar, con lo que su borde de malas hierbas y juncos casi parecía juntarse con las algas. Pero su característica más singular era que su parte superior tenía el contorno mellado de una ruina, horadado por tantas ventanas anchas y grandes aberturas, que parecía un simple esqueleto oscuro en contraste con la luz que moría; por el contrario, la parte inferior del edificio apenas tenía ventanas, y la mayoría de ellas estaban tapadas con ladrillos, y sus contornos apenas podían delinearse a la luz del crepúsculo. Pero al menos una ventana seguía siendo una ventana; y lo que parecía más extraño de todo es que estaba iluminada.

—¿Quién demonios puede vivir en esa vieja cáscara? —preguntó el londinense, que era un hombre corpulento y de aspecto bohemio, joven pero con una abundante barba pelirroja que le hacía parecer mayor; Chelsea le conocía familiarmente como Harry Payne.

—Fantasmas, se diría —respondió su amigo Martin Wood—. Bueno, la gente que vive allí realmente son como fantasmas.

Quizá era un poco paradójico que el artista de Londres pareciera casi bucólico, con su asombro y su alegre frescura, mientras que el artista local parecía una persona más prudente y experimentada y le miraba con regocijo maduro y amigable; en realidad, el último era una figura más tranquila y más convencional, vestía ropa oscura y tenía un rostro cuadrado e impasible bien afeitado.

—No es más que un signo de los tiempos, por supuesto —prosiguió— o del paso de los viejos tiempos y las viejas familias con ellos. Los últimos de los grandes Darnaway viven en esa casa; y no muchos de los nuevos pobres son más pobres que ellos. Ni siquiera pueden permitirse hacer habitable su propio piso superior y tienen que vivir en las habitaciones inferiores de una ruina, como los murciélagos y las lechuzas. Sin embargo, poseen retratos familiares que se remontan a las Guerras de las Rosas y a los primeros retratos pintados en Inglaterra, y algunos de ellos son muy buenos; lo se porque me pidieron consejo profesional para catalogarlos. Especialmente uno de ellos, uno de los primeros, es tan bueno que produce escalofríos.

—Todo el lugar produce escalofríos, diría yo, por lo que veo —dijo Payne.

—Si —dijo su amigo—, a decir verdad, así es.

El silencio que siguió fue perturbado por un débil susurro entre los juncos junto al foso; y, comprensiblemente, tuvieron un ligero sobresalto cuando una figura oscura apareció en la orilla, avanzando rápidamente y casi como un pájaro asustado. Pero no era más que un hombre que caminaba deprisa con una bolsa negra en la mano; un hombre con una cara larga y cetrina y unos ojos penetrantes que miraron al extraño de Londres con recelo.

—Es el doctor Barnet —dijo Wood con cierto alivio—. Buenas tardes, doctor. ¿Va usted a la casa? Espero que no esté nadie enfermo.

—Todo el mundo está siempre enfermo en un lugar como ése —gruñó el doctor—, sólo que a veces están demasiado enfermos para saberlo. El aire mismo de ese lugar es todo pestilencia. No envidio al joven de Australia.

—¿Y quién puede ser —preguntó Payne bruscamente y con aire más bien ausente— el joven de Australia?

—¡Ah! —exclamó el doctor—. ¿Su amigo no le ha hablado de él? En realidad, creo que llega hoy. Es una historia de amor al viejo estilo del melodrama; el heredero regresa de las colonias a su castillo en ruinas, todo completo, incluso un viejo trato familiar por el que ha de casarse con la dama que vigila en la torre cubierta de hiedra. Es algo muy viejo, ¿no?; pero realmente a veces sucede. Incluso tiene un poco de dinero, lo cual es lo único brillante que jamás ha habido en ese asunto.

—¿Qué piensa la propia señorita Darnaway, en su torre cubierta de hiedra, del asunto? —preguntó con sequedad Martin Wood.

—Qué piensa de todo lo demás ahora —replicó el doctor—. No piensan, en esta vieja guarida llena de maleza y de supersticiones; sólo sueñan y se dejan arrastrar. No creo que ella considere el trato de la familia y al esposo de

las colonias como parte de la maldición de los Darnaway. En realidad, creo que si resultase ser un negro jorobado, con un solo ojo y manía homicida, ella sólo pensaría que añadía un toque final perfecto a ese escenario crepuscular.

—No está usted dando a mi amigo de Londres una visión muy alegre de mis amigos del campo —dijo Wood, riendo—. Tenía intención de llevarle allí de visita; ningún artista debería perderse esos retratos de los Darnaway si tiene ocasión de verlos. Pero quizá será mejor que lo aplace, si están en plena invasión australiana.

—Oh, no, entre a verlos, por el amor de Dios —dijo el doctor Barnet calurosamente—. Cualquier cosa que anime sus infortunadas vidas hará más fácil mi tarea. Se necesitarán muchísimos primos de las colonias para animar las cosas, diría yo; y cuantos más, mejor. Vamos, entren conmigo.

Cuando se acercaban a la casa, ésta se veía aislada como una isla en un foso de agua salobre que cruzaron mediante un puente. Al otro lado se extendía un terraplén o suelo de piedra bastante amplio con grandes grietas, en las que habían brotado pequeñas matas de hierba. Esta plataforma de roca parecía grande y desnuda en la gris luz crepuscular; y Payne no habría podido creer que semejante rincón pudiera contener tanta desolación. Esta plataforma sólo sobresalía hacia un lado, como un umbral gigante, y detrás estaba la puerta; una arcada de estilo Tudor muy baja que permanecía abierta pero oscura, como una cueva.

Cuando el activo médico les hizo entrar sin ceremonia alguna, Payne experimentó otra fuerte impresión. Podía esperar tener que subir a una torre muy ruinosa a través de una estrecha escalera de caracol; pero en este caso, los primeros peldaños para entrar en la casa en realidad descendían. Bajaron varios peldaños cortos y rotos y penetraron en una espaciosa estancia en penumbra que, de no haber sido por los cuadros oscuros y los polvorientos estantes con libros, podrían haber sido las tradicionales mazmorras bajo el foso del castillo. De vez en cuando una vela colocada en un viejo candelabro iluminaba algún detalle accidental de una elegancia muerta, lleno de polvo; pero el visitante no quedaba tan impresionado, o deprimido, por esta luz artificial como por el pálido resplandor de luz natural. Al entrar en la gran estancia veía la única ventana de aquella pared, una curiosa ventana baja y oval a la moda de finales del siglo diecisiete. Pero lo extraño en ello era que no daba directamente a un espacio de cielo sino sólo a un reflejo del cielo; una pálida franja de luz diurna se reflejaba en el foso, bajo la sombra colgante de la orilla. Payne recordó a la señora de Shalott, que jamás veía el mundo exterior más que a través de un espejo. Esta dama de Shalott no sólo veía, en

cierto sentido, el mundo a través de un espejo, sino que veía el mundo del revés.

—Es como si la casa de los Darnaway se estuviera cayendo literalmente así como metafóricamente —dijo Wood en voz baja—, como si estuviera hundiéndose poco a poco en un pantano o en arenas movedizas; hasta que el mar la cubra como un techo verde.

Incluso el robusto doctor Barnet se sobresaltó un poco al acercarse en silencio la figura que fue a recibirles. En realidad, la habitación estaba tan silenciosa que todos se sobresaltaron al darse cuenta de que no se encontraba vacía. Había tres personas en ella cuando entraron, tres figuras confusas e inmóviles en la penumbrosa habitación; las tres vestían de negro y parecían oscuras sombras. Cuando la figura se acercó un poco a la luz grisácea de la ventana, mostró un rostro casi tan gris como su cabello. Se trataba del viejo Vine, el mayordomo, abandonado hacía tiempo *in loco parentis* desde la muerte de aquel excéntrico padre, el último lord Darnaway. Habría sido un viejo atractivo si no hubiera tenido ningún diente. Pero tenía uno, que asomaba de vez en cuando y le daba un aspecto bastante siniestro. Recibió al médico y a los amigos de éste con cortesía, y les acompañó hasta donde estaban sentadas las otras dos figuras vestidas de negro. Una de ellas le pareció a Payne que proporcionaba otro apropiado toque de lóbrega antigüedad al castillo por el simple hecho de ser un sacerdote católico, que parecía salido de un agujero en los viejos tiempos. Payne podía imaginarle murmurando plegarias o rezando rosarios o efectuando un buen número de cosas indistintas y melancólicas en aquel lugar melancólico. En aquellos momentos, podía suponerse que había estado ofreciendo consuelo religioso a la dama; pero era difícil suponer que el consuelo era muy consolador, o que había sido muy animado. Por lo demás, el sacerdote, personalmente, era insignificante y sus facciones eran comentes y bastante inexpresivas; pero la dama era otra cosa. Su rostro distaba mucho de ser corriente o insignificante; se destacaba de la oscuridad de su vestido, cabello y fondo con una palidez casi sobrecogedora, pero era de una belleza casi tremendamente viva. Payne lo miró tanto rato como se atrevió; e iba a mirarlo muchas veces antes de morir.

Wood se limitó a intercambiar con sus amigos frases amables y educadas que le conducirían a su propósito de volver a examinar los retratos. Se disculpó por visitarles el día en que había oído que llegaba un miembro de la familia, pero pronto se convenció de que la familia se alegraba de tener visitas que les distrajeran o rompieran la postración. No vaciló, por tanto, en

conducir a Payne a través de la sala de recepción central hasta la biblioteca, donde colgaba el retrato, pues se trataba de uno que él era especialmente dado a mostrar, no sólo como cuadro sino casi como rompecabezas. El sacerdote fue con ellos; parecía saber algo de cuadros antiguos, así como de viejas plegarias.

—Estoy bastante orgulloso de haber localizado esto —dijo Wood—. Creo que es un Holbein. Sino lo es, es de alguien que vivió en la época de Holbein y que era tan grande como Holbein.

Era un retrato a la manera dura pero sincera y viva del período, que representaba a un hombre vestido de negro con adornos de oro y pieles, el rostro grande y redondo, más bien pálido, pero con ojos atentos.

—¡Qué lástima que el arte no pudiera detenerse para siempre en esa fase de transición —exclamó Wood— y no evolucionar más! ¿No ven que es tan realista que parece real? ¿No ven que el rostro comunica más porque se destaca de un marco bastante más rígido de cosas menos esenciales? Y los ojos son aún más reales que la cara. ¡Caramba, creo que los ojos son demasiado reales para ese rostro! Es como si esos astutos globos oculares sobresalieran de una gran máscara pálida.

—Esa rigidez se extiende un poco a la figura, creo —dijo Payne—. Cuando terminó el medievalismo no dominaban la anatomía, al menos en el norte. Esa pierna izquierda me parece mal dibujada.

—No estoy tan seguro —replicó Wood con voz suave—. Esos tipos que pintaban cuando el realismo empezaba a decaer y antes de que decayera del todo a menudo eran más realistas de lo que creemos. Convierten detalles reales de los retratos en cosas que se creen meramente convencionales. Podría decirse que las cejas o las cuencas de los ojos de este hombre están un poco desproporcionadas; pero apuesto a que si le conociéramos veríamos que una de sus cejas realmente sobresalía más que la otra. Y no me sorprendería que fuera cojo o algo, y que esa pierna negra fuera para indicar que era torcida.

—¡Qué viejo demonio parece! —exclamó Payne de repente—. Espero que su reverencia excuse mi lenguaje.

—Creo en el demonio, gracias —dijo el sacerdote con cara inescrutable —. Curiosamente, existía una leyenda que decía que el diablo era cojo.

—Bueno —protestó Payne—, no querrá usted decir que este hombre era el diablo; pero ¿quién diablos era este hombre?

—Era lord Darnaway en tiempos de Enrique VII y Enrique VIII — respondió su compañero—. Pero también existen curiosas leyendas acerca de él; una de ellas se refiere a esa inscripción que rodea el marco, y que está

desarrollada en unas notas dejadas por alguien en un libro que encontré aquí. Ambas son bastante curiosas.

Payne se inclinó hacia adelante, estirando el cuello para seguir la arcaica inscripción del marco. Sin tener en cuenta la escritura y ortografía antiguas, parecía una especie de verso que más o menos decía:

Al séptimo heredero regresaré,
A la séptima hora partiré,
Nadie a esa hora mi mano detendrá,
Y ay de aquella que retenga mi corazón.

—Suena horripilante —dijo Payne—, pero en parte puede ser porque no entiendo una palabra.

—Lo es bastante aunque lo entiendas —dijo Wood en voz baja—. El apunte realizado en fecha posterior, el que está en el viejo libro que encontré, cuenta que esta belleza se mató deliberadamente de tal manera que su esposa fue ejecutada por su asesinato. Otra nota conmemora una tragedia posterior, siete generaciones más tarde, bajo el mandato de los Jorge, en el que otro Darnaway se suicidó, tras dejar previsoramente veneno en el vino de su esposa. Se dice que ambos suicidios tuvieron lugar a las siete de la tarde. Supongo que la deducción lógica es que realmente regresa cada séptimo heredero y hace las cosas agradables, como sugiere el verso, para cualquier dama lo bastante insensata para casarse con él.

—En ese caso —dijo Payne—, sería un poco incómodo para el próximo séptimo caballero.

La voz de Wood era aún más baja cuando dijo:

—El nuevo heredero será el séptimo.

Harry Payne irguió su gran cuerpo como un hombre que deja una carga en el suelo.

—¿De qué locura estamos hablando todos? —exclamó—. Somos hombres cultos en una época ilustrada, supongo. Antes de penetrar en este maldito ambiente húmedo y malsano jamás habría creído que hablaría de semejantes cosas, excepto para reírme de ellas.

—Tienes razón —dijo Wood—. Si vivieras suficiente tiempo en este palacio subterráneo, empezarías a sentir de manera diferente respecto a las cosas. Yo he empezado a sentir de un modo curioso respecto a ese cuadro, después de haberlo manipulado y colgado. A veces me parece que esa cara pintada está más viva que las caras muertas de las personas que viven aquí; que es una especie de talismán o imán: que gobierna a los elementos y

provoca los destinos de hombres y cosas. Supongo que tú lo llamarías fantástico.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Payne de pronto.

Todos aguzaron el oído, y parecía no haber ningún ruido excepto el monótono estampido del distante mar; entonces empezaron a tener la sensación de que algo se mezclaba con él; algo como una voz que llamaba a través del sonido de las olas, amortiguado por éstas al principio, pero aproximándose cada vez más. Luego estuvieron seguros: alguien estaba gritando fuera, en la oscuridad.

Payne se volvió hacia la ventana baja que se encontraba detrás de él y se inclinó para mirar hacia afuera. Era la ventana desde la que nada podía verse más que el foso con su reflejo de la orilla y el cielo. Pero esa visión invertida no era la misma que había visto antes. De la sombra colgante de la orilla del agua pendían dos sombras oscuras reflejadas desde los pies y piernas de una figura que se encontraba de pie arriba, en la orilla. A través de esa abertura limitada no veían más que las dos piernas negras sobre el reflejo de un pálido y lívido crepúsculo. Pero de alguna manera, el hecho de que la cabeza fuera invisible, como si estuviera en las nubes, otorgó algo temible al sonido que siguió: la voz de un hombre que gritaba algo que ellos no podían oír o comprender. Payne, en especial, atisbo por la pequeña ventana con el semblante alterado, y habló con voz alterada.

—¡Qué manera tan extraña de estar de pie!

—No, no —dijo Wood, en una especie de susurro tranquilizador—. Las cosas a menudo tienen ese aspecto al ser reflejadas. Es la fluctuación del agua lo que produce esa impresión.

—¿Qué impresión? —preguntó escueto el sacerdote.

—Que su pierna izquierda está torcida —dijo Wood.

Payne había pensado que la ventana oval era como una especie de espejo místico; y le parecía que había en él otras imágenes inescrutables del destino. Al lado de la figura había algo más que no comprendía; tres piernas más delgadas que resaltaban oscuras sobre la luz, como si alguna araña o ave de tres patas estuviera sobre el extraño. Entonces se le antojó un trípode como el de los oráculos paganos; y al instante siguiente aquello había desaparecido y las piernas de la figura humana también desaparecieron de la vista.

Se giró y vio el pálido rostro del viejo Vine, el mayordomo, con la boca abierta, ansioso por hablar, mostrando su único diente.

—Ha llegado —dijo—. El barco ha llegado de Australia esta mañana.

Al salir de la biblioteca y volver al salón central, oyeron los pasos del recién llegado que resonaban en los escalones de la entrada, arrastrando detrás de ellos diversos artículos de equipaje ligero. Cuando Payne vio uno de ellos, se rió con alivio. Su trípode no era más que las patas telescópicas de una cámara portátil, fácil de montar y desmontar; y el hombre que la acarreaba parecía poseer cualidades igualmente sólidas y normales. Vestía ropa oscura, pero informal; la camisa era de franela gris, y sus botas reverberaban inflexiblemente en aquellas silenciosas cámaras; mientras avanzaba para saludar a su nuevo círculo, su paso sugería apenas una cojera. Pero Payne y sus compañeros le miraban el rostro, y no podían apartar los ojos de él.

Él percibió, evidentemente, que había algo curioso e incómodo en su recibimiento; pero ellos habrían podido jurar que él mismo no sabía la causa de ello. La dama que en cierto modo se suponía ya prometida a él era, sin lugar a dudas, lo bastante bella para atraerle; pero era evidente que también le asustaba. El viejo mayordomo le rindió una especie de homenaje feudal, aunque le trataba como si fuera el fantasma de la familia. El sacerdote le miraba con semblante indescifrable, y quizá por ello aún más desconcertante. Una nueva clase de ironía, más como la ironía griega, cruzó la mente de Payne. Había imaginado al extraño como el diablo, pero parecía peor el hecho de que era un destino inconsciente. Parecía marchar hacia el crimen con la monstruosa inocencia de Edipo. Se había acercado a la mansión familiar con un ánimo tan ciegamente ilusionado como para plantar su cámara y fotografiar su primera visión de ella; e incluso la cámara había tomado la apariencia del trípode de una pitonisa trágica.

Payne se sorprendió, al despedirse poco después, por algo que demostraba que el australiano ya era menos inconsciente de lo que le rodeaba. Dijo con voz baja:

—No se vaya… o vuelva pronto. Usted se parece a un ser humano. Este lugar casi me asusta.

Cuando Payne emergió de aquellas cámaras subterráneas y salió al aire nocturno y el olor del mar, sintió como si hubiera salido de ese submundo de los sueños en el que los sucesos se amontonan uno encima del otro de una manera inquietante e irreal al mismo tiempo. La llegada del pariente desconocido había sido de algún modo insatisfactoria y se diría poco convincente. El duplicado del mismo rostro en el viejo retrato y el recién llegado le perturbó como un monstruo de dos cabezas. Y sin embargo no era una pesadilla; tampoco era aquel rostro, tal vez, lo que veía más vivamente.

—¿Ha dicho usted —preguntó al doctor mientras caminaban juntos a través de la arena junto al mar oscurecido—, ha dicho usted que ese joven estaba prometido con la señorita Darnaway por un pacto familiar o algo así? Parece una novela.

—Pero es una novela histórica —respondió el doctor Barnet—. Los Darnaway se fueron todos a dormir hace unos cuantos siglos, cuando se hacían cosas de las que ahora sólo leemos en las novelas. Si, creo que hay una tradición familiar por la que los primos segundos o terceros siempre se casan cuando se presenta cierta relación de edad, con el fin de unir los bienes. Una tradición tonta, diría yo; y si se han casado a menudo de esa manera, eso puede explicar por principios genéticos el que se hayan vuelto tan raros.

—Yo no diría que todos se han vuelto raros —replicó Payne un poco tenso.

—Bueno —respondió el médico—, el joven no lo parece, por supuesto, aunque sin duda es cojo.

—¡El joven! —exclamó Payne, repentina e irrazonablemente airado—. Bueno, si cree usted que la muchacha tiene aspecto raro, creo que es usted el que tiene el gusto raro.

El semblante del médico se hizo sombrío y amargo.

—Me parece que yo se más de ello que usted —dijo con aspereza.

Terminaron su paseo en silencio, pensando cada uno que había estado irracionalmente rudo y que había sido objeto de una rudeza igualmente irracional, y Payne quedó solo para reflexionar sobre el tema, pues su amigo Wood se había quedado atrás para atender a cierto asunto relacionado con los cuadros.

Payne aprovechó la invitación ofrecida por el primo de las colonias, que quería a alguien que le animara. Durante las siguientes semanas visitó con frecuencia el oscuro interior del hogar de los Darnaway, aunque podría decirse que no se limitó por entero a alegrar al primo de las colonias. La melancolía de la dama era más antigua y quizá necesitaba más aliento; de todos modos, él mostraba una penosa disposición a animarla. No carecía, sin embargo, de conciencia, y la situación le llenaba de dudas y le hacía sentirse incómodo. Transcurrían las semanas y nadie podía descubrir, por la conducta del nuevo Darnaway, si se consideraba comprometido por el viejo pacto o no. Pasaba el tiempo paseando por las oscuras galerías y permanecía contemplando con aire ausente el oscuro y siniestro cuadro. Las sombras de aquella prisión sin duda estaban comenzando a encerrarle, y quedaba poca de su seguridad australiana. Pero Payne no podía descubrir nada del punto que

más le interesaba. En una ocasión intentó confiarse a su amigo Martin Wood, pues pasaba allí algún tiempo con los cuadros; pero ni siquiera de él obtuvo satisfacción.

—Me parece que no puedes intervenir —dijo Wood escueto— debido al compromiso.

—Claro que no intervendré si existe un compromiso —replicó su amigo —, pero ¿lo hay? A ella no le he dicho una palabra, desde luego; pero no he visto en ella lo suficiente para estar seguro de que no cree que lo hay, aun cuando piense que debería haberlo. Él no dice que lo hay, o ni siquiera sugiere que debería haberlo. Me parece que esta vacilación es bastante injusta para todos.

—Especialmente para ti, supongo —dijo Wood con cierta aspereza—, pero si me preguntas, te diré lo que pienso. Creo que tiene miedo.

—¿Miedo a ser rechazado? —preguntó Payne.

—No, miedo a ser aceptado —respondió el otro—. No te enfades conmigo… No me refiero a que tenga miedo de la muchacha, sino del cuadro.

—¡Miedo del cuadro! —exclamó Payne.

—Quiero decir miedo de la maldición —dijo Wood—. ¿No recuerdas el verso referente a la maldición de los Darnaway que les toca a ellos dos?

—Sí, pero escucha una cosa —dijo Payne—. Ni siquiera la maldición de los Darnaway puede tener dos sentidos. Primero me dices que no debo hacer lo que quiero debido al pacto, y después, que el pacto no debe llevarse a cabo debido a la maldición. Pero si la maldición puede destruir el pacto, ¿por qué ha de estar ella atada a éste? Si tienen miedo a casarse, ella es libre de casarse con otro, y asunto concluido. ¿Por qué debo yo sufrir por observar algo que ellos no tienen el propósito de observar? Me parece que tu posición es muy poco razonable.

—Claro que todo es un lío —dijo Wood bastante malhumorado, y siguió clavando el marco de una tela.

De repente, una mañana, el nuevo heredero rompió su largo y misterioso silencio. Lo hizo de una manera curiosa, un poco cruda, como su actitud, pero con una evidente ansiedad por hacer lo que era correcto. Pidió consejo con franqueza, no a este o aquel individuo, como Payne había hecho, sino colectivamente, como multitud. Cuando habló, se lanzó sobre toda la compañía, como un estadista que va al campo. Él lo llamó «mostrar las cartas». Afortunadamente, la dama no estaba incluida en este gesto amplio; y Payne se estremeció al pensar en los sentimientos de ella. Pero el australiano era muy honrado; pensaba que lo natural era pedir ayuda e información;

convocar una especie de consejo familiar en el que pondría sus cartas sobre la mesa. Podría decirse que arrojó sus cartas sobre la mesa. Pues lo hizo con un aire bastante desesperado, como el que se ha visto abrumado durante días y noches por la creciente presión de un problema. En ese corto espacio de tiempo las sombras de aquel lugar de ventanas bajas y pavimentos hundidos le habían cambiado curiosamente y habían aumentado cierto parecido que se infiltró en la memoria de todos.

Los cinco hombres, incluido el médico, se hallaban sentados en torno a una mesa redonda; y Payne reflexionó ocioso que su cabello rojo y su *tweed* claro eran los únicos colores de la habitación; porque el sacerdote y el mayordomo vestían de negro, y Wood y Darnaway habitualmente llevaban trajes gris oscuro que parecían casi negros. Quizá esta incongruencia era a lo que se había referido el joven al llamarle ser humano. En aquel momento, el hombre joven se volvió bruscamente en su silla y comenzó a hablar. Al poco, el aturdido artista sabía que estaba hablando de lo más tremendo del mundo.

—¿Hay algo en ello? —decía—. Esto es lo que me he estado preguntando hasta casi volverme loco. Jamás habría creído que pensaría en estas cosas; pero pienso en el retrato y el verso y las coincidencias o como quieran llamarlo y me estremezco. ¿Hay algo en ello? ¿Tengo derecho a casarme, o haré caer del cielo algo poderoso y aciago, algo de lo que no se nada, sobre mi y sobre alguien más?

Su mirada había dado la vuelta a la mesa y se había posado en el rostro del sacerdote, a quien parecía estar hablando ahora. El espíritu práctico sumergido de Payne se alzó en protesta contra el hecho de que el problema de la superstición fuera planteado ante aquel tribunal sumamente supersticioso. Se sentaba al lado de Darnaway e intervino antes de que el sacerdote pudiera responder.

—Bueno, las coincidencias son curiosas, lo admito —dijo, forzando un tono animado—, pero seguramente nosotros… —y entonces se detuvo como si le hubiera herido el rayo.

Darnaway había vuelto la cabeza bruscamente por encima del hombro ante esta interrupción, y con el movimiento, su ceja izquierda se alzó mucho más que la otra y, por un instante, el rostro del retrato le miró con exagerada y horripilante exactitud. Los demás lo vieron; y todos tenían el aire de haber quedado deslumbrados por un instante de luz. El viejo mayordomo emitió un sordo gruñido.

—Es inútil —dijo con aspereza—, estamos frente a algo demasiado terrible.

—Si —coincidió el sacerdote con voz baja—, estamos frente a algo terrible; lo más terrible que conozco; y se llama tontería.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Darnaway, que seguía mirándole.

—He dicho tontería —repitió el sacerdote—. Hasta ahora no he dicho nada en particular, porque no era asunto mío; sólo me encontraba cumpliendo con mi deber por la vecindad y la señorita Darnaway ha querido verme. Pero ya que me pregunta personalmente y a quemarropa, vaya, es fácil de contestar. Por supuesto que no existe ninguna maldición de los Darnaway que le impida casarse con nadie con quien tenga usted razones decentes de casarse. El hombre no está predestinado a caer en el más leve pecado venial, y mucho menos a cometer crímenes como el suicidio y el asesinato. No se le puede hacer cometer nada contra su voluntad porque se llame Darnaway, ni a mi porque me llame Brown. La maldición de los Brown —añadió con entusiasmo—, el misterio de los Brown, sonaría mejor aún.

—Y usted, precisamente —dijo el australiano mirándole con fijeza—, me dice que piense así.

—Le digo que piense en otra cosa —replicó el sacerdote alegremente—. ¿Qué se ha hecho del prometedor arte de la fotografía? ¿Cómo le va a la cámara? Se que abajo está muy oscuro, pero esos arcos vacíos del piso de arriba podrían fácilmente convertirse en un estudio fotográfico de primera. Unos cuantos operarios podrían colocarle un techo de cristal en muy poco tiempo.

—Realmente —protestó Martin Wood—, creo que usted debería ser el último hombre en el mundo en hacer arreglos en esos hermosos arcos góticos, que son casi el mejor trabajo que su religión ha hecho en el mundo. Imaginaba que tenía usted algún sentimiento hacia esa clase de arte; pero no entiendo por qué es tan infrecuentemente entusiasta de la fotografía.

—Soy infrecuentemente entusiasta de la luz del día —respondió el padre Brown—, en especial en este sombrío asunto; y la fotografía tiene la virtud de depender de la luz del día. Y sino sabe que convertiría en polvo todos los arcos góticos del mundo para salvar la cordura de una sola alma humana, no conoce usted mi religión tanto como cree.

El joven australiano se había puesto de pie como un hombre rejuvenecido.

—Por el rey Jorge, así se habla —exclamó—. Aunque jamás habría pensado que lo oiría de esa fuente. Le diré una cosa, reverendo señor, haré algo que demostrará que no he perdido mi valor.

El viejo mayordomo seguía mirándole con atención temblorosa, como si presintiera algo funesto en el desafío del joven.

—Oh —exclamó—. ¿Qué va usted a hacer ahora?

—Voy a fotografiar el retrato —respondió Darnaway.

No obstante, apenas una semana después la tormenta de la catástrofe pareció desencadenarse, oscureciendo aquel sol de cordura al que el sacerdote había apelado en vano, y sumergiendo la mansión una vez más en la oscuridad de la maldición de los Darnaway. Había sido fácil instalar el nuevo estudio; y visto desde dentro se parecía a cualquier otro estudio, vacío excepto por la luz diurna que lo inundaba. Un hombre que saliera de las lóbregas habitaciones de abajo tenía la sensación, superior a lo normal, de penetrar en una brillantez más que moderna, en blanco como el futuro. A sugerencia de Wood, que conocía bien el castillo y había vencido sus primeras protestas estéticas, una pequeña habitación que permanecía intacta en las ruinas de la parte superior se convirtió fácilmente en un cuarto oscuro, en el que Darnaway se retiraba de la luz del día para ir a tientas al resplandor carmesí de una lámpara roja. Wood decía, riendo, que la lámpara roja le había reconciliado con el vandalismo, ya que aquella oscuridad sanguinolenta era romántica como la cueva de un alquimista.

Darnaway se levantó al alba el día que tenía intención de fotografiar el misterioso retrato; y lo había hecho transportar desde la biblioteca por la escalera de caracol que conectaba los dos pisos. Allí lo había colocado a la blanca luz del día, sobre una especie de caballete, y había plantado su trípode fotográfico enfrente. Dijo que estaba ansioso por enviar una reproducción a un gran anticuario que había escrito acerca de las antigüedades de la casa; pero los otros sabían que se trataba de una excusa que ocultaba cosas mucho más profundas. Era, sino exactamente un duelo espiritual entre Darnaway y el cuadro demoníaco, si al menos un duelo entre Darnaway y sus propias dudas. Quería poner la luz del día de la fotografía cara a cara con aquella oscura obra maestra de la pintura; y ver si el resplandor del sol del nuevo arte no borraba las sombras de lo antiguo.

Quizá por eso prefería hacerlo él mismo, aun cuando algunos de los detalles parecían ocupar más tiempo e implicar dilación mayor de lo normal. De todos modos, rechazó a los pocos que visitaron su estudio durante el día del experimento y que le encontraron enfocando y ocupado de una manera muy aislada e impenetrable. El mayordomo le había dejado comida pues se negó a bajar; el anciano caballero volvió unas horas más tarde y encontró que había consumido la comida; pero cuando se llevó los platos no recibió más gratitud que un gruñido. Payne subió una vez para ver cómo le iba, pero al ver que el fotógrafo no estaba para conversaciones, volvió a bajar. El padre

Brown había subido sin entrometerse, para llevar a Darnaway una carta del experto a quien la fotografía iba a enviarse. Pero dejó la carta en una bandeja, y lo que pensaba de aquella gran casa de cristal inundada de luz del día y dedicada a un entretenimiento, un mundo que él mismo en cierto sentido había creado, se lo guardó para si y regresó abajo. Muy pronto tuvo motivo para recordar que fue el último en descender la solitaria escalera que conectaba los pisos, dejando a un hombre solo y una habitación vacía tras de sí. Los otros se hallaban de pie en el salón que conducía a la biblioteca, justo debajo del gran reloj negro de ébano que parecía un ataúd titánico.

—¿Cómo estaba Darnaway —preguntó Payne, poco después— cuando ha subido usted?

El sacerdote se pasó la mano por la frente.

—No me diga que me estoy volviendo psicológico —dijo con una triste sonrisa—. Creo que la luz de allá arriba me deslumbra y no he podido ver bien las cosas. Sinceramente, por un instante me ha parecido ver algo extraño en la figura de Darnaway ante aquel retrato.

—Oh, es la pierna lisiada —dijo Barnet sin vacilar—. Lo sabemos todo.

—Lo sabe usted —dijo Payne bruscamente, pero bajando la voz—. No creo que lo sepamos todo o no sepamos nada. ¿Qué le ocurre a esa pierna? ¿Qué le ocurría a la pierna de su antepasado?

—Bueno, se decía algo de eso en el libro que leí, en los archivos de la familia —dijo Wood—. Iré a buscarlo —y entró en la biblioteca, que estaba al lado.

—Creo —dijo el padre Brown en tono bajo— que el señor Payne debe de tener alguna razón concreta para preguntar eso.

—Puedo soltarlo ya de una vez por todas —dijo Payne, pero en voz aún más baja—. Al fin y al cabo, existe una explicación racional. Un hombre de cualquier parte habría podido maquillarse para tener el mismo aspecto que el hombre del cuadro. ¿Qué sabemos de Darnaway? Se está comportando de un modo bastante extraño…

Los otros le miraron con expresión sobresaltada; pero el sacerdote pareció tomárselo con mucha calma.

—No creo que el viejo retrato haya sido fotografiado jamás —dijo—. Eso es lo que él quiere hacer. No me parece que haya nada extraño en ello.

—Un estado de cosas bastante corriente, de hecho —dijo Wood con una sonrisa; acababa de regresar con el libro en la mano.

Y mientras hablaba, el mecanismo del gran reloj oscuro que estaba detrás de él se puso en marcha y sonaron siete campanadas que resonaron en la

habitación. Con la última campanada se oyó un estrépito procedente de la puerta de arriba, que sacudió la casa como un trueno; y el padre Brown ya estaba en el segundo escalón de la escalera de caracol antes de que el sonido hubiera cesado.

—¡Dios mío! —exclamó Payne involuntariamente—. Él está solo arriba.

—Si —dijo el padre Brown sin volverse mientras desaparecía escaleras arriba—. Le encontraremos solo.

Cuando los demás se recuperaron de su primera parálisis y subieron atropelladamente la escalera de piedra hacia el estudio, le hallaron solo, en efecto. Le hallaron tendido en el suelo con la alta cámara tumbada, con sus largas piernas separadas de modo grotesco en tres ángulos diferentes; y Darnaway había caído encima con una pierna negra torcida formando un cuarto ángulo en el suelo. De momento, el negro montón daba la impresión de que el hombre estuviera enredado con alguna enorme y horrible araña. Poco más que un vistazo bastó para indicarles que estaba muerto. Sólo el retrato permanecía intacto en el caballete, y uno podía imaginar que los sonrientes ojos brillaban.

Una hora después, el padre Brown, que ayudó a calmar la confusión producida en la casa, se tropezó con el viejo mayordomo que iba murmurando de un modo casi tan mecánico como el reloj había dado la hora terrible. Casi sin oírlas, supo qué palabras murmuraba.

Al séptimo heredero regresaré,
A la séptima hora me marcharé.

Cuando estaba a punto de decir algo tranquilizador, el viejo pareció despertar de repente y montó en cólera; sus murmullos se transformaron en un feroz grito.

—¡Usted! —gritó—. ¡Usted y su luz del día! No dirá ahora que no existe la maldición de los Darnaway.

—Mi opinión al respecto sigue siendo la misma —dijo el padre Brown con suavidad.

Luego, tras una pausa, añadió.

—Espero que cumplirá el último deseo del pobre Darnaway, y se ocupará de enviar la fotografía.

—¡La fotografía! —exclamó el doctor con aspereza—. ¿De qué sirve ahora? En realidad, es bastante curioso, pero no existe ninguna fotografía. Al parecer no llegó a tomarla, después de pasarse el día ocupado allí arriba.

El padre Brown giró sobre sus talones.

—Entonces, tómenla ustedes mismos —dijo—. El pobre Darnaway tenía toda la razón. Es de suma importancia que se tome la fotografía.

Igual que todas las visitas, el médico, el sacerdote y los dos artistas salieron en sombría procesión a la arena marrón y amarilla, al principio más o menos silenciosos, como aturdidos. Y ciertamente se había producido algo como un rayo en un cielo claro en lo que se refería al cumplimiento de aquella olvidada superstición en el momento en que la tenían más olvidada: cuando el médico y el sacerdote habían llenado sus mentes de racionalismo como el fotógrafo había llenado sus habitaciones de luz del día. Podían ser todo lo racionalistas que quisieran; pero a plena luz del día, el séptimo heredero había regresado y, a plena luz del día, a la séptima hora había perecido.

—Me temo que ahora todo el mundo creerá siempre en la superstición de los Darnaway —dijo Martin Wood.

—Conozco a uno que no —dijo el médico con aspereza—. ¿Por qué debo creer en una superstición sólo porque alguien se suicida?

—¿Cree usted que el pobre señor Darnaway se ha suicidado? —preguntó el sacerdote.

—Estoy seguro de que se ha suicidado —respondió el doctor.

—Es posible —coincidió el otro.

—Estaba arriba solo, y tenía una gran cantidad de venenos en aquel cuarto oscuro. Además, es una de las cosas que los Darnaway hacen.

—¿No cree que se haya cumplido la maldición familiar?

—Si —dijo el médico—. Creo en una maldición familiar y es la constitución de la familia. Ya le dije que era cuestión de herencia y todos están medio locos. Si uno se estanca y se reproduce en el mismo medio, puede estar seguro de que degenerará, le guste o no. Las leyes de la herencia no pueden eludirse; las verdades de la ciencia no pueden negarse. La mente de los Darnaway se está rompiendo igual que sus viejas piedras, carcomidas por el mar y el aire salado. El suicidio… por supuesto que se ha suicidado; me atrevería a decir que todos los demás se suicidarán. Quizá sea lo mejor que podrían hacer.

Mientras el hombre de ciencia hablaba, el rostro de la hija de los Darnaway acudió de repente y con sorprendente claridad a la mente de Payne, una pálida máscara trágica en una negrura insondable, pero de una belleza cegadora y más que mortal. Payne abrió la boca para hablar, pero no encontró palabras para expresarse.

—Entiendo —dijo el padre Brown al doctor—, asique, después de todo, usted cree en la superstición.

—¿Qué quiere decir, que creo en la superstición? Creo en el suicidio como asunto de necesidad científica.

—Bien —dijo el sacerdote—, no veo la diferencia entre su superstición científica y la otra superstición mágica. Las dos parecen acabar por paralizar a las personas, que no pueden mover sus piernas o brazos o salvar su vida o su alma. El verso decía que la maldición de los Darnaway era ser asesinado y el libro científico dice que la maldición de los Darnaway es matarse a sí mismos. En ambos casos son esclavos.

—Pero me parecía que había dicho usted que creía en las opiniones racionales de estas cosas —dijo el doctor Barnet—. ¿No cree en la herencia?

—Dije que creía en la luz del día —replicó el sacerdote con voz alta y clara—, y no elegiré entre dos túneles de superstición subterránea que acaban, ambos, en la oscuridad. Y la prueba de ello es esto: que está usted totalmente en la oscuridad en lo que se refiere a lo que ha sucedido en realidad en esa casa.

—¿Quiere usted decir el suicidio? —preguntó Payne.

—Quiero decir el asesinato —dijo el padre Brown, y su voz, aunque sólo ligeramente más alta, pareció resonar en toda la playa—. Ha sido un asesinato; pero el asesinato depende de la voluntad, la cual Dios hizo libre.

Lo que los otros dijeron en aquel momento como respuesta no lo supo Payne jamás. Pues la palabra tuvo un efecto bastante curioso en él; le despertó como un toque de trompeta y no obstante le hizo detenerse. Se quedó inmóvil en la arenosa extensión de terreno y dejó que los otros siguieran adelante; sintió la sangre fluir por todas sus venas y la sensación que se denomina tener los pelos de punta; y sin embargo, sentía una nueva felicidad poco natural. Un proceso psicológico demasiado rápido y demasiado complicado para seguirlo ya había llegado a una conclusión que no podía analizar; pero la conclusión era un alivio. Después de permanecer quieto un momento se volvió y regresó lentamente a través de la arena hacia la casa de los Darnaway.

Cruzó el foso con un paso firme que sacudía el puente, descendió la escalera y atravesó las largas habitaciones con resonante paso, hasta que llegó al lugar donde Adelaida Darnaway se hallaba sentada con el halo de la luz que entraba por la ventana oval, casi como una santa olvidada, dejada atrás en la tierra de la muerte. Ella levantó la vista, y una expresión de asombro hizo más maravilloso aún su rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué ha regresado?

—He venido por la Bella Durmiente —dijo en un tono que sonaba a risa —. Esta vieja casa se fue a dormir largo tiempo atrás, como dijo el doctor;

pero es una tontería que usted finja ser vieja. Salga a la luz del día y oiga la verdad. Le he traído una palabra; es una palabra terrible, pero rompe el hechizo de su cautividad.

Ella no comprendía una palabra de lo que él decía, pero algo le hizo levantarse y dejarse conducir por el largo pasillo y escaleras arriba y al exterior, bajo el cielo del atardecer. Las ruinas de un jardín muerto se extendían hacia el mar; y una vieja fuente con la figura de un tritón, verde de moho, seguía allí, sin derramar nada de un cuerno seco a un estanque vacío. Él había visto con frecuencia ese desolado contorno delineado sobre el cielo crepuscular al pasar por allí, y le había parecido un tipo de fortuna perdida en más de un sentido. Sin duda, no pasaría mucho tiempo antes de que aquellas fuentes fueran llenadas, pero sería con las amargas aguas verde pálido del mar y las flores se ahogarían y se convertirían en algas marinas. O sea, se había dicho para sus adentros, la hija de los Darnaway en verdad podría casarse, pero se casaría con la muerte y un sino sordo y cruel como el mar. Pero ahora puso una mano sobre el tritón de bronce, una mano que parecía la de un gigante, y lo agitó como si quisiera arrancarlo igual que un ídolo o un dios maligno del jardín.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó ella tranquilamente—. ¿Cuál es esa palabra que nos liberará?

—La palabra es asesinato —dijo—, y la libertad que acarrea es fresca como las flores de primavera. No; no quiero decir que he asesinado a alguien. Pero el hecho de que cualquiera puede ser asesinado es, en si, una buena noticia, después de los sueños malignos en los que ha vivido usted. ¿No lo entiende? En ese sueño suyo todo lo que sucedía procedía de su interior; la maldición de los Darnaway estaba guardada en los Darnaway; se desplegaba como una flor horrible. No había escapatoria ni mediante un feliz accidente; todo era inevitable, ya fuera Vine y sus viejas historias o Barnet y su recién inventada herencia. Pero este hombre que ha muerto no ha sido víctima de una maldición mágica ni de una locura heredada. Ha sido asesinado; y para nosotros ese asesinato es simplemente un accidente; si, *requiescat in pace*, pero un feliz accidente. Es un rayo de luz, porque proviene del exterior.

Inesperadamente, ella sonrió.

—Sí, me parece que entiendo. Supongo que habla usted como un lunático; pero lo entiendo. Pero ¿quién le asesinó?

—No lo sé —respondió con calma—, pero el padre Brown sí. Y como dice el padre Brown, el asesinato al menos es cometido por la voluntad, que es libre como ese viento que viene del mar.

—El padre Brown es una persona maravillosa —dijo ella tras una pausa —. Él ha sido la única persona que ha iluminado mi existencia hasta que…

—¿Hasta que qué? —preguntó Payne, e hizo un movimiento casi impetuoso, inclinándose hacia ella, y empujó el monstruo de bronce de tal manera que pareció balancearse en su pedestal.

—Bueno, hasta que lo hizo usted —dijo ella, y sonrió otra vez.

Así fue despertado el palacio durmiente, y no forma parte de esta historia describir las fases de su despertar, aunque gran parte de ello había pasado antes de que la oscuridad de la noche hubiera caído sobre la orilla. Mientras Harry Payne se dirigía una vez más a su casa a través de aquella oscura arena que había cruzado en tantos estados de ánimo, se encontraba en el punto más elevado de la felicidad que le fue concedida en esta vida mortal, y todo el rojo mar de su interior estaba en la marea más alta. No habría tenido ninguna dificultad en pintar todo aquel lugar florido de nuevo y el tritón de bronce brillante como un dios de oro y la fuente derramando agua o vino. Pero toda esta luminosidad y ese florecimiento había sido desplegado ante él por la palabra «asesinato», y seguía siendo una palabra que él no comprendía. Lo había aceptado con los ojos cerrados, y no era imprudente; pues él era uno de los que poseen un sentido de la verdad.

Más de un mes más tarde Payne regresó a su casa de Londres para una cita con el padre Brown, llevando consigo la fotografía requerida. Su romance personal había prosperado y se iba adaptando a la sombra de una tragedia como aquella, y la propia sombra, por lo tanto, descansaba más ligeramente sobre él; pero era difícil verlo como nada más que la sombra de la fatalidad de una familia. Había estado muy ocupado en muchas cosas y no consiguió fotografiar el cuadro hasta que la casa de los Darnaway hubo reanudado su rutina algo severa y el retrato hacía tiempo había sido reinstalado en su lugar, en la biblioteca. Pero antes de enviarla al anticuario, como en un principio habían acordado, se la llevó al sacerdote que con tanta insistencia se la había pedido.

—No puedo entender su actitud en todo esto, padre Brown —dijo—. Actúa como si ya hubiera resuelto el problema usted solo.

El sacerdote meneó la cabeza tristemente.

—En absoluto —dijo—. Debo de ser muy estúpido y estoy atascado; atascado respecto al punto más práctico de todos. Es un asunto extraño; tan sencillo hasta cierto punto, y luego… Déjeme echar una mirada a esa fotografía, ¿quiere?

Se la acercó un momento a sus ojos cortos de vista y después dijo:

—¿Tiene una lupa?

Payne le entregó una, y el sacerdote miró atentamente con ella durante un rato y entonces dijo:

—Fíjese en el título de ese libro que está en el extremo de la estantería, al lado del marco; es *La historia del Papa Juan*. Ahora bien, me pregunto… si, sí, por Dios; y el de encima es algo sobre Islandia. ¡Dios mío! ¡Qué manera tan extraña de descubrirlo! ¡Qué tonto fui de no percatarme de ello cuando estuve allí!

—Pero ¿qué es lo que ha descubierto? —preguntó Payne impaciente.

—El último eslabón —respondió el padre Brown—. Y ya no estoy atascado. Sí, creo que se cómo fue esa lamentable historia del principio al fin.

—Pero ¿por qué? —insistió el otro.

—Porque —dijo el sacerdote con una sonrisa— la biblioteca de los Darnaway contenía libros acerca del Papa Juan e Islandia, por no mencionar otro que veo con el título que empieza *La religión de Federico*, que no es muy difícil de terminar.

Entonces, al ver la irritación del otro, su sonrisa desapareció y dijo más serio:

—En realidad, este último punto, aunque es el último eslabón, no es lo principal. Había muchas más cosas extrañas en el caso. Una de ellas es un hecho curioso. Déjeme empezar por decirle algo que quizá le sorprenda. Darnaway no murió a las siete de aquella tarde. Ya llevaba muerto un día entero.

—Sorprender es una palabra muy suave —dijo Payne—, ya que usted y yo le vimos después.

—No, no le vimos —replicó el padre Brown—. Creo que los dos le vimos, o creímos verle, ocupado enfocando su cámara. ¿No tenía la cabeza debajo de aquella capa negra cuando usted cruzó la habitación? La tenía cuando yo fui. Y por eso me pareció que había algo extraño en la habitación y la figura. No era que la pierna estuviera torcida, sino más bien que no lo estaba. Iba vestido con la misma clase de ropa oscura, pero si ve usted lo que cree que es un hombre de pie tal como lo hace otro hombre, le parecerá que es un extraño y que su postura es tensa.

—¿Quiere decir en serio —exclamó Payne con algo parecido a un escalofrío— que era un hombre desconocido?

—Era el asesino —dijo el padre Brown—. Ya había matado a Darnaway al amanecer y escondido el cadáver, y él mismo, en el cuarto oscuro; un escondite excelente, porque normalmente nadie entra allí o puede ver muy

poco si lo hace. Pero a las siete de la tarde lo dejó caer al suelo, claro, para que todo quedara explicado con la maldición.

—Pero no lo entiendo —observó Payne—. ¿Por qué no le mató a las siete, en lugar de cargar con un cadáver durante catorce horas?

—Déjeme hacerle otra pregunta —dijo el sacerdote—. ¿Por qué no se tomó ninguna fotografía? Porque el asesino se aseguró de matarle cuando se levantara, y antes de que pudiera tomarla. Era esencial para el asesino impedir que esa fotografía llegara al experto en antigüedades de los Darnaway.

Por un momento hubo un silencio repentino, y luego el sacerdote prosiguió en tono más bajo:

—¿No ve lo sencillo que es? Usted mismo ha vislumbrado esa posibilidad; pero es más sencillo aún de lo que creía. Usted dijo que un hombre podría maquillarse para parecerse a un viejo cuadro. Seguro que es más sencillo que un cuadro fuera falsificado para parecerse a un hombre. En otras palabras, es cierto que no existía ninguna maldición de los Darnaway. No existía cuadro viejo; no existía verso antiguo; no existía ninguna leyenda de un hombre que causó la muerte de su esposa. Pero si existía un hombre muy hábil y muy perverso que estaba dispuesto a causar la muerte de otro hombre para robarle su prometida esposa.

Inesperadamente, el sacerdote ofreció a Payne una triste sonrisa, como para tranquilizarle.

—Creo que piensa que me refiero a usted —dijo—, pero usted no era la única persona que merodeaba por aquella casa por razones sentimentales. Usted conoce al hombre, o más bien cree conocerle. Pero había profundidades en el hombre llamado Martin Wood, artista y anticuario, que ninguno de sus simples conocidos artísticos podía adivinar. Recuerde que fue llamado a la casa para comentar y catalogar los cuadros; en un antro aristocrático de esa clase, eso prácticamente significaba tan sólo decir a los Darnaway qué tesoros artísticos poseían. No les sorprendería que aparecieran cosas que ellos nunca habían observado. Había que hacerlo bien, y se hizo; quizá tenía razón cuando dijo que sino era de Holbein, era de alguien del mismo genio.

—Me siento aturdido —dijo Payne— y hay veinte cosas que no entiendo todavía. ¿Cómo sabía qué aspecto tenía Darnaway? ¿Cómo le mató realmente? Los médicos parecen bastante confundidos.

—Vi una fotografía que tenía la muchacha y que el australiano le envió antes de llegar —dijo el sacerdote—, y hay varias maneras en que habría podido saber cosas cuando el nuevo heredero fue reconocido. Nosotros podemos no conocer esos detalles, pero no había dificultades. Recuerde que

solía ayudar en el cuarto oscuro; me parece un lugar ideal, digamos que para pinchar a un hombre con un alfiler envenenado, teniendo tantos venenos a mano. No, no había dificultades. La dificultad que más me desconcertaba era cómo Wood podía estar en dos lugares al mismo tiempo. Cómo pudo sacar el cadáver del cuarto oscuro y apoyarlo en la cámara para que cayera al cabo de pocos segundos, sin bajar, cuando se encontraba en la biblioteca buscando un libro. Y fui tan necio que no miré nunca los libros de la biblioteca; y sólo al ver esta fotografía, por una inmerecida buena suerte, he comprendido el simple hecho de un libro acerca del Papa Juan.

—Se ha guardado el mejor enigma para el final —dijo Payne con frialdad —. ¿Qué demonios puede tener que ver el Papa Juan con esto?

—No se olvide del libro referente a algo de Islandia —aconsejó el sacerdote—, ni la religión de alguien llamado Federico. Sólo queda preguntar qué clase de hombre era el difunto lord Darnaway.

—¿Ah, sí?

—Era un excéntrico culto y divertido, creo —prosiguió el padre Brown—. Como era culto, sabía que no existía ese tal Papa Juan. Como era divertido, es muy probable que se le ocurriera el título de «Las serpientes de Islandia» o algo que no existiera. Me atrevo a reconstruir el tercer título como *La religión de Federico el Grande*, que tampoco existe. Entonces, ¿no le parece que podrían ser títulos escritos en lomos de libros inexistentes, o, en otras palabras, de una librería que no es una librería?

—Ah —exclamó Payne—, ahora entiendo lo que quiere decir. Había alguna escalera escondida…

—Que subía a la habitación que el propio Wood seleccionó como cuarto oscuro —dijo el sacerdote afirmando con la cabeza—. Lo siento. No podía evitarse. Es terriblemente vulgar y estúpido, tan estúpido como yo he sido en este caso tan vulgar. Pero nos vimos mezclados en una vieja historia real de la alta sociedad venida a menos y una mansión familiar desmoronada; y era demasiado esperar que pudiéramos escapar a tener un pasadizo secreto. Era un agujero de sacerdote, y yo merezco ser puesto en él.

AGATHA CHRISTIE
(1890-1976)

LA SOMBRA EN EL CRISTAL de *El misterioso señor Quin*

Hablar de Agatha Christie es hablar de la escritora de más éxito de la literatura inglesa de todos los tiempos. Ella creó no uno sino dos de los detectives de ficción más celebrados: el excéntrico belga Hércules Poirot y la simpática señorita Jane Marple de St. Mary's Mead. También creó al señor Parker Pyne, psicólogo aficionado y al señor Fixit; Tuppence y Tommy Beresford, una pareja que recuerdan vagamente a Nick y Nora Charles como los imaginó Noel Coward; y al señor Harley Quin, el héroe indefinido de la historia que sigue.

La maestría de Christie para describir escenarios situados en casas de campo inglesas es tan segura como para sugerir que ella los inventó. Su dominio de la trama de misterio es tan completa, que le hace preguntarse a uno por qué otros se han atrevido a escribir en esa forma después de ella. La suya era una pluma sumergida en oro. Una colección de antiguas listas de compra suyas probablemente agotaría una primera edición.

—Escuche esto —dijo lady Cynthia Drage.

Leyó en voz alta el periódico que tenía en las manos.

—«Esta semana, el señor y la señora Unkerton celebran una fiesta en su finca Greenways. Entre los invitados se encuentran lady Cynthia Drage, el señor y la señora Richard Scott, el comandante Porter (O.S.D.), la señora Staverton, el capitán Allenson y el señor Satterthwaite».

—Me gustaría saber —observó lady Cynthia, dejando el periódico— para qué estamos aquí. ¡Han hecho tan mal las cosas!

Su compañero, el mismo señor Satterthwaite cuyo nombre figuraba al final de la lista de invitados, la miró con aire interrogativo. Se decía que si el señor Satterthwaite se hallaba en las casas de esos ricos recién llegados, era señal o de que la cocina era inusualmente buena, o de que allí iba a desarrollarse un drama. Al señor Satterthwaite le interesaban de un modo anormal las comedias y tragedias de los demás.

Lady Cynthia, que era una mujer de mediana edad, facciones duras y pródiga con el maquillaje, le dio unos hábiles golpecitos con lo último en parasoles que tenía sobre las rodillas.

—No finja que no me entiende. Me entiende perfectamente. Es más, creo que está usted aquí adrede para ver algo extraordinario.

El señor Satterthwaite protestó enérgicamente. No sabía de qué hablaba aquella mujer.

—Hablo de Richard Scott. ¿Pretende decirme que nunca ha oído hablar de él?

—No, claro que no. Es el hombre que se dedica a la caza mayor, ¿no?

—Eso es: «grandes osos y tigres, etc.», como dice la canción. Claro que ahora que él mismo es un gran león, los Unkerton naturalmente deben de estar locos por cazarle… ¡y su esposa! Una chiquilla encantadora… ¡oh, sí!, encantadora… pero tan ingenua, sólo tiene veinte años, y él debe de tener al menos cuarenta y cinco.

—La señora Scott me parece encantadora —dijo el señor Satterthwaite con calma.

—Sí, pobrecita.

—¿Por qué pobrecita?

Lady Cynthia le lanzó una mirada de reproche, y siguió abordando el asunto en cuestión a su manera.

—Porter está bien… aunque es un poco aburrido… otro de estos cazadores africanos, quemado por el sol y silencioso. Inseparable de Richard Scott y siempre han sido… amigos de toda la vida y todo eso. Ahora que lo pienso, creo que estaban juntos en aquel viaje… —¿Qué viaje?

—«El» viaje. El viaje de la señora Staverton. Ahora me dirá que nunca ha oído hablar de la señora Staverton.

—Si, he oído hablar de la señora Staverton —dijo el señor Satterthwaite, casi con desgana.

Y él y lady Cynthia intercambiaron una mirada. —Es igual que los Unkerton —se lamentó la segunda—, son del todo imposibles. Socialmente, quiero decir. ¡Invitar a esos dos juntos! Desde luego, saben que la señora Staverton es una mujer deportista y viajera y todo eso, y conocen su libro. ¡La gente como los Unkerton no se dan cuenta de los peligros que existen! El año pasado yo misma me ocupé un poco de ellos, y lo que sufrí no lo sabe nadie. Constantemente hay que estarles encima: «¡No haga eso! ¡No puede hacer aquello!». Gracias a Dios, ya no lo hago. No es que nos hayamos peleado, ¡oh!, no, yo nunca me peleo; pero otro se ha hecho cargo de esa tarea. Como siempre he dicho, puedo tolerar la vulgaridad, pero no soporto la mezquindad.

Después de esta explicación algo críptica, lady Cynthia permaneció en silencio unos momentos, reflexionando acerca de la mezquindad de los Unkerton tal como se manifestaba ante ella.

—Si aún me ocupara de ellos —prosiguió—, les habría dicho firme y claramente: «No pueden invitar a la señora Staverton y a los Scott. Ella y Richard en otro tiempo…».

Hizo una elocuente pausa.

—¿De veras ellos dos…? —preguntó el señor Satterthwaite.

—¡Mi querido amigo! Es de sobra conocido. ¡Aquel viaje al interior! Me sorprende que esa mujer haya tenido el valor de aceptar la invitación.

—Tal vez no sabía que los otros venían —sugirió el señor Satterthwaite.

—O tal vez sí. Es mucho más probable.

—Cree usted…

—Es lo que yo llamo una mujer peligrosa… de ésas que no se detienen ante nada. ¡No me gustaría estar en la piel de Richard Scott este fin de semana! —¿Y cree usted que su esposa no sabe nada?

—Estoy segura de ello. Pero supongo que algún amigo la instruirá tarde o temprano. Ahí está Jimmy Allenson. Qué joven tan agradable. Me salvó la vida en Egipto, el invierno pasado… me aburría tanto… Hola, Jimmy, ven aquí enseguida.

El capitán Allenson obedeció, dejándose caer en el césped, al lado de ella. Se trataba de un apuesto joven de treinta años, con una dentadura muy blanca y una sonrisa contagiosa.

—Me alegro de que alguien me quiera —dijo—. Los Scott están como dos tortolitos, y cuando hay tres, sobra uno. Porter está devorando el campo, y yo he corrido el peligro mortal de ser atrapado por mi anfitriona.

Se rió. Lady Cynthia rió con él. El señor Satterthwaite, que en ciertos aspectos era un poco anticuado, tanto como para no burlarse de sus anfitriones hasta al menos haber salido de su casa, permaneció serio.

—Pobre Jimmy —dijo lady Cynthia.

—«No pienses por qué, pero escapa veloz». He escapado por los pelos a que me contara la historia del fantasma de la familia.

—¿Los Unkerton tienen un fantasma? —exclamó lady Cynthia—. Qué horrible.

—No es de los Unkerton —intervino el señor Satterthwaite—. Es un fantasma de Greenways. Lo compraron con la casa.

—Por supuesto —dijo lady Cynthia—. Ahora lo recuerdo. Pero no arrastra cadenas, ¿verdad? Sólo tiene algo que ver con una ventana.

Jimmy Allenson levantó la vista rápidamente.

—¿Una ventana?

Pero el señor Satterthwaite no respondió. Miraba por encima de la cabeza de Jimmy las tres figuras que se acercaban desde la casa: una esbelta muchacha entre dos hombres. Había cierto parecido superficial entre los hombres; ambos eran altos y morenos, con el rostro bronceado y los ojos vivos, pero cuando estuvieron más cerca, el parecido desapareció.

Richard Scott, cazador y explorador, era un hombre de una personalidad extraordinariamente fuerte. Tenía una actitud que irradiaba magnetismo. John Porter, su amigo y compañero de caza, era un hombre de complexión más robusta, con el rostro impasible y ojos grises muy pensativos. Era un hombre callado, que se contentaba siempre con permanecer a la sombra de su amigo.

Y entre los dos hombres caminaba Moira Scott, quien, hasta tres meses antes, había sido Moira O’Connell, una figura esbelta, con ojos castaños grandes y tristes, y cabello rubio que le rodeaba el menudo rostro como la aureola de una santa.

—Esa muchacha no debe resultar lastimada —dijo el señor Satterthwaite como para si—. Sería abominable que una chiquilla como ella sufriera algún daño.

Lady Cynthia dio la bienvenida a los recién llegados haciendo ondear lo último en parasoles.

—Siéntense y no interrumpan —dijo—. El señor Satterthwaite nos está contando una historia de fantasmas.

—Me encantan las historias de fantasmas —dijo Moira Scott. Se sentó en la hierba.

—¿La historia del fantasma de Greenways? —preguntó Richard Scott.

—Sí, ¿la conoce?

Scott asintió con la cabeza.

—En los viejos tiempos viví aquí —explicó—. Antes de que los Elliot tuvieran que venderla. El «caballero vigilante», ¿no?

—«El caballero vigilante» —dijo su esposa con voz suave—. Me gusta. Suena interesante. Por favor, continúe.

Pero el señor Satterthwaite no parecía predispuesto a hacerlo. Le aseguró que en realidad no era nada interesante.

—La acaba de hacer interesante, Satterthwaite —dijo Richard sardónicamente—. Esa insinuación de desgana lo refuerza.

En respuesta al clamor popular, el señor Satterthwaite se vio forzado a hablar.

—Realmente es muy poco interesante —dijo a modo de disculpa—. Creo que la historia original gira en torno a un Caballero, antepasado de la familia Elliot. Su esposa tenía un amante cabeza pelada[1]. El esposo fue muerto por el amante en una habitación del piso de arriba, y la pareja culpable huyó; pero cuando huían, miraron atrás hacia la casa, y vieron el rostro del marido muerto en la ventana, que les miraba. Ésa es la leyenda, pero la historia del fantasma sólo tiene que ver con un cristal de la ventana de esa habitación concreta, en el que hay una mancha irregular, casi imperceptible de cerca, pero que de lejos sin duda da la impresión de ser la cara de un hombre que mira por la ventana.

—¿Qué ventana es? —preguntó la señora Scott, levantando los ojos hacia la casa.

—Desde aquí no se ve —dijo el señor Satterthwaite—. Está al otro lado, pero la taparon por dentro hace unos años… cuarenta, creo, para ser exactos.

—¿Por qué lo hicieron? Creía que había dicho que el fantasma no se movía.

—No lo hace —la tranquilizó el señor Satterthwaite—. Supongo… bueno, supongo que llegaron a tener una sensación supersticiosa al respecto, eso es todo.

Entonces, con gran habilidad, consiguió desviar la conversación. Jimmy Allenson estaba dispuesto a hablar largamente de los adivinadores egipcios.

—Un fraude, la mayoría de ellos. Siempre te dicen cosas vagas respecto al pasado, pero no se comprometen respecto al futuro.

—Habría dicho que solía ser al revés —observó John Porter.

—Es ilegal vaticinar el futuro en este país, ¿verdad? —preguntó Richard Scott—. Moira persuadió a una gitana para que le leyera el futuro, pero la mujer le devolvió su chelín, y dijo que no podía hacer nada, o decir nada, en realidad.

—Quizá vio algo tan terrible que no quiso decírmelo —intervino Moira.

—No exagere, señora Scott —dijo Allenson con ligereza—. Yo, por lo menos, me niego a creer que se cierna sobre usted un futuro desgraciado.

—Quién sabe —dijo el señor Satterthwaite entre dientes—. Quién sabe.

Entonces levantó la vista con rapidez. Se acercaban dos mujeres procedentes de la casa; una mujer baja y robusta, con el cabello negro, inapropiadamente vestida en color verde jade, y una figura alta y delgada vestida en color marfil. La primera mujer era su anfitriona, la señora Unkerton; la segunda era una mujer de la que él había oído hablar pero a la que no conocía personalmente.

—Aquí está la señora Staverton —anunció la señora Unkerton, en tono de gran satisfacción—. Todos son amigos, me parece.

—Esta gente tiene el extraño don de decir las cosas más horribles que pueden —murmuró lady Cynthia, pero el señor Satterthwaite no le escuchaba. Estaba mirando a la señora Staverton.

Muy natural, su desenvuelto:

—Hola, Richard, hace siglos que no nos vemos. Siento no haber podido ir a la boda. ¿Es tu esposa? Debe de estar harta de conocer a los viejos amigos de su esposo, todos ellos tan curtidos por la intemperie.

La respuesta de Moira… apropiada, más bien tímida. La mirada rápida de apreciación de la mujer mayor pasó pronto a otro viejo amigo.

—¡Hola, John!

El mismo tono desenvuelto, pero con una sutil diferencia en él: un matiz caluroso que no había existido antes.

Y aquella sonrisa repentina. La transformó. Lady Cynthia tenía razón. ¡Era una mujer peligrosa! Muy rubia, ojos de un azul profundo, no el tono

tradicional de las sirenas, un rostro casi desmejorado en reposo. Una mujer que arrastraba la voz y que poseía una inesperada sonrisa deslumbrante.

Iris Staverton se sentó. Se convirtió, natural e inevitablemente, en el centro del grupo. Y así, parecía, sería siempre.

El señor Satterthwaite fue sacado de su ensimismamiento por el comandante Porter, que le sugirió ir a dar un paseo. El señor Satterthwaite, que por regla general no era muy dado a pasear, accedió. Los dos hombres se alejaron juntos por el césped.

—Muy interesante la historia que acaba de contarnos —dijo el comandante Porter.

—Le mostraré la ventana —dijo el señor Satterthwaite.

Le condujo al lado oeste de la casa. Había allí un pequeño jardín convencional, el Jardín Privado, como siempre se le había denominado; este nombre tenía su razón de ser, pues el jardín estaba rodeado de un alto seto de acebo y su entrada discurría en zigzag entre el mismo seto.

Por dentro era encantador, con parterres de flores, senderos enlosados y un banco bajo de piedra, exquisitamente tallado. Cuando llegaron al centro del jardín, el señor Satterthwaite se volvió y señaló hacia la casa. La casa Greenways iba de norte a sur. En esta estrecha pared del oeste sólo había una ventana, en el primer piso, casi cubierta de hiedra y con los cristales mugrientos; apenas si se veía que estaba tapada con tablas por dentro.

—Ahí está —dijo el señor Satterthwaite.

Estirando un poco el cuello, Porter miró hacia allí.

—Mmm, veo un poco de decoloración en uno de los cristales, nada más.

—Estamos demasiado cerca —dijo el señor Satterthwaite—. Más arriba, en el bosque, hay un claro desde donde se ve bien.

Guiando Satterthwaite el camino, salieron del Jardín Privado, torcieron a la izquierda y entraron en el bosque. Cierto entusiasmo de guía se apoderó de él, y no se fijó en que el hombre que iba a su lado se mostraba ausente y apenas le escuchaba.

—Por supuesto, tuvieron que hacer otra ventana, cuando taparon ésta —explicó—. La nueva está orientada al sur, y da al césped donde ahora estábamos sentados. Me parece que los Scott tienen esta habitación. Por eso no quería seguir con este asunto. La señora Scott podría haberse puesto nerviosa si se daba cuenta de que dormía en lo que podría llamarse la habitación encantada.

—Sí, entiendo —dijo Porter.

El señor Satterthwaite le miró abiertamente, y se dio cuenta de que el otro hombre no había oído ni una palabra de lo que él decía.

—Muy interesante —dijo Porter. Golpeó con su bastón los altos tallos ate unas flores y, frunciendo el ceño, dijo—: Ella no debería haber venido. No debería haber venido nunca.

La gente a menudo hablaba de esta manera al señor Satterthwaite. A éste parecía importarle muy poco, tener una personalidad tan negativa.

—No, no debería haber venido.

El señor Satterthwaite supo instintivamente que no se refería a la señora Scott.

—¿Cree usted que no? —preguntó.

Porter meneó la cabeza como si presintiera algo malo.

—Yo estaba en ese viaje —dijo de pronto—. Fuimos los tres. Scott y yo e Iris. Ella es una mujer maravillosa, y buena tiradora. —Hizo una pausa—. ¿Qué les hizo invitarla? —terminó bruscamente.

El señor Satterthwaite se encogió de hombros.

—La ignorancia —dijo.

—Habrá problemas —dijo el otro—. Debemos mantenernos alerta… y hacer lo que podamos.

—Pero seguro que la señora Staverton…

—Hablo de Scott. —Se interrumpió—. Hay que pensar en la señora Scott.

El señor Satterthwaite había estado pensando en ella todo el rato, pero no le pareció necesario decirlo, ya que el otro hombre se había olvidado tan claramente de ella hasta este momento.

—¿Cómo conoció Scott a su esposa? —preguntó.

—El invierno pasado, en El Cairo. Un asunto rápido. Al cabo de tres semanas estaban comprometidos, y casados al cabo de seis.

—Me parece una mujer encantadora.

—Lo es, no cabe duda. Y él la adora; pero eso no cambiará nada. —Y el comandante Porter repitió como para si—: Al diablo con todo, no debería haber venido.

En aquel momento salieron a un elevado montículo herboso que se hallaba a cierta distancia de la casa. Con algo del orgullo del guía, el señor Satterthwaite extendió el brazo.

—Mire —dijo.

Estaba oscureciendo con rapidez. La ventana aún podía divisarse bien, y aparentemente apretada a uno de los cristales se veía la cara de un hombre tocado con un sombrero con plumas.

—Muy curioso —dijo Porter—. Realmente muy curioso. ¿Qué ocurrirá cuando ese cristal se rompa algún día?

El señor Satterthwaite sonrió.

—Esa es una de las partes más interesantes de la historia. Ese cristal ha sido sustituido, que yo sepa, al menos once veces, quizá más. La última vez fue hace doce años, cuando el nuevo propietario de la casa decidió destruir el mito. Pero siempre ocurre lo mismo. La mancha reaparece; no enseguida, la decoloración se extiende gradualmente. Por regla general tarda uno o dos meses.

Por primera vez, Porter dio señales de auténtico interés. Sintió un escalofrío.

—Son muy extrañas, estas cosas. No tienen explicación. ¿Cuál es la verdadera razón de que esté tapada por dentro?

—Bueno, se creó la idea de que la habitación traía… traía mala suerte. Los Evesham estuvieron en ella poco antes de su divorcio. Luego, Stanley y su esposa se alojaban aquí, y tenían esa habitación cuando él huyó con una corista.

Porter alzó las cejas.

—Entiendo. Peligro, no para la vida, sino para la moral.

—Y ahora —dijo el señor Satterthwaite como para sus adentros—, la tienen los Scott. Me pregunto…

Dieron media vuelta y regresaron en silencio a la casa. Caminaban casi sin hacer ruido por el suave césped, absorto cada uno en sus propios pensamientos. Al dar la vuelta a la esquina del seto de acebo, oyeron la voz de Iris Staverton, que se elevaba fiera y clara desde las profundidades del Jardín Privado, y escucharon sin querer:

—¡Lo lamentarás! ¡Lamentarás esto!

Respondió la voz de Scott, baja e insegura, y sus palabras no pudieron distinguirse; luego, la voz de la mujer se elevó otra vez, pronunciando unas palabras que serían recordadas más tarde.

—Los celos… conducen al Diablo…, ¡son el Diablo! Pueden conducir al asesinato. Ten cuidado, Richard; por el amor de Dios, ten cuidado.

Y dicho esto, salió del Jardín Privado, delante de ellos, y dio la vuelta a la esquina de la casa sin verles, caminando de prisa, casi corriendo, como una mujer atormentada y perseguida.

El señor Satterthwaite pensó de nuevo en las palabras de lady Cynthia. Una mujer peligrosa. Por primera vez, tuvo una premonición de tragedia, que se aproximaba veloz e inexorable.

Sin embargo, aquella noche se sintió avergonzado de sus temores. Todo parecía normal y agradable. La señora Staverton, con su alegre despreocupación, no daba muestras de tensión. Moira Scott se mostró encantadora y no parecía afectada. El propio Richard Scott parecía estar de buen humor.

La persona con aspecto más preocupado era la robusta señora Unkerton. Se confió largamente al señor Satterthwaite.

—Considérelo una tontería, si quiere, pero hay algo que me produce piel de gallina. Y se lo diré con franqueza, he enviado a buscar al cristalero, sin que lo sepa Ned.

—¿El cristalero?

—Para que ponga un cristal nuevo en aquella ventana. Todo está muy bien. Ned está orgulloso de ello… dice que le da tono a la casa. A mi no me gusta. Se lo digo claramente. Pondremos un sencillo cristal moderno, sin ninguna historia horrible.

—Olvida usted —dijo el señor Satterthwaite—, o quizá no lo sabe, que la mancha reaparece.

—Puede que sea así —dijo la señora Unkerton—. Lo único que puedo decir es que si lo hace, va contra la naturaleza.

El señor Satterthwaite alzó las cejas, pero no dijo nada.

—¿Y qué, si lo hace? —prosiguió la señora Unkerton desafiante—. No estamos tan arruinados, Ned y yo, como para que no podamos pagar un nuevo cristal cada mes… o cada semana, si fuera necesario.

El señor Satterthwaite no respondió al reto. Había visto demasiadas cosas que se derrumbaban ante el poder del dinero para creer que un Caballero fantasma pudiera vencer en una lucha con éste. No obstante, le interesaba la intranquilidad manifiesta de la señora Unkerton. Ni siquiera ella estaba exenta de la tensión que reinaba en el ambiente; sólo que ella lo atribuía a una historia de fantasmas y no al choque de personalidades entre sus invitados.

El señor Satterthwaite estaba predestinado a oír aún otro fragmento de conversación que arrojó luz sobre la situación. Subía la ancha escalera para ir a acostarse. John Porter y la señora Staverton estaban juntos, sentados en un rincón del gran vestíbulo. Ella hablaba con débil irritación.

—No tenía ni idea de que los Scott estarían aquí. Si lo hubiera sabido, no habría venido; pero te aseguro, mi querido John, que ahora que estoy aquí, no voy a huir.

El señor Satterthwaite pasó de largo y no oyó más. Pensó para sus adentros: «Me pregunto, ¿cuánto de ello es cierto? ¿Lo sabía ella? ¿Qué

pasará?».

Meneó la cabeza.

A la luz clara de la mañana, le pareció que quizá había sido un poco melodramático en sus fantasías de la noche anterior. Un momento de tensión, si, cierto, inevitable dadas las circunstancias, pero nada más. La gente se adapta. Su suposición de que se cernía alguna gran catástrofe no era más que consecuencia de los nervios, puros nervios, o posiblemente el hígado. Si, eso era, el hígado. Tenía que estar en Carlsbad al cabo de quince días.

Al atardecer propuso ir a dar un pequeño paseo cuando empezaba a oscurecer. Sugirió al comandante Porter subir al claro y ver si la señora Unkerton había cumplido su palabra y había hecho cambiar el cristal de la ventana. Dijo:

—Ejercicio, eso es lo que necesito. Ejercicio.

Los dos hombres caminaron lentamente por el bosque. Porter, como de costumbre, se mostraba taciturno.

—No puedo evitar sentir —dijo el señor Satterthwaite, locuaz— que ayer fuimos un poco alocados en nuestras figuraciones. Lo de esperar… problemas, ya sabe. Al fin y al cabo, la gente tiene que comportarse, tragarse sus sentimientos y todo eso.

—Tal vez —dijo Porter. Al cabo de uno o dos minutos añadió—: La gente civilizada.

—¿A quién se refiere?

—La gente que ha vivido fuera de la civilización durante mucho tiempo a veces retrocede. Vuelve atrás, o como lo llamen.

Salieron al montículo de hierba. El señor Satterthwaite respiraba bastante deprisa. Nunca le gustaba ir colina arriba.

Miró hacia la ventana. El rostro seguía allí, más real que nunca.

—Nuestra anfitriona se ha arrepentido, por lo que veo.

Porter sólo echó una mirada rápida.

—Unkerton se habrá enojado, supongo —dijo con indiferencia—. Es de esos hombres que se enorgullecen de tener otro fantasma familiar, y no va a correr el riesgo de que se lo lleven después de haber pagado por él.

Permaneció en silencio unos minutos, mirando fijamente no la casa, sino la espesa vegetación que les rodeaba.

—¿No se le ha ocurrido nunca pensar —dijo— que la civilización es muy peligrosa?

—¿Peligrosa?

Esta observación revolucionaria sorprendió grandemente al señor Satterthwaite.

—Sí. No hay válvulas de seguridad.

Se volvió bruscamente, y descendieron por el sendero por el que habían subido.

—Realmente no le entiendo —dijo el señor Satterthwaite avanzando con pasos ligeros para seguir las zancadas del otro hombre—. La gente razonable…

Porter se rió. Una risa breve y desconcertante. Luego, miró al correcto caballero que iba a su lado.

—¿Cree que son tonterías por mi parte, señor Satterthwaite? Pero hay gente que puede decir cuándo se avecina una tormenta. Lo perciben en el aire. Y otras personas pueden predecir los problemas. Ahora se avecinan problemas, señor Satterthwaite, problemas graves. Pueden llegar en cualquier momento. Puede…

Se detuvo en seco, agarrando el brazo del señor Satterthwaite. Y en aquel instante de silencio se oyó el sonido de dos disparos y, a continuación, un grito, un grito de mujer.

—¡Dios mío! —exclamó Porter—. Ya están aquí.

Corrió por el sendero, jadeando el señor Satterthwaite detrás de él. En un minuto llegaron al césped, cerca del seto del Jardín Privado. Al mismo tiempo, Richard Scott y el señor Unkerton doblaron la esquina opuesta de la casa. Se detuvieron frente a frente uno de otro, a derecha e izquierda de la entrada del Jardín Privado.

—Ha… ha venido de aquí —dijo Unkerton, señalando con mano floja.

—Hemos de verlo —dijo Porter.

Fue el primero en entrar en el recinto. Cuando dio la vuelta al último recodo del seto de acebo, se detuvo en seco. El señor Satterthwaite miró por encima del hombro. Un grito escapó de Richard Scott.

Había tres personas en el Jardín Privado. Dos de ellas yacían en el césped, cerca del banco de piedra; eran un hombre y una mujer. La tercera era la señora Staverton. Estaba de pie muy cerca de ellos, junto al seto de acebo, con ojos aterrorizados y sosteniendo algo en la mano derecha.

—Iris —exclamó Porter—. ¡Iris, por el amor de Dios! ¿Qué tienes en la mano?

Entonces ella bajó la mirada, con una especie de asombro e indiferencia increíble.

—Es una pistola —dijo perpleja. Y luego, después de lo que pareció un rato interminable pero que en realidad no fueron más que unos segundos, añadió—: Yo… la he cogido del suelo.

El señor Satterthwaite se había acercado a Unkerton y Scott, que estaban arrodillados en la hierba.

—Un médico —murmuró el último—. Hemos de avisar a un médico.

Pero era demasiado tarde para ningún médico. Jimmy Allenson, que se había lamentado de que los adivinadores no se comprometían con sus predicciones, y Moira Scott, a quien una gitana había devuelto un chelín, yacían inmóviles para siempre.

Richard Scott efectuó un breve reconocimiento. El nervio de acero del hombre se demostró en esos momentos de crisis. Tras el primer grito de agonía, recuperó el control de sí mismo.

Dejó con suavidad a su esposa de nuevo en el suelo.

—Un tiro en la espalda —dijo escuetamente—. La bala la ha atravesado.

Entonces examinó a Jimmy Allenson. Tenía una herida en el pecho y la bala estaba alojada en el cuerpo.

John Porter se acercó a ellos.

—No hay que tocar nada —dijo con seriedad—. La policía debe verlo todo exactamente como está ahora.

—La policía —dijo Richard Scott.

Sus ojos se iluminaron con un brillo repentino al mirar a la mujer que se hallaba junto al seto de acebo. El hombre dio un paso en aquella dirección, pero John Porter se movió al mismo tiempo para impedirle el paso. Por un momento pareció que se producía un duelo de ojos entre los dos amigos.

Porter meneó la cabeza muy despacio.

—No, Richard —dijo—. Lo parece… pero estás equivocado.

Richard Scott habló con dificultad, humedeciéndose los labios.

—Entonces, ¿por qué tiene eso en la mano?

Iris Staverton repitió, en el mismo tono apagado:

—Yo… la he cogido del suelo.

—La policía —dijo Unkerton poniéndose de pie—. Debemos avisar a la policía enseguida. ¿Telefonea usted, Scott? Alguien debería quedarse aquí… sí, estoy seguro de que alguien debería quedarse aquí.

Con su actitud caballerosa de costumbre, el señor Satterthwaite se ofreció a hacerlo. Su anfitrión aceptó la oferta con alivio manifiesto.

—Las señoras —dijo—. Tengo que dar la noticia a las señoras, lady Cynthia y mi querida esposa.

El señor Satterthwaite se quedó en el Jardín Privado contemplando el cuerpo de Moira Scott.

—Pobrecilla —dijo para sus adentros—. Pobrecilla.

Pensó en el daño que los hombres hacen sin querer. Porque ¿no era Richard Scott en cierto modo responsable de la muerte de su inocente esposa? Colgarían a Iris Staverton, suponía, aunque no le gustaba pensar en ello, pero ¿no tenía él al menos parte de la culpa? La maldad de los hombres…

Y la muchacha, la muchacha inocente, lo había pagado.

La miró con profunda lástima. Su rostro menudo, tan pálido y melancólico, una media sonrisa en sus labios inertes. El cabello rubio, despeinado; la delicada oreja. Había una mancha de sangre en el lóbulo. Con la sensación interna de ser detective, el señor Satterthwaite dedujo que allí había habido un pendiente, que había sido arrancado al caer la muchacha. Estiró el cuello hacia adelante. Si, tenía razón, de la otra oreja colgaba una pequeña perla.

Pobrecita, pobrecita.

—Y ahora, señor —dijo el inspector Winkfield.

Se encontraban en la biblioteca. El inspector, un hombre de cuarenta y tantos años, enérgico y con aspecto de ser sagaz, concluía sus investigaciones. Había interrogado a casi todos los invitados, y tenía ya casi decidido el caso. En aquel momento estaba escuchando lo que el comandante Porter y el señor Satterthwaite tenían que decir. El señor Unkerton estaba sentado en una silla, mirando con los ojos muy abiertos la pared de enfrente.

—Por lo que entiendo, caballeros —dijo el inspector—, habían ido a dar un paseo. Regresaban a la casa por un sendero que discurre por el lado izquierdo de lo que llaman el Jardín Privado. ¿Es correcto eso?

—Sí, inspector.

—¿Oyeron dos disparos y el grito de una mujer?

—Sí.

—Entonces corrieron tan de prisa como pudieron, salieron de los bosques y se dirigieron hacia la entrada del Jardín Privado. Si alguien hubiera salido de ese jardín y torcido a la derecha, se habría tropezado con el señor Unkerton y el señor Scott. Si hubiera girado a la izquierda, ustedes le habrían visto. ¿Es correcto eso?

—En efecto —dijo el comandante Porter. Estaba muy pálido.

—Bien —dijo el inspector—. Entonces, el señor y la señora Unkerton y lady Cynthia Drage estaban sentados en el césped, el señor Scott se encontraba en la sala de billar, que da a ese césped. A las seis y diez, la señora Staverton ha salido de la casa, ha hablado un poco con los que se encontraban allí, y ha dado la vuelta a la casa para dirigirse hacia el Jardín Privado. Dos minutos más tarde, se han oído los disparos. El señor Scott ha salido precipitadamente de la casa y, junto con el señor Unkerton, ha corrido al Jardín Privado. Al mismo tiempo, usted y el señor… Satterthwaite han llegado procedentes de la dirección contraria. La señora Staverton estaba en el Jardín Privado con una pistola en la mano con la que se habían efectuado dos disparos. Tal como yo lo veo, ella ha disparado primero a la señora desde atrás, mientras ésta se encontraba sentada en el banco. Entonces, el capitán Allenson se ha levantado y ha acudido a ella, y ha recibido un disparo en el pecho cuando se acercaba. Entiendo que existió un… una relación previa entre ella y el señor Richard Scott…

—Eso es mentira —dijo Porter.

Su voz sonó áspera y desafiante. El inspector no dijo nada, se limitó a menear la cabeza.

—¿Qué historia cuenta ella? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Dice que ha ido al Jardín Privado para estar un rato tranquila. Justo antes de dar la vuelta al último seto ha oído los disparos. Se ha acercado, ha visto la pistola a sus pies y la ha recogido. Nadie se ha cruzado con ella, y ella no ha visto a nadie en el jardín más que a las dos víctimas. —El inspector hizo una elocuente pausa—. Esto es lo que ella dice… y aunque la he prevenido, ha insistido en efectuar una declaración.

—Si ella ha dicho eso —intervino el comandante Porter, su rostro aún tremendamente pálido—, es que es verdad. Conozco a Iris Staverton.

—Bien, señor —dijo el inspector—, habrá mucho tiempo para hablar de todo ello más tarde. Entretanto, tengo que cumplir con mi deber.

Con un movimiento brusco, Porter se volvió al señor Satterthwaite.

—¡Usted! ¿No puede ayudar? ¿No puede hacer nada?

El señor Satterthwaite no pudo evitar sentirse inmensamente halagado. Habían acudido a él, el más insignificante de los hombres, y nada menos que John Porter.

Iba a dar una respuesta pesarosa cuando entró el mayordomo, Thompson, con una tarjeta en una bandeja que ofreció a su amo con una tos a modo de disculpa. El señor Unkerton seguía sentado en una silla, encogido, sin participar en la escena.

—He dicho al caballero que probablemente no podría verle, señor —dijo Thompson—, pero ha insistido en que tenía una cita y que era sumamente urgente.

Unkerton cogió la tarjeta.

—El señor Harley Quin —leyó—. Ya me acuerdo, tenía que verme por un asunto de un cuadro. Le había citado, pero tal como están las cosas…

Pero el señor Satterthwaite se había acercado.

—¿El señor Harley Quin, dice usted? —preguntó—. Qué extraordinario, qué extraordinario. Comandante Porter, me ha preguntado si podía ayudar. Creo que puedo. Este tal señor Quin es amigo mío… o debería decir conocido. Es un hombre de lo más asombroso.

—Uno de estos aficionados a resolver crímenes, supongo —observó el inspector con desdén.

—No —dijo el señor Satterthwaite—. No es de esa clase de hombres. Pero tiene un poder, el poder casi misterioso de mostrar lo que uno ha visto con sus propios ojos, de aclarar lo que uno ha oído con sus propios oídos. Hagámosle un bosquejo del caso, y oigamos lo que tenga que decir, por lo menos.

El señor Unkerton miró al inspector, quien se limitó a soltar un bufido y mirar hacia el techo. Entonces, el primero hizo un breve gesto afirmativo a Thompson, que salió de la habitación y volvió con un extraño, alto y delgado.

—¿El señor Unkerton? —El extraño le estrechó la mano—. Lamento molestarle en este momento. Dejaremos nuestra pequeña charla sobre pintura para otra ocasión. ¡Ah, mi amigo, el señor Satterthwaite! ¿Aficionado a los dramas como siempre?

Una débil sonrisa asomó a los labios del extraño cuando pronunció estas palabras.

—Señor Quin —dijo el señor Satterthwaite—, aquí se ha producido un drama; estamos inmersos en él. Me gustaría, y a mi amigo el comandante Porter también le gustaría, conocer su opinión al respecto.

El señor Quin se sentó. La lámpara con pantalla roja arrojaba un ancho ángulo de luz de color sobre su abrigo a cuadros y dejaba su rostro en sombras casi como si llevara una máscara.

Sucintamente, el señor Satterthwaite recitó los puntos principales de la tragedia. Luego, hizo una pausa, jadeante, esperando las palabras del oráculo.

Pero el señor Quin se limitó a menear la cabeza.

—Una triste historia —dijo—. Una tragedia muy triste y asombrosa. La falta de motivos la hace muy misteriosa.

Unkerton le miraba fijamente.

—No lo entiende —dijo—. Oyeron a la señora Staverton amenazar a Richard Scott. Estaba amargamente celosa de su esposa. Los celos…

—Estoy de acuerdo —interrumpió el señor Quin—. Celos o posesión demoníaca. Es lo mismo. Pero me ha interpretado mal. No me refería al asesinato de la señora Scott, sino al del capitán Allenson.

—Tiene razón —gritó Porter, acercándose—. Ahí hay algo que no concuerda. Si Iris alguna vez hubiera tenido intención de disparar a la señora Scott, lo habría hecho cuando ésta se encontraba sola. No, esta pista es errónea. Y creo que veo otra solución. Sólo esas tres personas fueron al Jardín Privado. Eso es indiscutible, y no pretendo discutirlo. Pero reconstruyo la tragedia de manera diferente. Supongamos que Jimmy Allenson dispara primero a la señora Scott y después se dispara a sí mismo. Es posible, ¿no? La pistola le resbala de la mano cuando él cae… la señora Staverton la encuentra en el césped y la recoge tal como ha dicho. ¿Qué les parece?

El inspector meneó la cabeza.

—No sirve, comandante Porter. Si el capitán Allenson hubiera disparado tan cerca de su cuerpo, la ropa habría estado chamuscada.

—Quizá sostenía la pistola con el brazo apartado del cuerpo.

—¿Por qué iba a hacerlo? No tiene sentido. Además, no hay motivo.

—Podría haber perdido la cabeza repentinamente —murmuró Porter sin gran convicción. Volvió a quedar en silencio, levantándose de pronto para decir con aire desafiante—: ¿Qué me dice, señor Quin?

Éste meneó la cabeza.

—No soy mago. Ni siquiera criminólogo. Pero les diré una cosa: creo en el valor de las impresiones. En toda crisis, siempre hay un momento que destaca sobre los demás, una imagen que permanece cuando todo lo demás se ha evaporado. Es probable, creo, que el señor Satterthwaite haya sido el observador con menos prejuicios de los presentes. ¿Quiere recordar, señor Satterthwaite, y decimos el momento que le ha producido una impresión más fuerte? ¿Ha sido al oír los disparos? ¿Ha sido al ver los cuerpos muertos? ¿Ha sido al observar la pistola que tenía la señora Staverton en la mano? Aleje de su mente cualquier escala de valores preconcebida, y hable.

El señor Satterthwaite fijó sus ojos en el rostro del señor Quin, como un escolar que recita una lección de la que no está seguro.

—No —dijo despacio—, no ha sido ninguno de ellos. El momento que recordaré siempre es cuando me he quedado solo con los cadáveres, después,

contemplando a la señora Scott. Yacía de costado. Tenía el pelo despeinado. Había una mancha de sangre en su oreja.

Y al instante, mientras lo decía, percibió que había dicho algo terrible, muy importante.

—¿Sangre en la oreja? Sí, lo recuerdo —dijo Unkerton lentamente.

—Debió de arrancársele el pendiente cuando cayó —explicó el señor Satterthwaite.

Pero al decirlo le pareció un poco improbable.

—Estaba echada sobre el costado izquierdo —dijo Porter—. Supongo que era esa oreja, ¿no?

—No —respondió el señor Satterthwaite rápidamente—. Era la oreja derecha.

El inspector tosió.

—He encontrado esto en la hierba —dijo. Mostró un aro de oro.

—Pero Dios mío —exclamó Porter—, eso no puede haberse arrancado por una simple caída. Parece más bien como si lo hubiera arrancado una bala.

—Eso es —dijo el señor Satterthwaite—. Ha sido una bala. Tiene que haber sido una bala.

—Sólo se han producido dos disparos —dijo el inspector—. El mismo disparo no puede haberle herido la oreja y entrado por la espalda. Y si un disparo ha arrancado el pendiente, el segundo la ha matado, y no puede haber matado también al capitán Allenson… A no ser que él estuviera delante de ella muy cerca, muy cerca… frente a ella. ¡Oh, no!, ni siquiera entonces, a menos que…

—A menos que estuviera en sus brazos, iba usted a decir —intervino el señor Quin, con una extraña sonrisa—. Bueno, ¿por qué no?

Todos se miraron entre sí. La idea les resultaba tan extraña… Allenson y la señora Scott. El señor Unkerton lo manifestó en voz alta.

—Pero si apenas se conocían —dijo.

—No sé —dijo el señor Satterthwaite pensativo—. Podría ser que se conocieran mejor de lo que creíamos. Lady Cynthia me dijo que él la salvó del aburrimiento en Egipto, el verano pasado, y usted —se volvió a Porter— me dijo que Richard Scott conoció a su esposa en El Cairo el pasado invierno. Tal vez ellos dos se conocieron muy bien allí.

—No parecía que pasaran mucho tiempo juntos —dijo Unkerton.

—No, más bien se evitaban el uno al otro. Casi era antinatural, ahora que lo pienso…

Todos miraban al señor Quin, como un poco asustados por las conclusiones a las que habían llegado de un modo tan inesperado.

El señor Quin se puso de pie.

—Ya ven —dijo— lo que la impresión del señor Satterthwaite nos ha proporcionado. —Se volvió a Unkerton—. Ahora le toca a usted.

—¿Eh? No le entiendo.

—Usted se hallaba muy pensativo cuando he entrado en esta habitación. Me gustaría saber qué idea le obsesionaba. No importa si no tiene nada que ver con la tragedia. No importa si a usted le parece… supersticiosa… —El señor Unkerton se sobresaltó un poco—. Cuéntenos.

—No me importa contárselo —dijo Unkerton—. Aunque no tiene nada que ver con este asunto, y probablemente se reirán ustedes. Deseaba que mi esposa hubiera dejado tranquila aquella ventana encantada y no hubiera hecho cambiar el cristal. Tengo la sensación de que eso quizá nos ha traído una maldición.

No pudo comprender por qué los dos hombres que tenía frente a si le miraban tan fijamente.

—Pero si todavía no lo han cambiado —dijo el señor Satterthwaite al fin.

—Sí, si lo han hecho. Esta mañana, a primera hora, ha venido el cristalero.

—¡Dios mío! —exclamó Porter—. Empiezo a entender. Esa habitación está panelada, supongo, no empapelada.

—Sí, pero ¿qué…?

Porter ya había salido de la habitación. Los otros le siguieron. Subió directamente la escalera hasta el dormitorio de los Scott. Era una habitación encantadora, revestida de madera clara, sin ninguna ventana al sur. Porter fue palpando la madera de la pared del oeste.

—En algún sitio habrá un resorte… tiene que haberlo. ¡Ah! —Se oyó un *clic* y una sección de la madera se enrolló, dejando al descubierto los sucios cristales de la ventana encantada. Un cristal estaba limpio y nuevo. Porter se agachó con gesto rápido y recogió algo. Lo sostuvo sobre la palma de la mano. Era un fragmento de una pluma de avestruz. Luego miró al señor Quin. Éste asintió con la cabeza.

Cruzó la habitación para ir hasta el armario. Allí había varios sombreros; los sombreros de la mujer muerta. Sacó uno de ala ancha que llevaba plumas, un elaborado sombrero de Ascot.

El señor Quin empezó a hablar con voz suave y reflexiva.

—Imaginemos —dijo el señor Quin— a un hombre que por naturaleza es intensamente celoso, un hombre que en el pasado ha vivido años aquí y conoce el secreto del resorte en la madera. Para divertirse, un día lo abre y mira hacia el Jardín Privado. Allí ve a su esposa con otro hombre, seguros de que nadie puede verles. La relación entre ellos no admite dudas. El hombre monta en cólera. ¿Qué hará? Se le ocurre una idea. Va al armario y se pone el sombrero de ala ancha con plumas. Está oscureciendo, y recuerda la historia de la mancha del cristal. Si alguien mira hacia la ventana, verá al «caballero vigilante». Con esta seguridad les observa, y en el momento en que están uno en brazos del otro, dispara. Es buen tirador, muy bueno. Cuando caen, vuelve a disparar; este disparo es el que arranca el pendiente. Arroja la pistola por la ventana al Jardín Privado, corre al piso de abajo, cruza la sala de billar y sale al jardín.

Porter se acercó a él.

—Pero ha permitido que la acusen a ella —dijo—. ¡Ha permitido que la acusen a ella! ¿Por qué? ¿Por qué?

—Creo que sabe usted por qué —dijo el señor Quin—. Adivino… y sólo son conjeturas por mi parte… que Richard Scott estuvo en otro tiempo locamente enamorado de Iris Staverton, tan locamente que al verla años después se avivó en él el rescoldo de los celos. Yo diría que Iris Staverton creyó que podría amarle, que fue con él a un viaje de caza y luego a otro… y que regresó enamorada del que era mejor hombre.

—Mejor hombre —murmuró Porter aturdido—. Se refiere…

—Si —dijo el señor Quin con una débil sonrisa—. Me refiero a usted. —Hizo una breve pausa, y añadió—: Yo de usted iría con ella ahora mismo.

—Lo haré —dijo Porter.

Dio media vuelta y salió de la habitación.

DOROTHY L. SAYERS
(1893-1957)

EL CUADRADO DE LA REINA

Lord Peter Wimsey, el famoso detective de Dorothy L. Sayers, se siente como en casa en compañía de lord y lady Ferncliffe y otros moradores de las casas de campo inglesas en su Edad de Oro. Es el hijo menor del quinto duque de Denver, educado en Eton y Balliol College, Oxford, donde sobresalió en cricket*. Su bravura en combate durante la primera guerra mundial le valió la Orden a los Servicios Distinguidos. Volvió a la vida civil como experto aficionado a los libros raros, la historia, la música, y, por supuesto, a la criminología.*

En el transcurso de la saga de los Wimsey (1923-1942) se casa, tiene hijos y utiliza sus habilidades como detective para ayudar a diversos miembros de la familia. Como en la historia que sigue, la sangre azul fluye como el vino.

—Ay, Jack de Diamantes, Jack de Diamantes —dijo Mark Sambourne, meneando la cabeza en gesto de reproche—. Te conozco desde hace mucho tiempo. —Hurgó bajo el blanco satén de su disfraz, adornado con enormes rectángulos que representaban un juego de dominó—. ¡Cuelga este disfraz! ¿Dónde diablos me puso los bolsillos ese tipo? Me robas el bolsillo, sí, me robas el bolsillo de plata y la la là. ¿Cuánto es? —Extrajo una pluma estilográfica y un talonario de cheques.

—Cinco libras, diecisiete chelines, seis peniques —dijo lord Peter Wimsey—. Es eso, ¿no, compañera? —Sus enormes mangas azul y escarlata crujieron cuando se volvió hacia lady Hermione Creethorpe, quien, con su disfraz de Reina de Tréboles, parecía una virgen temible, como, en realidad, era.

—Está bien —dijo la anciana—, y lo considero muy barato.

—No he jugado mucho rato —dijo Wimsey a modo de disculpa.

—Habría sido más, tía —observó la señora Wraybum—, sino hubieras sido tan codiciosa. No deberías haber doblado esas cuatro espadas mías.

Lady Hermione soltó un bufido, y Wimsey se apresuró a intervenir.

—Es una pena que hayamos tenido que parar, pero Deverill jamás nos perdonará si no bailamos el sir Roger[2]. Se lo toma muy en serio. ¿Qué hora es? La una y veinte. El sir Roger está programado para la media en punto. Supongo que será mejor que regresemos al salón de baile.

—Supongo que si —coincidió la señora Wrayburn. Se puso de pie, exhibiendo su vestido, que mostraba el atrevido diseño de los puntos blancos y rojos de un tablero de *backgammon*—. Es usted muy amable —añadió, mientras la voluminosa falda de lady Hermione se arrastraba por el pasillo delante de ellos— al abandonar el baile para jugar al *bridge* con mi tía. A ella le desagrada tanto perdérselo.

—No tiene importancia —replicó Wimsey—. Es un placer. Y en cualquier caso, me ha alegrado tener un descanso. Estos disfraces dan mucho calor cuando se baila.

—Pero resulta usted un Jack de Diamantes espléndido. Qué buena idea tuvo lady Deverill al hacernos venir a todos disfrazados de juego. Rompe con

la monotonía de los pierrots y las columbinas.

Rodearon el ángulo sudoeste del salón de baile y salieron al corredor del sur, iluminado por una gran lámpara de techo de cuatro lados, cada uno de un color diferente. Se detuvieron bajo la arcada y se quedaron contemplando la pista, donde los invitados de sir Charles Deverill bailaban el *fox-trot* siguiendo una alegre melodía interpretada por la banda que tocaba en la galería de los músicos, en el otro extremo.

—¡Hola, Giles! —saludó la señora Wrayburn—. Parece que tienes calor.

—Tengo calor —dijo Giles Pomfret—. Ojalá no hubiera sido tan ingenioso con este disfraz infernal. Es una bonita mesa de billar, pero con ella no puedo sentarme. —Se secó la frente sudorosa, coronada por una elegante pantalla verde de lámpara—. La única manera de descansar un poco es apoyar el trasero en un radiador, pero todos están que arden y no es muy refrescante. Gracias a Dios, siempre puedo dar la excusa del bocadillo de tablas para dejar de bailar. —Se apoyó en la columna que se hallaba más cerca, con aire de mártir.

—Nina Hartford es la que lo ha hecho mejor —dijo la señora Wrayburn —. Waterpolo; qué sensata: sólo un traje de baño y una pelota. Aunque debo decir que quedaría mucho mejor en una figura menos «estilo restauración». Los naipes son los más bonitos, y creo que las piezas de ajedrez les van a la zaga. Luego viene Gerda Bellingham, que está bailando con su esposo; ¿no está «demasiado» maravillosa con esa peluca roja? Y la animación y todo… querida, es tan atractivo. Me alegro de que no hayan venido todos demasiado a lo Lewis Carroll; Charmian Grayle es la Reina Blanca más dulce… por cierto, ¿dónde está?

—No me gusta esa joven —dijo lady Hermione—. Es una fresca.

—¡Querida!

—No me cabe duda de que me consideras anticuada. Bueno, me alegro de serlo. Yo digo que es una fresca y, más aún, cruel. He estado observándola antes de cenar, y lo siento por Tony Lee. Ha coqueteado (por no decir un nombre peor) todo lo que ha podido con Harry Vibart, y también tiene a Jim Playfair en un puño. Ni siquiera puede dejar tranquilo a Frank Bellingham, aunque se aloja en su casa.

—¡Oh, lady Hermione! —protestó Sambourne—, es usted un poco dura con la señorita Grayle. Quiero decir, es una chiquilla tremendamente juguetona y todo eso.

—Detesto esa palabra, «juguetona» —dijo con aspereza lady Hermione —. Actualmente sólo significa borrachera e indisciplina. Y tampoco es una

chiquilla, joven. Dentro de tres años estará como una bruja, si sigue así.

—Querida lady Hermione —dijo Wimsey—, no todos podemos conservarnos tan bien como usted.

—Podrían —replicó la anciana—, si vigilaran el estómago y la moral. Ahí viene Frank Bellingham… en busca de una copa, sin duda. Los jóvenes de hoy parecen conservarse en ginebra.

El *fox-trot* había terminado, y el Rey Rojo se abría paso hacia ellos a través de un grupo de parejas que aplaudían.

—¡Hola, Bellingham! —dijo Wimsey—. Lleva la corona torcida. Permítame. —Con dedos hábiles colocó en su sitio peluca y corona—. La culpa no es suya. ¿Qué corona está a salvo en estos días de bolcheviques?

—Gracias —dijo Bellingham—. Bueno, quiero un trago.

—¿Qué les he dicho? —dijo lady Hermione.

—Dese prisa, entonces, amigo —dijo Wimsey—. Dispone de cinco minutos. Procure llegar a tiempo para el sir Roger.

—Tiene razón. Voy a bailarlo con Gerda. Por cierto, si la ven, díganle adónde he ido.

—Lo haremos. Lady Hermione, me hará usted el honor, supongo.

—¡Tonterías! No esperará que baile, a mi edad. La vieja doncella debería ser la fea del baile.

—Nada de eso. Si yo hubiera tenido la suerte de nacer antes, usted y yo habríamos aparecido uno al lado del otro, como Matrimonio. Claro que lo bailará conmigo; a menos que me rechace para bailar con uno de esos jovenzuelos.

—Yo no sirvo para los jóvenes —dijo lady Hermione—. No tienen agallas. Y son patilargos. —Echó una rápida mirada a las piernas de Wimsey—. Usted al menos tiene un poco de pantorrillas. Puedo estar a su lado sin ruborizarme por usted.

Wimsey hizo una profunda reverencia sobre los deformados nudillos que le tendía la mujer.

—Me hace usted el más feliz de los hombres. Les enseñaremos cómo se hace. Mano derecha, mano izquierda, las dos manos al otro lado, espalda con espalda, vuelta entera y al medio. Ahí está Deverill yendo a decir a la banda que empiece. Qué puntual, ¿no? Sólo faltan dos minutos para… ¿Qué ocurre, señorita Carstairs? ¿Ha perdido a su pareja?

—Sí. ¿Han visto a Tony Lee en alguna parte?

—¿El Rey Blanco? Ni rastro. Ni a la Reina Blanca. Supongo que estarán juntos en algún sitio.

—Probablemente. El pobre Jimmie Playfair está sentado en el corredor norte, cargado de paciencia.

—Será mejor que vaya usted a consolarle —dijo Wimsey, riendo.

Joan Carstairs hizo una mueca y desapareció en dirección al *buffet*, mientras sir Charles Deverill, el organizador de la fiesta, se acercaba a Wimsey y sus compañeros, radiante en su disfraz de chino adornado con dragones rojos y verdes, bambúes, círculos y caracteres chinos, y con un pájaro disecado, con un enorme rabo, sobre el hombro.

—Bueno, bueno —exclamó—. ¡Vamos, vamos, vamos! Todos preparados para el sir Roger. ¿Tiene a su pareja, Wimsey? Ah, sí, lady Hermione… espléndido. Venga a ponerse al lado de su querida madre y de mi, Wimsey. No se retrase, no se retrase. Queremos bailarlo hasta el final. El coro empezará a las dos en punto; espero que lleguen a tiempo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué no están aquí ya los criados? Le he dicho a Watson… tengo que ir a hablar con él.

Se alejó a toda prisa, y Wimsey, riendo, condujo a su pareja al otro lado de la estancia, donde su madre, la duquesa viuda de Denver, magnífica como Reina de Espadas, les esperaba.

—¡Ah, estáis aquí! —dijo la duquesa plácidamente—. Nuestro querido sir Charles se estaba poniendo nervioso. Qué hombre, para la puntualidad… debería pertenecer a la realeza. Una fiesta deliciosa, Hermione, ¿no le parece? Sir Roger y el coro… muy medieval; y un tronco de Navidad en el vestíbulo, con los radiadores de vapor y todo… ¡qué agobiante!

—Tararí tarararó —cantó lord Peter cuando la banda inició la vieja tonada —. Adoro esta música. ¡Ah! Ahí está Gerda Bellingham. ¡Un momento! ¡Eh, señora Bellingham! Su real esposo espera a su real majestad en el *buffet*. Dele prisa. Sólo falta medio minuto.

La Reina Roja le sonrió, pálido el rostro y sus ojos negros asombrosamente brillantes bajo la peluca escarlata y la corona.

—Le traeré a tiempo —dijo, y se fue, riendo.

—Eso hará —dijo la viuda—. Pronto verán a ese joven en el Gabinete. Una pareja tan hermosa en una plataforma pública, y muy bueno, me han dicho, en lo que se refiere a los cerdos, y eso es importante, siendo como es la mesa del desayuno británica.

Sir Charles Deverill, con aspecto de tener un poco de calor, regresó a toda prisa y ocupó su lugar en la cabecera de la doble fila de invitados, que ahora se extendía a lo largo de tres cuartas partes del salón de baile. En el extremo de abajo, justo enfrente de la galería de los músicos, el personal se había

alineado, para formar un segundo sir Roger, en ángulo recto con el grupo principal. El reloj dio la media hora. Sir Charles, estirando el cuello con ansia, contó a los que bailaban.

—Dieciocho parejas. Nos faltan dos parejas. ¡Qué fastidio! ¿Quién falta?

—¿Los Bellingham? —apuntó Wimsey—. No, están ahí. El Rey Blanco y la Reina Blanca, Bádminton y Diábolo.

—¡Ahí está Badminton! —exclamó la señora Wrayburn, señalando frenéticamente al otro lado de la habitación—. ¡Jim! ¡Jim! ¡Date prisa! Se ha ido otra vez. Está esperando a Charmian Grayle.

—Bueno, no podemos esperar más —dijo sir Charles malhumorado—. Duquesa, ¿quiere usted guiar?

La viuda, obediente, se recogió la cola de terciopelo negro sobre el brazo y se dirigió hacia el centro, exhibiendo unos tobillos escarlata infrecuentemente atractivos. Las dos hileras de bailarines realizaron alegres la danza popular. Las líneas cruzadas de blanco y negro y libreas siguieron su ejemplo con respeto. Sir Charles Deverill, bailando solemnemente con la duquesa, juntó las manos con Nina Hartford desde la parte de atrás de la hilera. La primera pareja giró hacia afuera y guió a los bailarines. Wimsey cogió la mano de lady Hermione, bajó la cabeza para pasar bajo el arco y se dirigió triunfante hacia el otro lado de la habitación, con un suntuoso crujido de seda y satén.

—Mi amor —suspiró Wimsey— iba vestido de terciopelo negro, y yo de carmesí.

La anciana, complacida, le dio unos golpecitos en los nudillos con su cetro dorado. Se oyeron alegres aplausos.

—Allá vamos otra vez —dijo Wimsey, y la Reina de Tréboles y el Emperador de la gran dinastía Mahjongg giraron rápidamente y brincaron en el centro. La Reina de Espadas bailó hasta encontrar a su Jack de Diamantes —. *Bezique* —dijo Wimsey—, doble *Bezique* —mientras daba ambas manos a la viuda. Volvió a darle la mano a la Reina de Tréboles y la guió. Por debajo de sus brazos levantados pasaron las otras diecisiete parejas. Entonces lady Deverill y su pareja les siguieron… y después otras cinco parejas.

—Vamos bien de tiempo —dijo sir Charles, con un ojo en el reloj—. He calculado dos minutos por pareja. ¡Ah!, aquí está una de las parejas que faltaban. —Agitó el brazo—. Venga al centro, venga, aquí.

Por el corredor norte habían aparecido un hombre cuya cabeza estaba decorada con una enorme pelota de badminton, y Joan Carstairs, disfrazada de Diábolo. Sir Charles, como un nervioso pollo con dos gallinas asustadas, les

guió y les metió entre dos parejas que todavía no habían realizado su «manos al otro lado», y dejó escapar un suspiro de alivio. Le habría preocupado verles perderse su turno. El reloj dio las dos menos cuarto.

—Playfair, ¿ha visto usted a Charmian Grayle y a Tony Lee por alguna parte? —preguntó Giles Pomfret al del disfraz de Badminton—. Sir Charles está bastante molesto porque no estamos todos.

—No hay ni rastro de ellos. Yo tenía que bailar con Charmian, pero ha desaparecido escaleras arriba y todavía no ha bajado. Entonces ha venido Joan, que buscaba a Tony, y nos ha parecido mejor buscarlos juntos.

—Ya llega el coro —intervino Joan Carstairs—. ¿No son encantadores? ¡Qué auténticamente rural!

Entre las columnas del lado norte del salón de baile podía verse al coro ocupando el corredor, bajo las órdenes del vicario. Sir Roger bailaba de manera exhaustiva. Manos al otro lado. Al centro y arriba otra vez. Giles Pomfret, gruñendo, pasó con su Bocadillo de tablas por debajo del largo arco de manos por decimoquinta vez. Tam, tatám. La decimonovena pareja hizo su recorrido a través de la danza. Una vez más, sir Charles y la duquesa viuda, ambos frescos como una rosa, se quedaron en un extremo de la habitación. Volvieron a sonar fuertes aplausos; la orquesta quedó en silencio; los invitados formaron grupos; los criados se colocaron en fila en el otro extremo de la habitación; el reloj dio las dos; y el vicario, tras recibir una señal de sir Charles, se llevó el diapasón al oído y entonó un sonoro La. El coro inició los compases de *El buen rey Wenceslao*.

Cuando la noche se iba haciendo más oscura y el viento soplaba más fuerte, una figura se abrió paso entre las filas de los que cantaban y se dirigió apresurada adónde se encontraba sir Charles. Era Tony Lee, con el rostro blanco como su traje.

—Charmian… en la sala de tapices… muerta… estrangulada…

El comisario Johnson estaba sentado en la biblioteca, tomando declaración a los invitados a la fiesta, que le eran presentados uno a uno. Primero, Tony Lee, con ojos desorbitados como oscuros agujeros en una máscara de papel gris.

—La señorita Grayle me había prometido bailar conmigo el baile anterior al sir Roger; era un *fox-trot*. La he esperado en el pasillo, bajo la galería de los músicos. No ha acudido. No la he buscado. No la he visto bailando con nadie más. Cuando el baile ya casi terminaba, he salido al jardín por la puerta de

servicio que hay debajo de la escalera de los músicos. He permanecido en el jardín hasta que ha terminado la danza de sir Roger de Coverley…

—¿Había alguien con usted?

—No, nadie.

—Ha permanecido solo en el jardín desde… sí, la una y veinte hasta las dos en punto. Bastante desagradable, con la nieve, ¿no, señor?

El comisario miró atentamente a Tony desde los zapatos manchados de blanco hasta su cara en tensión.

—No lo he notado. En la habitación hacía calor; quería tomar el aire. He visto llegar al coro a eso de la una y cuarenta; me atrevería a decir que me han visto. He entrado poco después, a las dos.

—¿También por la puerta de servicio?

—No; por la puerta del jardín que está al otro lado de la casa, al final de pasillo que discurre al lado de la sala de tapices. He oído que cantaban en el salón de baile y he visto a dos hombres sentados en el pequeño hueco que hay al pie de la escalera del lado izquierdo del pasillo. Creo que uno de ellos era el jardinero. He entrado en la sala de tapices…

—¿Con algún propósito especial?

—No… salvo que no tenía ganas de volver a la fiesta. Quería estar tranquilo. —Hizo una pausa. El comisario no dijo nada—. Entonces he entrado en la sala de tapices. La luz estaba apagada. La he encendido y he visto… a la señorita Grayle. Estaba tumbada junto al radiador. He pensado que se había desmayado. Me he acercado a ella y he visto que estaba… muerta. Sólo he esperado lo suficiente para estar seguro, y después he ido al salón de baile a dar la alarma.

—Gracias, señor. Ahora, ¿puedo preguntar cuáles eran sus relaciones con la señorita Grayle?

—Yo… la admiraba mucho.

—¿Estaba comprometido con ella?

—No, no exactamente.

—¿Ninguna pelea, algún malentendido, nada de eso?

—¡Oh, no!

El comisario Johnson le miró otra vez y tampoco dijo nada, pero su mente experimentada le informó: «Miente».

En voz alta se limitó a darle las gracias y a despedir a Tony. El Rey Blanco salió y el Rey Rojo ocupó su lugar.

—La señorita Grayle —dijo Frank Bellingham— es amiga de mi esposa y mía; se alojaba en nuestra casa. El señor Lee también es nuestro invitado.

Todos hemos venido juntos. Creo que había cierto entendimiento entre la señorita Grayle y el señor Lee, pero no un compromiso auténtico. Ella era una chica muy popular, alegre y brillante. La conocía desde hace seis años, y mi esposa la conoce desde que nos casamos. No sé de nadie que pudiera guardarle rencor a la señorita Grayle. He bailado con ella el penúltimo baile; era un vals. Después han tocado un *fox-trot* y después el sir Roger. Ella me ha dejado al terminar el vals; creo que ha dicho que iba arriba a arreglarse. Creo que ha salido por la puerta del extremo superior del salón. No he vuelto a verla. El tocador de señoras se encuentra en el segundo piso, al lado de la galería de cuadros. Se llega allí mediante la escalera que asciende desde el pasadizo del jardín. Hay que pasar por delante de la puerta de la sala de tapices. El otro único camino para ir al tocador es por la escalera que está en el extremo este del salón de baile, que sube hasta la galería de cuadros. Entonces habría que cruzar esta galería de cuadros, para llegar al tocador. Conozco bien esta casa; mi esposa y yo nos hemos alojado aquí con frecuencia.

A continuación entró lady Hermione, cuyo testimonio, manifestado largamente, se resumía así:

—Charmian Grayle era una mujer descarada y no se ha perdido nada. No me sorprende que la hayan estrangulado. Deberían estrangular a todas las mujeres como ella. Yo misma lo habría hecho con gusto. Ha convertido la vida de Tony Lee en una carga durante las últimas seis semanas. Esta noche la he visto coquetear con el señor Vibart adrede para poner celoso al señor Lee. Ha echado los tejos al señor Bellingham y al señor Playfair. Lo hacía con todo el mundo. Creo que al menos media docena de personas tenían una muy buena razón para desear su muerte.

El señor Vibart, que llegó vestido con un llamativo disfraz de Polo, y agarrando aún un caballo de juguete, dijo que había bailado varias veces aquella noche con la señorita Grayle. Era una chica juguetona, uno se lo pasaba bien con ella. Bueno, quizá era un poco apasionada, pero, maldita sea, ahora la pobrecilla estaba muerta. Tal vez la había besado una o dos veces, pero no había ningún daño en ello. Bueno, quizá el pobre Lee se lo tomaba un poco a pecho. A la señorita Grayle le gustaba tomarle el pelo a Tony. A él le gustaba la señorita Grayle y estaba destrozado por todo aquel brutal asunto.

La señora Bellingham confirmó el testimonio de su esposo. La señorita Grayle era su invitada, y todos ellos se encontraban en buenas relaciones. Estaba segura de que el señor Lee y la señorita Grayle se gustaban mucho. No había visto a la señorita Grayle durante los últimos tres bailes, pero no le

había dado importancia al hecho. Si hubiera pensado en ello, habría supuesto que la señorita Grayle estaba sentada con alguien. Ella no había ido al tocador desde alrededor de medianoche, y no había visto a la señorita Grayle ir arriba. Había echado en falta a la señorita Grayle cuando todos se habían puesto de pie para bailar el sir Roger.

La señora Wrayburn mencionó que había visto a la señorita Carstairs en el salón de baile, buscando al señor Lee, precisamente cuando sir Charles Deverill iba a hablar a la banda. La señorita Carstairs había mencionado que el señor Playfair estaba en el corredor norte, esperando a la señorita Grayle. Podía decir con seguridad que era la una y veintiocho. Había visto al propio señor Playfair a la una y media. Éste había mirado dentro desde el corredor y se había ido. Entonces todos se habían puesto de pie, excepto la señorita Grayle, la señorita Carstairs, el señor Lee y el señor Playfair. Lo sabía porque sir Charles había contado las parejas.

Luego le tocó el turno a Jim Playfair, con un testimonio de lo más valioso.

—La señorita Grayle estaba comprometida conmigo para bailar el sir Roger de Coverley. He ido a esperarla al corredor norte en cuanto ha terminado el baile anterior. Eso ha sido a la una y veinticinco. Me he sentado en el canapé que hay en la mitad oriental del corredor. He visto a sir Charles acercarse a hablar con la banda. Casi inmediatamente después, he visto a la señorita Grayle salir del pasadizo, debajo de la galería de los músicos, y subir la escalera del final del corredor. Yo le he dicho: «¡Dése prisa!, van a comenzar». No creo que me haya oído; no me ha contestado. Estoy seguro de haberla visto. La barandilla de la escalera es abierta. No hay luz en ese rincón excepto la de la lámpara del corredor, pero ésta es muy fuerte. No he podido confundirme de disfraz. He esperado a la señorita Grayle hasta que el baile estaba a medio terminar; entonces he abandonado y he unido mis fuerzas con la señorita Carstairs, que también había extraviado a su pareja.

La doncella encargada del tocador fue la siguiente en ser interrogada. Ella y el jardinero eran los dos únicos criados que no habían bailado el sir Roger. Ella no había abandonado el tocador en ningún momento desde la cena, excepto para ir quizá hasta la puerta, como máximo. La señora Grayle no había entrado en el tocador durante la última hora del baile.

El vicario, muy preocupado e inquieto, dijo que su grupo había llegado a la puerta del jardín a la una y cuarenta. Se había fijado en que había un hombre vestido de blanco fumando un cigarrillo en el jardín. El coro se había quitado la ropa exterior en el pasadizo del jardín y luego había ido a colocarse

en el corredor norte. Por allí no había pasado nadie hasta que el señor Lee había aparecido con su mala noticia.

El señor Ephraim Dodd, el sacristán, añadió algo importante a este testimonio. Este caballero de edad no era, como confesó, cantante, pero tenía la costumbre de acompañar al coro para llevar la linterna y la caja de la colecta. Había tomado asiento en el pasadizo del jardín «para descansar mis pobres pies». Había visto al caballero entrar desde el jardín «todo vestido de blanco y con una corona en la cabeza». El coro estaba cantando entonces *Traedme carne y traedme vino*. El caballero había mirado un poco a su alrededor, había «hecho una mueca» y había entrado en la habitación que hay al pie de la escalera. No hacía «ni un minuto» que se había ido cuando «salió más deprisa de lo que había entrado», y se había precipitado inmediatamente al salón de baile.

Además de todo esto, estaba, por supuesto, el testimonio del doctor Pattison. Era uno de los invitados al baile, y se había apresurado a ver el cuerpo de la señorita Grayle en cuanto se dio la alarma. Era de la opinión de que había sido estrangulada brutalmente por alguien de pie delante de ella. La chica era alta y fuerte, y él creía que habría sido necesaria la potencia de un hombre para vencer su resistencia. Cuando la vio a las dos y cinco, llegó a la conclusión de que debían de haberla matado en el intervalo de la última hora, pero no en los últimos cinco minutos aproximadamente. El cuerpo aún estaba caliente, pero, como había caído cerca del radiador, que estaba encendido, no podían confiar mucho en esa indicación.

El comisario Johnson se frotó la oreja pensativo y se volvió a lord Peter Wimsey, que había podido confirmar gran parte del testimonio previo y, en particular, las horas exactas en las que se habían producido diversos incidentes. El comisario conocía bien a Wimsey y no tenía reparos en confiarse a él.

—Ya ve usted cómo está esto, señor. Si han matado a la pobre joven cuando dice el doctor Pattison, el margen de tiempo se reduce bastante. La han visto bailando con el señor Bellingham a la, digamos, una y veinte. A las dos estaba muerta. Eso nos deja cuarenta minutos. Pero si tenemos que creer al señor Playfair, el tiempo se reduce aún más. Él dice que la ha visto viva justo después de que sir Charles fuera a hablar con la banda, lo que usted sitúa a la una y veintiocho. Eso significa que sólo hay cinco personas que podrían haberlo hecho, porque el resto se encontraba en el salón de baile después de eso, bailando el sir Roger. Está la chica del tocador; entre usted y yo, señor, creo que a ella podemos descartarla. No es más que una jovenzuela, y no está

claro qué motivo podría haber tenido. Además, la conozco desde que era una niña, y no es de las que harían una cosa así. Después está el jardinero; todavía no le he visto, pero también conozco bien a este hombre, y antes sospecharía de mi mismo que de él. Bueno, ahora están este señor Tony Lee, la señorita Carstairs y el propio señor Playfair. La chica es la menos probable, por razones físicas, y además, estrangular no es un crimen que suelan cometer las mujeres, no por regla general. Pero el señor Lee… es una extraña historia, la verdad. ¿Qué ha estado haciendo todo ese tiempo solo en el jardín?

—A mí me parece —dijo Wimsey— como si la señorita Grayle le hubiera dado la patada y él hubiera salido al jardín a desahogarse.

—Exactamente, señor; y ahí es de donde podría provenir su motivo.

—Podría ser —dijo Wimsey—, pero mire aquí. Hay unos cinco centímetros de nieve en el suelo. Si puede confirmar la hora en que salió, debería poder averiguar, por sus huellas, si entró otra vez antes de que Ephraim Dodd le viera. Asimismo, adonde fue en ese intervalo y si estaba solo.

—Es una buena idea, señor. Enviaré a mi sargento a investigar.

—Después está el señor Bellingham. Supongamos que la mató después de finalizar el vals con ella. ¿Alguien le vio en el intervalo entre el final del vals y el comienzo del *fox-trot*?

—Ya había pensado en ello. Pero eso conduce a otra cosa. Significa que el señor Playfair tenía que estar confabulado con él para hacerlo. Y por lo que hemos oído, no parece probable.

—No, no lo parece. De hecho, se que el señor Bellingham y el señor Playfair no estaban en la mejor de las relaciones. Puede eliminar eso.

—Yo también lo creo, señor. Y eso nos lleva al señor Playfair. En él es en quien confiamos en lo que se refiere a la hora. No hemos encontrado a nadie que haya visto a la señorita Grayle durante el baile anterior al suyo… es decir el *fox-trot*. ¿Qué le podía impedir hacerlo? Espere un momento. ¿Qué dice él? Dice que ha bailado el *fox-trot* con la duquesa de Denver. —El comisario bajó la cabeza y rebuscó entre sus notas otra vez—. Ella lo confirma. Dice que ha estado con él durante el intervalo y que ha bailado todo el baile con él. Bueno, supongo que podemos creer a su alteza.

—Creo que si —dijo Wimsey sonriendo—. Conozco a mi madre prácticamente desde que nací, y siempre ha sido muy de fiar.

—Sí, señor. Bueno, eso nos lleva al final del *fox-trot*. Después, la señorita Carstairs ha visto al señor Playfair esperando en el corredor norte. Dice que se ha fijado en él varias veces durante el intervalo y que ha hablado con él. Y la

señora Wrayburn le ha visto allí a la una y media más o menos. Luego, a la una y cuarenta y cinco, él y la señora Carstairs han venido y se han unido al resto. Bueno, ¿hay alguien que pueda comprobar todos estos puntos? Eso es lo que tenemos que hacer a continuación.

Al cabo de unos minutos disponía de abundante confirmación. Mervyn Bunter, el criado personal de lord Peter, dijo que había estado ayudando a llevar refrescos al *buffet*. Durante todo el intervalo entre el vals y el *fox-trot*, el señor Lee había permanecido de pie junto a la puerta de servicio de debajo de la escalera de los músicos, y en mitad del *fox-trot* le había visto salir al jardín a través de la puerta de servicio. El sargento de policía había examinado las huellas en la nieve y descubrió que nadie se había reunido con el señor Lee, y que sólo había un juego de pisadas, que salían de la casa por la puerta de los criados y regresaban por la puerta del jardín que había cerca de la sata de tapices. También se descubrió que varias personas habían visto al señor Bellingham en el intervalo entre el vals y el *fox-trot* y pudieron decir que había bailado el *fox-trot* hasta el final con la señora Bellingham. Joan Carstairs también había sido vista continuamente durante el vals y el *fox-trot*, y durante el intervalo siguiente y el comienzo del sir Roger. Además, los criados que habían bailado en el extremo inferior de la habitación estaban seguros de que desde la una y veintinueve hasta la una y cuarenta y cinco, el señor Playfair había estado sentado continuamente en el canapé del corredor norte, excepto los pocos segundos en que había echado un vistazo al salón de baile. También estaban seguros de que durante ese tiempo nadie había subido la escalera del extremo inferior del corredor, mientras que el señor Dodd estaba igualmente seguro de que, después de la una y cuarenta, nadie, excepto el señor Lee, había penetrado en el pasadizo del jardín o la sala de los tapices.

Finalmente, el círculo fue cerrado por William Hoggarty, el jardinero. Éste afirmó con la más evidente sinceridad que desde la una y treinta hasta la una y cuarenta había estado apostado en el pasadizo del jardín para recibir al coro y conducirles a sus lugares. Durante ese tiempo, nadie había bajado la escalera de la galería de los cuadros ni había entrado en la sala de tapices. A partir de la una y cuarenta, había permanecido sentado al lado del señor Dodd en el pasadizo y nadie había pasado por allí excepto el señor Lee.

Establecidos estos puntos, no había razón para dudar del testimonio de Jim Playfair, ya que sus compañeros podían probar su paradero durante el vals, el *fox-trot* y el intervalo entre ambos bailes. A la una y veintiocho o justo después, había visto viva a Charmian Grayle. A las dos y dos minutos, la habían encontrado muerta en la sala de los tapices. Durante ese intervalo, no

se había visto a nadie entrar en esa habitación y todo el mundo había dado una explicación.

A las seis en punto, se permitió a los agotados invitados que se retiraran a sus habitaciones, después de proporcionar alojamiento en la casa a los que, como los Bellingham, habían venido de lejos, ya que el comisario había anunciado su intención de volver a interrogarles a todos durante el día.

Este nuevo interrogatorio no dio ningún resultado. Lord Peter Wimsey no participó en él. Él y Bunter (que era un fotógrafo experto) se dedicaron a fotografiar el salón de baile y las habitaciones y corredores contiguos desde todos los puntos imaginables, ya que, como dijo lord Peter: «Nunca se sabe qué puede resultar importante». Más tarde aquel día, se retiraron juntos al sótano, donde con cubetas, productos químicos y luz de seguridad conseguidos apresuradamente en la droguería local, procedieron a revelar las placas.

—La suerte está echada —observó Bunter, metiendo la placa final en el agua y hundiéndola en el hiposulfito sódico—. Ahora puede encender la luz, señor.

Wimsey la encendió, parpadeando ante el repentino resplandor blanco.

—Cuánto trabajo —dijo—. ¡Vaya! ¿Qué es ese plato de sangre que tiene ahí?

—Es la capa antihalo que ponen en estas placas, señor. Habrá observado que la he lavado antes de insertar la placa en la cubeta de revelado. La halación, señor, es un fenómeno…

Wimsey no le escuchaba.

—Pero ¿cómo es que no lo he observado antes? —preguntó—. Ese material me ha parecido exactamente igual que agua clara.

—Así es, señor, con la luz de seguridad. Se produce la impresión de blancura —añadió Bunter sentencioso—, por el reflejo de toda la luz disponible. Cuando toda la luz disponible es roja, el rojo y el blanco son, de manera natural, indistinguibles. De manera similar, bajo una luz verde…

—¡Dios mío! —exclamó Wimsey—. Espere un momento, Bunter, debo pensar esto… ¡Eso es! Malditas placas… déjelas. Quiero que vaya arriba.

Le guió a medio galope hasta el salón de baile, ahora a oscuras, con las cortinas de las ventanas del corredor sur ya corridas y filtrándose sólo la penumbra del atardecer de diciembre a través de las altas ventanas del triforio sobre la arcada. Primero encendió las tres grandes arañas del salón de baile.

Debido al revestimiento de roble oscuro que llegaba hasta el techo en ambos extremos y los cuatro ángulos de la habitación, las arañas no proyectaban luz sobre la escalera del extremo inferior del corredor norte. A continuación, encendió la lámpara del techo de cuatro lados que colgaba en el corredor norte encima y entre los dos canapés. Un vivo rayo de luz verde inundó inmediatamente la mitad inferior del corredor y la escalera; la parte superior estaba bañada en luz de color ámbar fuerte, mientras los lados restantes de la lámpara iluminaban en rojo hacia el salón de baile y azul hacia la pared del corredor.

Wimsey meneó la cabeza.

—No queda mucho margen para el error. A menos que… ¡ya se! Corra, Bunter, y pida a la señorita Carstairs y al señor Playfair que vengan aquí un momento.

Mientras Bunter estaba fuera, Wimsey pidió prestada una escalera de la cocina y examinó con atención la fijación de la lámpara. Era algo provisional, y la lámpara estaba soportada por un gancho atornillado a una viga y se encendía mediante un cable que procedía del enchufe de una instalación fija que había a poca distancia.

—Ustedes dos —dijo cuando llegaron los dos invitados—. Quiero efectuar un pequeño experimento. Siéntese en este canapé, Playfair, como hizo anoche. Y usted, señorita Carstairs… la he elegido a usted para ayudarme porque lleva un vestido blanco. Haga el favor de subir la escalera del final del corredor como la señorita Grayle hizo anoche. Quiero saber si a Playfair le parece lo mismo que ayer…

Les observó realizar esta maniobra. Playfair parecía perplejo.

—No me parece exactamente igual. No sé qué diferencia hay, pero hay alguna.

Joan regresó y coincidió con él.

—Yo estuve sentada en ese otro canapé parte del tiempo —dijo—, y me parece diferente. Creo que está más oscuro.

—Más claro —dijo Jim.

—¡Bien! —exclamó Wimsey—. Eso es lo que quería que dijeran. Ahora, Bunter, dele a esa lámpara un cuarto de vuelta a la izquierda.

En cuanto lo hizo, Joan soltó un gritito.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡La luz azul! Recuerdo que pensé que los del coro parecían tener la cara helada cuando entraron.

—¿Y usted, Playfair?

—Eso es —dijo Jim, satisfecho—. Anoche la luz era roja. Recuerdo haber pensado qué cálido y acogedor parecía.

Wimsey se rió.

—Ya lo tenemos, Bunter. ¿Cómo es aquella regla del ajedrez? La Reina se queda en un cuadrado de su mismo color. Busque a la doncella que se encargó del tocador, y pregúntele si la señora Bellingham fue allí anoche entre el *fox-trot* y el sir Roger.

Bunter regresó al cabo de cinco minutos con su informe.

—La doncella dice que la señora Bellingham no estuvo en el tocador en ese intervalo de tiempo. Pero la vio salir de la galería de cuadros y bajar corriendo la escalera hacia la sala de los tapices cuando la banda iniciaba el sir Roger.

—Y eso fue —dijo Wimsey— a la una y veintinueve.

—¿La señora Bellingham? —preguntó Jim—. Pero usted dijo que la vio en el salón de baile antes de la una treinta. No tenía tiempo de cometer el asesinato.

—No, no podía hacerlo —dijo Wimsey—. Pero Charmian Grayle ya llevaba un rato muerta. Fue la Reina Roja, y no la Blanca, a quien usted vio en la escalera. Averigüe por qué la señora Bellingham mintió acerca de sus movimientos, y sabremos la verdad.

—Un asunto muy triste, señor —dijo el comisario Johnson unas horas más tarde—. El señor Bellingham lo ha confesado como un caballero en cuanto le hemos dicho que teníamos pruebas contra su esposa. Al parecer, esa señorita Grayle conocía ciertos hechos referentes a él que le habrían perjudicado mucho en su carrera política. Ella hacía años que le sacaba dinero. Al principio de la velada, ella le sorprendió con nuevas exigencias. Durante el último vals que bailaron juntos, fueron a la sala de los tapices y tuvieron una discusión. Él perdió los estribos y le puso las manos encima. Él dice que no tenía intención de hacerle daño, pero ella comenzó a gritar y él le agarró la garganta para silenciarla y… más o menos accidentalmente, la estranguló. Cuando vio lo que había hecho, la dejó allí y salió, como él dice, aturdido. Bailó la siguiente pieza con su esposa. Le contó lo que había ocurrido, y entonces descubrió que había olvidado en la habitación, con el cadáver, el pequeño cetro que llevaba. La señora Bellingham (es una mujer muy valiente) se ofreció a ir a buscarlo. Se deslizó por el oscuro pasadizo de debajo de la galería de los músicos, que estaba vacío, y subió la escalera hasta

la galería de los cuadros. No oyó al señor Playfair cuando le habló. Cruzó corriendo la galería y bajó por la otra escalera, cogió el cetro y lo escondió debajo de su vestido. Más tarde, oyó al señor Playfair contar lo que había visto, y se dio cuenta de que bajo la luz roja la había confundido por la Reina Roja. A primera hora de esta mañana, ella ha bajado y ha girado la lámpara. Por supuesto, ella es cómplice, pero es la clase de esposa que todo hombre querría tener. Espero que no la acusen.

—¡Así sea! —exclamó lord Peter Wimsey.

Ngaio Marsh
(1899-1983)

MUERTE EN EL AIRE

Edith Ngaio Marsh escribió muchas novelas, pero muy pocas narraciones cortas. «Muerte en el aire» es el único ejemplo de relato desarrollado en una casa de campo inglesa, lo cual explica su popularidad entre los que realizan antologías.

El otro gran interés de Marsh era el teatro y las producciones de aficionados. Cada año dejaba unos meses la literatura para dirigir grupos de teatro hasta llegar a ser una autoridad en Shakespeare. No es sorprendente, pues, que muchas de sus mejores obras estén ambientadas en el teatro, como ocurre en otra de sus narraciones cortas, I can find my way out. *Tras su éxito, dividió su tiempo entre su Nueva Zelanda nativa e Inglaterra.*

El 25 de diciembre a las siete y treinta de la mañana, el señor Septimus Tonks fue hallado muerto junto a su aparato de radio.

Fue Emily Parks, la segunda doncella, quien le descubrió. La joven abrió la puerta y entró, con el fregasuelos, el plumero y la barredora de alfombras. En aquel preciso instante tuvo un gran sobresalto pues oyó una voz que hablaba en la oscuridad.

—¡Buenos días a todo el mundo —dijo la voz con sílabas perfectamente moduladas— y feliz Navidad!

Emily dio un grito, pero no en voz alta, al darse cuenta inmediatamente de lo que había sucedido. El señor Tonks no había apagado la radio antes de acostarse. La chica corrió las cortinas, asomándose a la pálida oscuridad de un amanecer del día de Navidad en Londres, encendió la luz y vio a Septimus.

Estaba sentado frente a la radio. Era un aparato pequeño pero caro, construido especialmente para él. Septimus se hallaba sentado en un sillón, de espaldas a Emily, con el cuerpo inclinado sobre la radio.

Tenía las manos, cuyos dedos estaban curiosamente juntos, en el reborde de la caja, debajo de los botones de sintonía y volumen. Su pecho descansaba contra el estante inferior, y tenía la cabeza apoyada en el panel frontal.

Parecía como si estuviera escuchando con gran atención los secretos internos del aparato. Tenía la cabeza inclinada, de manera que Emily le veía la calva con sus cuatro pelos engrasados. No se movía.

—Disculpe, señor —se excusó Emily.

La muchacha volvió a sobresaltarse grandemente. El entusiasmo del señor Tonks por la radio nunca le había inducido a sintonizarla a las siete y treinta de la mañana.

—Servicio especial de Navidad —dijo entonces la voz cultivada.

El señor Tonks permanecía absolutamente inmóvil. Emily, igual que los demás criados, sentía terror por su amo. No sabía qué hacer, si irse o quedarse. Miró con atención a Septimus y se fijó en que llevaba esmoquin. Ahora la habitación se inundó con el clamor de un repique de campanas.

Emily abrió la boca de par en par y chilló, chilló y chilló…

Chase, el mayordomo, fue el primero en llegar. Era un hombre pálido y gordo, pero autoritario. Dijo:

—¿Qué significa este escándalo? —y entonces vio a Septimus. Se acercó al sillón, se inclinó y miró el rostro de su amo. No perdió la cabeza, pero exclamó en voz alta:

—¡Dios mío! —Y dijo a Emily—: No mires.

La manera de decir esta frase reveló su agitación. Cogió a Emily por los hombros y la empujó hacia la puerta, donde se encontraron con el señor Hislop, el secretario, vestido con batín. El señor Hislop dijo:

—Por Dios, Chase, ¿qué significa…? —y su voz fue ahogada por el clamor de las campanas y nuevos gritos.

Chase tapó la boca de Emily con su gorda y blanca mano.

—Al estudio, por favor, señor. Un accidente. Ve a tu habitación y deja de hacer ruido o tendré que darte algo para calmarte. —Esto se lo dijo a Emily, que salió precipitada al pasillo, donde fue recibida por el resto del personal que se había congregado allí.

Chase regresó al estudio con el señor Hislop y cerró la puerta con llave. Los dos hombres miraron el cuerpo de Septimus Tonks. El secretario fue el primero en hablar.

—Pero… pero si está muerto —dijo el menudo señor Hislop.

—Supongo que no puede existir ninguna duda —susurró Chase.

—Mírele la cara. ¡Ninguna duda! ¡Dios mío!

El señor Hislop alargó una delicada mano hacia la cabeza inclinada y enseguida la retiró. Chase, menos remilgado, tocó una de las duras muñecas, la agarró y la levantó. El cuerpo se inclinó entero hacia atrás, como si fuera de madera. Una de las manos golpeó la cara del mayordomo. Éste dio un brinco y soltó un juramento.

Y allí estaba Septimus, con las rodillas y las manos en el aire, su rostro terrible vuelto hacia la luz. Chase señaló la mano derecha. Dos dedos y el pulgar estaban ligeramente ennegrecidos. *Ding, dong, dang, ding*.

—Por el amor de Dios, haga callar esas campanas —exclamó el señor Hislop. Chase apagó la radio con el interruptor de la pared. En el repentino silencio se oyó que alguien manipulaba el pomo de la puerta y la voz de Guy Tonks al otro lado de la puerta.

—¡Hislop! ¡Señor Hislop! ¡Chase! ¿Qué ocurre?

—Un momento, señor Guy. —Chase miró al secretario—. Vaya usted, señor. Así que el señor Hislop fue el encargado de dar la noticia a la familia. Ésta escuchó su balbuceante revelación en silencio estupefacto. Hasta que

Guy, el mayor de los tres hijos, no estuvo en el estudio no se hizo ninguna sugerencia práctica.

—¿Qué ha sido lo que le ha matado? —preguntó Guy.

—Es extraordinario —dijo Hislop—. Extraordinario. Parece como si se hubiera…

—Galvanizado —dijo Guy.

—Deberíamos avisar a un médico —sugirió Hislop tímidamente.

—Por supuesto. ¿Lo hará, señor Hislop? El doctor Meadows.

Hislop se acercó al teléfono y Guy regresó con su familia. El doctor Meadows vivía al otro lado de la calle y llegó al cabo de cinco minutos. Examinó el cuerpo sin moverlo. Interrogó a Chase y a Hislop. Chase se mostró muy locuaz respecto a las quemaduras de la mano. Pronunció la palabra «electrocución» una y otra vez.

—Tengo un primo, señor, que fue alcanzado por un rayo. En cuanto he visto la mano…

—Sí, si —dijo el doctor Meadows—. Ya me lo ha dicho. Puedo ver yo mismo las quemaduras.

—Electrocutado —repitió Chase—. Deberá realizarse una investigación.

El doctor Meadows le indicó con cierta brusquedad que llamara a Emily, y después vio al resto de la familia: Guy, Arthur, Phillipa y su madre. Se encontraban en la sala de estar, agrupados en torno a la chimenea. Phillipa estaba de rodillas, intentando encender el fuego.

—¿Qué ha sido? —preguntó Arthur en cuanto entró el médico.

—Parece descarga eléctrica. Guy, hablaré contigo, si me haces el favor. Phillipa, cuida de tu madre, sé buena chica. Café con un poco de coñac. ¿Dónde están esas dichosas doncellas? Vamos, Guy.

Cuando estuvo a solas con Guy, le comunicó que tendrían que avisar a la policía.

—¡La policía! —El moreno rostro de Guy se volvió muy pálido—. ¿Por qué? ¿Qué tienen que ver ellos?

—Nada, probablemente, pero hay que notificárselo. No puedo extender un certificado en estas circunstancias. Si se trata de electrocución, ¿cómo ha sucedido?

—¡Pero la policía! —exclamó Guy—. Es sencillamente horrible. Doctor Meadows, por el amor de Dios, ¿no podría usted…

—No —dijo el doctor Meadows—. No podría. Lo siento, Guy, pero las cosas son así.

—Pero ¿no podemos esperar un momento? Volver a verle. No le ha examinado usted como es debido.

—Porque no quiero moverle. Cálmate, muchacho. Tengo un conocido en el Departamento de Investigación Criminal… Alleyn. Es un caballero. Me maldecirá como una fiera, pero vendrá si se encuentra en Londres, y él te facilitará las cosas. Vuelve con tu madre. Yo llamaré a Alleyn.

Así fue cómo el inspector-detective en jefe Roderick Alleyn pasó el día de Navidad trabajando. En realidad estaba de servicio, y, como señaló al doctor Meadows, igualmente habría tenido que ir a visitar a los Tonks. Cuando llegó, lo hizo con su acostumbrado aire de cortesía remota. Iba acompañado por un oficial alto y de complexión gruesa, el inspector Fox, y por el médico-policía de la división. El doctor Meadows les llevó al estudio. Alleyn miró con horror a Septimus.

—¿Estaba así cuando le han encontrado?

—No. Creo que estaba inclinado hacia adelante, con las manos en el reborde de la caja. Debe de haberse desplomado hacia adelante y los brazos del sillón y la caja de la radio le han sostenido.

—¿Quién le ha movido?

—Chase, el mayordomo. Ha dicho que sólo tenía intención de levantarle el brazo. Ya sufría el *rigor mortis*.

Alleyn puso la mano detrás del rígido cuello y empujó. El cuerpo cayó hacia adelante y se colocó en su posición original.

—Aquí lo tiene, Curtis —dijo Alleyn al médico de la división. Se volvió a Fox—: Coja la cámara, haga el favor, Fox.

El fotógrafo sacó cuatro fotos y se marchó. Alleyn marcó con tiza la posición de las manos y los pies, hizo un plano cuidadoso de la habitación y se volvió a los médicos.

—¿Creen que se trata de electrocución?

—Lo parece —dijo Curtis—. Hay que hacer la autopsia, por supuesto.

—Desde luego. Aun así, miren las manos. Quemaduras. El pulgar y dos dedos agrupados y exactamente la distancia que hay entre los dos botones. Estaba sintonizando su radio.

—¡Caramba! —exclamó el inspector Fox, hablando por primera vez.

—¿Quiere decir que ha recibido una descarga mortal de esta radio? —preguntó el doctor Meadows.

—No lo sé. Sólo saco la conclusión de que tenía las manos en los mandos cuando murió.

—Aún funcionaba cuando la doncella le ha encontrado. Chase la ha apagado y no ha recibido ninguna descarga.

—Tu turno, amigo —dijo Alleyn, volviéndose a Fox. Éste se agachó para conectar el interruptor de la pared.

—Cuidado —advirtió Alleyn.

—Llevo suelas de goma —dijo Fox, y lo conectó.

La radio emitió un zumbido, adquirió volumen y sonó.

—*No-oél, No-o-el* —se oyó. Fox la apagó y la desenchufó.

—Me gustaría echar un vistazo al interior de este aparato —dijo.

—Está bien, muchacho —coincidió Alleyn—. Antes de que empieces, creo que será mejor que retiremos el cuerpo. ¿Se ocupará de eso, Meadows? Fox, vaya a buscar a Bailey. Está en el coche.

Curtis, Hislop y Meadows trasladaron a Septimus Tonks a un dormitorio del piso de abajo. Fue una tarea difícil y horrible, debido a la postura del cuerpo. El doctor Meadows regresó solo, secándose la frente, y encontró al sargento-detective Bailey, experto en huellas digitales, trabajando en el aparato de radio.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el doctor Meadows—. ¿Quieren descubrir si había estado manipulándole las tripas?

—Él —dijo Alleyn— o… alguna otra persona.

—Mmmm. —El doctor Meadows miró al inspector—. Al parecer está de acuerdo conmigo. ¿Sospecha usted…?

—¿Sospechar? Soy el hombre vivo menos suspicaz. Sólo hago las cosas con orden. ¿Bien, Bailey?

—Tengo una buena del brazo del sillón. Será del muerto, ¿no, señor?

—Sin duda. Lo comprobaremos más tarde. ¿Y la radio?

Fox, con guantes, sacó el botón de control del volumen.

—Parece que está bien —dijo Bailey—. Es un buen trabajo. No está nada mal, señor. —Enfocó con su linterna la parte posterior de la radio, desenroscó un par de tornillos de debajo del aparato, y levantó la caja.

—¿Para qué es ese agujerito de ahí? —preguntó Alleyn.

—¿Qué agujerito? —dijo Fox.

—Hay un agujero perforado en el panel, encima del botón. De alrededor de un milímetro de diámetro. El borde del botón lo oculta. Sería fácil pasarlo por alto. Mueva la linterna, Bailey. Sí. Ahí, ¿lo ve?

Fox se inclinó y emitió un gruñido. Un rayo de luz fino como una aguja atravesaba la parte delantera de la radio.

—Es extraño, señor —dijo Bailey desde el otro lado—. No lo entiendo.

Alleyn sacó el botón de sintonización.

—Aquí hay otro —murmuró—. Sí. Unos agujeritos muy bien hechos. Inusual, ¿no?

—Inusual es la palabra, sí, señor —dijo Fox.

—Váyase, Meadows —dijo Alleyn.

—¿Por qué demonios? —preguntó el doctor Meadows indignado—. ¿Qué pretende? ¿Por qué no puedo estar aquí?

—Debería estar con los afligidos parientes. ¿Dónde están sus modales?

—Ya les he tranquilizado. ¿Qué pretende usted?

—¿Quién es ahora el suspicaz? —preguntó Alleyn con suavidad—. Puede quedarse un rato. Hábleme de los Tonks. ¿Quiénes son? ¿Qué son? ¿Qué clase de hombre era Septimus?

—Si ha de saberlo, era un hombre desagradable.

—Hábleme de él.

El doctor Meadows se sentó y encendió un cigarrillo.

—Era un tipo que se había hecho a sí mismo —dijo—, duro como el hierro y… bueno, tosco más que vulgar.

—¿Tal vez como el doctor Johnson?

—En absoluto. No me interrumpa. Hace cuarenta y cinco años que le conozco. Su esposa era vecina nuestra en Dorset. Isabel Foreston. Yo traje a sus hijos a este valle de lágrimas y, por Dios, en muchos aspectos eso ha sido para ellos. Es una casa extraordinaria. Durante los últimos diez años, el estado de Isabel ha sido de esos que hacen las delicias de los psiquiatras. No soy más que un médico de medicina general anticuado, y diría que se encuentra en una fase avanzada de neurosis histérica. Aterrorizada de su esposo.

—No puedo entender estos agujeros —murmuró Fox a Bailey.

—Adelante, Meadows —dijo Alleyn.

—Quise hablar de ella con Sep hace dieciocho meses. Le dije que su problema estaba en la mente. Él me miró con una especie de mueca y dijo: «Me sorprende saber que mi esposa tiene suficiente mentalidad para…». Pero bueno, Alleyn, no puedo hablar de mis pacientes de este modo. ¿En qué diablos estoy pensando?

—Sabe perfectamente bien que no saldrá de aquí, a menos que…

—¿A menos que qué?

—A menos que tenga que salir. Adelante.

Pero el doctor Meadows se apresuró a retirarse tras su rectitud profesional. Lo único que dijo fue que el señor Tonks había sufrido de tensión sanguínea alta y tenía el corazón débil, que Guy trabajaba en la oficina que su

padre poseía en la ciudad, que Arthur había querido estudiar arte y le habían obligado a ser abogado, y que Phillipa quería ser actriz y le habían ordenado no hacer nada de ese estilo.

—Tiranizaba a los hijos —comentó Alleyn.

—Descúbralo usted mismo. Yo me voy.

El doctor Meadows se acercó a la puerta y dio media vuelta.

—Oiga —dijo—, le diré una cosa. Anoche, aquí hubo una pelea. Le pedí a Hislop, que es un tipo sensible, que me comunicara si sucedía algo que pudiera inquietar a la señora Tonks. Que la pudiera inquietar mucho, ya sabe. Volviendo a ser indiscreto… le dije que me avisara si Sep se ponía violento, porque Isabel y los jóvenes ya han soportado todo lo que pueden soportar. Él bebía mucho. Hislop me llamó anoche a las diez y veinte para decirme que se había producido una discusión terrible; Sep había amenazado a Phips (Phillipa; yo siempre la llamo Phips) en la habitación de ésta. Me dijo que Isabel se había acostado. Yo había tenido un día muy ocupado y no quería salir. Le dije que me llamara otra vez al cabo de media hora si las cosas no se habían calmado. Le dije que se mantuviera lejos de Sep y se quedara en su habitación, que se encuentra al lado de la de Phips, y que comprobara si ella estaba bien cuando Sep se marchara. Hislop estaba involucrado. No le diré cómo. Los criados se hallaban todos fuera. Le dije que si no me decía nada en media hora, yo llamaría, y si no obtenía respuesta, sabría que todos se encontraban en la cama y estaban tranquilos. Llamé, no obtuve respuesta, y me fui a la cama. Eso es todo. Me marcho. Curtis sabe dónde encontrarme. Supongo que querrá verme para la investigación. Adiós.

Cuando se hubo ido, Alleyn se dedicó a merodear de modo sistemático por la habitación. Fox y Bailey seguían profundamente absortos con la radio.

—No entiendo cómo ha podido sufrir una descarga de este aparato —gruñó Fox—. Estos botones de control están bien. Todo está como tiene que estar. Mire aquí, señor.

Conectó el interruptor de la pared y sintonizó la radio. Hubo un zumbido prolongado.

—… concluye el programa de canciones de Navidad —dijo la radio.

—Un tono muy agradable —dijo Fox.

—Aquí hay algo, señor —anunció de pronto Bailey.

—¿Has encontrado el serrín? —preguntó Alleyn.

—En uno lo he encontrado —dijo el asombrado Bailey.

Alleyn atisbó en el interior del aparato, utilizando la linterna. Recogió dos pequeños restos de serrín de debajo de los agujeros.

—Ventaja número uno —dijo Alleyn. Se inclinó sobre el enchufe de la pared—. ¡Vaya! Un adaptador doble. Sirve para la radio y el radiador. Creía que eran ilegales. Este asunto es muy extraño. Echemos otra mirada a esos botones.

Los examinó. Eran los accesorios de radio usuales, botones de baquelita que encajaban perfectamente con los ejes de acero que sobresalían del panel frontal.

—Como tú dices —murmuró—, todo está en orden. Espera un momento. —Sacó una lupa de bolsillo y escudriñó uno de los ejes—. Sííí. ¿Alguna vez envuelven estos objetos con papel secante, Fox?

—¡Pepel secante! —exclamó Fox—. No.

Alleyn rascó ambos ejes con su cortaplumas, sosteniendo un sobre debajo. Se levantó, gruñendo, y se acercó al escritorio.

—Aquí hay restos de papel secante —dijo después—. No hay huellas en la radio, creo que has dicho, ¿verdad, Bailey?

—Eso es —dijo Bailey malhumorado.

—No habrá ninguna, o demasiadas, en el secante, pero pruébalo, Bailey, pruébalo —dijo Alleyn.

Se paseó por la habitación, con los ojos fijos en el suelo; llegó hasta la ventana y se detuvo.

—¡Fox! —exclamó—. Una pista. Una pista muy palpable.

—¿De qué se trata? —preguntó Fox.

—Nada menos que el pedazo de papel secante. —La mirada de Alleyn recorrió el lateral de la cortina de la ventana—. ¿Puedo dar crédito a mis ojos?

Cogió una silla, se subió al asiento y, con las manos enguantadas, arrancó los botones de los extremos de la barra de la cortina.

—Mira esto.

Volvió junto a la radio, sacó los botones de control y los depositó al lado de los que había sacado de la barra de la cortina.

Diez minutos más tarde, el inspector Fox llamaba a la puerta de la sala de estar y Guy Tonks le hizo entrar. Phillipa había encendido la chimenea y la familia se hallaba reunida en torno al fuego. Tenían aspecto de no haberse movido ni hablado en mucho rato.

Phillipa fue quien primero habló a Fox.

—¿Quiere a alguno de nosotros?

—Si hace el favor, señorita —dijo Fox—, el inspector Alleyn querría ver al señor Guy Tonks un momento, si no es molestia.

—Ahora voy —dijo Guy, y se encaminó hacia el estudio. Cuando estaba en la puerta se paró—. ¿Está mi padre aún…?

—No, no, señor —respondió Fox—. Todo está en orden otra vez.

Alzando la barbilla, Guy abrió la puerta y entró, seguido por Fox. Alleyn se hallaba solo, sentado ante el escritorio. Se puso en pie.

—¿Quiere hablar conmigo? —preguntó Guy.

—Sí, si es posible. Esto ha sido una gran conmoción para usted, desde luego. ¿No quiere sentarse?

Guy se sentó en la silla que se encontraba más lejos de la radio.

—¿De qué ha muerto mi padre? ¿Ha sido un ataque al corazón?

—Los médicos no están seguros. Será necesario efectuar la autopsia.

—¡Bien! ¡Bien! ¿Y una investigación?

—Me temo que sí.

—¡Es horrible! —dijo Guy con violencia—. ¿Qué cree usted que ha pasado? ¿Por qué diablos esos curanderos han de ser tan misteriosos? ¿Qué es lo que le ha matado?

—Creen que ha sido una descarga eléctrica.

—¿Cómo se ha producido?

—No lo sabemos. Al parecer la ha recibido de la radio.

—Eso es imposible. Creía que eran a prueba de locos.

—Creo que lo son, sino se manipulan.

Por un segundo, Guy se sobresaltó de un modo evidente. Luego, una expresión de alivio acudió a sus ojos. Pareció tranquilizarse.

—Claro —dijo—, él siempre estaba jugando con ella. ¿Qué había hecho?

—Nada.

—Pero usted ha dicho… si le mató, debía de haberle hecho algo.

—Si alguien hizo algo en el aparato, después lo volvió a dejar como estaba.

Guy separó los labios pero no dijo nada. Se había puesto muy pálido.

—O sea que —dijo Alleyn— su padre no podía haber hecho nada.

—Entonces no ha sido la radio lo que le ha matado.

—Eso esperamos que lo determine la autopsia.

—Yo no entiendo nada de radios —dijo Guy de pronto—. No lo entiendo. Esto no parece tener sentido para mi. Nadie tocaba jamás ese aparato más que mi padre. Era muy especial con esto. Nadie se acercaba a la radio.

—Entiendo. ¿Era un entusiasta?

—Sí, era lo único que le entusiasmaba excepto… excepto su negocio.

—Uno de mis hombres es un experto —dijo Alleyn—. Dice que es un aparato notablemente bueno. Usted dice que no es experto. ¿Alguien de la casa lo es?

—Hubo un tiempo en que mi hermano menor estuvo interesado. Lo abandonó. Mi padre no permitía que hubiera otra radio en casa.

—Quizá él pueda sugerir algo.

—Pero si ahora todo está en orden…

—Tenemos que explorar todas las posibilidades.

—Habla usted como si… como si…

—Hablo como tengo que hablar antes de que se haya realizado la investigación —dijo Alleyn—. ¿Alguien guardaba rencor a su padre, señor Tonks?

Guy volvió a alzar la barbilla. Miró a Alleyn directamente a los ojos.

—Casi todo el mundo que le conocía —dijo Guy.

—¿Exagera?

—No. Usted piensa que le han asesinado, ¿verdad?

Alleyn señaló de repente el escritorio, que se encontraba a su lado.

—¿Había visto esto antes? —preguntó bruscamente.

Guy miró los dos botones negros que estaban uno junto a otro en un cenicero.

—¿Eso? —dijo—. No. ¿Qué son?

—Creo que son los agentes de la muerte de su padre.

La puerta del estudio se abrió y entró Arthur Tonks.

—Guy —dijo—, ¿qué ocurre? No podemos estar encerrados juntos todo el día. No puedo soportarlo. Por el amor de Dios, ¿qué le ha sucedido?

—Creen que esas cosas le han matado —dijo Guy.

—¿Eso? —Por una fracción de segundo la mirada de Arthur se dirigió hacia la barra de la cortina. Luego, con un parpadeo característico, miró hacia otro lado—. ¿Qué quiere decir? —preguntó a Alleyn.

—¿Quiere poner uno de esos botones en el eje del control del volumen?

—Pero —dijo Arthur— son de metal.

—Está desconectada —dijo Alleyn.

Arthur cogió uno de los botones del cenicero, se volvió a la radio y encajó el botón en uno de los ejes descubiertos.

—Queda demasiado flojo —dijo rápidamente—. Se caería.

—No si estuviera relleno… de papel secante, por ejemplo.

—¿Dónde ha encontrado esto? —preguntó Arthur.

—Me parece que los ha reconocido, ¿no? Le visto mirar la barra de la cortina.

—Claro que los he reconocido. Hice un retrato de Phillipa con esas cortinas como fondo cuando… cuando él estuvo fuera, el año pasado. Pinté esos malditos botones.

—Oiga —interrumpió Guy—, exactamente, ¿adónde quiere ir a parar, señor Alleyn? Si quiere sugerir que mi hermano…

—¡Yo! —exclamó Arthur—. ¿Qué tiene que ver conmigo? ¿Por qué supone usted…

—He encontrado restos de papel secante en los ejes y dentro de los botones de metal —dijo Alleyn—. Eso me ha sugerido que los botones de baquelita fueron sustituidos por los metálicos. ¿No les parece asombroso que se parezcan tanto? Si se examinan de cerca, por supuesto, se ve que no son idénticos. Aun así, la diferencia es apenas perceptible.

Arthur no respondió a esto. Seguía mirando la radio.

—Siempre he querido echar una mirada a este aparato —dijo, sorprendentemente.

—Ahora es libre de hacerlo —dijo Alleyn educado—. Por ahora hemos terminado con él.

—Una cosa —dijo Arthur de pronto—, aun suponiendo que los botones de baquelita hubieran sido sustituidos por los de metal, no podían matarle. No se habría electrocutado. Ambos controles tienen toma de tierra.

—¿Se ha fijado en esos agujeros tan pequeños que hay en el panel? —preguntó Alleyn—. ¿Cree usted que deberían estar ahí?

Arthur miró de cerca los pequeños ejes de acero.

—Por Dios, Guy, tiene razón —dijo—. Así es como lo han hecho.

—El Inspector Fox —dijo Alleyn— dice que esos agujeros podrían haberse utilizado para pasar un alambre y que podía tomarse un cable conductor del… del transformador, ¿no?, hasta uno de los botones.

—Y conectar el otro en tierra —dijo Fox. Es un trabajo de experto. De esa manera podría recibir trescientos voltios.

—No es suficiente —dijo Arthur rápidamente—; no habría suficiente corriente para producir ningún daño, sólo centésimas de amperio.

—No soy ningún experto —dijo Alleyn—, pero estoy seguro de que tiene razón. Entonces, ¿para qué están esos agujeros? ¿Imagina que alguien quería gastarle una broma pesada a su padre?

—¿Una broma pesada? ¿A él? —Arthur soltó una desagradable carcajada—. ¿Lo oyes, Guy?

—Cállate —dijo Guy—. Al fin y al cabo, está muerto.

—Parece casi demasiado bueno para ser cierto, ¿no?

—No seas imbécil, Arthur. Contrólate. ¿No entiendes lo que esto significa? Creen que ha sido asesinado.

—¡Asesinado! Se equivocan. Ninguno de nosotros tiene nervio para eso, señor inspector. Míreme a mi. Las manos me tiemblan tanto que me han dicho que jamás podré pintar. Eso se remonta a cuando era niño y él me hizo pasar una noche encerrado en el sótano. Míreme. Mire a Guy. Él no es tan vulnerable, pero se rindió como todos nosotros. Estábamos obligados a rendirnos. ¿Sabe…?

—Espere un momento —dijo Alleyn con tranquilidad—. Su hermano tiene razón. Es mejor que piense antes de hablar. Esto puede ser un caso de homicidio.

—Gracias, señor —dijo Guy rápido—. Es extraordinariamente decente por su parte. Arthur está un poco fuera de sí. Ha sido la impresión.

—El alivio, quieres decir —dijo Arthur—. No seas tonto. Yo no le he matado y pronto lo descubrirán. Nadie le ha matado. Tiene que haber alguna explicación.

—Les sugiero que me escuchen —dijo Alleyn—. Voy a formularles varias preguntas a los dos. No tienen obligación de responderlas, pero será más sensato hacerlo. Entiendo que nadie más que su padre tocaba esta radio. ¿Alguno de ustedes entraba en esta habitación mientras funcionaba?

—No, a no ser que él quisiera variar el programa discutiendo un poco —dijo Arthur.

Alleyn se volvió a Guy, que miraba furioso a su hermano.

—Quiero saber exactamente qué ocurrió en esta casa anoche. Por lo que los médicos pueden decirnos, su padre murió no menos de tres y no más de ocho horas antes de que le encontraran. Debemos intentar fijar la hora lo más exactamente posible.

—Yo le vi hacia las nueve menos cuarto —empezó Guy despacio—. Salía para ir a una cena en el Savoy y había bajado. Él cruzaba el pasillo para ir de la sala de estar a su habitación.

—¿Le vio usted después de las nueve menos cuarto, señor Arthur?

—No. Pero le oí. Él estaba trabajando aquí con Hislop. Hislop le había pedido irse para Navidad. Mi padre descubrió que tenía correspondencia urgente. Realmente, Guy, tú lo sabes, era patológico. Estoy seguro de que el doctor Meadows lo cree así.

—¿Cuándo le oyó? —preguntó Alleyn.

—Poco después de que Guy se marchara. Yo estaba dibujando en mi habitación, arriba. Está encima de la suya. Le oí gritar al pobre Hislop. Debió de ser antes de las diez, porque a las diez salí para asistir a una fiesta. Le oí gritar cuando cruzaba el pasillo.

—¿Y cuándo regresaron ustedes? —preguntó Alleyn.

—Yo llegué a casa hacia las doce y veinte —respondió Guy al instante—. Sé la hora porque habíamos ido a Chez Cario, y nos fuimos inmediatamente después del espectáculo de medianoche. Vine a casa en taxi. La radio funcionaba a todo volumen.

—¿No oyó voces?

—No. Sólo la radio.

—¿Y usted, señor Arthur?

—Dios sabe a qué hora llegué. Después de la una. La casa estaba a oscuras. No se oía nada.

—¿Tenía su llave?

—Si —respondió Guy—. Cada uno tiene la suya. Siempre las dejamos colgadas en un gancho del vestíbulo. Cuando entré, me fijé en que la de Arthur no estaba.

—¿Y las otras? ¿Cómo sabía que era la de Arthur?

—Mamá no tiene y Phips perdió la suya hace semanas. De todas maneras, sabía que ellas estaban en casa y que tenía que ser Arthur el que había salido.

—Gracias —dijo Arthur con ironía.

—¿No miró en el estudio, cuando regresó? —le preguntó Alleyn.

—¡Dios mío, no! —exclamó Arthur como si la sugerencia fuera fantástica. Dijo repentinamente—: Supongo que él estaba aquí… muerto. Es una idea extraña. —Se rió nervioso—. Aquí sentado, tras la puerta, a oscuras.

—¿Cómo sabe que estaba a oscuras?

—¿Qué quiere decir? Claro que lo estaba. No se veía luz por debajo de la puerta.

—Entiendo. Ahora, ¿les importa volver con su madre? Quizá su hermana tendrá la bondad de venir un momento. Fox, pídaselo, por favor.

Fox regresó a la sala de estar con Guy y Arthur y se quedó allí, sin fijarse en la turbación que su presencia podía causar en los Tonks. Bailey ya se encontraba allí, examinando ostensiblemente los puntos eléctricos.

Phillipa fue al estudio enseguida. Su primera observación era característica.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó.

—Es extremadamente amable por su parte expresarlo así —dijo Alleyn—. No quiero molestarla mucho rato. Estoy segura de que este descubrimiento le ha causado una fuerte impresión.

—Probablemente —dijo Phillipa. Alleyn le lanzó una mirada rápida—. Quiero decir —explicó ella— que supongo que me ha impresionado pero no puedo sentir gran cosa. Lo único que quiero es que todo acabe lo antes posible. Y luego pensar. Por favor, dígame qué ha pasado.

Alleyn le dijo que creían que su padre había muerto electrocutado y que las circunstancias de ese hecho eran inusuales y misteriosas. No dijo nada que sugiriera que la policía sospechaba de asesinato.

—No creo que yo pueda ser de gran ayuda —dijo Phillipa—, pero adelante.

—Quiero tratar de descubrir quién fue la última persona que vio a su padre o habló con él.

—Probablemente fui yo —dijo Phillipa sosegada—. Tuve una discusión con él antes de acostarme.

—¿Por qué motivo?

—No creo que importe.

Alleyn lo pensó. Cuando volvió a hablar, lo hizo con calma.

—Oiga —dijo—, creo que existen pocas dudas respecto a que su padre murió debido a una descarga eléctrica producida por su aparato de radio. Por lo que sé, las circunstancias son raras. Las radios normalmente no pueden producir una descarga mortal para nadie. Hemos examinado la caja y nos inclinamos a pensar que su interior fue manipulado anoche. Manipulado radicalmente. Cabe que su padre experimentara con él. Si ocurrió algo que le interrumpió o le trastornó, es posible que con la excitación del momento efectuara algún reajuste peligroso.

—Usted no lo cree, ¿verdad? —dijo Phillipa con calma.

—Ya que me lo pregunta —dijo Alleyn—, no.

—Entiendo —dijo Phillipa—. Usted cree que fue asesinado, pero no está seguro. —Se había quedado muy pálida, pero habló con sequedad—. Como es natural, quiere conocer los detalles de mi discusión.

—Todo lo que ocurrió anoche —corrigió Alleyn.

—Lo que ocurrió fue esto —dijo Phillipa—: Poco después de las diez salí al pasillo. Había oído a Arthur marcharse y había mirado el reloj a y cinco. Me tropecé con el secretario de mi padre, Richard Hislop. Él se apartó, pero no antes de que viera… no lo bastante rápido. Le dije: «Está llorando». Nos miramos. Le pregunté por qué lo toleraba. Ninguno de los otros secretarios

había podido. Me dijo que él tenía que hacerlo. Es viudo y tiene dos hijos. Había que pagar facturas del médico y otras cosas. No es necesario que le cuente su… su maldito servilismo hacia mi padre ni los refinamientos de crueldad que tenía que soportar. Creo que mi padre estaba loco, realmente loco. Richard me lo contó atropelladamente en una especie de susurro horrorizado. Hacía dos años que estaba aquí, pero nunca me había dado cuenta, hasta ese momento, de que nosotros… de que… —Un débil rubor asomó a sus mejillas—. Es un hombre tan curioso. No es en absoluto como siempre me lo había imaginado… ni guapo ni excitante ni nada.

Se detuvo, con expresión de desconcierto.

—Prosiga —dijo Alleyn.

—Bueno, de repente comprendí que estaba enamorada de él. Él también se dio cuenta. Dijo: «Por supuesto, no hay esperanzas, ya lo sabes. Nosotros, quiero decir. Ridículo, casi». Entonces le rodeé el cuello con mis brazos y le besé. Era muy extraño, pero pareció natural. La cuestión es que mi padre salió de su habitación y nos vio.

—Qué mala suerte —comentó Alleyn.

—Sí, lo fue. Mi padre en realidad pareció encantado. Casi se relamió. La eficiencia de Richard hacía tiempo que le irritaba. Era difícil encontrar excusas para mostrarse furioso con él. Ahora, por supuesto… Ordenó a Richard que fuera al estudio y a mi me mandó a mi habitación. Me siguió al piso de arriba. Richard intentó subir también, pero le pedí que no lo hiciera. Mi padre… No es necesario que le cuente lo que dijo. Efectuó la peor reconstrucción posible de lo que había visto. Estaba absolutamente fuera de sí, y me gritaba como un loco. Estaba loco. Quizá era el *delirium tremens*. Bebía muchísimo. Quizá es una tontería que le cuente todo esto.

—No —dijo Alleyn.

—No puedo sentir nada en absoluto. Ni siquiera alivio. Los chicos están francamente aliviados. Yo ni siquiera puedo sentir miedo. —Miró con aire meditativo a Alleyn—. Las personas inocentes no han de sentir miedo, ¿verdad?

—Es un axioma de la investigación policial —dijo Alleyn, y se preguntó si en realidad ella era inocente.

—No puede tratarse de un asesinato —dijo Phillipa—. Todos teníamos demasiado miedo para matarle. Creo que él vencería incluso después de asesinarle. De alguna manera se vengaría. —Se llevó las manos a los ojos—. Estoy muy confundida.

—Me parece que está usted más trastornada de lo que cree. Iré lo más rápido que pueda. Su padre montó esta escena en su habitación. Dice que gritó. ¿Alguien le oyó?

—Sí. Mamá le oyó. Entró.

—¿Qué ocurrió?

—Le dije: «Vete, no pasa nada». No quería que ella interviniera. Él casi la mató con todo lo que le hizo. A veces él… nunca sabíamos lo que sucedía entre ellos. Todo era secreto, como una puerta que se cierra despacio cuando vas por un pasillo.

—¿Ella se fue?

—No enseguida. Él le dijo que había descubierto que Richard y yo éramos amantes. Dijo que… bueno, no importa. No quiero decírselo. Ella estaba aterrada. De alguna manera que yo no entendía él le estaba clavando un puñal. Luego, inesperadamente, le dijo que se fuera a su habitación. Ella se fue enseguida y él la siguió. Cerró mi puerta con llave. Fue la última vez que le vi, pero mas tarde le oí bajar la escalera.

—¿Estuvo cerrada con llave toda la noche?

—No. La habitación de Richard Hislop está al lado de la mía. Él se acercó y me habló a través de la pared. Quería abrirme, pero le dije que era mejor no hacerlo, por si acaso él volvía. Luego, mucho más tarde, Guy regresó a casa. Cuando pasó por delante de mi puerta golpeé. La llave estaba en la cerradura y él me abrió.

—¿Le contó lo que había ocurrido?

—Sólo le dije que habíamos tenido una pelea. Se quedó un momento conmigo nada más.

—¿Se oye la radio, desde su habitación?

La joven pareció sorprendida.

—¿La radio? Bueno, sí. Un poco.

—¿La oyó después de que su padre regresara al estudio?

—No lo recuerdo.

—Piénselo. Durante todo ese rato en que permaneció despierta hasta que su hermano volvió a casa.

—Lo intentaré. Cuando él salió y nos encontró a Richard y a mi, no funcionaba. Habían estado trabajando. No, no recuerdo haberla oído a menos que… espere un momento. Sí. Cuando volvió al estudio, después de estar en la habitación de mi madre, recuerdo que se oyó un fuerte ruido de estática. Muy fuerte. Después, creo que quedó en silencio durante un rato. Me parece que volví a oírla más tarde. Oh, recuerdo otra cosa. Después de oír la estática,

el radiador de mi habitación se apagó. Supongo que pasó algo con el suministro eléctrico. Eso explicaría las dos cosas, ¿no? El radiador se puso en marcha otra vez unos diez minutos más tarde.

—¿Y la radio empezó a sonar entonces?

—No lo sé. No lo recuerdo con claridad. Se volvió a poner en marcha antes de acostarme.

—Muchísimas gracias. Por el momento no volveré a molestarla.

—Está bien —dijo ella con calma, y se marchó.

Alleyn envió a buscar a Chase y le interrogó acerca del resto del personal y del descubrimiento del cuerpo. Después llamaron a Emily. Cuando ésta se fue, atemorizada pero complaciente, Alleyn se volvió al mayordomo.

—Chase —dijo—, ¿tenía su amo alguna costumbre peculiar?

—Sí, señor.

—¿En relación con la radio?

—Lo siento, señor. Creía que se refería en general.

—Bueno, pues, en general.

—Si puedo decirlo, señor, tenía muchas.

—¿Cuánto hace que estaba a su servicio?

—Dos meses, señor, y me marcho al finalizar esta semana.

—¿Y por qué se va?

Chase hizo el comentario clásico de los suyos.

—Hay algunas cosas —dijo— que una persona no puede tolerar, señor. Una de ellas es que le hablen a uno como el señor Tonks hablaba a su personal.

—Ah. ¿Y sus costumbres peculiares?

—En mi opinión, señor, estaba loco. Loco de atar.

—Con respecto a la radio, ¿la manipulaba?

—No puedo decir que me fijara en ello, señor. Creo que sabía mucho de radios.

—Cuando sintonizaba el aparato, ¿tenía algún método en particular? ¿Alguna actitud o gesto característico?

—No lo creo, señor. Nunca me fijé, y sin embargo he entrado con frecuencia en la habitación cuando lo hacía. Parece que aún le veo, señor.

—Sí, sí —dijo Alleyn rápido—. Eso es lo que queremos. Una imagen mental clara. ¿Cómo era? ¿Así?

Cruzó la habitación y se sentó en la silla de Septimus, ante el aparato. Levantó la mano hacia el control de sintonización.

—¿Así?

—No, señor —dijo Chase al instante—, él no lo hacía así en absoluto. Utilizaba las dos manos.

—Ah. —Alleyn llevó la otra mano al control del volumen—. ¿Así?

—Sí, señor —dijo Chase despacio—. Pero hay algo más que no puedo recordar qué era. Algo que siempre hacía. Lo tengo en la cabeza. En el borde de la memoria, como si dijéramos.

—Entiendo.

—Es una especie… algo… tiene que ver con la irritación —dijo Chase despacio.

—¿Irritación? ¿De él?

—No. No puedo, señor. No lo recuerdo.

—Tal vez más tarde. Ahora, Chase, ¿qué les ocurrió a todos ustedes anoche? A todos los criados, quiero decir.

—Todos estábamos fuera, señor. Era Nochebuena. La señora me envió a buscar ayer por la mañana. Dijo que podíamos tomarnos la noche libre en cuanto yo le hubiera llevado el *grog* al señor Tonks, a las nueve. Por eso nos fuimos —terminó Chase simplemente.

—¿Cuándo?

—El resto del personal se fue hacia las nueve. Yo me marché a las nueve y diez, señor, y regresé hacia las once y veinte. Los otros ya habían vuelto y estaban acostados. Yo me fui directamente a la cama, señor.

—Entró usted por la puerta trasera, supongo.

—Sí, señor. Lo hemos estado hablando. Ninguno de nosotros observó nada inusual.

—¿Pueden oír la radio en la parte de la casa donde están ustedes?

—No, señor.

—Bien —dijo Alleyn, levantando la vista de sus notas—. Es suficiente, gracias.

Antes de que Chase llegara a la puerta entró Fox.

—Disculpe, señor —dijo Fox—. Sólo quiero echar un vistazo al *Radio Times* del escritorio.

Se inclinó sobre el periódico, humedeció un gigantesco pulgar y pasó una página.

—Eso es, señor —exclamó Chase de pronto—. Eso es lo que trataba de recordar. Es lo que él siempre hacía.

—¿El qué?

—Humedecerse los dedos, señor. Era una costumbre —dijo Chase—. Es lo que hacía siempre cuando se sentaba ante la radio. Oí al señor Hislop

decirle al médico que casi le volvía loco, eso de que su patrón no pudiera tocar nada sin humedecerse antes los dedos.

—Está bien —dijo Alleyn—. Dentro de diez minutos, dígale al señor Hislop que tenga la bondad de venir un momento. Nada más, gracias, Chase.

—Bien, señor —observó Fox cuando Chase se hubo ido—, si es así y lo que pienso es correcto, sin duda empeora las cosas.

—Dios mío, Fox, qué comentario tan complicado. ¿Qué significa?

—Si los botones de baquelita fueron sustituidos por los metálicos y se hizo pasar un fino alambre a través de esos agujeros para que hicieran contacto, la descarga que recibió fue mayor si los tocó con los dedos mojados.

—Sí. Y siempre utilizaba las dos manos. ¡Fox!

—Señor.

—Vaya con los Tonks otra vez. No les ha dejado solos, ¿verdad?

—Bailey está con ellos, fingiendo examinar los interruptores de la luz. Ha encontrado el cuadro de distribución principal debajo de la escalera. Hay señales de que se ha cambiado recientemente un plomo fundido. En un armario, debajo, hay trozos de cable flexible. El mismo tipo que éste de la radio y el radiador.

—Ah, sí. ¿El cordón que va del adaptador al radiador podría haberlo producido?

—¡Caramba! —exclamó Fox—. Tiene razón. Así es como se hizo, jefe. Cortaron el cable más grueso del radiador y lo hicieron pasar por aquí. Como la chimenea estaba encendida, no querría el radiador y no se daría cuenta.

—Ciertamente pudieron hacerlo así, pero no hay nada que lo pruebe. Vuelva con los desconsolados Tonks, mi querido Fox, y pregunte si alguno de ellos recuerda alguna peculiaridad de Septimus cuando sintonizaba su radio. Fox se encontró con el señor Hislop en la puerta y le dejó solo con Alleyn. Phillipa tenía razón, reflexionó el inspector, cuando dijo que Richard Hislop no era un hombre que se hacía notar. Era mediocre. Ojos grises, cabello también gris; bastante pálido, bastante bajo, bastante insignificante; y no obstante, anoche aquellos dos seres habían vislumbrado el amor. Romántico pero extraño.

—Siéntese —dijo—. Quiero que me diga, por favor, qué ocurrió entre usted y el señor Tonks anoche.

—¿Qué ocurrió?

—Sí. Cenaron todos a las ocho, según creo. Después, ¿usted y el señor Tonks vinieron aquí?

—Sí.

—¿Qué hicieron?

—Me dictó varias cartas.

—¿Tuvo lugar alguna cosa fuera de lo corriente?

—Oh, no.

—¿Por qué discutieron?

—¿Discutir? —La voz tranquila subió un tono—. No discutimos, señor Alleyn.

—Quizá he utilizado mal la palabra. ¿Qué le inquieta?

—¿Phillipa se lo ha contado?

—Sí. Ha sido sensata y lo ha hecho. ¿Qué ocurre, señor Hislop?

—Aparte de… de lo que ella le ha dicho… el señor Tonks era un hombre difícil de complacer. Yo le irritaba a menudo. Anoche lo hice.

—¿De qué manera?

—De todas las maneras. Me gritó. Yo estaba asustado y nervioso, torpe con los papeles, y cometía errores. No estaba bien. Cometí un error muy grave y entonces… me derrumbé. Siempre le he irritado. Mis gestos típicos…

—¿Él no tenía ningún gesto típico irritante?

—¿Él? ¡Dios mío!

—¿Cuáles eran?

—No se me ocurre nada en concreto. No importa, ¿verdad?

—¿Alguna cosa relacionada con la radio, por ejemplo?

Hubo un breve silencio.

—No —dijo Hislop.

—Anoche, después de cenar, ¿la radio estaba puesta?

—Durante un rato sí. Pero no después… después del incidente en el pasillo. Al menos, eso creo. No lo recuerdo.

—¿Qué hizo usted cuando la señorita Phillipa y su padre fueron al piso de arriba?

—Les seguí y escuché tras la puerta un momento. —Se había puesto muy pálido y apartado del escritorio.

—¿Y después?

—Oí que se acercaba alguien. Recordé que el doctor Meadows me había dicho que le llamara si se producía una de estas escenas. Volví aquí y le llamé. Me dijo que fuera a mi habitación y escuchara. Si las cosas se ponían peor, tenía que telefonearle otra vez. Sino, me dijo que me quedara en mi habitación. Está al lado de la de ella.

—¿Y usted hizo eso? —Asintió con la cabeza—. ¿Oyó lo que el señor Tonks le dijo?

—Buena parte de ello.

—¿Qué oyó?

—La insultó. La señora Tonks estaba con ellos. Estaba pensando en ir a llamar al doctor Meadows otra vez cuando ella y el señor Tonks salieron y se fueron por el pasillo. Me quedé en mi habitación.

—¿No intentó hablar con la señorita Phillipa?

—Hablamos a través de la puerta. Me dijo que no llamara al doctor Meadows, sino que permaneciera en mi habitación. Al cabo de un rato, quizá fueron veinte minutos, no lo sé, le oí volver y bajar. Volví a hablar con Phillipa. Ella me imploró que no hiciera nada y dijo que ella misma hablaría con el doctor Meadows esta mañana. Así que esperé un poco más y después me acosté.

—¿Y se durmió?

—¡Por Dios, no!

—¿Volvió a oír la radio?

—Sí. Al menos, oí la estática.

—¿Es usted experto en radios?

—No. Sólo sé las cosas normales. No mucho.

—¿Cómo consiguió este empleo, señor Hislop?

—Contesté a un anuncio.

—¿Seguro que no recuerda ningún gesto particular del señor Tonks en relación con la radio?

—No.

—¿Y no puede decirme nada más respecto a su entrevista en el estudio que condujo a la escena del pasillo?

—No.

—¿Me hará el favor de pedirle a la señora Tonks que tenga la amabilidad de venir a hablar conmigo un momento?

—Por supuesto —dijo Hislop, y se fue.

Entró la esposa de Septimus; parecía una muerta. Alleyn la hizo sentarse y le preguntó por sus movimientos la noche anterior. Ella dijo que no se encontraba bien y cenó en su habitación. Se acostó inmediatamente después. Oyó a Septimus gritarle a Phillipa y fue a la habitación de ésta. Septimus acusó al señor Hislop y a su hija de «cosas terribles». Al llegar a este punto se derrumbó. Alleyn se mostró muy amable con ella. Al cabo de un rato, se enteró de que Septimus había ido con ella a su habitación y había seguido hablando de «cosas terribles».

—¿Qué cosas? —preguntó Alleyn.

—No era responsable de sí mismo —dijo Isabel—. No sabía lo que decía. Creo que había estado bebiendo.

Le parecía que había permanecido con ella durante quizá un cuarto de hora. Posiblemente más tiempo. La dejó de modo brusco y le oyó alejarse por el pasillo. Ella se había quedado despierta largo rato. Desde su habitación la radio no podía oírse. Alleyn le mostró los botones de la barra de la cortina, pero la mujer pareció incapaz de comprender su significado. Alleyn la dejó marchar, llamó a Fox y repasó el caso.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó cuando hubo terminado.

—Bien, señor —dijo Fox impasible—, a la vista de todo ello los jóvenes caballeros tienen coartada. Tendremos que comprobarlas, por supuesto, y no creo que podamos adelantar mucho hasta que lo hayamos hecho.

—Por el momento —dijo Alleyn—, supongamos que los señores Guy y Arthur tienen coartadas sólidas. ¿Qué hacemos entonces?

—Tenemos a la joven, a la señora mayor, al secretario y a los criados.

—Pasemos revista. Pero antes repasemos el asunto de la radio. Tendrás que fijarte. Supongo que la única manera en que la radio pudo ser manipulada para producirle la muerte al señor Tonks es como sigue: sacaron los botones de control. Perforaron los agujeros en el panel frontal con un taladro fino. Los botones de baquelita fueron sustituidos por los metálicos y se rellenaron con papel secante para aislarlos del eje metálico y para que no se movieran. Se cortó el cable más grueso del adaptador al radiador y los extremos de los alambres se pasaron por los agujeros para que hicieran contacto con los nuevos botones. Así tenemos un polo positivo y un polo negativo. El señor Tonks hace de puente, y recibe la descarga cuando la corriente pasa a través de él hasta tierra. El fusible del cuadro de distribución se funde casi inmediatamente. Todo esto lo preparó el asesino mientras Sep estaba en el piso de arriba peleando con su esposa e hija. Sep volvió al estudio después de las diez y veinte. Todo el asunto se preparó entre las diez, cuando Arthur salió, y la hora en que Sep volvió, digamos hacia las diez y cuarenta y cinco. El asesino reapareció, conectó el radiador con el cable, sacó los alambres, repuso los botones de baquelita y dejó el aparato conectado. Supongo que la estática que han descrito Phillipa y Hislop estaría causada por el cortocircuito que mató a nuestro Septimus.

—Eso es.

—También afectó a todos los radiadores de la casa. Véase, el radiador de la señorita Tonks.

—Sí. El asesino lo puso todo en orden otra vez. Sería tarea sencilla para cualquiera que supiera cómo hacerlo. Sólo tendría que arreglar el fusible del cuadro de distribución principal. ¿Cuánto calculas que se podría tardar en… cuál es esa palabra horrible… reacondicionarlo todo?

—Mmmm —murmuró Fox—. Calculo, señor, que unos quince minutos. Tendría que ser rápido.

—Si —coincidió Alleyn—, el asesino o la asesina.

—No me imagino a una mujer haciendo eso con éxito —gruñó Fox—. Oiga, jefe, ya sabe lo que pienso. ¿Por qué el señor Hislop ha mentido acerca de la costumbre del muerto de humedecerse los pulgares? Hislop le ha dicho que no recordaba nada y Chase dice que le oyó decir que eso casi le volvía loco.

—Exactamente —dijo Alleyn.

Se quedó callado tanto rato que Fox se vio obligado a toser discretamente.

—¿Eh? —exclamó Alleyn—. Sí, Fox, sí. Habrá que hacerlo.

Consultó el listín de teléfonos y marcó un número.

—¿Puedo hablar con el doctor Meadows? Ah, es usted. ¿Recuerda si el señor Hislop le dijo que la costumbre de Septimus Tonks de humedecerse los dedos casi le volvía loco? ¿Está usted ahí? ¿No? ¿Seguro? Está bien. Está bien. Hislop le telefoneó a las diez y veinte, me ha dicho, ¿no? ¿Y usted le llamó a él? A las once. ¿Está seguro de las horas? Entiendo. Me gustaría que viniera. ¿Puede? Bien, hágalo si puede.

Colgó el aparato.

—Haga venir a Chase otra vez, Fox.

Chase insistió en que el señor Hislop había hablado de ello con el doctor Meadows.

—Fue cuando el señor Hislop tuvo la gripe, señor. Yo subí con el doctor. El señor Hislop tenía mucha temperatura y hablaba con gran excitación. No paraba de hablar, diciendo que el patrón había adivinado lo que había hecho y eso le volvía loco, y que el patrón seguía adelante para agravarlo. Dijo que si duraba mucho más, él… no sabía lo que decía, señor.

—¿Qué dijo que haría?

—Bueno, señor, dijo que… que le haría algo desesperado al patrón. Pero desvariaba, señor. Es muy posible que ya no lo recuerde.

—No —dijo Alleyn—, quizá no. —Cuando Chase estuvo fuera, dijo a Fox—: Ve y averigua las coartadas de los chicos. A ver si puedes comprobarlo rápido. Que el señor Guy corrobore la afirmación de la señorita Phillipa de que estaba encerrada en su habitación.

Hacía un rato que Fox se había ido y Alleyn aún estaba ocupado con sus notas cuando la puerta del estudio se abrió de pronto y entró el doctor Meadows.

—Bueno, mi querido detective —gritó—, ¿qué es todo esto de Hislop? ¿Quién dice que le desagradaban las abominables costumbres de Sep?

—Chase. Y no me grite de ese modo. Estoy preocupado.

—Yo también, maldición. ¿Qué pretende? No puede usted imaginar que… que ese pobre escritorzuelo agotado es capaz de electrocutar a nadie, mucho menos a Sep.

—Yo no tengo imaginación —dijo Alleyn cansado.

—Ojalá no le hubiera llamado. Si la radio mató a Sep, fue porque él la manipuló.

—¿Y la volvió a dejar como estaba, después de morir?

El doctor Meadows miró fijamente a Alleyn en silencio.

—Ahora —dijo Alleyn—, tiene que darme una respuesta directa, Meadows. Cuando Hislop se encontraba semidelirante, ¿dijo que ese hábito de Tonks le producía ganas de asesinarle?

—Había olvidado que Chase estaba allí —dijo el doctor Meadows.

—Sí, lo había olvidado.

—Pero aunque hablara claramente, Alleyn, ¿qué? Maldita sea, no puede arrestar a un hombre por un comentario efectuado delirando.

—No me propongo hacerlo. Ha aparecido otro motivo.

—¿Se refiere a Phips… anoche?

—¿Le ha hablado de eso?

—Me ha contado algo esta mañana. Quiero mucho a Phips. Dios mío, ¿está usted seguro del terreno que pisa?

—Si —dijo Alleyn—. Lo siento. Creo que será mejor que se marche, Meadows.

—¿Va usted a arrestarle?

—Tengo que cumplir con mi deber.

Hubo un largo silencio.

—Si —dijo al fin el doctor Meadows—. Tiene que cumplir con su deber. Adiós, Alleyn.

Fox volvió para decir que Guy y Arthur no habían dejado en ningún momento al grupo con el que se encontraban. Se había puesto en contacto con dos de sus amigos. Guy y la señora Tonks habían confirmado la historia de la puerta cerrada con llave.

—Es un proceso de eliminación —dijo Fox—. Tiene que ser el secretario. Manipuló la radio mientras el fallecido se encontraba arriba. Debió de apresurarse a subir para hablar a través de la puerta de la señorita Tonks. Supongo que esperó en algún sitio aquí abajo hasta que oyó que el difunto se electrocutaba y entonces lo puso todo tal como estaba antes, dejando la radio conectada.

Alleyn permaneció en silencio.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Quiero ver el gancho que hay junto a la puerta principal, donde cuelgan las llaves.

Fox, perplejo, siguió a su superior hasta el pequeño vestíbulo de entrada.

—Sí, ahí están —dijo Alleyn. Señaló un gancho con dos llaves que colgaban de él—. No es fácil pasarlas por alto. Vamos, Fox.

De nuevo en el estudio, encontraron a Hislop y a Bailey que les esperaban.

Hislop miró a un policía y al otro.

—Quiero saber si se trata de asesinato.

—Eso creemos —dijo Alleyn.

—Quiero que se dé cuenta de que Phillipa, la señorita Tonks, anoche estuvo encerrada con llave en su habitación.

—Hasta que llegó su hermano y le abrió la puerta —dijo Alleyn.

—Era demasiado tarde. Él ya estaba muerto.

—¿Cómo sabe cuándo murió?

—Tuvo que ser cuando se oyó la estática.

—Señor Hislop —dijo Alleyn—, ¿por qué no me ha dicho cuánto le exasperaba la costumbre del señor Tonks de humedecerse los dedos?

—Pero ¿cómo lo sabe? ¡Yo no se lo he dicho!

—Se lo dijo al doctor Meadows cuando estuvo enfermo.

—No lo recuerdo. —Se detuvo en seco. Le temblaban los labios. Entonces, de repente, se puso a hablar—. Muy bien. Es cierto. Durante dos años ese hombre me ha estado torturando. Sabía algo de mi. Hace dos años, cuando mi esposa estaba muriendo, cogí dinero de la caja que hay en ese escritorio. Lo devolví y creí que nadie lo había advertido. Él lo sabía. Desde entonces, me ha hecho hacer lo que ha querido. Solía sentarse ahí como una araña. Yo le entregaba un papel. Él se humedecía los pulgares con un chasquido y una especie de mueca complaciente. Chas, chas. Entonces pasaba las hojas con el pulgar. Él sabía que eso me ponía furioso. Me miraba, y entonces… chas, chas. Y luego decía algo referente al dinero de la caja.

Nunca me acusó, sólo insinuaba. Y yo me sentía impotente. Pensará usted que estoy loco. No lo estoy. Podría haberle asesinado. Muchas veces, y con frecuencia he pensado hacerlo. Ahora usted piensa que lo he hecho. Pero no es así. Qué ironía. No tenía suficiente valor. Y anoche, cuando Phillipa me demostró que yo le gustaba, fue como el Paraíso… increíble. Por primera vez desde que estoy aquí, no sentía deseos de matarle. ¡Y anoche alguien lo hizo!

Se quedó allí de pie, temblando y vehemente. Fox y Bailey, que le habían observado con interés y asombro, se volvieron a Alleyn. Éste iba a decir algo cuando entró Chase.

—Una nota para usted —dijo a Alleyn—. La han traído a mano.

—Puede irse, señor Hislop. Ahora tengo lo que esperaba… lo que perseguía.

Cuando Hislop se hubo ido, leyeron la carta.

> «Querido Alleyn:
>
> No arreste a Hislop. Lo hice yo. Déjele marchar enseguida si le ha arrestado y no le diga a Phips que sospechaba de él. Yo estaba enamorado de Isabel antes de que ella conociera a Sep. He intentado que se divorciara de él, pero ella no quería hacerlo por sus hijos. Maldita tontería, pero ahora no hay tiempo para discutirlo. Tengo que ser rápido. Él sospechaba de nosotros. A ella le destrozó los nervios. Yo tenía miedo de que ella se hundiera del todo. Lo tenía todo pensado. Unas semanas atrás, cogí las llaves de Phips del gancho que hay al lado de la puerta principal. Tenía las herramientas y el cable y el alambre preparados. Sabía dónde estaba el cuadro de distribución principal y el armario. Tenía intención de esperar hasta que todos se marcharan en Año Nuevo, pero anoche, cuando Hislop me llamó me decidí. Me dijo que los chicos y los criados habían salido y que Phips estaba encerrada en su habitación. Le dije que se quedara en su cuarto y me llamara al cabo de media hora si las cosas no se habían calmado. No llamó. Yo si lo hice. No obtuve respuesta, así que supe que Sep no se hallaba en su estudio.
>
> »Fui a la casa, entré y escuché. Todo estaba en silencio arriba, pero la luz del estudio estaba encendida, por eso supe que él bajaría otra vez. Había dicho que quería escuchar la emisión de medianoche de no sé dónde.

»Me encerré dentro y puse manos a la obra. Cuando Sep estuvo fuera el año pasado, Arthur pintó uno de sus monstruosos cuadros modernos en el estudio. Habló de que los botones de los extremos de la barra de la cortina resultaban un buen modelo. Me fijé entonces en que se parecían mucho a los de la radio y, más tarde, probé uno y vi que encajaba si se rellenaba un poco. Bueno, hice el trabajo tal como usted ha deducido y sólo tardé veinte minutos. Después fui a la sala de estar y esperé.

»Él bajó de la habitación de Isabel y, evidentemente, fue directo a la radio. Yo no había imaginado que produciría tanto estruendo, y casi esperé que alguien bajaría. Nadie lo hizo. Regresé, desconecté la radio, reparé el fusible de la caja de distribución principal, utilizando mi linterna, y después dejé el estudio en orden otra vez. No tenía prisa. Nadie vendría mientras él estuviera allí. Puse la radio en cuanto pude para hacer ver que él la utilizaba. Yo sabía que me llamarían cuando le encontraran. Mi idea era decirles que había muerto de un ataque al corazón. Había advertido a Isabel que eso podría suceder en cualquier momento. En cuanto he visto la mano quemada, he sabido que no valdría. Habría intentado salir de ello si Chase no hubiera hablado tanto de electrocución y dedos quemados. Hislop ha visto la mano. No me he atrevido a hacer nada más que avisar a la policía, pero creía que no desmontarían los botones. Uno a cero.

»Habría podido salir impune si usted no hubiera sospechado de Hislop. No puedo permitir que cuelguen a ese sujeto. Incluyo una nota para Isabel, que no me perdonará, y otra, oficial, para que la utilice usted. Me encontrará en mi habitación, arriba. Empleo cianuro. Es rápido.

»Lo siento, Alleyn. Creo que usted lo sabía, ¿no es cierto? Lo he hecho malísimamente, pero si usted es un superdetective… Adiós.

Henry Meadows»

MARGERY ALLINGHAM
(1904-1966)

NO TIENE IMPORTANCIA

Margery Allingham, la última de nuestro cuarteto de Maestras de la Edad de Oro, procedía de una familia de autores y se inició en la carrera literaria a la edad de diecisiete años. Su primer misterio apareció en 1924. The White Cottage Mystery, y su primer libro que presentaba al detective Albert Campion lo hizo cinco años después: The Crime at Black Dudley.

A diferencia de Christie, Marsh y Sayers, Allingham fue inquieta dentro de las convenciones de la forma de los misterios desarrollados en casas de campo inglesas. Durante la segunda guerra mundial, prácticamente desterró a Campion de su trabajo y pasó del misterio a la historia social. Poco a poco regresó Campion, primero como personaje secundario, algo cambiado. No aparece en este relato, el cual muestra la inteligencia de Allingham y su impaciencia con el estila.

Fue particularmente lamentable para la señora de Christopher Molesworth tener ladrones la noche del domingo de lo que fue, quizá, el triunfante fin de semana que coronaba su carrera de anfitriona.

Como anfitriona, la señora Molesworth era una experta. Elegía a sus invitados con escrupulosa discriminación, despreciándolo todo excepto lo más raro. La simple notoriedad no era un pasaporte para acudir a Molesworth Court.

Tampoco la simple amistad conseguía muchas migas de la mesa de los Molesworth, aunque la habilidad para complacer y representar la pieza de uno tendría posibilidades de lograr una cama cuando la celebridad del momento prometiera ser monótona, incómoda y probablemente aburrida.

Así fue como el joven Petterboy llegó a estar allí en el gran fin de semana. Era diplomático, presentable, abstemio casi lo suficiente para ser absolutamente digno de confianza, incluso al final de la velada, y hablaba un poco de chino.

Esto último apenas le había servido de nada hasta entonces, salvo con las chicas muy jóvenes en las fiestas, que aliviaban su incomodidad por no tener conversación persuadiéndole de que les dijera cómo se pedía que bajaran el equipaje a tierra en Hong Kong, o cómo se pedía para ir al cuarto de baño en un hotel de Pekín.

Sin embargo, en esa ocasión su habilidad le resultó realmente útil, ya que le hizo conseguir una invitación a la más grandiosa fiesta de fin de semana organizada por la señora Molesworth.

Esta fiesta era tan selecta, que sólo asistían a ella seis personas. Estaban los propios Molesworth; Christopher Molesworth era diputado, cazaba a caballo y apoyaba a su esposa igual que un marco negro decente apoya a un cuadro de colores.

Después estaba el propio Petterboy, los hermanos Feison, que parecían muy sosegados y sólo hablaban si era necesario, y finalmente el invitado de todos los tiempos, la joya de una magnífica colección, la pieza de la vida: el doctor Koo Fin, el científico chino; el doctor Koo Fin, el Einstein del este, el hombre de la Teoría. Después de abandonar su Pekín natal, sólo había salido

de su casa de Nueva Inglaterra en una ocasión memorable, cuando dio una conferencia en Washington ante un público que era incapaz de comprender una sola palabra. Sus palabras eran traducidas, pero como se referían a altas matemáticas, esa tarea era comparativamente sencilla.

La señora Molesworth tenía todas las razones del mundo para felicitarse por su captura. «El Einstein chino», como le apodaban los periódicos, no era una persona sociable. Su timidez era proverbial, igual que su desagrado y desconfianza hacia las mujeres. Esta última fobia es lo que explicaba la ausencia de feminidad en la fiesta de la señora Molesworth. Su propia presencia era inevitable, por supuesto, pero vestía su traje más serio e hizo el juramento mental de hablar sólo lo necesario. Es muy posible que de haber podido cambiar de sexo, la señora Molesworth lo hubiera hecho para aquel fin de semana solo.

Había conocido al sabio en una cena muy selecta después de la única conferencia que él dio en Londres. Era la misma conferencia que había sumido a Washington en un estado de perplejidad. Desde que había llegado, el doctor Koo Fin había sido fotografiado más a menudo que cualquier estrella de cine. Su nombre y su redondo rostro chino eran más conocidos que los de los protagonistas de la última *cause célebre*, y los cómicos de televisión ya aludían a su gran teoría de la objetividad en sus programas.

Aparte de esta única conferencia, sin embargo, y la cena que le ofrecieron después, no había sido visto en ningún otro sitio salvo en su *suite*, celosamente protegida, del hotel.

Cómo consiguió la señora Molesworth ser invitada a esa cena, y cómo, una vez allí, persuadió al sabio de que consintiera en visitar Molesworth Court, es uno de esos pequeños milagros que a veces se producen. Sus enemigos hicieron muchas conjeturas indignas, pero, como los profesores universitarios encargados del acto en aquella ocasión no era muy probable que se hubieran dejado sobornar por dinero o amor, seguramente la señora Molesworth movió la montaña sólo mediante la fe en si misma.

La cámara de invitados preparada para el doctor Koo Fin era la tercera habitación del ala oeste. Esta monstruosidad arquitectónica contenía cuatro dormitorios, provistos cada uno de ellos con puertas vidrieras que daban a la misma terraza.

El joven Petterboy ocupaba la habitación del final del pasillo. Era una de las mejores de la casa, en realidad, pero no tenía cuarto de baño anexo, ya que éste había sido convertido por la señora Molesworth, que tenía la segunda

cámara, en una gigantesca prensa para ropa. Al fin y al cabo, como dijo ella, era su casa.

El doctor Koo Fin llegó el sábado en tren, como una persona de inferior categoría. Estrechó la mano a la señora Molesworth, a Christopher, al joven Petterboy y a los Feison como si compartiera su inteligencia, y les sonrió de ese modo blando, absolutamente demasiado chino.

Desde el principio fue un éxito tremendo. Comió poco, bebió menos, no habló sino que asentía apreciativamente al chino titubeante del joven Petterboy, y gruñó una o dos veces, de la manera más encantadora, cuando alguien sin darse cuenta se dirigió a él en inglés. En conjunto, era la idea que la señora Molesworth tenía de un invitado perfecto.

El domingo por la mañana, la señora Molesworth recibió un cumplido de él, y en un breve destello se vio a si misma como la mujer más comentada en las fiestas de la semana próxima.

El encantador incidente se produjo poco antes del almuerzo. El sabio se encontraba en el césped y se levantó de pronto de la silla; y, ante la mirada sobrecogida de todo el grupo, ansioso por no perderse nada del incidente para poder contarlo después, se dirigió con pasos decididos al macizo de flores más cercano, pisoteando violetas y coronas de rey con el desprecio del visionario por los obstáculos físicos, cortó una enorme rosa de la variedad favorita de Christopher, volvió triunfante sobre sus pasos y la dejó sobre el regazo de la señora Molesworth.

Luego, mientras ella permanecía en éxtasis, él volvió en silencio a su asiento y se la quedó mirando con aire afable. Por primera vez en su vida, la señora Molesworth estaba realmente emocionada. Eso dijo después a numerosas personas.

Sin embargo, el sábado por la noche hubo ladrones. Fue asquerosamente inoportuno. La señora Molesworth poseía un destacado juego de brillantes, dos juegos de pendientes, un brazalete y cinco anillos, todo montado en platino, que guardaba en una caja de caudales de pared, debajo de un cuadro de su dormitorio. El sábado por la noche, después del incidente de la rosa, abandonó el programa de autoanulación y bajó a cenar con todas sus pinturas de guerra. Los Molesworth siempre se vestían de gala el domingo, y ella, sin lugar a dudas, tenía un aspecto devastadoramente femenino, toda en azul pálido y diamantes.

Fue la velada más satisfactoria de las dos. El sabio demostró poseer un gran talento para hacer castillos de naipes, y también interpretaba ejercicios de cinco dedos en el piano. La gran sencillez de aquel hombre jamás había

estado mejor exhibida. Finalmente, deslumbrados, honrados y felices, los miembros del grupo se fueron a la cama.

La señora Molesworth se quitó las joyas y las metió en la caja fuerte, pero desgraciadamente no la cerró enseguida. Descubrió que se le había caído un pendiente, y bajó a buscarlo al salón. Cuando por fin volvió con él, la caja fuerte se hallaba vacía. En verdad fue muy inoportuno, y el ingenioso Christopher, llamado enseguida a su habitación del ala principal, confesó encontrarse en un apuro.

Los criados, a los que se despertó con discreción, dijeron en susurros que no habían oído nada y dieron coartadas intachables. Quedaban los invitados. La señora Molesworth lloraba. Que una cosa semejante ocurriera era ya algo terrible, pero que ocurriera en aquella ocasión era más de lo que ella podía soportar. En una cosa coincidieron ella y Christopher: el sabio jamás debía adivinar… jamás debía soñar…

Quedaban los Feison y el infortunado joven Petterboy. Los Feison fueron eliminados casi enseguida. Era evidente que el ladrón había entrado por la ventana, pues el cierre de la ventana de la habitación de la señora Molesworth estaba roto; por lo tanto, si alguno de los Feison hubiera salido de su habitación, habría tenido que pasar por delante de la del sabio, que dormía con la ventana abierta de par en par. O sea que sólo estaba el joven Petterboy. Parecía muy evidente.

Por fin, tras muchas consultas, Christopher fue a hablar con él de hombre a hombre, y regresó al cabo de quince minutos acalorado y nada comunicativo.

La señora Molesworth se secó los ojos, se puso su bata más nueva, y, sin hacer caso de sus temores y las objeciones de su esposo, fue a hablar con el joven Petterboy como una madre. El pobre joven Petterboy dejó de reírse de ella al cabo de diez minutos, se encolerizó de repente y pidió que también se preguntara al sabio si había «oído algo». Luego, se olvidó completamente de los buenos modales y sugirió con toda vulgaridad que avisaran a la policía.

La señora Molesworth casi perdió la cabeza, se recuperó a tiempo, se disculpó por la insinuación y volvió desconsolada a su dormitorio.

La noche transcurrió de un modo horrible.

Por la mañana, el pobre joven Petterboy acorraló a su anfitriona y repitió la petición de la noche anterior. Pero el sabio partía hacia las once y doce minutos y la señora Molesworth iba a acompañarle a la estación en coche. En aquel momento, los diamantes le parecían relativamente poco importantes a Elvira Molesworth, que había heredado la fortuna Cribbage un año antes.

Besó al pobre joven Petterboy y le dijo que en realidad no importaba, y ¿no habían disfrutado de un maravilloso fin de semana? Y que el joven debía volver en otra ocasión, pronto.

Los Feison se despidieron del sabio, y, como la señora Molesworth iba con él, también se despidieron de ella. Una vez cumplidas todas las formalidades, parecía que no tenía sentido quedarse, y Christopher les vio partir en su coche, mientras el pobre joven Petterboy encabezaba la marcha con el suyo.

Cuando se hallaba aún de pie en el césped, saludando con la mano algo someramente a los que se marchaban, llegó el correo. Una carta para su esposa ostentaba el blasón del hotel del doctor, y Christopher, con una de esas intuiciones que le hacían ser tan buen esposo, la abrió.

Era muy breve, pero dadas las circunstancias, maravillosamente instructiva:

> Distinguida señora:
>
> Al repasar los memorandos del doctor Koo Fin veo con horror que prometió visitarles este fin de semana. Sé que perdonarán al doctor Koo Fin cuando sepan que él nunca participa en actos sociales. Como usted sabe, su arduo trabajo le ocupa el tiempo entero. Sé que es inexcusable por mi parte no habérselo comunicado antes, pero hace sólo un momento que he descubierto que el doctor se comprometió.
>
> Espero que su ausencia no le haya puesto a usted en ningún apuro, y que perdonará este atroz desliz.
>
> Con todas mis disculpas, señora, la saludo atentamente,
>
> Lo Pei Fu
Secretario
>
> P.D. El doctor habría escrito él mismo, pero, como sabe usted, su inglés no es muy bueno. Me ruega que le dé recuerdos y espera que le perdone.

Cuando Christopher levantó los ojos de la nota, su esposa regresó. Detuvo el coche en el sendero y cruzó corriendo el césped hacia él.

—¡Querido, qué maravilla! —dijo, arrojándose a sus brazos con un abandono que no le mostraba con frecuencia—. ¿Qué hay en el correo? —preguntó, soltándose.

Christopher se metió la carta que había estado leyendo en el bolsillo con discreción y habilidad.

—Nada, cariño —dijo galante—. Nada en absoluto. —Era extremadamente afectuoso con su esposa.

La señora Molesworth frunció su blanca frente.

—Querido —dijo—, respecto a mis joyas… ¿no ha sido odioso que sucediera una cosa así cuando ese dulce anciano se encontraba aquí? ¿Qué haremos?

Christopher la cogió del brazo.

—Creo, querida —dijo con firmeza— que será mejor que me lo dejes a mi. No debemos armar un escándalo.

—¡Oh, no! —exclamó ella, abriendo los ojos alarmada—. No, eso lo estropearía todo.

En un compartimiento de primera del tren de Londres, el anciano chino se inclinó sobre la variada colección de joyas que se encontraban en un gran pañuelo de seda sobre sus rodillas. Sonrió como un niño, con blandura y levemente maravillado. Al cabo de un rato, dobló el pañuelo sobre su tesoro y se metió el paquete en el bolsillo del pecho.

Entonces se recostó en el asiento tapizado y miró por la ventanilla. El paisaje verde y ondulante era agradable. Los campos estaban bien cuidados y labrados. El cielo era azul, la luz del sol, hermosa. Era una tierra hermosa.

Suspiró y se maravilló de que pudiera ser el hogar de una raza de bárbaros cultos para los que, mientras la altura, el peso y la edad fueran relativamente los mismos, todos los chinos eran iguales.

JOHN DICKSON CARR
(1905-1977)

EL LADRÓN INCAUTO

Carr, maestro del misterio, se convirtió en uno de los pilares del Detection Club *y el único, podemos afirmarlo con seguridad, nacido y criado en Uniontown, Pennsylvania. Su literatura estuvo muy influenciada por G. K. Chesterton, inspirador de su celebrado detective doctor Fell («[…] enorme y sonriente, ataviado con una capa amplia como una tienda […] sus gafas [quevedos] […] colocadas precariamente sobre una nariz sonrosada, la cinta negra ensanchándose con cada bocanada de aliento […]»).*

En 1932 se casó con una mujer inglesa y se estableció en Inglaterra, donde vivió los siguientes veintiséis años, anglófilo consagrado y defensor de la Gran Tradición. La afición de Carr a los misterios que se desarrollan en una habitación encaja muy bien con el estilo de «casa de campo» que él llegó a dominar.

Dos invitados, que no pasaban la noche en Cranleigh Court, se marcharon poco después de las once. Marcus Hunt les acompañó a la puerta principal. Luego regresó al comedor, donde las fichas de póquer ahora estaban apiladas en montones bien hechos de fichas blancas, rojas y azules.

—¿Otra partida? —sugirió Rolfe.

—No —dijo Derek Henderson. Su tono, como de costumbre, era cansado —. Sólo somos tres.

Su anfitrión se quedó junto al aparador y les observó. La casa, larga y baja, con vistas a la región de Kent, estaba tan silenciosa que sus voces se elevaban con alarmante estridencia. El comedor, grande y revestido en madera, estaba suavemente iluminado con candelabros eléctricos de pared que resaltaban los colores sombríos de los cuadros. No es frecuente ver, en una habitación de una casa de campo por lo demás corriente, dos Rembrandt y un Van Dyck. Esos cuadros eran una especie de desafío.

Para Arthur Rolfe, el tratante en arte, representaban una cantidad de dinero que le hacía estremecer. Para Derek Henderson, el crítico de arte, representaban un problema. Lo que representaban para Marcus Hunt no era evidente.

Hunt se quedó junto al aparador, con los puños a la cadera, sonriendo. Era un hombre de estatura mediana, rechoncho y con la cara redonda. Provisto de barba, habría parecido un antiguo ciudadano holandés o un cepillo holandés. La pechera de la camisa le sobresalía con desaliño. Contempló con irónico regocijo a Henderson, que cogió una baraja con sus largos dedos, la cortó formando dos montones y barajó los naipes dando un golpecito rápido con cada pulgar que hizo que las cartas se mezclaran como en un juego de prestidigitación.

Henderson bostezó.

—Chico —dijo Hunt—, me sorprendes.

—Eso es lo que intento hacer —respondió Henderson en tono de hastío. Levantó la vista—. Pero ¿por qué lo dices, en particular?

Henderson era joven, era alto, era delgado, era inmaculado; y llevaba barba. Era una barba rojiza, lo que movía a algunas personas a la hilaridad.

Pero él la llevaba con un aire de absoluta naturalidad.

—Me sorprende —dijo Hunt— que disfrutes con algo tan burgués… tan plebeyo… como el póquer.

—Me gusta leer el carácter de las personas —dijo Henderson—. El póquer es la mejor manera de hacerlo.

Hunt entrecerró los ojos.

—¿Ah sí? ¿Puedes leer mi carácter, por ejemplo?

—Con mucho gusto —dijo Henderson.

Con aire distraído se sirvió una mano de póquer, boca arriba. Contenía un par de cincos, y la última carta era el as de espadas. Henderson se quedó mirando fijamente las cartas unos segundos antes de levantar la vista.

—Y puedo decirte —prosiguió— que tú me sorprendes a mi. ¿Te importa si soy franco? Siempre te he considerado el Coloso de los Negocios; el que se arriesga; el del éxito; el tipo que se lo juega todo. Ahora no eres así.

Marcus Hunt se rió. Pero Henderson permaneció impasible.

—Eres astuto, pero cauto. Dudo que alguna vez te lo hayas jugado todo. Otra sorpresa —se sirvió otra mano de cartas— es el señor Rolfe. Es el hombre que, dadas las circunstancias apropiadas, se lo jugaría todo.

Arthur Rolfe se quedó pensativo. Parecía sobresaltado, pero bastante halagado. Aunque en altura y complexión no era diferente a Hunt, no había nada de desaliño en él. Tenía el rostro cuadrado y moreno, llevaba gafas y su frente mostraba preocupación.

—Lo dudo —declaró, muy serio. Luego sonrió—. Una persona que se lo jugara todo en mi negocio se vería metido en problemas. —Recorrió la habitación con la vista—. De todos modos, sería demasiado precavido para tener tres cuadros, con un valor añadido de treinta mil libras, colgados en una habitación desprotegida del piso de abajo, con puertas vidrieras que dan a una terraza. —Un matiz casi frenético asomó en su voz—. ¡Dios mío! ¿Y si un ladrón…?

—¡Maldita sea! —exclamó Henderson inesperadamente.

Incluso Hunt se sobresaltó.

Desde la partida de póquer, la atmósfera se había ido haciendo tensa. Hunt había cogido una manzana de un frutero de plata que estaba encima del aparador. Empezaba a pelarla con un cuchillo de fruta, una hoja fina como una oblea y afilada que relucía a la luz de las lámparas de pared.

—Por poco me corto el pulgar —dijo, dejando el cuchillo—. ¿Qué te pasa?

—Es el as de espadas —dijo Henderson, lánguido aún—. Es la segunda vez que aparece en cinco minutos.

Arthur Rolfe se hizo el tonto.

—Bueno, ¿y qué?

—Creo que nuestro amigo se está haciendo el psicólogo —dijo Hunt, nuevamente de buen humor—. ¿Lees el carácter, o sólo predices el futuro?

Henderson vaciló. Sus ojos se dirigieron hacia Hunt, y luego hacia la pared, sobre el aparador, donde el cuadro de Rembrandt *Mujer anciana con gorra* le miraba con la inmovilidad y el color de un piel roja. Entonces, Henderson miró hacia la puerta vidriera que daba a la terraza.

—No es asunto mío. —Se encogió de hombros—. Es tu casa y tu colección, y responsabilidad tuya. Pero este tipo, Butler, ¿qué sabes de él?

Marcus Hunt parecía muy divertido.

—¿Butler? Es amigo de mi sobrina. Harriet le conoció en Londres, y me pidió que le invitara a venir aquí. ¡Qué tontería! No pasa nada con él. ¿En qué estás pensando, exactamente?

—¡Escuchad! —dijo Rolfe, levantando la mano.

El ruido que oyeron, procedente de la terraza, no se repitió. No se repitió porque la persona que lo había producido, una joven muy perpleja e inquieta, había corrido ligera y veloz hacia el extremo más alejado, donde se apoyó en la balaustrada.

Lewis Butler vaciló antes de ir tras ella. La luz de la luna era tan clara que se podía ver el mortero entre los ladrillos que pavimentaban la terraza y reseguir el diseño de las urnas de piedra de la balaustrada. Harriet Davis llevaba un vestido blanco con una falda larga y diáfana, que levantó del suelo para correr.

Entonces le hizo una seña a él.

Se encontraba medio sentada y medio apoyada en la barandilla. Sus blancos brazos estaban extendidos, agarrando los dedos la piedra. Su cabello y sus ojos oscuros se hicieron más nítidos a la luz de la luna. El hombre vio que el pecho le subía y bajaba rápidamente; incluso podía ver la sombra de sus pestañas.

—Es mentira —dijo.

—¿El qué?

—Lo que mi tío Marcus ha dicho. Usted le ha oído. —Los dedos de Harriet Davis se apretaron más aún a la balaustrada. Pero asintió con

vehemencia, con fiera acusación—. Lo de que yo le conocía a usted. Y que le había invitado. Nunca le había visto antes de este fin de semana. Incluso el tío Marcus está perdiendo la cabeza, o… ¿me responderá a una pregunta?

—Si puedo.

—Muy bien. ¿Por casualidad es usted ladrón?

Lo preguntó con la misma sencillez y naturalidad que si le hubiera preguntado si era médico o abogado. Lewis Butler no era tan tonto como para echarse a reír. Ella se encontraba en ese estado en que, para cualquier mujer, la risa es como sal en una herida abierta; probablemente le habría dado una bofetada.

—Para serle franco —dijo—, no lo soy. ¿Me dirá por qué lo ha preguntado?

—Esta casa —dijo Harriet, mirando hacia la luna— antes estaba protegida con alarmas contra los ladrones. Si tocabas una sola ventana, todo el lugar sonaba como un cuartel de bomberos. Mi tío hizo quitar todas las alarmas la semana pasada. La semana pasada. —Apartó las manos de la balaustrada y las apretó una contra otra—. Los cuadros estaban en el piso de arriba, en una habitación cerrada con llave contigua a su dormitorio. Los hizo bajar… la semana pasada. Es casi como si mi tío quisiera que le robaran.

Butler sabía que aquí tenía que ir con mucho tiento.

—Quizá se trate de eso. —Ella le echó una mirada rápida, pero no hizo ningún comentario—. Por ejemplo —prosiguió él con calma—, supongamos que uno de sus famosos Rembrandt resultara ser falso. Podría ser un alivio no tener que mostrarlo a sus amigos expertos.

La muchacha negó con la cabeza.

—No —dijo—. Todos son auténticos. Yo también pensé en eso.

Era el momento de atacar. Para Lewis Butler, en su inocencia, no parecía existir ningún problema en particular. Sacó su pitillera y le dio la vuelta sin abrirla.

—Mire, señorita Davis, no le gustará esto. Pero puedo decirle que hay casos en que la gente está bastante ansiosa por que les «roben» sus bienes. Si un cuadro está asegurado por un valor superior al real, y entonces una noche es «robado» misteriosamente…

—También podría tratarse de eso —respondió Harriet con calma—. Salvo que ninguno de esos cuadros está asegurado.

La pitillera, que era de metal pulido, resbaló de los dedos de Butler y cayó al suelo. Los cigarrillos se derramaron, igual que derramó y confundió las

teorías de Butler. Cuando éste se inclinó para recogerla, oyó un reloj de iglesia que daba las once y media.

—¿Está segura de ello?

—Perfectamente segura. No ha asegurado ninguno de sus cuadros por un solo penique. Dice que es una pérdida de dinero.

—Pero…

—¡Oh, lo sé! Y no sé por qué le estoy hablando de esta manera. Usted es un extraño, ¿no? —Se cruzó de brazos, alzando los hombros como si tuviera frío. Inseguridad, temor y simples nervios asomaron a sus ojos—. Pero tío Marcus también es un extraño. ¿Sabe lo que pienso? Creo que se está volviendo loco.

—No será tanto.

—Sí, adelante —dijo la chica de pronto—. Dígalo: adelante, dígalo. Es fácil. Pero usted no le ve cuando sus ojos parecen empequeñecer, y todo ese aspecto de hombre de campo cordial desaparece de su rostro. Él no es falso; detesta las falsificaciones, y cambia sus costumbres para exponerlos. Pero si no se ha vuelto loco, ¿qué pretende? ¿Qué puede perseguir?

Al cabo de unas tres horas, lo descubrieron.

El ladrón no atacó hasta las dos y media de la madrugada. Primero se fumó varios cigarrillos en los arbustos de debajo de la terraza posterior. Cuando oyó sonar el reloj de la iglesia, esperó unos minutos más y subió con sigilo la escalera que conducía a la puerta vidriera del comedor.

Se levantó un viento frío al final de la noche, en la hora de los suicidios y las pesadillas, que allanaba la hierba y los árboles con un débil susurro. Cuando el hombre miró por encima del hombro, los últimos rayos de la luna le deformaron el rostro: mostraron no un rostro sino una máscara negra de tela, bajo una gorra mugrienta calada sobre las orejas.

Se puso a trabajar en la ventana del centro, con el contenido de un equipo de herramientas plegable no más grande que uno de motorista. Pegó dos cortas tiras de cinta adhesiva en el cristal, justo al lado del pestillo. Luego, con el cortador de vidrio cortó un pequeño semicírculo dentro de la cinta.

Esto lo hizo no sin ruido: crujió como un taladro de dentista en un diente, y el hombre se paró a escuchar.

No hubo ningún ruido como respuesta. Ningún perro ladró.

Sujetando la cinta adhesiva el cristal para que no cayera y se rompiera, el hombre pasó la mano enguantada a través de la abertura y abrió el pestillo. El

peso de su cuerpo amortiguó el crujido de la ventana cuando entró por ella.

Sabía exactamente lo que quería. Se metió el equipo de herramientas en el bolsillo y sacó una linterna. Su rayo fue hasta el aparador; rozó la reluciente plata, un frutero y un pequeño cuchillo clavado en una manzana como en el cuerpo de alguien; finalmente, llegó al rostro de bruja de la *Mujer anciana con gorra*.

No era un cuadro grande y el ladrón lo sacó con facilidad. Arrancó el cristal y el marco. Aunque procuró enrollar la tela con gran cuidado, la frágil pintura se resquebrajó formando pequeñas estrellas que hirieron el rostro de la bruja. El ladrón estaba tan absorto en ello que no se percató de la presencia de otra persona en la habitación.

Era un ladrón incauto; no poseía un sexto sentido que percibiera el asesinato.

En el segundo piso de la casa, Lewis Butler fue despertado por un ruido sordo como el de objetos metálicos al caer.

En toda la noche no había podido conciliar un sueño profundo. Sabía con certeza qué debía de estar ocurriendo, aunque no tenía idea de por qué, o cómo, o a quién.

Butler estaba fuera de la cama y con las zapatillas puestas en cuanto oyó el primer débil estruendo procedente del piso de abajo. Como de costumbre cuando tenía prisa, su batín se enredó y no podría encontrar los agujeros de las mangas. Pero la pequeña linterna estaba ya lista en el bolsillo.

Al parecer aquel ruido no había despertado a nadie más. Barajando ciertas posibilidades, jamás en su vida se había movido tan de prisa una vez consiguió salir de su dormitorio. Sin encender la linterna, bajó dos tramos de escalera alfombrada sin hacer ruido. En el vestíbulo de abajo notó corriente de aire, lo que significaba que en algún sitio habían abierto una puerta o una ventana. Se fue directo al comedor.

Pero era tarde.

Una vez recorrida la estancia con la linterna, Butler encendió las luces. El ladrón aún estaba allí. Pero yacía inmóvil frente al aparador; y, a juzgar por la cantidad de sangre que se veía en su jersey y pantalones, jamás volvería a moverse.

—Eso es —dijo Butler en voz alta.

Un servicio de plata, incluida una tetera grande, se había caído del aparador. El hombre muerto yacía de espaldas entre un montón de naranjas, manzanas y un racimo de uvas aplastado, donde había caído el frutero. La

máscara aún cubría la cara del ladrón; su mugrienta gorra seguía calada hasta las orejas; sus manos enguantadas estaban abiertas.

A su alrededor había fragmentos del cristal del cuadro, junto con el marco vacío, y la *Mujer anciana con gorra* estaba medio plegado bajo su cuerpo. Por la posición de las manchas de sangre más notorias, se podía saber que le habían clavado en el pecho el cuchillo de fruta manchado de sangre que había a su lado.

—¿Qué es esto? —preguntó una voz casi al oído de Butler.

No se habría asustado tanto si le hubieran apretado el cuchillo de fruta en las costillas. No había visto a nadie encender las luces del pasillo ni había oído acercarse a Harriet Davis. La muchacha se encontraba justo detrás de él, envuelta en un kimono japonés, con el pelo oscuro sobre los hombros. Pero, cuando le explicó lo que había sucedido, ella no miró en el comedor; retrocedió, sacudiendo la cabeza violentamente, como un pilluelo a punto de echar a correr.

—Será mejor que despierte a su tío —dijo Butler enérgico, con una confianza que no sentía—. Y a los criados. He de utilizar el teléfono. —Entonces la miró a los ojos—. Sí, está usted en lo cierto. Creo que ya lo ha adivinado. Soy oficial de policía.

Ella asintió.

—Sí. Lo he adivinado. ¿Quién es usted? ¿Se llama realmente Butler?

—Soy sargento del Departamento de Investigación Criminal. Y realmente me llamo Butler. Su tío me hizo venir.

—¿Por qué?

—No lo sé. No me lo dijo.

La inteligencia de la muchacha, aun cuando enturbiada por el miedo, era directa y desconcertante.

—Pero sino dijo por qué quería a un oficial de policía, ¿cómo es que le enviaron a usted? Tendrían que saber por qué, ¿no?

Butler le hizo caso omiso.

—Tengo que ver a su tío. ¿Quiere hacer el favor de subir a despertarle?

—No puedo —dijo Harriet—. Tío Marcus no está en su habitación.

—¿No está…?

—No. He llamado a su puerta antes de bajar. No está.

Butler subió los escalones de dos en dos. Harriet había encendido todas las luces al bajar, pero nada se movía en los pasillos lúgubres y excesivamente decorados.

La habitación de Marcus Hunt se hallaba vacía. Su esmoquin estaba colgado en el respaldo de una silla, la camisa se encontraba sobre el asiento con el cuello y la corbata encima. El reloj de Hunt tictaqueaba fuerte sobre la mesilla de noche. Su dinero y las llaves también estaban allí. Pero él no se había acostado, pues la ropa de la cama estaba intacta.

La sospecha que acudió a la mente de Lewis Butler, al escuchar el débil e insistente ruido de aquel reloj poco antes del amanecer, era tan fantástica que no pudo darle crédito.

Bajó de nuevo, y por el camino se encontró con Arthur Rolfe que salía de otro dormitorio del pasillo. El rechoncho cuerpo del tratante en arte estaba envuelto en un batín de franela. No llevaba las gafas, lo que le daba al rostro una expresión legañosa y hundida. Se plantó delante de Butler y se negó a moverse.

—Si —dijo Butler—. No tiene que preguntarlo. Es un ladrón.

—Lo sabía —dijo Rolfe con calma—. ¿Se ha llevado algo?

—No. Le han asesinado.

Por un momento Rolfe no dijo nada, pero se llevó la mano al pecho, como si sintiera dolor allí.

—¿Asesinado? ¿Quiere decir que han asesinado al ladrón?

—Sí.

—Pero, ¿por qué? ¿Quiere decir que le ha matado un cómplice? ¿Quién es el ladrón?

—Eso es lo que intento descubrir —dijo Lewis Butler.

En el pasillo de abajo encontró a Harriet Davis, que ahora se hallaba en el umbral de la puerta del comedor y miraba fijamente el cuerpo que había junto al aparador. Apenas se movió un músculo de su cara, pero tenía los ojos rebosantes de lágrimas.

—Va a sacarle la máscara, ¿no? —preguntó sin volverse.

Avanzando con cuidado para evitar la fruta aplastada y los cristales rotos, Butler se inclinó sobre el hombre muerto. Apartó la visera de la mugrienta gorra; levantó la máscara negra, que estaba torpemente sujeta con una goma elástica, y descubrió lo que esperaba descubrir.

El ladrón era Marcus Hunt, al que habían apuñalado en el corazón cuando intentaba robar en su propia casa.

—Ése es el problema, señor —explicó Butler al doctor Gideon Fell la tarde siguiente—. Se mire como se mire, el caso no tiene sentido.

Repasó de nuevo los hechos.

—¿Por qué ese hombre iba a robar en su propia casa y robar sus propios bienes? Todos esos cuadros son valiosos, y ni uno de ellos está asegurado. Entonces, ¿por qué? ¿Era un simple lunático? ¿Qué pretendía?

El cálido sol se derramaba sobre la localidad de Sutton Valence, dispersa como una ciudad italiana gris y blanca. En el huerto de detrás de la blanca taberna llamada *Tabard*, el doctor Gideon Fell estaba sentado ante una mesa de jardín entre avispas, con una jarra de cerveza junto al codo. El doctor Fell iba vestido con un traje blanco de hilo. Su sonrosado rostro acusaba el calor, y su cautelosa vigilancia de las avispas daba un lamentable aspecto a sus ojos mientras reflexionaba. Dijo:

—El comisario Hadley me ha sugerido que podría… mirar aquí. Se encarga la policía local, ¿no?

—Sí. Yo sólo estoy de mirón.

—Las palabras exactas de Hadley han sido: «Es tan descabellado, que nadie más que usted lo entenderá». La adulación de ese hombre se hace más nauseabunda cada día. —El doctor Fell frunció el ceño—. Yo pregunto, ¿encuentra usted extraña alguna otra cosa de este asunto?

—Bueno, ¿por qué un hombre iba a robar en su propia casa?

—¡No, no, no! —exclamó el doctor Fell—. No se obsesione con ese punto. No se deje hipnotizar por él. Por ejemplo —una avispa rondaba cerca de su cerveza y la apartó soplando con fuerza—, por ejemplo, la joven parece haber planteado una cuestión interesante. Si Marcus Hunt no quiso decir para qué quería a un detective en la casa, ¿por qué el Departamento de Investigación Criminal consintió en enviarle a usted?

Butler se encogió de hombros.

—Porque el inspector jefe Ames —dijo— creía que Hunt iba tras algún asunto extraño y quería impedirlo.

—¿Qué clase de asunto extraño?

—Un falso robo de sus cuadros para cobrar el seguro. Parecía el viejo truco de llamar a la policía para no levantar sospechas. En otras palabras, señor, exactamente lo que esto parecía ser hasta que me enteré de que ninguno de esos malditos cuadros ha sido asegurado jamás ni por un penique, lo que hoy he comprobado.

Butler vaciló.

—No puede haberse tratado de una broma pesada —prosiguió—. ¡Fíjese en lo elaborado que está! Hunt se puso ropa vieja de la que se habían quitado todas las etiquetas del sastre y de la lavandería. Se puso guantes y máscara.

Cogió una linterna y un moderno equipo de herramientas de ladrón. Salió de la casa por la puerta trasera; más tarde la encontramos abierta. Fumó varios cigarrillos en los arbustos de debajo de la terraza; hemos encontrado sus huellas en el suelo. Cortó un pedazo de cristal… pero todo esto ya se lo he dicho.

—Y después —murmuró el doctor Fell—, alguien le ha matado.

—Sí. El último y el peor «por qué». ¿Por qué iba nadie a matarle?

—Mmmm. ¿Alguna pista?

—Ninguna. —Butler sacó su cuaderno de notas—. Según el médico de la policía, murió de una herida directa en el corazón con una hoja (presumiblemente ese cuchillo de fruta) tan fina que la herida ha sido difícil de encontrar. Había numerosas huellas suyas, pero de nadie más. Pero hemos encontrado una cosa extraña. Varias piezas de la vajilla de plata del aparador tenían arañazos extraños. Parecía como si en lugar de haber caído del aparador en una pelea, hubieran sido apiladas una encima de otra como una torre y después empujadas…

Butler hizo una pausa, pues el doctor Fell meneaba la cabeza hacia adelante y hacia atrás con expresión preocupada.

—Vaya, vaya, vaya —decía—, vaya, vaya, vaya. ¿Y dice usted que no tiene ninguna pista?

—¿No es así? Eso no explica por qué un hombre roba en su propia casa.

—Mire —dijo el doctor con suavidad—, me gustaría preguntarle una cosa. ¿Cuál es el punto más importante de este asunto? ¡Un momento! No he dicho el más interesante, he dicho el más importante. ¿No cree que es el hecho de que han asesinado a un hombre?

—Sí, señor. Naturalmente.

—Menciono el hecho —dijo el doctor a modo de disculpa— porque me parece que corre el riesgo de ser omitido. Apenas le interesa a usted. Sólo le preocupa la mascarada sin sentido de Hunt. No le importa que hayan cortado la garganta a alguien, pero no soporta que le tomen el pelo. ¿Por qué no intenta verlo desde el otro lado y se pregunta quién mató a Hunt?

Butler permaneció en silencio largo rato.

—Los criados quedan descartados —dijo al fin—. Duermen en otra ala en el piso de arriba; y por alguna razón —vaciló—, alguien les encerró anoche. —Sus dudas, incluso sus sueños, comenzaban a cobrar forma—. Se armó un buen revuelo por eso cuando la casa se despertó. Por supuesto, el asesino podía haber sido alguien de fuera.

—Sabe usted bien que no lo fue —dijo el doctor Fell—. ¿Le importaría llevarme a Cranleigh Court?

Salieron a la terraza a la hora más calurosa de la tarde.

El doctor Fell se sentó en un canapé de mimbre con una Harriet abatida a su lado. Derek Henderson, con pantalones de franela, apoyaba su larga figura en la balaustrada. Arthur Rolfe vestía un traje oscuro y parecía fuera de lugar. Las tierras de Kent, de color verde pálido y marrón, que raramente adquirían un tono chillón, ahora estaban radiantes. No soplaba nada de aire, no se movía ni una hoja en aquel calor sofocante; y en el jardín, hacia la izquierda, el agua de la piscina centelleaba con calidez. Butler sentía los párpados pesados.

La barba de Derek Henderson era lánguida y agresiva al mismo tiempo.

—Es inútil —dijo—. No sigan preguntándome por qué Hunt quería robar en su propia casa. Pero les daré una pista.

—¿Cuál? —preguntó el doctor Fell.

—Sea cual fuere la razón —dijo Henderson, estirando el cuello—, era una buena razón. Hunt era demasiado cauto y precavido para hacer nada sin una buena razón. Eso le dije anoche.

El doctor Fell habló con aspereza.

—¿Cauto? ¿Por qué lo dice?

—Bueno, por ejemplo. Saco tres cartas del montón. Hunt coge una. Hago la apuesta; él me ve y sube. Yo lo cubro, y subo otra vez. Hunt se retira. En otras palabras, está bastante seguro de que cubre su mano, pero no tan seguro de que yo tenga mucho más que un par. No obstante Hunt se retira. Así, con mis tres sietes le engaño. Anoche jugó una docena de manos de esta manera.

Henderson se rió entre dientes. Al ver la expresión del rostro de Harriet, se controló y se puso serio.

—Pero claro —añadió Henderson—, anoche tenía muchas cosas en la cabeza.

Nadie dejó de observar el cambio de tono.

—¿Ah, sí? ¿Y que tenía en la cabeza?

—Desenmascarar a alguien en quien siempre había confiado —respondió Henderson fríamente—. Por eso no me gustó que el as de espadas apareciera tantas veces.

—Será mejor que expliques eso —dijo Harriet tras una pausa—. No sé que insinúas, pero será mejor que lo expliques. ¿Te dijo que intentaba desenmascarar a alguien en quien siempre había confiado?

—No. Como he hecho yo, lo insinuó.

Fue el impasible Rolfe quien intervino entonces en la conversación. Rolfe tenía el aire de un hombre decidido a atenerse a la razón, pero le resultaba difícil.

—Escuche —dijo Rolfe—, he oído, en un momento u otro, que al señor Hunt le gustaba desenmascarar a la gente. ¡Muy bien! —Se llevó una mano al pecho del abrigo, en un gesto característico—. Pero ¿dónde, en nombre de la cordura, nos deja eso? Quiere desenmascarar a alguien. Y, para ello, se pone ropa estrafalaria y se hace pasar por ladrón. ¿Es sensato? ¡Se lo digo, era un loco! No existe otra explicación.

—Existen otras cinco explicaciones —dijo el doctor Fell.

Derek Henderson se levantó despacio de su asiento, pero volvió a sentarse ante un gesto violento de Rolfe.

Nadie habló.

—Sin embargo —prosiguió el doctor Fell—, no les haré perder el tiempo con cuatro de ellas. Sólo nos interesa una explicación: la verdadera.

—¿Y usted sabe cuál es la verdadera? —preguntó Henderson con aspereza.

—Creo que sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que he tenido oportunidad de verles a todos ustedes —respondió el doctor Fell.

Se recostó en el canapé de mimbre, por lo que el armazón de éste crujió. Alzó la barbilla, y asintió con aire ausente como para dar énfasis a algún punto que tenía claro en su mente.

—Ya he hablado con el inspector local —prosiguió de pronto—. Llegará dentro de unos minutos. Y, a sugerencia mía, les pedirá una cosa. Espero sinceramente que nadie se niegue.

—¿Nos pedirá algo? —preguntó Henderson—. ¿Qué nos pedirá?

—Hoy hace mucho calor —dijo el doctor Fell, mirando hacia la piscina—. Les sugerirá a todos ustedes que vayan a darse un baño.

Harriet dijo algo entre dientes, y se volvió como apelando a Lewis Butler.

—Será —continuó el doctor Fell— la manera más educada de dirigir la atención hacia el asesino. Entretanto, déjenme que les haga resaltar un punto que parece haber sido omitido por todos. Señor Henderson, ¿sabe usted algo de heridas directas al corazón efectuadas por una hoja de acero fina como una oblea?

—¿Como la herida de Hunt? No. ¿Qué pasa con ellas?

—Prácticamente no hay hemorragia externa —respondió el doctor Fell.

—¡Pero…! —exclamó Harriet, pero Butler la detuvo.

—De hecho, el médico de la policía ha resaltado que la herida resultaba difícil de encontrar. La victima muere casi al instante; y los bordes de la herida se comprimen. Pero en ese caso —prosiguió el doctor Fell—, ¿cómo es que el difunto señor Hunt tenía tanta sangre en el jersey e incluso le había salpicado los pantalones?

—Bien, ¿qué pasó?

—Él no lo hizo —respondió sencillamente el doctor Fell—. La sangre del señor Hunt no le llegó a la ropa.

—No puedo soportarlo —dijo Harriet, poniéndose de pie—. Yo… lo siento, pero ¿se ha vuelto usted loco? ¿Nos está diciendo que no le hemos visto tumbado junto a ese aparador, manchado de sangre?

—¡Oh, sí! Le han visto.

—Prosiga —dijo Henderson, que tenía bastante pálida la zona cerca de las ventanas de la nariz.

—Admito que es una cuestión fina —dijo el doctor Fell—. Pero responde a su pregunta, repetida hasta la saciedad, en cuanto a por qué el eminentemente sensible señor Hunt decidió disfrazarse de ladrón y hacer de ladrón. La respuesta es breve y sencilla. No lo hizo. Debía de ser evidente para todos —prosiguió el doctor Fell, abriendo los ojos de par en par—, que el señor Hunt estaba tendiendo una trampa para alguien, para el ladrón auténtico.

»Él creía que cierta persona podría intentar robarle uno o varios de sus cuadros. Probablemente sabía que esta persona había probado juegos similares con anterioridad, en otras casas; es decir, un trabajo interno que estaba planeado con gran cuidado para que pareciera un trabajo externo. Asique le facilitó las cosas a este ladrón, para atraparle, con un oficial de policía en la casa.

»El ladrón, triste necio, picó. Este ladrón, invitado de la casa, esperó hasta bien pasadas las dos de la madrugada. Entonces se puso ropa vieja, una máscara, guantes y el resto. Salió por la puerta trasera. Hizo todos los movimientos que erróneamente hemos atribuido a Marcus Hunt. La trampa funcionó. Cuando estaba enrollando el Rembrandt, oyó un ruido. Hizo girar su linterna. Y vio a Marcus Hunt, en pijama y batín, que le miraba.

»Sí, hubo una pelea. Hunt se abalanzó sobre él. El ladrón cogió el cuchillo de fruta y peleó. En esa lucha, Marcus Hunt forzó hacia atrás la mano del ladrón. El cuchillo de fruta hirió al ladrón en el pecho, produciéndole una

herida superficial pero muy sangrienta. Eso casi volvió loco al ladrón. Retorció la muñeca de Hunt, le cogió el cuchillo y se lo clavó a Hunt en el corazón.

»Luego, en una casa silenciosa, con un pequeño rayo de luz que emitía la linterna sobre el aparador, el asesino vio algo que le delataría. Vio la sangre de su propia herida que empapaba su ropa.

»¿Cómo se deshará de las ropas? No puede destruirlas, ni llevárselas de la casa. Inevitablemente, ésta será registrada, y las encontrarán. Sin las manchas de sangre, parecerían prendas corrientes colgadas en su armario. Pero con las manchas…

»Sólo puede hacer una cosa.

Harriet Davis estaba de pie detrás del canapé de mimbre, haciéndose sombra en los ojos para protegerlos del resplandor del sol. La mano no le temblaba cuando dijo:

—Se cambió de ropa con mi tío.

—Eso es —dijo el doctor Fell—. Ésta es la triste historia. El asesino vistió el cadáver con su propia ropa, efectuando un corte con el cuchillo en el jersey, la camisa y la camiseta. Luego se puso el pijama del señor Hunt y su batín, prendas que en caso necesario podía decir eran suyas. La herida de Hunt no había sangrado apenas. Su batín se había abierto, creo, durante la pelea; o sea que lo único que podía preocupar al ladrón era una pequeña perforación en la chaqueta del pijama.

»Pero una vez hecho esto, tenía que hipnotizarles a todos ustedes para que creyeran que no había habido tiempo para cambiarse de ropa. Tenía que parecer que la pelea había tenido lugar en aquel momento. Tenía que despertar a los de la casa. Asique armó un estruendo volcando una pila de objetos de plata y se deslizó escaleras arriba.

El doctor Fell hizo una pausa.

—El ladrón jamás habría podido ser Marcus Hunt —añadió—. Hemos sabido que las huellas de Hunt estaban por todas partes. Y sin embargo el ladrón llevaba guantes.

Se oyó ruido de pisadas en el césped, debajo de la terraza, y de unas botas que subían la escalera de la terraza. El inspector de policía local, vestido de uniforme, iba acompañado de dos guardias.

El doctor Fell volvió la cabeza, satisfecho.

—¡Ah! —exclamó, respirando profundamente—. Han venido para ver esa fiesta en el agua, imagino. Es fácil taponar una herida con vendas y algodón,

o incluso con un pañuelo. Pero esa herida será infernalmente notoria en alguien obligado a ponerse bañador.

—Pero no podía ser… —gritó Harriet.

Miró a todos. Apretó los dedos en el brazo de Lewis Butler en un gesto instintivo que recordaría mucho después, cuando él la conociera mejor.

—Exactamente —dijo el doctor, resollando con placer—. No podía ser un tipo alto y delgado como el señor Henderson. Seguro que tampoco podía ser una muchacha menuda y delgada como usted.

»Sólo hay una persona que, como sabemos, tiene una altura y complexión parecidas a las de Marcus Hunt, que podía poner su ropa a Hunt sin levantar sospechas. Es la misma persona que, aunque logró taponar la herida de su pecho, ha estado constantemente llevándose la mano al pecho para asegurarse de que la venda sigue en su sitio. Tal como está haciendo ahora el señor Rolfe.

Arthur Rolfe estaba sentado muy quieto, con la mano derecha aún en el pecho de la chaqueta. Su rostro había quedado pálido bajo el implacable sol, pero sus ojos, tras aquellas gafas, permanecieron inescrutables. Sólo habló una vez, a través de unos labios resecos, después de haberle advertido.

—Debería haber tenido en cuenta la advertencia del joven —dijo—. Al fin y al cabo, me dijo que me lo jugaría todo.

NICHOLAS BLAKE
(1904-1972)

UN LANZAMIENTO MUY LARGO

Nicholas Blake (C. Day Lewis), nacido en Irlanda, escribió una vez: «Lenin, ojalá vivieras ahora: Inglaterra te necesita». Este entregado campeón del radicalismo estudiantil se convirtió en el Poeta Laureado de Inglaterra y en abanderado de la tradición de misterios desarrollados en casas de campo inglesas, y merece aparecer en los libros; en éste, por ejemplo.

El distinguido crítico y escritor H. R. F. Keating recuerda a Lewis hacia el final de su vida diciendo que le gustaban las restricciones formales de la poesía y las historias de detectives. Su héroe, Nigel Strangeways, creado según W. H. Auden, ha sido educado en Oxford y es aristocrático, pero está perfilado de un modo más delicado y cerebral que Wimsey o Albert Campion. No es sorprendente que en los argumentos de Blake a menudo aparezca el conocimiento de la literatura y de su historia.

—Su señoría —anunció Amphlett cuando me recibió en el vestíbulo—, su señoría está en la colonia de grajos, señor.

Hizo una señal con un dedo a la doncella.

—Alice, el equipaje del señor Strangeways. Le hemos alojado en su antigua habitación, señor, espero que disfrute de su visita.

¿Detecté una débil y poco profesional falta de convicción en el tono del mayordomo? ¿Por qué no iba a disfrutar yo de mi visita? Cualquier persona civilizada tiene que disfrutar de una estancia en una casa de campo bonita y bien gobernada, donde el dinero no cuenta.

—Creo que saldré fuera directamente —dije.

—Muy bien, señor. Su señoría ha esperado su llegada con gran placer.

Observé que Gervase todavía no había conseguido que el viejo y querido Amphlett dejara de utilizar su título. Veinte años atrás, cuando era joven, Gervase había sufrido una especie de conversión tolstoyana. Hijo mayor del conde de Wessex, había decidido abandonar su título y ser llamado por el apellido de la familia, simplemente señor Musbury. Amigos, vecinos, parientes, criados… todos tuvieron que acatar sus deseos. Fue la época en que comenzó a dirigir su finca como una cooperativa.

Sin embargo, sus esfuerzos por llegar a ser pobre habían sido singularmente infructuosos. Su cooperativa prosperaba; la fortuna que le dejó en valores su madre americana florecía a pesar de su negligencia. Y si perdió algún amigo por rechazar su título, puede suponerse que no era merecedor de ser conservado.

Mientras avanzábamos por el césped, Amphlett se secó la frente con gesto delicado. Sin duda era un día muy caluroso para el mes de abril. Los graznidos de los grajos en los olmos a los que nos acercábamos eran frescos como una cascada. Casi envidié a Gervase, que se encontraba allá arriba; pero no me gustaba la idea de subir por la escala de cuerda para llegar hasta él.

Levanté la mirada y divisé un pequeño objeto, que después resultó ser una botella de gaseosa de jengibre, atado a una cuerda y que descendía erráticamente de la copa del olmo más próximo.

Un joven lacayo la recogió en silencio, cogió una botella fresca de una bandeja de plata, le ató la cuerda al cuello e hizo una señal para que la izaran. La botella fue subida de nuevo a las alturas, hacia una estrecha y bien camuflada plataforma montada sobre dos de las ramas más altas.

—Tenéis un nuevo lacayo, por lo que veo. Un joven muy apuesto.

—Henry es satisfactorio —dijo Amphlett sombrío, y no con demasiada convicción, me pareció.

—¿Hace tiempo que está aquí? —pregunté.

—Unos ocho meses, señor.

Henry tenía ese empleo, según el exigente Amphlett, desde hacía ocho meses. Bueno, quizá me equivocaba. Quizá si era satisfactorio.

—Su señoría encuentra que allí arriba hace mucho calor —observó Amphlett.

Percibo que el lector puede estar sintiendo cierta resistencia a mi narrativa. O ese amigo suyo era lunático, dice, o se lo está inventando todo. Esto es porque no conoce a Gervase Musbury.

Gervase era un excéntrico que podía permitirse dar a sus excentricidades un cheque en blanco y sabía como sacarles beneficios. La excentricidad, tal como yo lo veo, no es más que la parte visible de la libido que toma un atajo para llegar al objeto deseado. Cuando Amphlett me dijo que su amo estaba en la colonia de grajos, conociendo como conocía a Gervase no dudé de que estaba allí con algún propósito racional.

Asimismo, cuando vi la botella que viajaba hacia lo alto del olmo, lo acepté como algo natural; era mucho más sencillo que Gervase izara su gaseosa que no que el lacayo subiera la escala de cuerda cada vez que su amo quisiera beber.

La escala comenzó a moverse. Gervase me había visto y estaba bajando, con gran agilidad para un hombre que se acercaba a los cincuenta. Saltó el último metro y medio, me puso las manos sobre los hombros con impaciencia y dijo:

—No has cambiado, Nigel.

Él tampoco. Los ojos azules penetrantes, el bigote cortado como una versión más espesa del de Adolfo Menjou y que parecía erizado de electricidad, el contagioso entusiasmo… Gervase era el mismo de siempre.

—Será mejor que te quedes aquí, Henry —dijo al lacayo—. Volveré dentro de poco. —Después se dirigió a mí—. Henry me da las botellas a intervalos regulares. Como el biberón a un bebé.

Sus ojos azules se quedaron ensimismados.

—A ver, Amphlett, ¿a quién tenemos en casa? Estoy un poco despistado.

—Su hermano y su esposa, señor. El señor Prew. Y la señorita Camelot.

—Ah, ya. —Me cogió del brazo—. Será mejor que vayamos a saludarles y acabemos con ello. Después podremos pasar el resto de la tarde observando a los grajos. Es absorbente, te lo aseguro. Construí un pequeño escondrijo allí arriba antes de la época de anidamiento. Cabrás perfectamente.

—No, Gervase —dije con firmeza—. No hay sitio para dos en esa asombrosa pequeña plataforma. Y no me interesan tanto los hábitos de los grajos. ¿Desde cuándo te dedicas a observar a los pájaros?

—Sólo lo hago para relajarme, querido muchacho, nada más. Este invierno me quedé un poco rancio, trabajando en un nuevo explosivo. Mac Master me pidió ayuda. Trabajar contra reloj… ése es el problema. Dentro de dos años estaremos en guerra. O antes.

Salimos de la sombra de los olmos, y fuimos saludados por un hombre bajo y más bien robusto cuya fotografía yo había visto a menudo en los periódicos. Se trataba de Thomas Prew, diputado, notable defensor de causas perdidas. Si Gervase estaba en lo cierto, la causa más reñida de la vida de Prew ahora era tan buena como perdida estaba también, pues era un pacifista acérrimo, que había ido a prisión por sus convicciones en la última guerra y desde entonces las proclamaba por todo el país.

Me sorprendió encontrar aquí al pacifista miembro del parlamento, y cuando dejamos a Prew, le pregunté a Gervase por ello.

—Oh, Tom Prew es un hombre honesto —dijo—. Además, sirve para educar a mi hermano. Ya sabes que viejo belicista es Héctor. Él y Tom tuvieron una discusión la otra noche, a la hora de la cena. Tom venció por noqueo técnico. Héctor y Diana apenas le hablan desde entonces. Vayamos a buscarles.

Les encontramos por fin en el patio del garaje, ocupados en el motor de su Bentley. Casi había olvidado la magnífica pareja que hacían. Altos, guapos, rubios… tenían algo leonino, en su agitación y en reposo. Héctor poseía toda la superabundancia de energía de su hermano mayor, pero le faltaban las muchas salidas que Gervase tenía para ella: la guerra podría muy bien ser su liberación y *métier*.

A Diana yo la admiraba sin que me gustara; era demasiado ambiciosa, demasiado arrolladora para mi gusto. Además, estaba absorbida por su esposo. Daban la impresión, más que ninguna otra pareja que yo conociera, de que eran un equipo, de coordinación física y mental. En aquel momento volví

a percibirlo, al observarles trabajar en una especie de unísono telepático en el motor del coche al que hacían funcionar sin descanso por toda Europa.

Mi sensación era compartida, evidentemente, por la hermosa señorita Anthea Camelot, que había estado allí presente con una expresión de estar de más. Se volvió a Gervase con alivio… y algo más que alivio, me pareció. Pobre chica, pensé: si fueras Circe y Sheba convertidas en una, tus encantos chocarían contra Gervase; el nombre que lleva escrito en el corazón está marcado con fuego con demasiada profundidad para que ninguna otra mujer lo pueda borrar.

Aunque era diez años más joven que Gervase, yo era desde hacía mucho tiempo su confidente. Era una de las pocas personas fuera de su familia que conocían la tragedia de Rose Borthwick. Ella era hija de uno de los agricultores arrendatarios de su padre. Gervase, en su juventud, se había enamorado apasionadamente de ella. Su padre, sabiendo que Gervase estaba decidido a casarse con la muchacha, había conseguido que la mandaran lejos, fuera de su alcance.

Hubo escenas terribles y un distanciamiento final entre Gervase y su padre. Gervase casi se había vuelto loco tratando de volver a encontrar a Rose. Pero todas sus pesquisas fueron en vano.

Yo seguía pensando en este triste asunto un cuarto de hora más tarde, mientras nos encontrábamos todos en el césped. La conversación giraba en torno a Hitler.

—Deberíamos haberle descubierto mucho antes la fanfarronada —dijo Héctor Musbury—. Si nuestros políticos no hubieran sido reacios…

—Vuestros políticos también tienen una responsabilidad —dijo Thomas Prew, con aquella hermosa voz profunda que contrastaba de un modo tan extraño con su figura mas bien insignificante—. Mirad a ese hombre joven —señaló hacia Henry, que estaba a poca distancia, a la sombra de los olmos—. Multiplicadlo por varios millones. Imaginaos a esos millones heridos, mutilados, pudriéndose en la tierra… ¿Podéis preguntaros si los políticos han sido reacios?

Una sombra de ira cruzó el rostro de Héctor.

—Eso no son más que argumentos sentimentales. Las alternativas son posible muerte o cierta esclavitud para nosotros. Es evidente que algunos preferís la idea de ser esclavos.

Diana le lanzó una mirada de advertencia, según me fijé. Anthea Camelot intervino:

—Pero el señor Prew no hablaba de los políticos. Hablaba de la gente que tendría que morir. Hablaba de Henry. Oigamos lo que piensa él. ¡Henry! —llamó.

El joven lacayo se acercó unos pasos. Su rostro mostraba una provocativa mezcla de respeto e ironía.

—Henry, qué preferirías: que los alemanes te mataran o que te hicieran esclavo suyo.

Henry se lo pensó, mirándonos a la cara a todos.

—En realidad, señorita Camelot —dijo al fin—, muchos dirían que ya soy esclavo.

Vi que Amphlett daba un respingo. Incluso para el igualitario *ménage* de Gervase, esto era un poco demasiado. No era de extrañar que el viejo mayordomo no hubiera resultado convincente al hablar de lo satisfactorio que era Henry. Era evidente que Diana era de la misma opinión.

—Tus criados, Gervase —exclamó—, parecen disfrutar de una Satumalia perpetua.

—No debes ser dura con Henry —dijo Anthea Camelot—. Al fin y al cabo, ha pasado casi todo el día de pie, cuidando de una bandeja con botellas de gaseosa. Si eso no es esclavitud, yo me llamo Faraón.

Yo estaba sentado muy cerca de Gervase, y tuve la sensación de que las palabras que murmuró iban destinadas solamente a mis oídos.

—La juventud debe pasar por sus pruebas, sus ordalías —oí que decía.

Diana intervino:

—Oh, querido, me he dejado el pañuelo dentro. Henry —era de esas mujeres que dan órdenes a los criados sin molestarse en mirarles—, ve a buscármelo, está en mi tocador.

—Tengo órdenes de permanecer aquí, señora.

Temí que se produjera una explosión. Gervase, evidentemente, no tenía intención de ayudar: su mirada burlona pasó de Diana al joven lacayo. Pero Héctor ya se había puesto de pie y se dirigía hacia la casa, como si el deseo de su esposa le hubiera sido comunicado antes de que ella lo manifestara.

—Iré a buscarlo —dijo.

Después del té, Gervase se retiró a su olmo otra vez. Héctor y su esposa colocaron una diana en el césped e intentaron convencernos al resto de que tiráramos con arco. Pero Anthea, consciente sin duda de que este deporte en

particular resaltaría sus encantos con desventaja respecto a los de Diana, indicó que no le molestaría que yo la llevara a pasear por la rosaleda.

Mientras caminábamos, detrás de Amphlett y Henry, que llevaban las cosas del té a la casa, observamos a Héctor y a Diana arrastrar a un señor Prew no muy entusiasmado y empezar a instruirle en el arte de utilizar un arco de un metro ochenta.

—Por ahí se empieza —observó Anthea—. Inicia al pacifista con un arco y una flecha, y pronto correrá alegremente con una Tommy cargada.

La rosaleda de Gervase es un lugar encantador aun cuando no hay rosas, con sus pulcros paseos de césped, sus fuentes y estatuas, y los setos de boj que ofrecen su fragancia al sol. Anthea y yo nos sentamos en unas tumbonas, preparados para disfrutar cada uno de la compañía del otro. Al menos, yo lo estaba. Pero pronto fue evidente que ella me había llevado allí con un propósito.

—Usted es detective, ¿verdad? —preguntó.

—Más o menos. ¿Por qué?

Siguió con la mirada a una mariposa un momento.

—Oh, todo parece tan raro esta vez.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, Prew vagando por ahí como un alma perdida, y Héctor discutiendo con él, y Diana pinchando a Gervase por ese nuevo lacayo, y Gervase sentado en un árbol sin hacernos caso.

Y sin hacerte caso a ti en particular, pensé. Dije:

—Es extraño, no cabe duda. Pero esta casa siempre ha sido extraña.

—Sin embargo, Gervase trata al joven Henry de una manera extraordinaria, ¿no le parece? La mitad del tiempo le mima, y la otra mitad le tiraniza. Esta tarde apenas le ha dejado alejarse de su vista, por ejemplo.

—Quizá es Henry quien está vigilando a Gervase —dije yo con indiferencia.

—¡Vigilándole! —Anthea me echó una mirada con sus ojos oscuros, cálidos—. No diría usted eso si… Escuche. La otra noche bajé tarde para coger un libro de la biblioteca, y oí a Gervase reñir a alguien en el estudio, que está al lado. Gritaba: «¡No me sacarás más dinero! Ahora tengo algo mejor en que emplearlo».

—Es interesante. ¿No sabe con quién estaba hablando?

—No. Pero cualquier tonto podría adivinarlo. Sólo hay una persona en esta casa que encaja en el papel de chantajista.

—Está juzgando a Henry en base a un hecho muy baladí. ¿Por qué no podía ser Héctor? ¿No ha estado Héctor viviendo a costa de Gervase casi toda la vida?

Anthea se levantó con impaciencia. No la había tomado suficientemente en serio. O eso creía ella. Regresamos paseando al césped, donde los arqueros seguían tirando. Diana parecía una diosa, el pelo brillante y el arco tensado. Héctor estaba cerca de ella, con las manos en los bolsillos de su chaqueta de *tweed*. Thomas Prew parecía una figura nada inspiradora al lado de ellos.

La flecha de Diana salió volando hacia el disco de oro. Luego, ella se volvió a nosotros, el rostro sonrojado y excitado.

—Ahora lanzaré la flecha de oro. Solíamos hacerlo cuando éramos niños. ¡Mirad todos! ¡Henry, tú también has de mirar!

Hizo que el lacayo se alejara un poco del olmo y se uniera a nosotros en el césped. Todo el mundo tenía que ver su triunfo.

Cogió una flecha corriente de su carcaj y la colocó en la cuerda del arco.

—En el cielo se volverá de oro —dijo.

Su cuerpo se inclinó graciosamente hacia atrás, y disparó hacia arriba. La flecha oscura subió muy alto, casi invisible por su velocidad. El sol se ponía tras la colina baja que estaba a nuestro oeste; pero, más arriba, sus rayos aún flotaban lateralmente sobre la colina, de manera que la flecha de repente quedó presa en ellos, se hizo dorada y prosiguió su curso un rato, brillando como un hilo de oro sobre el azul profundo del cielo.

Para nosotros fue una vista extrañamente fascinante, un momento de pura inocencia. Igual que niños, todos queríamos hacerlo. Pero cuanto más bajo se encontraba el sol tras la colina, más alto teníamos que lanzar la flecha.

Al cabo de un cuarto de hora, sólo Héctor y Diana podían hacer llegar la flecha al torrente dorado. Luego Diana falló. Entonces Héctor realizó un último esfuerzo. Su flecha se volvió de oro un momento antes de empezar a tambalearse, cambió de dirección y descendió veloz hacia los olmos de detrás de nosotros.

La oímos golpear una rama y caer de rama en rama. El sonido de su caída se hizo cada vez más fuerte, espantosamente amplificado como si en una pesadilla la flecha se hubiera convertido en un cuerpo humano cayendo con violencia.

Unos segundos después, el cuerpo de Gervase Musbury cayó al suelo con estrépito, a media docena de metros de donde nos hallábamos nosotros.

Por un momento, pareció poner palabras a lo que todos pensábamos cuando Anthea Camelot gritó amargamente a Héctor, que estaba inmóvil, el

arco en la mano aún, con aire estúpido y asustado como un niño que ha roto algún adorno muy apreciado:

—¡Tú le has matado!

Thomas Prew miraba fijamente el cuerpo, una expresión de horror en el rostro, y movía la boca en silencio. Debía de haber sufrido alguna fuerte impresión en su infancia, algún espectáculo como éste de sangre y huesos rotos, que creó al pacifista que era ahora.

Henry estaba arrodillado al lado del cuerpo, haciendo como si levantara la cabeza de Gervase para colocarla en su falda. Luego dijo, con voz apagada:

—Creo que se ha roto el cuello.

—Siempre le decía que esa plataforma no era segura —dijo Anthea, levantando la vista hacia la copa de los árboles. Los grajos, que habían levantado el vuelo a cientos, graznando, cuando el cuerpo cayó, empezaban a regresar.

Di un paso al frente y puse la mano sobre el hombro de Henry. Noté que estaba temblando. Miramos a Gervase. Su rostro tenía un extraño color rosa azulado. El corazón me dio un vuelco. Esto era demasiado; era grotesco e imposible.

Me agaché y le olí la boca. Luego descubrí, a pocos metros, en el césped, un objeto cuya caída había pasado inadvertida en el trágico momento: los fragmentos de una botella de gaseosa. Recogí uno de ellos. Se desprendía de él el mismo olor a melocotón que había olido en los labios de Gervase.

Me volví airado al grupo de gente.

—Es posible que la flecha le haya dado —dije— y sin duda se ha roto el cuello. Pero lo que le ha matado ha sido un veneno, ácido prúsico, que se le ha administrado con esa botella de gaseosa.

Una hora más tarde nos encontrábamos todos reunidos de nuevo, sentados alrededor de la mesa del comedor. El policía de la localidad había tomado declaraciones, y ahora estaba a cargo del cuerpo. Un comisario, un médico de la policía, y el resto estaban en camino, procedentes de la capital del condado. Entretanto, yo había utilizado las llaves de Gervase y examinado su estudio, donde encontré un par de cosas interesantes.

Miré al grupo. Anthea lloraba en voz baja. El rostro de Thomas Prew seguía pálido, aturdido, incrédulo. Héctor, por alguna razón, aún sostenía una flecha y el arco, como si se le hubieran pegado a los dedos. Sólo Diana parecía relativamente normal.

—Creo que podríamos aclarar algunas cosas antes de que llegue la policía de Westchester —dijo—. El suicidio parece quedar descartado. Gervase no

tenía ningún motivo para hacerlo, no era de esa clase de personas, y no hay ningún mensaje de despedida. Asique me temo que le han asesinado.

Los cuatro se agitaron en su asiento, casi como aliviados al conocer lo peor.

—De alguna manera introdujeron veneno en esa botella —proseguí llanamente—. Gervase la izó, se bebió la gaseosa (el ácido prúsico tiene un efecto muy rápido), fue abatido en el momento en que Héctor enviaba su última flecha y cayó de la plataforma.

—¿Pero cómo ha podido el veneno…? —empezó Anthea.

—He hablado con Amphlett. La gaseosa se guardaba en la bodega. Sólo él y Gervase tenían llaves de la bodega. La de Gervase estaba en su bolsillo. Asique es poco probable que alguien que no sea él o Amphlett pudiera manipular una de las botellas mientras aún se encontraban en la bodega. Amphlett ha abierto la bodega después del almuerzo, le ha dado media docena de botellas a Henry, que se las ha llevado en una bandeja, y ha vuelto a cerrar con llave la puerta de la bodega inmediatamente.

—Pero Henry ha estado ahí fuera, al lado de la bandeja, toda la tarde —dijo el señor Prew.

—Sí. Lo extraño es que él lo admite. Casi como un centinela de guardia, y jura que no ha dejado su puesto ni un momento. Jura que nadie ha podido tener acceso a las botellas, excepto durante el par de minutos, después del té, cuando él y Amphlett llevaban las cosas a la casa.

—Bien —dijo Anthea—, usted y yo paseábamos por la rosaleda entonces, asique podemos corroborar nuestras coartadas.

—Supongo que el señor Prew, Héctor y yo podemos hacer lo mismo —dijo Diana, en tono de cierto disgusto, como si dar una coartada a la gente fuera algo vulgar y repugnante, como contagiarles la tina.

—En ese caso, nadie más que Henry o Amphlett pueden haber puesto el veneno en la botella —dijo el señor Prew.

—Eso parece. Lógicamente.

—Pero Amphlett es muy fiel a Gervase —dijo Héctor tras una pausa—. Y Henry no lo haría. Quiero decir, no asesinaría a su propio padre, ¿no?

Anthea ahogó un grito de asombro. No fue ninguna sorpresa para mi. Había encontrado un testamento en el escritorio de Gervase, por el que dejaba casi toda su fortuna a Henry Borthwick. No cabía duda de que Henry era el hijo de Gervase concebido con su amor de juventud, Rose Borthwick.

Este parentesco explicaba el tratamiento peculiar que dispensaba al joven. Recordé que me había murmurado: «La juventud debe pasar por sus pruebas,

sus ordalías». Siempre había método en la excentricidad de Gervase. Era bastante propio de su carácter haber probado al joven, como el héroe de un cuento de hadas, haberle hecho pasar por un período de pruebas, imponiéndole los deberes domésticos de un sirviente.

—Entonces era Henry quien pretendía hacer chantaje a Gervase —exclamó Anthea. Dijo a los demás lo que había oído aquella noche en la biblioteca.

—Pero ¿por qué —pregunté— iba hacer chantaje a Gervase, si éste le dejaba casi toda su fortuna en un testamento?

—¿Es eso cierto? —preguntó Diana.

Afirmé con la cabeza.

Héctor dijo:

—La cuestión del chantaje no parece importante ahora. La cuestión es: Henry tenía un motivo para matar a Gervase. Es decir, si sabía que Gervase había hecho testamento en su favor.

—Será mejor que se lo preguntemos. —Antes de que nadie tuviera tiempo de poner objeciones, envié a Amphlett a buscar a Henry. Cuando el joven entró, le pregunté—: ¿Sabías que Gervase era tu padre, y que te dejaba su fortuna?

—Oh, si —respondió Henry, mirándonos a todos con desafío—. Pero si creen que yo le he asesinado, están…

—¿Qué otra cosa esperas que creamos?

—Espero que piensen que tengo cerebro. Si hubiera querido matar a mi padre, ¿suponen que sería tan tonto como para hacerlo poniéndole veneno en una botella que me señala como el sospechoso más probable?

—Tiene razón en lo que dice —observó el señor Prew—. Pero ¿quién más podría tener un motivo para…?

—Usted mismo —le interrumpí—. Usted es militante pacifista. Oyó que Gervase estaba perfeccionando un nuevo explosivo. Quizá ha querido ahorrar a la humanidad el horror de ello.

—¡Pero eso es fantástico!

—Después están Diana y Héctor. Diana es una mujer ambiciosa, con un marido no muy rico y un cuñado muy rico. Si se deshace de este último, podrá satisfacer todas sus ambiciones… al menos, sería así en cuanto el padre de Héctor muriera, y es ya un hombre muy anciano.

—Creo que quizá sería mejor dejar estos asuntos para la policía —dijo Diana con frialdad.

No le hice ningún caso.

—Lo que Anthea oyó en la biblioteca aquella noche es significativo. Encaja con la teoría de que fue Héctor, y no Henry, quien pedía dinero a Gervase, Gervase dijo: «¡No me sacarás más dinero! Ahora tengo algo mejor en que emplearlo». Algo mejor en que emplearlo, ahora; porque había encontrado a su hijo, Henry. Sin duda Héctor le preguntó entonces a qué se refería con esta última frase, y Gervase le dijo que se proponía dejar su dinero a su hijo.

—En ese caso, Nigel, ¿de qué me serviría matar a Gervase? —Héctor estaba sonrojado, aunque triunfante, como un niño que plantea una cuestión decisiva en un debate escolar.

—De nada. A menos que lo hicieras de tal manera que incriminaras a Henry. Él sería colgado por tu crimen, y la fortuna de Gervase pasaría a ti. Y, debo decirlo, si Henry no ha cometido el asesinato, alguien se ha tomado muchas molestias para que parezca que sí lo ha hecho. ¿Por qué?

Todos nos sobresaltamos cuando Anthea estalló histérica:

—¡Oh, por el amor de Dios, basta ya! Yo amaba a Gervase. ¿Por qué no decir que yo lo hice porque… porque ni me miraba?

—¡Cállese, Anthea! —ordené—. Todavía no he terminado con Héctor y Diana. Han ocurrido dos cosas bastante extrañas que la policía puede pedirles que expliquen.

—¿Cuáles son? —preguntó Diana con indiferencia; pero me di cuenta de que había despertado su curiosidad.

—Ha sido extraño que vosotros dos, que según me dijo Gervase apenas os hablabais con el señor Prew, de repente fuerais tan amigos de él después del té para insistir en enseñarle a disparar con el arco. Pero no es extraño si queríais tener una coartada para entonces, los únicos minutos de la tarde en que Henry no estaba junto a las botellas de gaseosa. No es extraño si era absolutamente vital para los dos poder demostrar que no os acercasteis a ellas.

—Pero mi querido Nigel, has admitido, hace tan sólo unos minutos, que nadie más que Henry o Amphlett podía haber manipulado esa botella. ¿Por qué nos acusas a nosotros? —dijo Héctor.

—He dicho que lógicamente parecía eso. Pero Diana ha hecho otra cosa rara. También se ha vuelto amable con Henry; Henry, a quien hasta entonces había estado tratando como a un trapo sucio.

El señor Prew y Anthea se habían puesto tensos. Me miraban fijamente como si se tratara del Apocalipsis.

—Si —proseguí—, cuando se preparaba para lanzar la flecha dorada, la primera vez, Diana ha llamado a Henry para que fuera a mirarla. Eso ha sido

terriblemente impropio de ti, Diana. Pero supongamos que tuvieras que apartarle de los olmos, hacerle mirar el cielo como todos nosotros, siguiendo el curso de tu flecha, durante los siete u ocho segundos que Héctor necesitaría para avanzar los pocos metros que nos separaban de la bandeja y sustituir una botella de gaseosa por otra envenenada. Héctor —proseguí rápidamente—, ¿dónde está ese pañuelo que has ido a buscar para Diana durante el té? No has llegado a dárselo, ¿verdad?

Héctor ahora estaba enojado, pero me ofreció una extraña sonrisa de triunfo, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de *tweed* y sacó un pañuelo.

—Ya veo adónde quieres ir a parar, amigo. La idea es que en realidad entré para coger una botella de gaseosa envenenada. Bien, no lo he hecho. Sólo he traído el pañuelo. Asique ahora —avanzó hacia mi con aire amenazador—, harás el favor de pedirle disculpas a mi esposa por…

Le arrebaté el pañuelo y me lo llevé con cuidado a la nariz.

—Lo que imaginaba. ¿Desde cuándo utilizas perfume de melocotón, Diana? —Ahora me encontraba al otro lado de la mesa—. Has ido a buscar el pañuelo y la botella envenenada, Héctor. En ese gran bolsillo que tienes. Necesitabas el pañuelo para evitar dejar huellas en la botella, sin duda. Ha sido mala suerte que se haya derramado en él un poco de la gaseosa envenenada.

Sin duda alguna Héctor y Diana formaban un buen equipo. Apenas había terminado yo de hablar cuando ellos ya estaban en la puerta, amenazándonos Héctor con la flecha que había colocado en la cuerda del arco.

—Si alguien grita, dispararé. Diana, ve a buscar el coche.

Diana salió por la puerta como un rayo. Prew, Anthea y el viejo Amphlett miraban fijamente a Héctor, inmóviles por el aturdimiento. Yo me sentía como uno de los pretendientes en el comedor de gala cuando Odiseo volvió su gran arco a ellos. Entonces oí un movimiento rápido detrás de mi.

Henry había cogido la tapa de una fuente de plata del aparador y, protegiéndose la cara y el pecho con ella, corría directo hacia Héctor. Éste tensó el arco y soltó la flecha. Ésta golpeó en el borde de la tapa de la fuente, rebotó y se clavó en la pared del fondo.

El ataque de Henry hizo caer a Héctor. Casi le mató antes de que pudiéramos apartarle. Habría sido un buen hijo para Gervase, si éste hubiera vivido.

Yo también amaba a Gervase. De no haber sido así, no creo que hubiera podido tender esa trampa a Héctor.

El perfume del pañuelo que le había cogido no era de melocotón, ni la fragancia letal del ácido prúsico. El pañuelo no olía a nada más peligroso que a ropa limpia, aunque si lo había utilizado para sujetar la botella envenenada.

Si, había sido una jugada muy arriesgada por mi parte; tan arriesgada como largo había sido el último lanzamiento de Héctor, que había captado el resplandor dorado y luego caído en los árboles donde Gervase murió.

P. G. WODEHOUSE
(1881-1975)

JEEVES Y LA VENUS ROBADA

Variante: misterio en casa de campo inglesa con humor.

La historia de Allingham era un misterio en casa de campo inglesa gracioso. «Jeeves y la Venus robada» es el misterio en casa de campo inglesa como humor puro. Sir P. G. (Pelham Grenville) Wodehouse, que creó a Jeeves, él más famoso de todos los ayudas de cámara, era un gran aficionado a las historias de detectives, llegando a leer hasta 150 al año afínales de su vida. Con motivo del centenario del nacimiento de Conan Doyle publicó una parodia del Gran Detective en Punch.

En este relato, siguiendo la Gran Tradición, tía Dahlia conduce a Bertie Wooster y al siempre eficiente Jeeves a una vida criminal. Para los que deseen leer más historias de este tipo, hay una serie jeevesiana en Wodehouse on Crime *(New York, Ticknor and Fields, 1981), de la que este relato no ha sido sacado.*

Sonó el teléfono, y oí a Jeeves atenderlo en el vestíbulo. Después, entró.

—La señora Travers, señor.

—¿Tía Dahlia? ¿Qué quiere?

—No me lo ha confiado, señor.

Fue un poco extraño, me parece a mi, ahora que lo pienso, que cuando me dirigía hacia el aparato no tuviera una premonición, si ésa es la palabra que quiero, de un destino fatal. No soy perspicaz, ése es mi problema.

—Hola, vieja relación de sangre.

—Hola, Bertie, asquerosa oveja negra —respondió ella, alegre como siempre—. ¿Estás sobrio?

—Como un juez.

—Entonces escucha con atención. Te hablo desde una minúscula aldea de Hampshire llamada Marsham-in-the-Vale. Estoy en Marsham Manor con Cornelia Fothergill, la novelista. ¿Alguna vez has oído hablar de ella?

—No está en mi lista de la biblioteca.

—Lo estaría, si fueras mujer. Estoy intentando persuadirla de que me ceda su nueva novela como serial para el *Boudoir*.

Lo entendí. Esta tía mía es propietaria de un semanario para la mujer imbécil llamado *Milady's Boudoir*.

—¿Y cómo te va? —pregunté.

—Está flaqueando. Tengo la sensación de que bastará otro empujón. Por eso te invito a pasar el fin de semana aquí.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Para ayudarme a influir en ella. Ejercerás todo tu encanto…

—No tengo mucho.

—Bueno, ejerce el que tengas.

No soy aficionado a estas citas a ciegas. Y si la vida me ha enseñado algo, es que el hombre prudente se mantiene lejos de las mujeres novelistas.

—¿Habrá alguien más? Quiero decir, ¿habrá algún miembro brillante de la sociedad joven?

—Yo no lo llamaría la sociedad joven, pero es muy brillante. Está el esposo de Cornelia, Everard Fothergill, el artista, y su padre, Edward

Fothergill. También es artista, más o menos. No te aburrirás ni un momento. Asique dile a Jeeves que te prepare las cosas.

Sorprende a mucha gente, creo, que Bertram Wooster, que por regla general es un hombre de acero, sea como la cera en manos de su tía Dahlia. Ellos no saben que esa mujer posee un arma secreta por la que siempre puede doblegarme a voluntad: la amenaza de que si me niego a lo que me pide, me excluirá de su mesa y me privará de los asados y guisos de su cocinero francés, Anatole, un don de Dios para los jugos gástricos.

Y así fue como hacia el atardecer del viernes veintidós de los corrientes me encontré al volante del viejo deportivo, con Jeeves a mi lado, el ceño fruncido y el ánimo abatido.

La llegada a Marsham Manor sirvió de poco para alisar el primero y levantar el segundo. Acompañado al salón, me hallé en un interior tan acogedor como uno querría encontrar: fuego con un gran leño, cómodos sillones y una mesa de té de la que se desprendía un vigorizante aroma de tostadas con mantequilla y pastelillos. Pero una sola mirada al personal me bastó para saber que había ido a parar a uno de esos grupos en que cualquier perspectiva agrada y sólo el hombre es infame.

Estaban presentes tres almas humanas, cada una de ellas un elemento tan destacado como Hampshire podía proporcionar. Uno era un ciudadano bajo y delgado, con una barba de esas que inquietan tanto (mi anfitrión, supuse) y sentado cerca de él otro tipo de complexión parecida pero modelo anterior, quien supuse sería el padre. También él lucía barba. El tercero era una mujer voluminosa que llevaba gafas con montura de concha, las cuales siempre son un riesgo ocupacional para las plumíferas del sexo más débil.

Tras una breve pausa para la identificación, ella me presentó al grupo, y después llegó tía Dahlia y charlamos de esto y aquello. El contingente Fothergill se retiró, y yo me encaminaba en la misma dirección cuando tía Dahlia detuvo mi avance.

—Un segundo nada más, Bertie —me dijo—. Me gustaría enseñarte algo.

—Y a mi —repliqué— me gustaría saber qué es lo que quieres que haga por ti.

—Te lo contaré enseguida. Esto que voy a enseñarte está relacionado con ello. Pero antes unas palabras de nuestro patrocinador. ¿Has observado lo asustadizo que es Edward Fothergill?

—No. No me he fijado. ¿Es asustadizo?

—Es un tipo nervioso. Pregúntame por qué.

—¿Por qué?

—Por este cuadro que voy a enseñarte. Ven por aquí.

Me condujo al comedor y encendió la luz.

—Mira —dijo.

Lo que quería mostrarme era un gran cuadro al óleo. Un cuadro clásico, supongo que se le llamaría: una mujer rolliza con ropa mínima conferenciando con lo que parecía una paloma.

—¿*Venus*?— dije. Suele ser una apuesta segura.

—Sí. Lo pintó el viejo Fothergill. Es de esos hombres que pintaría un cuadro de *Noche de damas en un baño turco* y lo llamaría una Venus. Se lo regaló a Everard como regalo de boda.

—Me gusta el acabado —dije. Otra apuesta segura.

—No, no te gusta. Es un asco. El viejo no es más que un aficionado incompetente. Una noche Cornelia me lo contó todo. Como digo, él le regaló esta monstruosidad a Everard como regalo de boda y, naturalmente, como aprecia a su padre y no quiere herir sus sentimientos, Everard no puede bajarlo al sótano y colgarlo allí. Asique tiene que verlo cada vez que come, y sufre muchísimo. Everard es un auténtico artista. Su producción es buena. Mira esto —dijo, señalando el cuadro de al lado de la obra del viejo Fothergill —. Es una de sus obras.

Miré fijamente el cuadro de Everard. También éste era clásico, y a mi me parecía igual que el otro.

—*¿Venus?*

—No seas tonto. Es *La alegre primavera*.

—Oh, lo siento. Pero escucha lo que te digo, Sherlock Holmes habría cometido el mismo error. Dados los hechos, quiero decir.

—O sea que ya lo entiendes.

—En absoluto.

—Te lo diré con palabras sencillas. Si un hombre puede pintar algo tan bueno como esto, le hiere en lo vivo tener que pegar sus ojos a un pintarrajo como esa Venus cada vez que se pone el morral.

—Oh, entiendo, y tú le compadeces, por supuesto. Pero no veo que pueda hacerse nada.

—Yo sí. Pregúntame qué.

—¿Qué?

—Vas a robar esa Venus.

—¿Robarla?

—Esta noche.

—¿Cuando dices «robarla», te refieres a «robarla»?

—Eso es. Ése es el trabajo que te había mencionado. Dios mío —dijo—, siempre estás robando cascos de policía, ¿no?

Tuve que corregirla.

—No siempre. Sólo como placer ocasional, como podría ser la noche de la carrera de remo. Y robar cuadros es algo muy distinto a birlar el tocado de la policía.

—No es nada difícil. Sólo tienes que cortar la tela con un cuchillo para sacarla del marco. ¿Sabes una cosa, Bertie? —dijo con entusiasmo—, es extraordinario como las cosas encajan. Estas últimas semanas ha habido una banda de ladrones de cuadros trabajando por estos alrededores. Guindaron un Romney en una casa cerca de aquí, y un Gainsborough en otra casa. Cuando esta Venus desaparezca, no habrá ni una posibilidad de que el viejo Fothergill sospeche nada. Estos ladrones son expertos, se dirá, sólo quieren lo mejor. Cornelia estuvo de acuerdo conmigo.

—¿Se lo has contado?

—Naturalmente. Hablábamos del precio de la prensa. Le dije que si me daba su palabra solemne de que me dejaría publicar en el *Boudoir* esa tontería que está escribiendo, recortando un poco su precio usual, tú liquidarías la Venus.

—¿Eso hiciste? ¿Y qué dijo ella?

—Me lo agradeció con palabras entrecortadas, asique hazlo, muchacho, y que el cielo te ayude. Lo único que tienes que hacer es abrir una de las ventanas, para que parezca que es un trabajo de alguien de fuera, coger el cuadro, llevarlo a tu habitación y quemarlo. Yo me encargaré de que tengas un buen fuego.

—Oh, gracias.

Con la cabeza baja y la sensación de que la maldición había caído sobre mi, me encaminé a mi habitación. Allí se encontraba Jeeves, abrochando la camisa, y sin tardanza le puse al corriente, si ésa es la expresión.

—Jeeves —dije—, he aquí una bonita situación. ¿Sabes con qué acaba de sorprenderme tía Dahlia?

—Sí, señor. Por casualidad pasaba por delante de la puerta del comedor, y no he podido evitar oír sus observaciones. La señora Travers tiene una voz que se oye de lejos.

—Supongo que tendré que hacerlo, Jeeves.

—Me temo que sí, señor. Teniendo en cuenta la probabilidad de que, en caso de ponerle reparos, la señora Travers le imponga sanciones en la

cuestión de la cocina de Anatole, parece que no tiene usted otra opción que ceder a sus deseos. ¿Le duele algo, señor?

—No, sólo estoy irritado. Esto me ha impresionado, Jeeves. ¡Forzar a un Wooster a convertirse en ladrón de cuadros! No habría creído que se le pudiera ocurrir jamás una idea así, ¿y tú?

—La hembra de las especies es más devastadora que el macho, señor. ¿Puedo preguntarle si ya ha formulado algún plan de acción?

—Bien, ya has oído lo que ella tiene pensado. Abro la ventana…

—Disculpe que le interrumpa, señor, pero aquí creo que la señora Travers está en un error. Una ventana rota daría mayor verosimilitud.

—También haría que toda la condenada casa fuera arrancada de sus sueños y viniera a ver lo que estaba pasando.

—No, señor, puede hacerse sin ruido poniendo melaza en una hoja de papel de embalar, pegando el papel al cristal y golpeándolo con el puño.

—Pero ¿dónde está el papel de embalar? ¿Dónde está la melaza?

—Yo puedo conseguirlos, señor, y me complacerá efectuar la operación por usted, si lo desea.

—¿Lo harás? Es muy decente por tu parte, Jeeves.

—En absoluto, señor. Mi objetivo es dar satisfacción. Discúlpeme, creo que alguien llama.

Se acercó a la puerta y la abrió, y vislumbré lo que parecía un mayordomo.

—Su cuchillo, señor —dijo, regresando con este objeto en una bandeja.

—Gracias, Jeeves, maldita sea. —Contemplé el objeto con un estremecimiento—. Ojalá pudiera salir de este enredo.

—Puedo imaginarlo fácilmente, señor.

Tras algunas deliberaciones, decidimos dar el golpe a la una de la madrugada, cuando se suponía que toda la casa estaría tomándose sus ocho horas, y a la una en punto Jeeves entró en la habitación.

—Todo está dispuesto, señor.

—¿La melaza?

—Sí, señor.

—¿El papel de embalar?

—Sí, señor.

—Entonces rompe la ventana, ¿quieres?

—Ya lo he hecho, señor.

—¿De veras? Bien, tenías razón en lo de que no haría ruido. No he oído nada. Entonces, en marcha hacia el comedor, supongo. No tiene sentido

retrasarlo.

—No, señor. Si se hace, es mejor hacerlo rápido —dijo.

Sería ocioso pretender que, mientras bajaba la escalera, yo era la misma persona calmada y gallarda de siempre. Tenía los pies fríos, y si se hubiera oído algún ruido inesperado, habría pegado un brinco. Mis meditaciones referentes a tía Dahlia, que me había metido en esto, carecían notablemente de amor de sobrino.

Sin embargo, en un aspecto había que felicitarla. Había dicho que sería tan fácil como saltar un tronco, y así resultó ser. No había sobreestimado en modo alguno lo cortante del cuchillo que me había proporcionado. Con cuatro rápidos cortes la tela salió del marco. La enrollé y subí de nuevo a mi habitación con ella.

Jeeves, en mi ausencia, había atizado el fuego. Y cuando yo iba a alimentar las llamas con el deplorable producto de Edward Fothergill, me detuvo.

—Sería poco juicioso quemar un objeto tan grande de una sola pieza, señor. Existe el riesgo de que arda la chimenea.

—Ah, sí. Entiendo lo que quieres decir. Cortarlo con unas tijeras, ¿te parece?

—Me temo que es inevitable, señor. ¿Me permite sugerirle que le aliviaría la monotonía de la tarea si le proporcionara *whisky* y soda?

—¿Sabes dónde lo guardan?

—Sí, señor.

—Entonces tráelo, Jeeves.

—Muy bien, señor.

Estaba efectuando grandes progresos en mi tarea cuando la puerta se abrió sin que yo lo oyera y tía Dahlia entró de pronto. Habló antes de que yo supiera que se encontraba allí, lo que me hizo dar un salto hasta el techo ahogando un grito.

—¿Todo va bien, Bertie?

—¿Por qué no has tocado la bocina? —dije, regresando a tierra y hablando con no poca amargura—. Has hecho que me mordiera la lengua. Sí, todo va según el plan. Pero Jeeves insiste en quemar el *corpus delicti* trocito a trocito.

—Claro. No querrás prender fuego a la chimenea.

—Es lo que él ha dicho.

—Y tenía razón, como siempre. He traído mis tijeras. Por cierto, ¿dónde está Jeeves? ¿Cómo es que no está a tu lado, prestándote desinteresado

servicio?

—Porque está prestando desinteresado servicio en otra parte. Pronto regresará con la botella de *whisky* y todo lo demás.

—¡Qué hombre! No hay nadie como él. Dios mío —dijo tía Dahlia unos minutos después—, cuántos recuerdos me trae de mi querida escuela y nuestras fiestas juveniles con chocolate. Solíamos escabullimos al estudio de la directora y tostábamos pan de trigo sosteniéndolo en la punta de las plumas, con la tetera calentándose en el hornillo. Días felices, días felices. Ah, Jeeves, ven aquí y deja eso a mi alcance. Vamos adelantando, como ves. ¿Qué llevas bajo el brazo?

—Las tijeras de podar, señora. Estoy ansioso por prestar toda la ayuda que esté en mi mano.

—Pues empieza a prestarla. La obra maestra de Edward Fothergill te espera.

Trabajando los tres, pronto completamos la tarea. Apenas había terminado mi primer *whisky* con soda e iba a comenzar otro, cuando todo lo que quedaba de la Venus, sin contar las cenizas, era el pequeño pedazo del extremo sudoeste que Jeeves tenía en la mano. Lo estaba mirando con lo que a mi me pareció ojo muy atento.

—Disculpe, señora —dijo—, ¿he entendido que ha dicho que el nombre del señor Fothergill padre era Edward?

—Eso es. Piensa en él como Eddie, si lo deseas. ¿Por qué?

—Sólo es que el cuadro que tenemos con nosotros esta noche está firmado «Everard Fothergill», señora.

Decir que tía y sobrino no se lo tomaron en serio sería faltar a la verdad. Los dos pegamos un respingo.

—Dame ese fragmento, Jeeves. A mi me parece que pone Edward —pronuncié, después de examinarlo.

—Estás loco —dijo tía Dahlia, arrancándomelo de la mano—. Es Everard, ¿verdad, Jeeves?

—Ésa es sin duda la impresión que me ha dado, señora.

—Bertie —dijo tía Dahlia, hablando con una voz que creo se llama estrangulada, y dirigiéndome esa mirada que en los viejos tiempos en que iba de cacería habría lanzado a un sabueso que persiguiera a un conejo—, si has quemado el cuadro que no debías…

—Claro que no —repliqué terco—. Pero para que te tranquilices, iré a verlo.

Había hablado, como he dicho, con terquedad, y al oírme se habría dicho uno: «Todo va bien. Bertram no se ha inmutado». Pero no era así. Temía lo peor, y ya me estremecía sólo de pensar en el apasionado discurso, refiriéndose a mis defectos mentales y morales, que tía Dahlia me daría cuando volviéramos a reunirnos.

Yo no estaba de humor para otro susto, y eso es lo que tuve cuando llegué al final de mi recorrido, pues cuando entré en el comedor alguien que estaba dentro salió y chocó conmigo. Los dos salimos al vestíbulo tambaleándonos, y cuando encendí la luz para no chocar con los muebles, pude verle bien y entero, como dice Jeeves.

Se trataba del viejo Fothergill, en zapatillas y batín. En la mano derecha llevaba un cuchillo, y a sus pies había un paquete que había dejado caer en el momento del impacto; cuando se lo recogí, con mi cortesía de siempre, y se abrió, lo que vi hizo acudir una exclamación a mis labios. Ésta salió al mismo tiempo que un grito de angustia de los suyos. El hombre había palidecido bajo la barba.

—¡Señor Wooster! —dijo con voz temblorosa, creo que es la expresión —. ¡Gracias a Dios que no es Everard!

Bien, eso también me agradó bastante, claro.

—No cabe duda —prosiguió, temblando aún— de que le sorprende encontrarme sacando mi cuadro a escondidas. Pero puedo explicárselo todo.

—Bueno, no pasa nada, ¿no?

—Usted no es artista…

—No, más bien literato. Una vez escribí un artículo sobre «Qué viste el hombre que viste bien» para el *Milady's Boudoir*

—No obstante, creo que puedo hacerle comprender lo que este cuadro significa para mi. Tardé dos años en pintarlo. Era mi hijo. Lo veía crecer. Lo amaba. Y entonces Everard se casó, y en un momento de locura se lo di como regalo de boda. No puede imaginar usted qué agonías he sufrido. Veía lo que él valoraba el cuadro. A la hora de las comidas, sus ojos siempre estaban puestos en él. No podía pedirle que me lo devolviera. Y por otra parte, yo me encontraba perdido sin él.

—¿Y decidió robarlo?

—Exacto. Me dije que Everard jamás sospecharía. Recientemente se han producido varios robos de cuadros en la vecindad, y él supondría que era obra de la misma banda. Y cedí a la tentación. Señor Wooster, usted no me traicionaría, ¿verdad?

—¿Yo no qué?

—No se lo dirá a Everard, ¿verdad?

—Ah, entiendo lo que quiere decir. No, claro que no, si usted no quiere que lo haga. ¿Labios sellados, sugiere usted?

—Exactamente.

—De acuerdo.

—Gracias, gracias. Sabía que no me fallaría. Bueno, podríamos ir a acostarnos, supongo, asique buenas noches —dijo, y a continuación subió la escalera como una centella.

Apenas había desaparecido cuando vi a tía Dahlia y a Jeeves a mi lado.

—Ah, estáis ahí —dije.

—Sí, aquí estamos. ¿Por qué has tardado tanto?

—Habría ido más de prisa, pero un artista barbudo me ha dificultado los movimientos.

—¿Quién?

—He estado charlando con Edward Fothergill.

—Bertie, estás borracho.

—Borracho no, pero si pasmado. Tía Dahlia, tengo que contarte una historia asombrosa.

Conté mi asombrosa historia.

—Y así —concluí— aprendemos una vez más la lección de que nunca, por oscuro que sea el panorama, hay que desesperar. Las nubes de tormenta estaban bajas, los cielos estaban negros, pero ahora, ¿qué vemos? El sol brilla y el pájaro azul canta en el viejo quiosco. Fothergill quería que la Venus desapareciera, y ha desaparecido. *¡Voilà!* —dije, volviéndome un poco parisino.

—¿Y cuando ella vea que «La alegre primavera» de Everard también ha desaparecido?

Comprendí lo que estaba pensando.

—Sí, también está eso —dije en un murmullo.

—Ahora no hay ni una posibilidad de que me dé ese serial.

—No, aquí ganas. No había pensado en ello.

Ella hinchó sus pulmones, y el ojo menos sagaz habría podido percibir que estaba a punto de comenzar.

—Bertie…

Jeeves tosió con esa suave tos suya, la que parece una oveja aclarándose la garganta en una montaña distante.

—Me pregunto si podría sugerir algo, señora.

—Sí, Jeeves. Recuérdame —dijo, dirigiéndose a mi— que más tarde siga con lo que estaba diciendo.

—Sólo es que se me ocurre, como una idea pasajera, señora, que existe una solución a la dificultad con que nos enfrentamos. Si encontraran al señor Wooster en el suelo, inconsciente, con la ventana rota, y faltaran los dos cuadros, la señora Fothergill no podría sino suponer que el señor había sido atacado, mientras protegía los bienes de ella, por unos sinvergüenzas que habían entrado a robar.

Tía Dahlia salió como un cohete de las profundidades de la aflicción.

—Entiendo lo que quieres decir. Ella estaría tan agradecida por su valiente conducta, que, para ser decente, no podría más que darme ese serial al precio que yo pidiera.

—Exactamente, señora.

—Gracias, Jeeves.

—De nada, señora.

—Un plan colosal, ¿no crees, Bertie?

—Supercolosal —afirmé—, pero con un inconveniente bastante grave. Me refiero al hecho de que yo no voy a estar inconsciente en el suelo.

—Eso se puede arreglar. Yo podría darte un golpecito en la cabeza… ¿con qué, Jeeves?

—El maculo del gong, señora, es evidente.

—Está bien, con el maculo del gong. Apenas lo notarás.

—No voy a notarlo.

—¿Quieres decir que no lo harás? Piénsalo bien, Bertram Wooster. Reflexiona sobre cuál será la consecuencia. Pasarás meses y meses sin siquiera el olor de la cocina de Anatole. Preparará sus *Sylphides à la crème d'écrevisses* y sus *Timbales de ris de veau Toulousiane* y que sé yo, pero tú no estarás allí para probarlo. Esto es oficial.

Me erguí todo lo que pude.

—No me aterran, tía Dahlia, tus amenazas, porque… ¿cómo es, Jeeves?

—Porque usted está tan armado de honestidad, señor, que pasan de largo como el ocioso viento, al cual no respeta usted.

—Exactamente. He estado pensando mucho, tía Dhalia, en este asunto de la cocina de Anatole. Es una delicia, por supuesto, degustar sus ofrecimientos, pero ¿y la línea? La última vez que disfruté de tu hospitalidad engordé casi tres centímetros en la cintura. Estoy mejor sin la cocina de Anatole. No quiero parecerme a tío George.

Me refería al actual lord Yaxley, destacado hombre de club que de año en año se hace más prominente, en especial visto de lado.

—Por eso —proseguí—, por mucho que me cueste, estoy preparado para degustar esos Timbales de los que hablas, y, por lo tanto, acataré tu sugerencia de darme unos golpecitos en la cabeza con un resuelto *nolle prosequi*.

—¿Es tu última palabra?

—Lo es —dije, girando sobre mis talones, y lo fue, porque aún hablaba cuando algo me propinó un violento golpe en la parte posterior de la cabeza, y caí como un monarca del bosque bajo el hacha del leñador.

Lo siguiente que recuerdo con claridad es que me encontraba en cama con una especie de ruido retumbante muy cerca. Una vez disipadas las brumas, pude diagnosticar que se trataba de la voz de tía Dahlia.

—Bertie —dijo—, quiero que escuches y me prestes atención. Tengo noticias que te harán bailar por toda la casa.

—Tardaré un poco —respondí con frialdad— en poder bailar por cualquier casa. Mi cabeza…

—Estás un poco agotado, sin duda. Pero no nos desviemos del tema. Quiero contarte el resultado final. El trabajo sucio se ha atribuido a la banda, probablemente internacional, que se llevó el Gainsborough y el Romney. Los Fothergill te están muy agradecidos, como Jeeves predijo, y ella me ha dado el serial con unas condiciones favorables para mi. Tenías razón respecto al pájaro azul. Está cantando.

—Igual que mi cabeza.

—Lo sé. Y se me parte el corazón. Pero no puedes hacer una tortilla sin romper un huevo.

—¿Cómo?

—Me lo dijo Jeeves en voz baja mientras contemplábamos los restos.

—¿Eso hizo? Bueno, confío que en el futuro… Oh, Jeeves —dije cuando entró con lo que parecía una bebida refrescante en las manos.

—¿Señor?

—Este asunto de los huevos y las tortillas…

—¿Si, señor?

—A partir de ahora, si pudieras ver la manera de excluir los huevos y suspender las tortillas, te estaría muy agradecido.

—Muy bien, señor. Lo tendré en cuenta.

MICHAEL INNES
(N. 1906)

MUERTE AL SOL

Michael Innes (J. I. M. Stewart), decano de los escritores de misterio ingleses, nos ha proporcionado una impresionante sucesión de narraciones, demostrando en casi todas ellas un interés por las cuestiones culturales e intelectuales. Lector de literatura inglesa en la Christ Church, Oxford, y profesor visitante en Australia y los Estados Unidos, ha tenido un mundo de experiencias en las que inspirarse.

El inspector John Appleby, el héroe de sus relatos, debutó en 1936 en Death in the President's Lodging*, y alcanzó el éxito de* Hamlet, Revenge *al año siguiente. Su promoción en las filas de Scotland Yard hasta el puesto de Comisario de toda la Policía Metropolitana (Londres), su nombramiento de caballero y su posterior jubilación quedan reflejados en estos relatos. Incluso en estos años finales permaneció activo, viajando con su esposa, lady Judith, tropezando con frecuencia con el crimen y los misterios, junto con la posterior aclaración cultural e intelectual.*

«Muerte al sol» no es más que una muestra de su arte, una pizca de erudición con una porción de sátira en un plato de primer orden.

La casa se erguía en un remoto cabo de Cornualles. Su tejado plano dominaba una vista magnífica, pero la casa misma no era dominada desde ningún sitio. O sea que era un buen lugar para tomar baños de sol, o para suicidarse de un modo civilizado y tranquilo. George Elwin al parecer la utilizó para ambas cosas sucesivamente.

Yacía en el tejado, bronceado y completamente desnudo; o completamente desnudo salvo por un reloj de pulsera. A su lado se encontraba el arma. Tenía el rostro destrozado.

—No suelo llevar a mis invitados del fin de semana a contemplar este tipo de cosas. —El jefe de policía había mirado como disculpándose al comisario Appleby—. Pero, al fin y al cabo, usted es un profesional. Elwin, como verá usted, era un hombre rico con gustos modestos. —Señaló el reloj, que era un modelo caro pero llevaba una sencilla correa de cuero—. ¡Pobre diablo! —añadió con voz suave—. Imagínese, Appleby, cogiendo un revólver y haciendo esto usted.

—¿No es posible que alguien le haya asesinado? ¿Un ladrón? Este lugar está muy apartado, y usted dice que él pasaba semanas seguidas aquí solo, trabajando en sus esquemas financieros. Cualquiera podría venir y marcharse.

—Es cierto. Pero abajo hay cinco mil libras en billetes, en un cajón que no está cerrado con llave. Y en el arma están las huellas de Elwin; el tipo a quien he enviado esta mañana lo ha dicho. O sea que no hay misterio, me temo. Y otra cosa: George Elwin tenía historial.

—¿Quiere decir que ya intentó suicidarse anteriormente?

—Exacto. Era un hipocondríaco, y siempre tomaba medicamentos. Y sufría de ataques periódicos de depresión. El año pasado tomó una dosis enorme de barbitúricos; también en esa ocasión estaba desnudo, en una cala solitaria. Al parecer tiene predilección por morir al sol. Pero el guarda costero le descubrió a tiempo, y le salvaron la vida.

Appleby se arrodilló junto al cuerpo. Con suavidad, giró la mano izquierda y le quitó el reloj. Todavía funcionaba. En la parte posterior había las iniciales G. E. grabadas en el oro. Con la misma suavidad, Appleby volvió

a colocar el reloj en la muñeca y le ató la correa. Se detuvo un momento, con el ceño fruncido.

—Me gustaría echar una mirada a su dormitorio —dijo.

El dormitorio confirmó la impresión que le había dado el reloj. Los muebles eran sencillos, pero de la sencillez que cuesta dinero. El comisario Appleby abrió un armario ropero y miró las prendas. Extrajo un par de trajes y los examinó con atención. Volvió a colocar uno en su sitio y dejó el otro sobre la cama.

Entonces abrió un armario pequeño y lo encontró lleno de botellas de medicinas y cajas de píldoras. No cabía ninguna duda de que era hipocondríaco. Appleby inició un examen sistemático.

—Productos de marca —dijo—. Pero la mayoría también lleva el nombre farmacéutico. ¿Para qué supone que es la tetraciclina? Ah, es un antibiótico. El pobre tenía miedo de las infecciones. Se podrían descubrir todos sus miedos y sus fobias a partir de este armario. Varios antihistamínicos; no cabe duda de que coleccionaba productos para las alergias. Benzocaína, dexanfetamina, sulfafurazola; vaya bocados. Una preparación bronceadora. Pero mire, más barbitúricos. Habría podido marcharse de este mundo así si hubiera querido, hay suficiente para matar a un elefante, y Elwin no es tan voluminoso. Analgésicos sin fin… seguro que siempre esperaba sufrir algún dolor.

Appleby miró a su alrededor.

—Por cierto, ¿cómo se propone que identifiquen el cuerpo en la investigación?

—¿Identificar? —El jefe de policía le miró fijamente.

—Sólo es una idea. ¿Su dentista, quizá?

—En realidad, no serviría. El médico de la policía le ha examinado la boca esta mañana. Dentadura perfecta; probablemente Elwin no había ido al dentista desde que era niño. Pero, por supuesto, es una cuestión meramente formal, ya que no puede haber ninguna duda respecto a su identidad. No le conocía bien, pero le reconozco, más o menos… incluso con la cara así.

—Entiendo. Por cierto, ¿cómo se entierra un cuerpo desnudo? ¿Desnudo? Me parece una falta de respeto. ¿Amortajado? Ya no se lleva. Quizá simplemente con un traje. —Appleby se volvió hacia la cama—. Creo que vamos a vestir a George Elwin ahora.

—¡Mi querido Appleby!

—Busque en esos cajones. —El comisario se mostró inexorable—. Ropa interior y camisa, pero no se preocupe por los calcetines o la corbata.

Diez minutos más tarde, el cuerpo, aún yacente en el tejado, casi estaba completamente vestido. Los dos hombres lo miraron sombríos.

—Si —dijo despacio el jefe de policía—. Sé lo que está pensando.

—Creo que necesitamos información de las relaciones de George Elwin. Y de sus parientes en particular. ¿Qué sabe de él?

—No gran cosa. —El jefe de policía dio una vuelta, inquieto, por el tejado —. Tiene un hermano que se llama Arnold Elwin. Más bien un mal hermano, o al menos inútil; vive casi siempre en Canadá, pero viene de vez en cuando a embolsarse dinero de su hermano George, que es cada vez más rico.

—¿Arnold es de la misma edad, más o menos, que George?

—Tengo esa impresión. Puede que sean gemelos, en realidad. —El jefe de policía exclamó—: Por el amor del cielo, Appleby, ¿qué le ha metido esa idea en la cabeza?

—Mire esto. —Appleby volvía a estar arrodillado junto al cuerpo. Volvió a girar la mano izquierda del cadáver, con lo que quedó al descubierto la correa del reloj—. ¿Qué ve usted en el cuero, un centímetro más abajo de la posición actual de la hebilla?

—Una depresión. —El jefe de policía fue preciso—. Una depresión estrecha y decolorada, paralela a la línea de la propia hebilla.

—Exactamente. ¿Y qué le sugiere eso?

—Que el reloj pertenece en realidad a otro hombre, alguien con una muñeca ligeramente más gruesa.

—¿Y esa ropa, ahora que se la hemos puesto?

—Bueno, me recuerdan algo de *Macbeth*, de Shakespeare. —El jefe de policía sonrió con aire triste—. Algo referente al traje de un gigante puesto en un ladrón enano.

—Yo llamaría a eso exageración poética. Pero el cuadro general está claro. Será interesante descubrir si tenemos que ir hasta Canadá para alcanzar…

Appleby se interrumpió. En el tejado había aparecido el chófer del jefe de policía. Miró de soslayo el cadáver, y luego habló apresuradamente.

—Disculpe, señor, pero hay un caballero que pide por el señor Elwin. Dice que es el hermano del señor Elwin.

—Gracias, Pengelly —dijo sin emoción el jefe de policía—. Ahora bajamos. —Pero cuando el chófer se había ido, se volvió a Appleby emitiendo un silbido bajo—. ¡Hablando del diablo! —exclamó.

—O, al menos, del villano de la obra. —Appleby echó una breve mirada al cadáver—. Bien, vayamos a ver.

Cuando entraron en el pequeño estudio, una figura voluminosa se levantó de una silla que había junto a la ventana. No cabía ninguna duda de que el visitante se parecía notablemente al hombre muerto.

—Me llamo Arnold Elwin —dijo—. He venido a ver a mi hermano. ¿Puedo preguntar…

—Señor Elwin —dijo con gravedad el jefe de policía—, lamento profundamente informarle de que su hermano está muerto. Ha sido hallado esta mañana en el tejado, con un disparo en la cabeza.

—¿Muerto? —El hombre volvió a sentarse en la silla—. ¡No puedo creerlo! ¿Quién es usted?

—Soy el jefe de policía del condado, y éste es mi invitado, sir John Appleby, Comisario de la Policía Metropolitana. Me está ayudando en mis pesquisas, como usted, caballero, puede hacer. ¿Vio ayer a su hermano?

—Claro que sí. Acababa de llegar de Inglaterra, y vine directo aquí, en cuanto me enteré de que George iba a recluirse como hace periódicamente.

—¿No había nadie más por aquí?

—Nadie. George se las arreglaba solo, salvo por una mujer que venía del pueblo a primera hora de la mañana.

—¿Su entrevista con él… fue satisfactoria?

—En absoluto. George y yo no estábamos de acuerdo, por eso me fui.

—¿Su desacuerdo era por asuntos de familia? ¿Dinero, cosas así?

—No creo que eso sea asunto suyo.

Hubo un momento de silencio durante el cual el jefe de policía pareció reflexionar. Entonces intentó captar la mirada de Appleby, pero no lo consiguió. Finalmente, avanzó con firmeza hacia el fornido hombre.

—George Elwin… —comenzó a decir.

—¿Qué demonios quiere decir? Me llamo Arnold Elwin, no…

—George Elwin, en virtud de mi autoridad le arresto en nombre de la Reina. Comparecerá ante el magistrado y será acusado del asesinato premeditado de su hermano, Arnold Elwin.

Appleby había estado paseando por la habitación, mirando los libros, abriendo y cerrando cajones. Ahora se detuvo.

—Quizá sea algo irregular —dijo al jefe de policía—. Pero creo que podríamos explicarle al señor Elwin, como podemos llamarle sin temor a

equivocarnos, lo que pensamos.

—Como quiera, Appleby. —El jefe de policía estaba aún poco tenso—. Pero hágalo usted.

Appleby afirmó con la cabeza.

—Señor Elwin —dijo con gravedad—, tenemos conocimiento de que el señor George Elwin, el propietario de esta casa, sufría, o sufre, fases de depresión aguda. El año pasado, una de ellas le condujo a un intento de suicidio. Ése es nuestro primer hecho.

»El segundo es éste: el reloj de pulsera encontrado en la mano del hombre muerto no estaba abrochado como lo habría estado normalmente en la muñeca de su propietario. El hombre muerto tiene la muñeca más delgada.

»El tercer hecho tiene relación con el segundo. La ropa que hay en está casa es demasiado grande para el hombre muerto. Pero creo que a usted le iría muy bien.

—¡Está usted loco! —El fornido hombre se puso de pie otra vez—. No hay ni una palabra de verdad…

—Sólo puedo decirle lo que hemos pensado. Y ahora, llegamos al cuarto hecho: George y Arnold Elwin no eran fáciles de distinguir. ¿Está de acuerdo?

—Claro que estoy de acuerdo. George y yo éramos gemelos.

—O Arnold y usted eran gemelos. Bien, nuestra hipótesis es la siguiente: usted, George Elwin, como vivía solo en esta casa, fue visitado por su hermano Arnold, que acababa de regresar de Canadá. Le pidió dinero o algo así, quizá con alguna amenaza. Hubo una discusión violenta, y usted le mató de un disparo… a quemarropa.

»Bien, ¿qué podía hacer? La herida era compatible con un suicidio. Pero ¿quién creería que Arnold había llegado aquí, se había apoderado del revólver de usted y se había disparado? Afortunadamente, había alguien a quien se atribuiría fácilmente un suicidio, puesto que se sabía que lo había intentado un año atrás. Ese alguien era usted mismo, George Elwin.

»Asique usted, George Elwin, dispuso el cuerpo de su hermano y el arma de manera que sugiriera algo parecido a aquel intento de suicidio. Colocó su reloj en la muñeca del muerto. Las prendas que hay en la casa le irían grandes, pero le encontrarían desnudo, ¿y quién se percataría jamás de la discrepancia de la ropa?

»El cuerpo muerto, aun con la cara destrozada, pasaría prácticamente sin que hubiera dudas por el de George Elwin. Y eso es todo. Usted dejó de ser George, y con ello perdía lo que probablemente es una fortuna considerable;

pero al menos tenía una identidad que adoptar, no le acusarían de asesinato y no le condenarían por ello.

—¡Eso no es cierto! —El hombre parecía experimentar un pánico ciego—. Me han acorralado. Es un complot. Puedo demostrar…

—¡Ah! —exclamó Appleby—, ésa es la cuestión. Si es usted, de hecho, George, que finge ser Arnold, tendrá que realizar un gran esfuerzo para mantener esa personificación. Pero si, como usted sostiene, es en realidad Arnold, la cosa cambia. ¿Tiene usted dentista?

—Claro que tengo dentista… en Montreal. Viajo mucho por todo el mundo, pero siempre voy al mismo dentista. En un momento u otro me ha hecho algo en casi todos mis dientes.

—Me alegro enormemente de saberlo. —Appleby miró al jefe de policía—. No creo —murmuró— que debamos retener más al señor Arnold Elwin. Espero que olvidará un poco lo que… bueno, digamos lo que se ha propuesto.

Appleby se volvió a Elwin.

—Estoy seguro —dijo suavemente— que perdonará que hayamos explorado el asunto en interés a la verdad. Ha llegado usted cuando todavía no habíamos aclarado todas las pistas. ¿Tendrá la bondad de aceptar nuestro pésame por el trágico suicidio de su hermano George?

—¿Quiere decir —preguntó el jefe de policía media hora más tarde— que yo tenía razón al principio? ¿Que no había ningún misterio?

—Ninguno. La depresión de George Elwin se agravó por la visita de su hermano, y se mató. Ésa es la historia.

—Pero maldita sea…

—Hasta el momento de acusar de asesinato a ese tipo, yo estaba completamente con usted. Y entonces, de pronto, he recordado algo que no encajaba: esas cinco mil libras que encontró usted en el cajón que no estaba cerrado con llave. Si George había matado a Arnold y tenía intención de convertirse en Arnold (o en cualquier otra persona), sin duda habría cogido ese dinero. Asique ¿por qué no lo cogió?

—Entiendo la fuerza de este argumento. Pero sin duda…

—Y después ha habido otra cosa… algo cuyo significado debería haber visto enseguida. La dexanfetamina del armario de las medicinas. Es un inhibidor del apetito muy eficaz, que se utiliza para hacer régimen y perder peso. George Elwin estaba adelgazando. Vino aquí, imagino, principalmente con este fin. Era la última expresión de su hipocondría.

»Podía perder siete quilos en quince días… lo cual sería suficiente para requerir cambiar de agujero la correa del reloj para estrecharla. Y en un mes podía perder quince quilos… lo cual produciría el efecto que usted mencionaba de la ropa de un gigante puesta en un ladrón enano. La primera llamada de George Elwin, de haber seguido vivo, habría sido a su sastre… para que le estrechara los trajes.

El jefe de policía permaneció en silencio un momento.

—Le hemos dado a ese infortunado tipo unos quince minutos muy malos.

Appleby asintió con sobriedad.

—Pero demos las gracias —dijo— porque uno de los jueces de Su Majestad no tiene que soportar la carga de dar a alguien quince años malos.

ETHEL LINA WHITE
(1894-1944)

UNA VENTANA SIN CERRAR

Variante: historia de terror en casa de campo inglesa.

La novela de suspenso en casa de campo es más auténtica que ningún descendiente moderno. En las primeras novelas románticas a menudo aparecen castillos o fincas con una presencia tan abrumadora que empequeñece a los personajes del libro. Chicas amenazadas eran aterrorizadas, comprensiblemente, por lo que ocurría en estos lugares, y también lo era el lector. Su equivalente moderno puede ser igualmente efectivo; piénsese en Rebeca*, de Daphne du Maurier, una de las más grandes novelas de misterio de todos los tiempos.*

Ethel Lina White fue una de las maestras de la novela de suspenso inglesa casi olvidadas. Su novela de 1933, The Wheel Spins, sirvió de base para la película de Hitchcock, de 1938, The Lady Vanishes. Some Must Watch *(1934) también se convirtió en* Spiral Staircase *(1945), de igual éxito, gracias al director germano-americano Robert Siodmak.*

Recomendamos vivamente este nombre que pocos reconocerán.

Encontré este relato en una pequeña colección mientras leía para realizar esta antología, y no podía volver las páginas con suficiente rapidez Era necesario incluirlo, ya que es un ejemplo excelente de una variante subvalorada de los misterios en casas de campo inglesas.

—¿Lo ha cerrado todo, enfermera Cherry?

—Sí, enfermera Silver.

—¿Todas las puertas? ¿Todas las ventanas?

—Sí, sí.

Sin embargo, mientras corría el último cerrojo de la puerta principal, en lo más remoto de la mente de la enfermera Cherry había un vago recelo.

Había olvidado algo.

Era una mujer joven y bonita, pero su expresión era ansiosa. Aunque poseía casi todas las cualidades que le aseguraban el éxito profesional, siempre estaba en guardia contra un serio obstáculo.

Tenía mala memoria.

Hasta ahora, sólo la había traicionado en el caso del quemado Benger y en una ocasión en que se le había inundado el cuarto de baño. Pero el error de ayer era casi una calamidad.

A última hora de aquella tarde había encontrado el cilindro de oxígeno, que ella había sido la última en utilizar, vacío; tenía la tapa abierta.

Este desastre requería remedio inmediato, pues el paciente, el profesor Glendower Baker, sufría los efectos de un envenenamiento por gas. Aunque caía la noche, el hombre, Iles, tuvo que enjaezar el caballo para emprender el largo trayecto por las montañas e ir en busca de un nuevo suministro.

La enfermera Cherry le despidió con una sensación de pérdida, Iles era un ser alegre y un torrente de energía.

Hacía mal tiempo, y empezaba a caer una lluvia fina que cubría las colinas circundantes. La carretera del valle sería una espiral llena de barro entre helechos empapados y robles enanos.

Iles meneó la cabeza contemplando el salvaje aislamiento del paisaje.

—No me gusta dejarlas solas rondando él por aquí. Cierren todas las puertas y ventanas, enfermera, y no dejen entrar a nadie hasta que yo regrese.

Se marchó, los faroles del carruaje como luciérnagas en la oscuridad.

Oscuridad y lluvia. Y la maleza empapada pareció temblar y empañarse, y los árboles adoptaron las formas de hombres agazapados que avanzaban hacia la casa.

La enfermera Cherry se apresuró a hacer la ronda para cerrar las ventanas. Mientras iba con la vela de habitación en habitación por los pisos superiores, tenía la inquietante sensación de que era visible para cualquier observador.

Su mente no paraba de recordar el triste asunto del cilindro olvidado. La había sumido en un mar de desconfianza en si misma y de vergüenza. Estaba agotada, pues había cuidado al paciente ella sola hasta la llegada, tres días atrás, de la segunda enfermera. Pero ese hecho no le restaba culpa.

—No sirvo para ser enfermera —se autorreprochó con amargura.

La aparición de la enfermera Silver le inspiró confianza, pues era de complexión robusta, con las facciones firmes y el pelo negro muy corto. Sin embargo, a pesar de su aspecto voluminoso, parecía tener la naturaleza de Job.

—¿Se ha ido? —preguntó con voz áspera.

—¿Iles? Sí.

La enfermera Cherry repitió lo que éste le había advertido.

—Regresará lo antes que pueda —añadió—, pero probablemente no será hasta el amanecer.

—Entonces —dijo la enfermera Silver sombría—, estamos solas.

La enfermera Cherry se echó a reír.

—¿Solas? Tres mujeres fuertes, todas capaces de defenderse bien.

—Yo no tengo miedo. —La enfermera Silver la miró de un modo bastante extraño—. Me siento segura.

—¿Por qué?

—Por usted. Él no me hará nada si usted está aquí.

La enfermera Cherry trató de quitar importancia a su atractivo aspecto con una carcajada.

—En ese caso —dijo—, todas estamos seguras.

—¿Eso cree? Una casa solitaria. Ningún hombre. Y dos de nosotras.

La enfermera Cherry se miró el almidonado delantal de enfermera. Las palabras de la enfermera Silver le hicieron sentirse como un anzuelo especial, una cabra atada con una cuerda en la jungla para atraer al tigre.

—No diga tonterías —dijo con aspereza.

Últimamente, en aquella zona, se había producido una serie de asesinatos. En todos los casos, la víctima era enfermera. La policía buscaba a un estudiante de medicina: Sylvester Leek. Se suponía que se había trastornado, como consecuencia de haber recibido calabazas de una guapa auxiliar de enfermera. Había desaparecido del hospital después de una violenta crisis durante una operación.

A la mañana siguiente, habían descubierto a una enfermera de noche en la lavandería… estrangulada. Cuatro días más tarde, una segunda enfermera había sido brutalmente asesinada en el jardín de un chalet de las afueras de la pequeña ciudad agrícola. Transcurridos quince días, una de las enfermeras que cuidaban de sir Thomas Jones había sido hallada en su propio dormitorio… estrangulada.

El último asesinato había tenido lugar en una gran mansión en el corazón mismo del campo. El pánico se apoderó de los moradores de todas las granjas y casas de campo aisladas. Las mujeres atrancaban las puertas y ninguna muchacha se retrasaba por los caminos, sin su amante.

La enfermera Cherry deseaba poder olvidar los detalles que había leído en los periódicos. La ingenuidad con que las pobres víctimas habían sido atraídas a su fatal destino y la ferocidad de los ataques demostraban un cerebro enfermo impulsado por motivos malignos.

La idea de que ella y la enfermera Silver fueran localizadas era inquietante. El profesor Baker había sido víctima de un envenenamiento por gas mientras se hallaba trabajando en un asunto de importancia nacional, y su enfermedad había salido publicada en la prensa.

—De todos modos —argumentó—, ¿cómo podría saber el asesino que esta noche estamos solas?

La enfermera Silver meneó la cabeza.

—Siempre lo saben.

—¡Tonterías! Y probablemente ya se ha suicidado. Hace más de un mes que no ha habido ningún asesinato.

—Exactamente. Es probable que haya otro, pronto.

La enfermera Cherry se imaginó la maleza avanzando hacia la casa. Sus nervios cedieron:

—¿Pretende asustarme?

—Si —dijo la enfermera Silver—. No confío en usted. Se olvida de las cosas.

La enfermera Cherry se sonrojó airada.

—Podría ayudarme a olvidar ese maldito cilindro.

—Pero podría olvidarlo otra vez.

—No es probable.

Mientras pronunciaba esas palabras —como aceite dispersándose en agua — la duda ensombreció su mente.

Olvidaba algo.

Se estremeció al mirar el hueco de la escalera circular, que estaba poco iluminada por una lámpara de aceite suspendida de un travesaño. Las sombras llenaban las paredes y borraban el techo como una manada de murciélagos negros como el hollín.

Un lugar misterioso. Escondrijos en cada rellano.

La casa era alta y estrecha, con dos o tres habitaciones en cada piso. Era más bien como una torre. El semisótano estaba ocupado por la cocina y las dependencias domésticas. En la planta baja se encontraban la sala de estar, el comedor y el estudio del profesor. El primer piso estaba dedicado al paciente. En el segundo piso se hallaban los dormitorios de las enfermeras y el del matrimonio Iles. Los pisos superiores estaban destinados al trabajo de laboratorio del profesor.

La enfermera Cherry recordó las sólidas contraventanas y los pasadores de seguridad. Había sido una satisfacción convertir la casa en una fortaleza.

Pero ahora, en lugar de sentir seguridad, tenía la sensación de estar enjaulada.

Avanzó hacia la escalera.

—Mientras estamos aquí charlando, no nos ocupamos del paciente.

La enfermera Silver la llamó.

—Ahora es mi turno.

La etiqueta profesional prohibía cualquier protesta. Pero la enfermera Cherry miró a su colega con franca envidia.

Pensó con ansia en la fina frente del profesor, sus demacradas facciones bien definidas. Después de tres años de cuidar niños, con alguna ocasional madre o tía, el amor había entrado en su vida.

Desde el principio, su paciente le había interesado. Apenas comió o durmió hasta que la crisis hubo pasado. También se dio cuenta de que sus ojos la seguían por la habitación y que él apenas podía soportar tenerla fuera del alcance de su vista.

Ayer, le había retenido la mano entre sus delgados dedos.

—Cásate conmigo, Stella —le susurró.

—No, a menos que te pongas bien —respondió ella sin pensar.

Desde entonces, él la llamaba «Stella». Este nombre era como música a los oídos de ella hasta que su éxtasis fue roto por el episodio fatal del cilindro. Tenía que hacer frente al hecho de que, en caso de otra recaída, la vida de Glendower pendería de un hilo.

Era demasiado sensata para pensar más, asique se puso a especular acerca del carácter de la enfermera Silver. Hasta entonces, sólo se habían visto a la

hora de las comidas, y se mostraba taciturna y malhumorada.

Esta noche había demostrado un odio personal contra ella, y la enfermera Cherry creía adivinar su causa.

La situación era un semillero para los celos. Dos mujeres en íntimo contacto con un paciente y un médico, ambos solteros. Aunque la enfermera Silver era la menos favorecida, era evidente que poseía su parte de vanidad personal. La enfermera Cherry observó, por su andar penoso, que llevaba zapatos demasiado pequeños. Más que eso, la había pillado examinándose el rostro ante el espejo.

Estas breves visiones del oscuro corazón de la fea mujer intranquilizaron a la enfermera Cherry.

La casa estaba silenciosa; echaba de menos los sonidos de la naturaleza como la lluvia o el viento golpeando los cristales de las ventanas y las alegres voces de los Iles. El silencio podría ser un fondo para sonidos que ella no deseaba oír.

Habló en voz alta, para oír su propia voz.

—Ánimo si Silver quiere causar problemas esta noche. ¡Bien, bien! Iré a dar prisa a la señora Iles con la cena.

Se animó al abrir la puerta que conducía al sótano. El cálido olor a especias procedente de la cocina flotaba en la corta escalera, y la enfermera vio una franja de luz amarilla en la puerta entreabierta.

Cuando entró, no vio señales de la cena. La señora Iles —una robusta rubia con mejillas sonrojadas— estaba sentada ante la mesa de la cocina, con la cabeza escondida en sus enormes brazos.

Cuando la enfermera Cherry la zarandeó ligeramente, levantó la cabeza.

—¿Qué? —dijo con aire estúpido.

—Dios mío, señora Iles. ¿Está usted enferma?

—¿Eh? Estoy hecha un cuero.

—¿Qué demonios quiere decir?

—Lo que se llama «borracha». Tengo la cabeza…

La enfermera Cherry miró con recelo el vaso vacío que había sobre la mesa, cuando la cabeza de la señora Iles cayó como un mazo.

La enfermera Silver la oyó subir precipitada la escalera. Se encontraron en el rellano.

—¿Ocurre algo?

—La señora Iles. Creo que está bebida. Venga a ver.

Cuando la enfermera Silver llegó a la cocina, cogió a la señora Iles por las axilas y la puso de pie.

—Es evidente —dijo—. Ayúdeme a subirla.

No fue tarea fácil arrastrar a la señora Iles, que no paraba de protestar, los tres tramos de escalera.

—Se siente como un ciempiés, y cada par de pies va en una dirección diferente —dijo jadeante la enfermera Cherry, cuando llegaron a la puerta del dormitorio de los Iles—. Ya puedo ocuparme de ella, gracias.

Deseó que la enfermera Silver volviera con el paciente, en lugar de mirarla fijamente a ella con aquella expresión.

—¿Qué está mirando? —preguntó áspera.

—¿No le parece extraño?

—¿Qué?

En la penumbra, los ojos de la enfermera Silver parecían dos huecos negros.

—Hoy —dijo—, éramos cuatro. Primero se marcha Iles. Ahora, la señora Iles. Quedamos sólo dos. Si algo me ocurre a mi o a usted, sólo quedará una.

Mientras la enfermera Cherry metía a la señora Iles en la cama, reflexionó que la enfermera Silver decididamente no era una compañera alegre. Hacía parecer una conspiración siniestra lo que no era más que una secuencia natural de acontecimientos.

La enfermera Cherry se recordó a si misma que la ausencia de Iles se debía a su propio descuido, mientras que la esposa de aquél era adicta a la botella.

Aun así, quedaba una sombra desagradable, como el sedimento de un charco de agua lodosa. Se encontró imaginando con horror que le sucedía alguna calamidad a la enfermera Silver. Si se quedaba sola, creía que perdería la cabeza de tanto miedo.

Era un cuadro nada agradable. La casa vacía, una oscura concha para sombras indefinibles. Nadie en quien confiar. Su paciente… una amada carga y responsabilidad.

Era mejor no pensar en ello. Pero ella no dejaba de pensar. La oscuridad del exterior parecía oprimir las paredes, doblarlas hacia adentro. Mientras sus temores se multiplicaban, la estudiante de medicina se transformó de un ser humano con el cerebro muy turbado a una fuerza, taimada e insaciable, un salvaje monstruo sangriento.

Las palabras de la enfermera Silver acudieron a ella: «Siempre lo saben».

Aun así. Las puertas podían atrancarse, pero ellos encontrarían la manera de entrar.

Sus nervios zumbaron al oír el timbre del teléfono, que sonaba muy abajo, en el vestíbulo.

La enfermera Cherry no paró de mirar hacia atrás mientras corría escaleras abajo. Cogió el receptor con auténtico pánico de ser saludada por la carcajada de un maníaco.

Sintió un gran alivio al oír el conocido acento gales del doctor Jones.

El hombre tenía noticias graves para ella. Mientras escuchaba, el corazón empezó a latirle con fuerza.

—Gracias, doctor, por hacérmelo saber —dijo—. Por favor, llámeme si sabe alguna cosa más.

—¿Alguna cosa más de qué?

La enfermera Cherry se sobresaltó al oír la áspera voz de la enfermera Silver. Ésta había bajado sin hacer ruido calzada con sus suaves zapatillas de enfermera.

—Es el doctor —dijo, tratando de hablar con naturalidad—. Está pensando en cambiar la medicina.

—Entonces, ¿por qué está tan pálida? Está temblando.

La enfermera Cherry decidió que sería mejor decir la verdad.

—Para serle sincera —dijo—, acaban de darme malas noticias. Algo espantoso. No quería que usted lo supiera, pues no tiene sentido que las dos estemos asustadas. Pero ahora que lo pienso, se tranquilizará.

Esbozó una sonrisa forzada.

—Ha dicho que pronto tendría que haber otro asesinato. Bien, ya se ha producido.

—¿Dónde? ¿Quién? Rápido.

La enfermera Cherry comprendió lo que se quiere decir al hablar de la infección del miedo cuando la enfermera Silver le aferró el brazo.

A pesar de su esfuerzo por dominarse, la voz le tembló.

—Es… una enfermera de hospital. Estrangulada. Acaban de encontrar el cuerpo en una cantera y han enviado a buscar al doctor Jones para examinarla. La policía está intentando establecer su identidad.

La enfermera Silver tenía los ojos abiertos de par en par y miraba fijamente.

—¿Otra enfermera de hospital? Con esta ya son cuatro.

Se volvió a la mujer más joven con repentino recelo.

—¿Por qué ha telefoneado?

La enfermera Cherry no quería que le hiciera esa pregunta.

—Para decirnos que estemos especialmente en guardia —respondió.

—¿Quiere decir… que está cerca?

—Claro que no. El doctor ha dicho que la mujer llevaba tres o cuatro días muerta. Ahora el asesino debe de estar muy lejos.

—O tal vez está más cerca de lo que cree.

La enfermera Cherry miró involuntariamente la puerta atrancada de la calle. Le parecía que la cabeza le iba a estallar. Era imposible pensar de manera coherente. Pero… en algún lugar… batiendo las alas como un pájaro enjaulado, se encontraba el incesante recordatorio.

Había olvidado algo.

Al ver los labios crispados de la mujer mayor recordó que ella tenía que estar calmada por dos.

—Vuelva con el paciente —dijo—, mientras yo preparo la cena. Las dos nos sentiremos mejor después de comer algo.

A pesar de su valor recién adquirido, necesitó efectuar un esfuerzo para descender al sótano. Tantas puertas, que llevaban a la trascocina, a la despensa y a la carbonera, el olor a ratones… tantos escondrijos…

La cocina resultó ser un alegre antídoto contra la depresión. El fuego aterronado del fogón abierto arrojaba un resplandor rojo al aparador gales y los botes con etiquetas que decían «Azúcar» y «Té». Un gato dorado dormía sobre la alfombrilla. Todo parecía seguro y hogareño.

Cogió de prisa pan, queso, unas rodajas de buey, una figura blanca de jalea y compota de ciruelas, y lo colocó todo en una bandeja. Añadió cerveza negra para la enfermera Silver y se preparó cacao para ella. Mientras contemplaba la leche formar espuma en la oscura mezcla y aspiraba su humeante olor, sintió que sus temores no tenían fundamento y eran absurdos.

Subió la escalera cantando. Iba a casarse con Glendower.

Las enfermeras utilizaban el dormitorio que se comunicaba con la cámara del enfermo para sus comidas, para estar cerca del paciente. Cuando entró la enfermera de noche, la enfermera Cherry aguzó los oídos para oír la voz de Glendower. Ansiaba verle. Una sonrisa le iría muy bien.

—¿Cómo se encuentra el paciente? —preguntó.

—Bien.

—¿Podría echarle una mirada?

—No. No es su turno.

Cuando las dos mujeres se sentaron, a la enfermera Cherry le divirtió advertir que la enfermera Silver se quitaba los estrechos zapatos.

—Al parecer se interesa mucho por el paciente, enfermera Cherry —observó con acritud.

—Tengo derecho a interesarme. —La enfermera Cherry sonrió mientras cortaba pan—. El doctor dice que está vivo gracias a mi.

—¡Ah! Pero el doctor piensa maravillas de usted.

La enfermera Cherry no era engreída, pero si lo bastante humana para saber que había conquistado al voluminoso gales.

El brillo de los celos en los ojos de la enfermera Silver le hizo responder con precaución.

—El doctor Jones es amable con todo el mundo.

Pero era una mujer de naturaleza demasiado amistosa e impulsiva para guardar su secreto. Se recordó a si misma que había dos mujeres compartiendo una gran prueba e intentó establecer algún vínculo de amistad.

—Tengo la sensación de que me desprecia —dijo—. Cree que no tengo control de mi misma. Y no puede olvidar lo de ese cilindro. Pero realmente, he pasado por una tensión espantosa. Durante cuatro noches, ni siquiera me he cambiado de ropa.

—¿Por qué no tenía una segunda enfermera?

—Por el gasto que representa. El profesor entrega su vida entera a enriquecer a la nación y él es pobre. También me pareció que debía hacerlo todo yo. No quería que usted viniera, pero el doctor Jones me dijo que sufriría un colapso nervioso.

Se miró la mano izquierda, donde vio el contorno sombreado de un anillo de casada.

—No me considere una sentimental, pero he de decírselo a alguien. El profesor y yo vamos a casarnos.

—Si es que él vive.

—Ya ha salido de peligro.

—No cante victoria todavía.

La enfermera Cherry sintió una punzada de temor.

—¿Me oculta algo? ¿Está… peor?

—No. Está igual. Estaba pensando que el doctor Jones podría interferir. Usted le ha dado esperanzas. La he visto sonreírle. Las mujeres ligeras como usted son las que causan los problemas del mundo.

La enfermera Cherry se sorprendió por este ataque injusto. Pero al mirar la cara de la mujer mayor, vio que estaba consumida por los celos. Una vida permanecía en la sombra, y la otra al sol. El contraste era demasiado fuerte.

—No vamos a discutir esta noche —dijo con amabilidad—. Estamos pasando unos malos momentos juntas y sólo nos tenemos la una a la otra. Me estoy aferrando a usted. Si le pasara algo, igual que a la señora Iles, me moriría de miedo.

La enfermera Silver permaneció un minuto callada.

—No había pensado en ello —dijo después—. Sólo estamos nosotras dos. Y todas estas habitaciones vacías, arriba y abajo. ¿Qué es eso?

Se oían unos golpes apagados procedentes del vestíbulo.

La enfermera Cherry se puso de pie de un salto.

—Alguien llama a la puerta delantera.

Los dedos de la enfermera Silver se cerraron en torno a su brazo como aros de hierro.

—Siéntese. Es él.

Las dos mujeres se miraron fijamente mientras seguían los golpes en la puerta. Eran fuertes e insistentes. Para la enfermera Cherry, transmitían un mensaje de urgencia.

—Voy a bajar —dijo—. Puede que sea el doctor Jones.

—¿Cómo lo sabrá?

—Por la voz.

—Estúpida. Cualquiera podría imitar su acento.

La enfermera Cherry vio las gotas de sudor alrededor de la boca de la enfermera Silver. El miedo de ésta produjo el efecto de calmar sus propios nervios.

—Voy a bajar, para averiguar quién es —dijo—. Puede ser una noticia importante referente al asesinato.

La enfermera Silver la apartó de la puerta.

—¿Qué le he dicho? Usted es el peligro. Ya lo ha olvidado.

—¿Olvidado… qué?

—¿No le ha dicho Iles que no abriéramos a nadie? ¿A nadie?

La enfermera Cherry bajó la cabeza. Se sentó en silencio, avergonzada.

Los golpes cesaron. Después, los oyeran en la puerta trasera.

La enfermera Silver se secó el rostro.

—Quiere entrar. —Puso una mano sobre el brazo de la enfermera Cherry —. Ni siquiera tiembla. ¿Nunca tiene miedo?

—Sólo de los fantasmas.

A pesar de su valiente apariencia, la enfermera Cherry estaba temblando interiormente por la desesperada decisión que había tomado. La enfermera Silver la había acusado con justicia de poner en peligro la casa. Por lo tanto,

su obligación era repetir la ronda de la casa, para ver qué había olvidado o para salir de dudas.

—Voy arriba —dijo—. Quiero mirar por la ventana.

—¿Abrir una ventana? —dijo excitada la enfermera Silver—. No lo hará. Es una locura. ¡Piense! Una de las enfermeras fue hallada muerta dentro de su dormitorio.

—Está bien. No lo haré.

—Será mejor que vaya con cuidado. Ha estado tratando de prescindir de mi, pero quizá yo he tratado de prescindir de usted. Sólo diré una cosa: en esta casa está sucediendo algo extraño.

La enfermera Cherry sintió un escalofrío en el corazón. Sólo que, como era enfermera, sabía que en realidad era la boca del estómago. ¿Algo iba mal? Si por su mala memoria volvía a ser culpable, debía expiar su crimen protegiendo a los demás, aún a riesgo suyo.

Tuvo que obligarse a subir la escalera. La vela, vacilante la llama en la corriente, poblaba las paredes de formas distorsionadas. Cuando llegó al último rellano de arriba, sin pararse a pensar, entró decidida en el laboratorio y en la habitación contigua.

Ambas estaban vacías y las ventanas bien cerradas. Cobrando coraje, entro en la buhardilla. Bajo su ventana había un tejado en pendiente sin canalón o tubería del agua a la que asirse. Sabiendo que sería imposible que nadie entrara, abrió el postigo y la ventana.

El aire frío la refrescó y le devolvió la calma. Se dio cuenta de que hasta cierto punto había sufrido claustrofobia.

La lluvia había cesado y soplaba viento. Vio una joven luna que flotaba entre las nubes. Las colinas, oscuros montículos, eran visibles en la oscuridad, pero nada más.

Permaneció un rato en la ventana, pensando en Glendower. Era un consuelo recordar la felicidad que le esperaba una vez transcurrida esta noche de terror.

Después, la necesidad de verle se hizo demasiado fuerte para resistirse. Las palabras de la enfermera Silver la habían inquietado. Aun cuando quebrantara las leyes de la etiqueta profesional, estaba decidida a ver por si misma que todo iba bien.

Dejó la ventana abierta para que se filtrara un poco de aire en la casa, y bajó la escalera sin hacer ruido. Se detuvo en el segundo piso para visitar su habitación y la de la enfermera Silver. Todo estaba en calma y bien cerrado. En su dormitorio, la señora Iles dormía aún el sueño de los injustos.

Había dos puertas que daban a la habitación del paciente. Una llevaba a la habitación de las enfermeras, donde la enfermera Silver aún comía. La otra se abría al rellano.

La enfermera Cherry entró directamente, sabía que su temor había sido la premonición del amor. Algo iba mal. Glendower movía la cabeza inquieto en la almohada. Tenía el rostro enrojecido. Cuando ella le llamó por el nombre, él la miró, brillantes sus luminosos ojos grises.

No la reconoció, pues en lugar de «Stella» la llamó «Enfermera».

—Enfermera. Enfermera.

Murmuró algo como «hombre» y luego quedó inconsciente, resbalando en los brazos de la enfermera Cherry.

La enfermera Silver entró en la habitación al oír el grito de la enfermera Cherry. Cuando le tomó el pulso al paciente, habló con sequedad.

—Ahora nos iría bien el oxígeno.

La enfermera Cherry sólo pudo mirarla con ojos lastimeros.

—¿Telefoneo al doctor Jones? —preguntó sumisa.

—Sí.

Cuando no recibió respuesta a su llamada, pareció la continuación de una pesadilla. Desesperada, intentó una y otra vez galvanizar el instrumento.

Después, la enfermera Silver apareció en el rellano.

—¿Viene el doctor?

—No… no funciona. —La enfermera Cherry contuvo las lágrimas—. Oh, ¿qué puede suceder?

—Probablemente una enredadera mojada que se ha enrollado al cable. Pero ahora no importa. El paciente duerme.

La enfermera Cherry no demostró alivio. Como si los sustos de los últimos minutos hubieran puesto en movimiento la maquinaria detenida de su cerebro, recordó de pronto lo que había olvidado.

La ventana de la despensa.

Ahora recordaba lo que había ocurrido. Cuando había entrado en la despensa, al efectuar su ronda para cerrarlo todo, una rata le había pasado por encima de los pies. Ella había corrido a buscar al gato, que la persiguió hasta que logró meterse en un agujero de la cocina. Con la excitación producida por el incidente, había olvidado volver para cerrar la ventana.

El corazón empezó a latirle con violencia al darse cuenta de que, todas aquellas horas, la casa había estado abierta a cualquier merodeador. Incluso cuando ella y la enfermera Silver habían escuchado, temblando, los golpes en la puerta, la casa ya no era una fortaleza, por su culpa.

—¿Qué ocurre? —preguntó la enfermera Silver.

—Nada. Nada.

No se atrevió a decírselo a la mujer mayor. No era demasiado tarde para remediar su omisión.

Con la prisa, ya no tuvo miedo al descender al sótano. Apenas podía bajar la escalera con suficiente rapidez. Al entrar en la despensa, la ventana con mosquitera golpeaba movida por la brisa. La cerró y, cuando entraba en la cocina, sus ojos se fijaron en una mancha oscura del pasillo.

Era la huella de un hombre.

La enfermera Cherry recordó que Iles estaba bajando carbón al sótano cuando fue requerido para salir. No había tenido tiempo de limpiar y el suelo aún estaba sucio de polvo empapado de lluvia.

Cuando levantó la vela, la huella relució débilmente. Se agachó rápida y la tocó.

Todavía estaba mojada.

Al principio se puso de pie, petrificada, y se quedó mirándola estúpidamente. Luego, cuando se dio cuenta de que frente a ella se encontraba una huella recién hecha, sus nervios estallaron por completo. Con un grito, soltó la vela y corrió escaleras arriba, llamando a la enfermera Silver.

Fue respondida por una voz extraña. Una voz gruesa, indistinta. Una voz que jamás había oído.

Sin saber qué la esperaba al otro lado de la puerta, aunque impulsada por el coraje del miedo último, se precipitó a la habitación de las enfermeras.

Allí no había nadie más que la enfermera Silver. Ésta se recostó en la silla, con los ojos entrecerrados y la boca abierta.

De sus labios brotó un segundo grito grosero.

La enfermera Cherry la rodeó con un brazo.

—¿Qué sucede? Intente decírmelo.

Era evidente que la enfermera Silver trataba de advertirle de algún peligro. Señaló su vaso y se esforzó por hablar.

—Drogas. Escuche. Cuando se cierra todo, para que no entre nadie, tampoco puede salir nadie.

Al hablar, sus ojos se pusieron en blanco de un modo horrible, exponiendo los globos oculares con una mirada ciega.

Casi loca de terror, la enfermera Cherry trató de reanimarla. Misteriosamente, por alguna acción desconocida, lo que tanto temía había sucedido.

Estaba sola.

Y en alguna parte, dentro de las paredes de la casa, acechaba un ser, cruel y astuto, que, uno a uno, había eliminado todos los obstáculos entre él y su objetivo.

Había señalado a su víctima: ella.

En aquel momento, traspasó el límite del miedo. Sintió que no era ella misma, Stella Cherry, sino un extraño vestido con el uniforme azul de una enfermera de hospital, que especulaba con calma respecto a lo que debía hacer.

Era imposible encerrarse con llave en la habitación del paciente, pues la llave estaba inutilizada a causa del desuso. Y no tenía fuerza para mover el mobiliario que era suficientemente pesado para impedir que abrieran la puerta.

Descartó de inmediato la idea de huir. Para recibir ayuda, tendría que correr quilómetros. No podía dejar a Glendower y a dos mujeres indefensas a merced del maníaco.

No podía hacer nada. Su sitio estaba junto a Glendower. Se sentó al lado de su cama y le cogió la mano.

El tiempo parecía interminable. Su reloj a veces parecía saltarse una hora y después arrastrar los minutos lentamente, mientras ella esperaba… escuchando los mil y un sonidos de una casa al caer la noche. Se oían débiles crujidos, ruidos de la madera, las carreras de los ratones.

Y cien veces, pareció que alguien subía la escalera y se quedaba justo fuera de la puerta.

Eran casi las tres de la madrugada cuando, de repente, un gong comenzó a golpearle las sienes. En la habitación contigua se oían los pasos inconfundibles de un hombre.

No eran imaginaciones suyas. Dieron la vuelta a la habitación y luego avanzaron pausados hacia la puerta de comunicación.

Vio que el pomo de la puerta giraba lentamente.

De un salto, llegó a la puerta y salió al rellano, corriendo escaleras arriba. Por un segundo se detuvo ante su propia habitación. Pero las ventanas de ésta estaban atrancadas y la puerta no tenía llave. No podrían matarla allí, en la oscuridad.

Al detenerse, oyó que los pasos subían la escalera. Avanzaban lentamente, acercándose a ella. Loca de terror, se abalanzó escaleras arriba hasta el último piso, buscando instintivamente la ventana abierta.

No podía ir más arriba. En la puerta de la buhardilla, esperó.

Algo negro apareció en la pared de la escalera. Era la sombra de su perseguidor… un grotesco y deformado heraldo del crimen.

La enfermera Cherry se agarró a la balaustrada para no caerse. Todo empezó a hacerse oscuro. Sabía que estaba a punto de desmayarse, cuando el asombro y la alegría la reanimaron.

Sobre la balaustrada apareció la cabeza de la enfermera Silver.

La enfermera Cherry le gritó para advertirle.

—Vamos, rápido. Hay un hombre en la casa.

Vio que la enfermera Silver se sobresaltaba y echaba la cabeza hacia atrás, como alarmada. Luego, se produjo la culminación del horror de una noche de pánico.

Una rata cruzó el pasillo. La enfermera Silver levantó su pesado zapato y la pisó, haciendo girar el tacón sobre la cabeza de la pequeña criatura.

En aquel momento, la enfermera Cherry supo la verdad. La enfermera Silver era un hombre.

El cerebro le funcionó a la velocidad del rayo. Fue como un reflector que horadara las sombras y aclarara el misterio.

Comprendió que la auténtica enfermera Silver había sido asesinada por Sylvester Leek, cuando se encontraba de camino. Era el cuerpo estrangulado que acababan de encontrar en la cantera. Y el asesino había ocupado su lugar. La descripción que había dado la policía era la de un joven de complexión ligera, con facciones refinadas. Le resultaría fácil disfrazarse de mujer. Poseía los conocimientos médicos necesarios para pasar por enfermera. Además, como efectuaba el turno de noche, nadie de la casa había mantenido contacto íntimo con él, salvo el paciente.

Pero el paciente había adivinado la verdad.

Para silenciar su lengua, el asesino le había drogado, igual que se había deshecho de la presencia de la señora Iles. También fue él quien vació el cilindro de oxígeno, para librarse de Iles.

Si, aunque había estado solo con su víctima durante horas, se había contenido.

La enfermera Cherry, con la lucidez mental que acababa de adquirir, supo la razón. Existe una fábula en que la serpiente babea a su víctima antes de tragársela. De igual manera, el maníaco, antes de la destrucción final, había querido recubrir a su víctima con la saliva del miedo.

Toda la noche había procurado aterrorizarla, pulsando cada nervio hasta culminar en su falso desvanecimiento.

Sin embargo, ella sabía que él, a su vez, tenía miedo de ver frustrado su crimen. Como el cuerpo de su víctima había sido descubierto en la cantera, cuando establecieran su identidad conocerían dónde se escondía él. Mientras la enfermera Cherry se encontraba en la ventana de la buhardilla, el asesino había cortado el cable del teléfono y se había puesto sus zapatos para ir más de prisa.

La enfermera Cherry recordó la emoción que había demostrado el asesino al oír que llamaban a la puerta. Era probable que se tratara del doctor Jones, que había ido a la casa para asegurarse de que todo estaba en orden. De haber sido la policía, habrían entrado. El incidente demostraba que no habían descubierto nada y que era inútil contar con ayuda del exterior.

Tenía que hacer frente a la situación… ella sola.

A la débil luz de la luna, vio que el asesino entraba en la buhardilla. La grotesca parodia de su disfraz de enfermera se sumaba al terror de la situación.

Los ojos del hombre estaban fijos en la ventana abierta. Era evidente que fingía relacionarla con el supuesto intruso. Ella, a su vez, le había engañado sin darse cuenta. Probablemente no sabía nada de la huella que había dejado en el pasillo del sótano.

—Cierre la ventana, insensata —gritó.

Cuando se inclinó sobre el bajo antepecho para alcanzar la hoja de la ventana, que se abría hacia afuera, la enfermera Cherry se abalanzó sobre él con la locura instintiva de la autodefensa… arrojándole por encima del alféizar.

Por un momento un rostro oscuro y deformado tapó la luna y unos brazos aletearon, como una estrella de mar, en un desesperado intento de equilibrarse.

Al instante siguiente, no había nada.

La enfermera Cherry se dejó caer al suelo, tapándose los oídos con las manos para amortiguar el ruido del repugnante deslizamiento del cuerpo por el tejado.

Tardó mucho en poder bajar a la habitación del paciente. Entró directamente, y la paz que en ella reinaba la alivió como un bálsamo. Glendower dormía con placidez, con una media sonrisa en los labios como si soñara con ella.

Dando gracias, la enfermera Cherry fue de habitación en habitación abriendo todas las ventanas y todas las puertas… para que entrara el amanecer.

PHILIP MACDONALD
(1900-1985)

LOS ÁRBOLES NO DEJAN VER EL BOSQUE

Philip MacDonald fue un escritor escocés que se trasladó a Hollywood, donde trabajó en varios guiones, de los que cabe destacar Rebeca *(1940) con Hitchcock, varias películas de Charlie Chan y del señor Moto, y una adaptación de su propia novela de 1959* The List of Adrián Messenger *con John Huston. La última presentaba a su detective el coronel Anthony Gethryn, que debutó en* The Rasp *(1924), y aquí efectúa su única aparición en un relato corto.*

Gethryn entra de lleno en la tradición de misterios en casas de campo inglesas, e influyó especialmente en el cine. Lo que distingue a MacDonald y a su obra es que produce algunos escalofríos en la investigación cuando menos se esperan.

En el verano del treinta y seis —para ser exactos el cinco de agosto de ese año— la zona aledaña a la localidad de Friars Wick, en Downshire, en el sudoeste de Inglaterra, fue conmocionada por el descubrimiento de un asesinato singularmente brutal.

El principal periódico del condado, *El correo de Mostyn*, informó del hecho extensamente; pero como la víctima era anciana, pobre, hembra pero fea, y no tenía amigos ni parientes, el suceso pasó casi inadvertido por la prensa de Londres, aun cuando el asesino no fue capturado.

Es decir, pasó inadvertido hasta que, exactamente veinticuatro horas más tarde y a una distancia aproximada de un quilómetro y medio de su escenario, el crimen se repitió; la víctima era otra mujer que, excepto en la edad, habría podido ser una réplica de la primera.

Era ésta una época, como recordarán, en que había una plétora de noticias en el mundo. Por ejemplo, estaba España. Estaban Mussolini y Etiopía. Estaba Herr Hitler. Estaba Japón. Estaba Rusia. Había disensión en nuestro país así como en el extranjero. Había tantas cosas, de hecho, que la gente estaba aturdida y fingía estar aburrida…

Por eso, indudablemente, el editor del periódico más importante de lord Otterill, *El informe diario*, dio carta blanca a su principal reportero de crímenes y publicó aquel ingenioso relato titulado ASESINATOS DE UN MANIACO EN DOWNSHIRE en la primera página de la primera edición del ocho de agosto.

El escritor se había explayado. Describía los asesinatos con una prosa sangrienta y horripilante, omitiendo sólo los detalles que no podían imprimirse. Dibujaba cuadros patéticos (y de ningún modo mal escritos) de las dos grises mujeres tal como eran antes de sufrir este sádico y desagradable fin. Y dedicaba los últimos párrafos de sus efusiones a una teoría que producía mayor emoción a sus fascinados lectores.

«¿[…] es posible —preguntaba bajo el subtítulo “¡Despierta, policía!”— que estos dos terribles, maníacos e inenarrables crímenes, sin ningún motivo más que la lujuria de alguna mente depravada y distorsionada, sean el principio de una ola de crímenes como la que aterrorizó a Londres el siglo

pasado, cuando el desconocido, y no capturado, “Jack el destripador” efectuó su sangrienta matanza?».

Habrán observado la fecha del artículo del *Informe*: ocho de agosto. Era el día después de que el *Queen Guinivere* zarpara de Nueva York para Inglaterra. Esto explica que Anthony Gethryn, pasajero del gran trasatlántico, no supiera nada de los desagradables sucesos de Friars Wick. Esto es extraño, porque —aunque no había estado nunca allí y no tenía intención de volver una vez cumplida su misión— era a Friars Wick adonde debía dirigirse inmediatamente que el barco llegara a su destino.

Un capricho del destino: una de esas extrañas vueltas de la rueda de la fortuna.

No quería interrumpir su viaje a Londres y a casa yendo a Friars Wick, o, en verdad, a ningún otro lugar. Había estado fuera —en una tarea diplomática secreta, de gran importancia e ineludible tedio— durante tres meses. Y quería ver a su esposa y a su hijo, y verles con el menor retraso posible.

Pero allí estaba; tenía a su cargo una carta que un Personaje de Extrema Importancia le había pedido que entregara a mano a otro P.D.E.I., aunque de menor importancia. La petición había sido efectuada con cortesía y justo después de que el primer P.D.E.I. hubiera modificado sus planes para hacer otro favor a A. R. Gethryn. *Ergo*, A. R. Gethryn debía entregar la carta; la cual, por cierto, no tiene en si misma nada que ver con esta historia.

De manera que la tarde del once de agosto, Anthony conducía desde el puerto de Normouth hasta el pueblecito de Friars Wick y la casa de campo de sir Adrián LeFane.

Hacía correr el Voisin a gran velocidad, dando gracias por haber logrado enviarlo a Normouth. Las alternativas habrían sido un coche alquilado o un tren; y en un día sofocante como aquel la idea de ambas cosas era insoportable.

El barco había atracado tarde, y ya eran más de las seis cuando Anthony llegó a las afueras de Mostyn, redujo la velocidad para circular por las estrechas calles y llegó sudando al otro lado. El arco bajo y gris del cielo parecía aún más bajo, y la grisura se iba tiñendo de negro. Los árboles que flanqueaban la carretera se erguían inmóviles, y por encima de todo había un silencio ominoso en el que el ruido de los coches que pasaban e incluso el de sus propios neumáticos parecían enmudecer.

Redujo la velocidad cuando llegó cerca del cruce de Bastwick. Hasta allí conocía el camino, pero ahora tenía que cruzar territorio desconocido.

Detuvo el coche, y miró el indicador. La cuarta flecha, más al este, decía: FRIARS WICK - 8.

Siguió la flecha y se encontró encajonado entre unos altos y descuidados setos vivos, conduciendo por un estrecho sendero que ascendía y cruzaba el lomo de una colina escasamente poblada de árboles. Allí no había coches, ni tráfico de ninguna clase; ninguna señal de humanidad. El cielo se había puesto más negro que gris, y la luz tenía un tono cobrizo lleno de melancolía. El aire era pesado y respirar resultaba difícil.

El Voisin afrontó la colina, y la carretera se sacudió y enderezó mientras descendía, ahora empinada y recta, entre parcelas de terreno anchas y áridas.

La aldea de Friars Wick, oculta por otra colina, apareció de repente ante Anthony, después de doblar la primera curva del sinuoso valle.

Aunque iba despacio, pues la curva le había parecido peligrosa, la brusca aparición de la pequeña ciudad —materializada, parecía, de la nada— casi le produjo una conmoción física. Redujo aún más la velocidad, y el gran coche negro rodó en silencio por la estrecha calle, entre casas con fachada de pizarra y ocasionales pequeñas tiendas.

Era un lugar gris, hostil y resentido y con algo extraño y familiar al mismo tiempo; tenía un aire que le fascinó y repelió a la vez; un aura que rozó algún sexto sentido y le produjo un hormigueo extraño…

Reconoció esa sensación, pero no estaba seguro de si era auténtica; podría haber sido inducida por la combinación del tiempo y su irritación personal por haber tenido que alejarse tanto de su camino hacia Londres y su hogar.

Llegó al final de la principal y única calle de Friars Wick, donde la pequeña iglesia estaba frente a la taberna, al otro lado de un tradicional triángulo de césped esmeralda. Aquí detuvo el coche. Sabía que debía de estar a uno o dos quilómetros de la casa de LeFane, y la manera más sencilla de averiguarlo era preguntarlo.

Buscó con la mirada alguien a quien preguntar. No había ningún ser humano a la vista, y por primera vez, se dio cuenta de que no había visto a nadie desde que había iniciado el recorrido de la colina y entrado en el pueblo.

Algo golpeó el cuero del asiento que tenía a su lado con un ruido leve. Una sola gota de lluvia del tamaño de un florín.

Alzó la vista hacia el cielo. Ahora estaba tan cerca, tan bajo, que casi parecía rozar las copas de los grandes olmos de detrás de la taberna de blanca fachada. Grandes gotas cayeron en el polvo de la carretera, separada cada una

treinta centímetros de las demás. Anthony se dio cuenta de que esperaba al trueno.

Pero no llegó ningún trueno… ni alivio. Ahora la luz cobriza era más verdosa, y el silencio, casi palpable.

Y entonces vio a un hombre. Un hombre de pie al lado de los edificios anexos de la taberna, a unos veinte metros.

Era un hombre de apariencia corriente. Encajaba con lo que le rodeaba, aunque parecía destacar de ello en relieve.

Llevaba un sombrero informe, y un abrigo informe, y tenía una escopeta bajo el brazo.

Anthony sintió que el extraño hormigueo aumentaba. Miró atrás, hacia la calle gris, y tampoco vio a nadie. Volvió a mirar al hombre. Miró al otro lado y vio, por primera vez, el grupo de robles en la elevación que había a su izquierda; también vio, sobre los robles, las chimeneas de una gran casa.

Puso el coche en marcha y se alejó. Siguió en dirección a lo que veían sus ojos y entró con el coche en otro sinuoso sendero; después llegó a una imponente verja de hierro forjado.

La verja estaba abierta, y la cruzó con el Voisin; y al instante se encontró en un mundo diferente. Fuera, la tierra estaba muerta, cansada, era estéril, pero aquí era exuberante y estaba bien cuidada. Tres metros hacia arriba, y aún a mas de medio quilómetro de distancia, veía las chimeneas y el laberíntico edificio Tudor debajo.

Cayó otra ráfaga de enormes gotas de lluvia, y pensó parar y cerrar el coche. Redujo velocidad y al hacerlo le llamó la atención algo junto a la carretera, a la derecha. Una figura debajo de uno de los árboles, y la miró. Era una figura voluminosa y robusta, potente, que permanecía inmóvil como el hombre del desierto pueblo.

Anthony la miró fijamente y, por alguna razón, detuvo el coche. La figura iba vestida con ropa inclasificable, y con cierta sorpresa se dio cuenta de que se trataba de una mujer.

Siguió mirando… y la figura se volvió bruscamente y se alejó en las sombras de un bosquecillo.

Ya no llovía y Anthony prosiguió la marcha, hacia los céspedes y jardines y la propia casa…

Cuando la lluvia arreció, cayó como una sólida lámina de agua, un diluvio. Comenzó casi en cuanto Anthony estuvo en la casa; de hecho, mientras era saludado por su anfitriona, quien era más bien rubia y guapa y rayando el aspecto ojeroso. Era ultraelegante y supernerviosa. Reía mucho,

pero sus ojos nunca cambiaban. Al parecer era la señora de Peter Crecy, y también era la hija de sir Adrián LeFane. Alejó a Anthony del mayordomo y le llevó a una habitación que era medio biblioteca y medio salón, y sumamente lujosa. Le dio una bebida y le acribilló con rápidas frases a medio terminar. Él supuso que no podría ver todavía a su padre —«El hombre, como de costumbre, parece que no está en ningún sitio…»—. Supuso que esperaban que se quedara a pasar la noche —«Debe hacerlo, mi padre ha dado órdenes estrictas…»—.

Asique murmuró una frase educada y se resignó, ayudado por la lluvia que veía tras las ventanas divididas con parteluz.

Al final quedó al cuidado de un hombre con chaqueta negra llamado Phillips, quien le condujo escaleras arriba y a lo largo de corredores hasta una sibarítica *suite* que en nada parecía de estilo Tudor.

Se bañó lujosamente y, cuando hubo terminado, encontró que habían deshecho su equipaje y preparado su ropa para la cena. En mangas de camisa, se acercó a una ventana, miró afuera y vio la lluvia que aún caía como un fuerte y reluciente velo sobre el semioscuro mundo. Encendió un cigarrillo, se sentó en una silla, estiró sus largas piernas y se encontró preguntándose por el pueblo de Friars Wick y su extraño, siniestro e indescriptible aire. Pero no pudo pensar durante mucho rato ni muy en serio, porque procedente de algún lugar, en el piso de abajo, se oyó el retumbar de un gong.

Se puso la chaqueta, se metió la carta para LeFane en el bolsillo del pecho, y bajó la escalera con paso pausado.

Esperaba una cena a la que, a lo sumo, asistirían otros dos invitados aparte de él mismo. Pero cuando fue acompañado al salón, se encontró con un grupo de ocho o diez personas. Se hallaban agrupadas en medio de la habitación, y del centro del grupo la voz de la señora de Peter Crecy se elevaba y caía como un surtidor sincopado.

—¡Bueno, de acuerdo! —decía—. Ni una palabra de ello; ¡es demasiado macabro!

Anthony efectuó una entrada discreta, pero ella le vio inmediatamente y se acercó a él. Parecía, paradójicamente, más guapa y no obstante más ojerosa vestida con un traje de noche negro y dorado. Le presentó a los demás invitados. Anthony conoció, y catalogó mentalmente, a lord y lady Bracksworth (evidente Maestro de Perros Raposeros; su esposa hace punto); al señor y la señora Shelton-Jones (evidente Ministerio de Asuntos Exteriores; esposa aspirante a embajadora); al profesor Martel (posiblemente físico, de centroeuropa, con barba, egocéntrico); al señor y la señora Geoffrey Dale

(propietario de periódico, esposa editorialista); y, por fin, un oasis en el desierto, su vieja amiga Carol Dunning.

Ésta se hallaba sentada en un enorme sillón con orejas, y él no la vio hasta que la señora Crecy le llevó hacia allí.

—Y… la señorita Dunning —dijo la señora Crecy—. La novelista, claro… Pero creo que ya se conocen: Carol Rushworth Dunning…

—¡Hola! —dijo la señorita Dunning, alegre.

Una amplia y traviesa sonrisa le arrugó el travieso e inconfundible rostro americano, eternamente joven.

—¿Qué sucedería —dijo la señorita Dunning— si dijera que hace mucho tiempo que no nos vemos?

—Nada —dijo Anthony—. Estoy de acuerdo. Hace demasiado tiempo.

Observó con alivio que la señora Crecy les había dejado. Vio a un criado con una bandeja de cócteles y cogió uno para la señorita Dunning y otro para él.

—Gracias —dijo la señorita Dunning—. ¡Salud y dinero! —Se bebió media copa de un trago y miró a Anthony—. Si la respuesta no fuera tan evidente, le preguntaría qué le ha traído a esta *galère*.

Anthony dijo:

—Lo mismo digo. —Pensó en la carta que llevaba en el bolsillo—. ¿Y qué es evidente? ¿O es que el Servicio Diplomático…?

Se interrumpió, al ver al otro lado de la habitación a un hombre que no había entrado simplemente, sino que había efectuado una entrada. Se trataba de una persona alta, delgada y de hombros encorvados vestida con un esmoquin de terciopelo, con el pelo gris y cierta distinción de la que era consciente.

—Entra el centro derecha —dijo Anthony a la señorita Dunning—. Pero ¿quién es? He perdido mi programa.

Ella le miró con sorpresa.

—Es curioso —dijo—. Asique no conoce a su anfitrión. Es él: sir Adrián LeFane en persona. El viejo mundo, ¿eh?

—Vaya, vaya —dijo Anthony, y se levantó cuando LeFane, tras haber permanecido momentáneamente con el grupo central, con una sonrisa cortés a modo de saludo general, se encaminó hacia él.

—¿El coronel Gethry? —Le tendió una mano blanca y delgada, de bella forma—. Confío en que me perdonará por no haber estado aquí para darle la bienvenida. Pero —la mano esbozó un gesto vago y ágil en el aire— me he

visto obligado a estar en otra parte… —bajó la mano y la ofreció otra vez, y Anthony se la estrechó.

—¿Estaba usted fuera? —dijo la señorita Dunning—. ¿Le ha pillado la lluvia?

—No… ah… notablemente, querida. —LeFane le ofreció una sonrisa amistosa—. Me considero afortunado…

Pero no llegó a decir por qué… pues en aquel momento su hija se unió a ellos, precediéndola sus palabras como el fuego de un lanzallamas. Estaba preocupada, al parecer, por alguien o algo llamado «Marya», quien o que tenía que haber aparecido.

Se llevó a su padre, y Anthony volvió a sentir alivio. Miró a la señorita Dunning y dijo.

—¿Quién es Marya, o qué es?

—Dax.

—Suena mal. —Anthony la escudriñó—. A menos que… ¡oh, Dios mío! ¿Se refiere a la escultora? ¿El grupo Riondetto de Génova? ¿El Ícaro de Hendon?

—¡Exacto! —La señorita Dunning miró hacia la puerta y señaló—. Y aquí está.

Una mujer gigantesca avanzaba a grandes pasos hacia LeFane, que se acercaba a ella. A pesar de su tamaño —debía de medir más de metro ochenta — y su extraordinaria apariencia —llevaba un extraño atuendo como de monje, de un material áspero de color verde oscuro— era más impresionante que ridícula. Su rostro afilado no respondió a la mejor de las sonrisas de LeFane, pero permitió ser conducida hacia el grupo, alrededor de la señora Crecy, y en un momento pareció convertirse en su punto central.

—¿Qué opina? —preguntó la señorita Dunning.

—Notable —dijo Anthony—. De hecho, hace un par de horas me he fijado en ella. Estaba debajo de un árbol. Mirando.

—¿Mirando qué? —quiso saber la señorita Dunning.

Pero no recibió respuesta. Otras dos personas entraban en aquel momento, un hombre de complexión fuerte y rostro agradable, de treinta y tantos, con expresión cansada y lo que solía llamarse «aspecto profesional»; y una mujer menuda, angulosa y curtida, sin proporciones y con el rostro como un caballo feliz.

Una vez más Anthony miró a la señorita Dunning, y una vez más ella le instruyó.

—Seres humanos —dijo la señorita Dunning—. Es refrescante, ¿no? El médico de aquí y su esposa. Me gustan. —Miró su vaso vacío y se lo dio a Anthony—. A ver lo que puede hacer —dijo.

Pero no tuvo oportunidad de hacer nada. La señora Crecy se acercó a ellos, y Anthony fue arrastrado hacia Marya Dax y presentado a ella, y escrutado por unos extraños ojos negros que parecían ser todo pupila y casi estaban a la misma altura que los suyos.

Él murmuró una frase educada, y fue pasado por alto. Se volvió y fue requerido otra vez, y se encontró saludando al doctor y a la señora Carmichael. Al ver el rostro equino y pecoso de la mujer, su memoria vaciló un poco.

Estrechó la mano al esposo, pero no se dijeron nada cuando la esposa habló.

—No me recuerda, ¿verdad? —miró a Anthony con sus pequeños y brillantes ojos.

—¡Eso es lo peor que puedes hacer a nadie, Min! —la regañó cariñosamente su esposo—. Deberías avergonzarte de ti misma.

—Si me permite un momento, se lo diré —dijo Anthony; y añadió—: hace algún tiempo, y recuerdo unas trenzas… ¡claro! Es la hija de Henry Martin.

—¡Exacto! —La señora Carmichael se agarró al brazo de su esposo—. ¡Lo ha hecho!

—Y lo habría hecho antes —dijo el señor Carmichael, sonriéndole—, sólo que no podía ver a la pequeña señorita Riquezas como esposa de un matasanos rural. —Le dio unas palmaditas en la mano.

—Coronel Gethryn —dijo la señora Carmichael—, voy a aprovecharme de un viejo conocido. Voy a hacerle una pregunta… indiscreta. Yo…

Su esposo movió sus anchos hombros, incómodo.

—Por favor, Min, modérate… —dijo.

—No seas tonto, Jim. Tienes que probar… y al coronel Gethryn no le importará.

Miró a Anthony muy seria, con cara de potro.

—¿Verdad que no?

Anthony miró aquel rostro suplicante.

—Claro que no —dijo, e iba a añadir: «Póngame a prueba» cuando anunciaron la cena y el grupo comenzó a dividirse en parejas y descubrió, con placer, que él tenía a la señorita Dunning como acompañante.

La comida, aunque pesada y de esplendor ceremonioso, fue excelente y los vinos irreprochables. Asique Anthony pasó un rato agradable hasta que, mientras hablaba con la señorita Dunning, que se sentaba a su lado, oyó su nombre mencionado en lo que parecía ser una acalorada discusión en otra parte de la mesa.

—… ¡Seguramente el coronel Gethryn es quien puede decírnoslo! —dijo la ronca voz de la señora Carmichael—. Al fin y al cabo, él es la única persona aquí presente que sabe algo de esas cosas.

Anthony, como le habían mencionado claramente, volvió la cabeza. Vio muchos ojos puestos en él, y preguntó a la señora Carmichael:

—¿Qué cosas? ¿O no debería preguntarlo?

—¡El crimen, por supuesto! —La señora Carmichael pareció levantar las orejas—. El crimen en general y, desde luego, un crimen en particular. O dos, debería decir.

Anthony contuvo un suspiro. Dijo, esperanzado:

—Si son recientes y han ocurrido en Inglaterra, me temo que no podré ayudar. He estado meses fuera, y he llegado esta tarde. Ni siquiera he visto un periódico inglés durante quince días.

Con una sonrisa alarmante y con determinación, la señora Crecy interrumpió la conversación. Dijo:

—¡Qué suerte para usted, señor Gethryn! ¡Han sido tan terriblemente aburridos! Y creo que es una vergüenza que esta gente trate de hacerle hablar de su trabajo…

Transmitió una sonrisa feroz a la pequeña señora Carmichael, quien se encogió y murmuró algo acerca de que «lo sentía muchísimo, Jacqueline», y trató de entablar conversación con lord Bracksworth hablando de caza.

Pero fue interrumpida a media frase por Marya Dax, que se sentaba a la derecha de Adrián LeFane, y por lo tanto oblicuamente al otro lado de la mesa frente a Anthony. Durante toda la comida había permanecido en silencio, como una Norna meditabunda, pero ahora se inclinó hacia adelante, agarrando el borde de la mesa con enormes manos de dedos embotados, y fijando su mirada oscura en Anthony dijo, con áspera voz de contralto:

—Quizá usted no tiene necesidad de leer los periódicos. Quizá puede oler dónde está el mal.

No era ni una pregunta ni una afirmación, y Anthony, esbozando una sonrisa que podía no significar nada, se preparó para dejarlo estar.

Pero el Ministerio de Asuntos Exteriores, en la persona del señor Shelton-Jones, vio una oportunidad de conversación.

—Un pensamiento interesante, señorita Dax —dijo el señor Shelton-Jones, volviendo su mirada hacia ella—. Si la mente entrenada llega a estar en armonía para apreciar la «atmósfera», la «longitud de onda», o quizá debería llamarlo el «aura», que podría muy bien emanar de quien comete el mal.

La Norna ni siquiera miró al señor Shelton-Jones; mantuvo su oscura mirada fija en el rostro de Anthony.

Pero el señor Shelton-Jones no se inmutó y también él miró a Anthony.

—¿Qué dice usted, señor Gethryn? —preguntó—. ¿Existe un aura criminal? ¿Ha conocido alguna vez algún «caso» en el que el investigador fuera ayudado por alguna de estas… emanaciones metafísicas?

Anthony suspiró interiormente; pero ésta era una pregunta demasiado directa para dejarla sin respuesta. Dijo:

—¿Se refiere a lo que los americanos podrían llamar una supercorazonada? No soy ningún profesional, por supuesto, pero he conocido cosas de estas.

La prensa ahora se unió a la conversación, en la forma delgada de la señora Dale.

—¡Qué fascinante! —exclamó—. ¿Podría contarnos…?

—¡Por favor! —Anthony sonrió—. Iba a decir que la supercorazonada, la «emanación», es absolutamente indigna de confianza. Por lo tanto, más que inútil… es peligroso. No hay que hacerle caso.

Cosa sorprendente, pues había permanecido callado durante toda la comida, ahora fue el barbudo físico Martel quien intervino. Alzó la cabeza dirigiendo la barba en dirección a Anthony.

—¿Y eso por qué? —preguntó en un tono notablemente desprovisto de cortesía.

Anthony le escudriñó.

—Porque —dijo fríamente— uno nunca puede estar seguro de que el impacto de la supercorazonada sea auténtico. Esa sensación podría muy bien estar causada por una indigestión.

Hubo sonrisas, pero no por parte del profesor, quien miró con ojos furiosos, gruñó y volvió a su plato.

Alguien dijo:

—Pero, en serio, coronel Gethryn…

Anthony dijo:

—Hablo en serio.

Ahora no podía abandonarse ese tema, asique sería mejor que hablara de ello con propiedad. Dijo:

—Incluso puedo darles un ejemplo reciente de lo que quiero decir… Anoche cené con el capitán en el *Guinivere*. Bebí demasiado. No dormí lo suficiente. Y cuando he bajado a tierra, caía un diluvio. Resultado: mientras conducía por Friars Wick, donde nunca había estado, he tenido la mayor de las supercorazonadas. El campo, el pueblo en sí mismo, el hecho de que no había nadie, el cielo negro, todo formaba una combinación que producía una clara sensación de —se encogió de hombros—, bueno, de maldad. Esto evidentemente es absurdo. Y casi con seguridad, si se piensa en la cena del capitán, tuvo un origen estomacal.

Le sorprendió, mucho y de forma inusual, el silencio absoluto que reinaba cuando terminó de hablar. Miró cada rostro y vio en cada uno de ellos un gran asombro. Excepto en el caso del profesor Martel, que fruncía el ceño con gesto agrio y al mismo tiempo torcía la boca en una sonrisa sardónica de incredulidad.

Alguien dijo:

—¡Es extraordinario, coronel Gethryn!

Martel dijo, con acento centroeuropeo:

—Dice que no ha leído los periódicos, pero seguramente ha escuchado la radio… Quizá…

Anthony le miró la barba, y después a los ojos. Dijo:

—No sé lo que eso significa… También, sin duda.

Marya Dax miró a Martel, examinándole con ojos distantes. Dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—¡Habría que hacer callar a este hombre! —Y hubo un momento de incómoda tensión.

La señora Crecy se mordió los labios como para impedir que le temblaran. Adrián LeFane puso un codo sobre la mesa y se llevó la mano a la cara, medio escondiéndola.

La señorita Dunning salvó la situación. Se volvió a Anthony, que estaba a su lado, con semicómico asombro, arrugando su cara de duende. Dijo en el tono exacto:

—Y lo extraño es… que no sabe lo que ha hecho. Tal vez sea mejor que lo averigüe.

La tensión se aflojó, y Anthony dijo:

—Al parecer he producido una sensación. —Recorrió la mesa con la mirada otra vez—. Podría significar que hay algo —miró a la Norna— que huele mal en Friars Wick.

Entonces se produjo un murmullo de cinco o seis voces, hablando todas a la vez, y a través de ellas, con toda claridad, apareció la ronca impaciencia de la voz de la señora Carmichael.

—¡… cosa más maravillosa que jamás he oído! Coronel Gethryn, ¿se da cuenta de que ha demostrado lo que decía la señorita Dax?

Anthony miró a la señora Carmichael y sonrió.

—Eso no es ninguna prueba —dijo—. Podría ser una coincidencia. La cena del capitán fue… exuberante.

Pero la señora Carmichael no iba a darse por vencida.

—Tiene que oírlo —dijo—. ¡Tiene que hacerlo! —Habló a su esposo, que estaba al otro lado de la mesa—. Jim, cuéntaselo.

Una expresión preocupada asomó al rostro agradable y cansado del doctor Carmichael. Lanzó una mirada hacia su anfitriona, pero ella no dijo nada, y la señora Carmichael dijo:

—¡Adelante, Jim!

Y la señora Dale dijo:

—¡Por favor, doctor!

Y él capituló. Miró al otro lado de la mesa, a Anthony.

—Estoy delegado para esto —dijo— porque me ocupo del trabajo policial de esta área de Downshire. La mayor parte del tiempo el trabajo es una sinecura. Pero últimamente…

Hinchó las mejillas y emitió un pequeño silbido silencioso, y procedió a contar los dos asesinatos de los que tanto había hablado la prensa, particularmente *El informe diario*. Fue preciso y vagamente oficial. Se limitó a señalar, pero no obstante, y aunque no era nuevo para ellos, todos los de la mesa permanecieron absolutamente callados. En su mayor parte observaban la cara de Anthony Ruthven Gethryn.

Éste dijo, cuando terminó el relato:

—Mmmm. Una especie de Destripador Revivido.

Su rostro no daba señales de ninguna clase a sus observadores. Mientras escuchaba, había estado completamente impasible, como un jugador de póquer, con los párpados entrecerrados sobre los ojos verdes.

El doctor Carmichael dijo lentamente:

—Sí, supongo que sí. Si hay más (lo cual, personalmente, temo) aunque el jefe de policía no está de acuerdo conmigo…

—¿No lo está? —ahora Anthony había abierto los ojos de par en par—. ¿Quién es?

—El general de división sir Rigby Forsythe. —El tono del médico se había vuelto acre—. Él no considera necesario llamar a Scotland Yard. Considera que el inspector Fennell y yo somos alarmistas. Él… —el doctor Carmichael se interrumpió bruscamente con una mueca de impaciencia.

Pero Anthony terminó las frases por él.

—… se niega a comprender que dos asesinatos brutales, aparentemente perpetrados por un maníaco sexual, podrían ser el comienzo de una serie, ¿no es así?

—¡Exactamente! —El doctor Carmichael se iluminó al ver que le comprendía con tanta rapidez—. Y se niega a entender, a pesar del hecho de que Fennell ha intentado cientos de veces demostrarle que la muerte de esas dos pobres mujeres no podía beneficiar a nadie, que los asesinatos han tenido que ser cometidos por un maníaco. —Una débil expresión de disgusto cruzó el rostro del doctor Carmichael—. ¡Un maníaco peculiarmente repugnante! Y los maníacos que encuentran la manera de satisfacer su manía… bueno, no paran…

—Por Dios —intervino la voz áspera y sibilante del profesor Martel—, yo no pienso que sea un maníaco. —Ahora estaba recostado en la silla, la barba inclinada hacia arriba—. Yo creo que es un benefactor público.

Hizo una pausa y se hizo un silencio de ligera perplejidad que evidentemente esperaba. Dijo:

—¡Esas mujeres! ¡Esas criaturas! Yo las vi cuando todavía estaban con vida. ¡No servían para nada y eran espantosas! El mundo está mejor sin ellas.

Ahora el silencio era de sorpresa. Lo quebró Mary Dax. Volvió a mirar hacia Martel y volvió a examinarle. Dijo:

—Hay aquí, con nosotros, una cosa espantosa. Es su mente. —Dejó de examinar al hombre y prosiguió—. Ningún ser humano —dijo— está completamente exento de belleza.

—Oh, vamos, querida señorita Dax —dijo lady Bracksworth sorprendentemente, con una vocecita suave pero decidida—. Aunque no siento más que simpatía —lanzó una mirada de desagrado hacia Martel— por esas pobres infortunadas mujeres, debo decir que al menos una de ellas, me refiero a Sarah Paddock, era un objeto verdaderamente deshonroso.

La Norna volvió despacio unos ojos furiosos hacia este descaro.

—Esta mujer —dijo la Norna—, esta tal Paddock, supongo que nunca le miró las manos, ¿verdad? Siempre estaban sucias. Siempre estaban ásperas de tanto trabajar. Pero eran hermosas.

—¡Un pensamiento realmente interesante! —dijo el señor Shelton-Jones —. ¿Puede considerarse la belleza en el… en el cuerpo humano, como «unidades», o debe ser, antes de que la reconozcamos, la totalidad de estas unidades?

La señora Carmichael dijo:

—Creo que la señorita Dax tiene razón. —Miró a su esposo—. ¿Tú no lo crees así?

Él le sonrió, pero no respondió y ella insistió:

—¿No tiene razón, Jim? Crees que sí, ¿verdad?

—Claro que la tiene —dijo Carmichael. Miró en torno a la mesa—. En mi profesión, veo muchísimos cuerpos humanos. Y veo muchísimas «unidades» hermosas —miró al señor Shelton-Jones— en especímenes que de otro modo serían feos. Por ejemplo —miró a Marya Dax—, me había fijado particularmente en las manos de la pobre Sarah Paddock.

El señor Shelton-Jones se ajustó las gafas sobre la nariz.

—Pero, querido caballero, si se me permite apoyar mi argumento original, ¿qué belleza puede existir en una «unidad de belleza» si esta unidad es una mera isla, en realidad, en un océano de fealdad?

Evidentemente preparado para el debate, se recostó en la silla, fijando su mirada en el doctor Carmichael. Éste dijo:

—Mucha. No puede usted negar, por ejemplo, que las manos de Sarah Paddock eran hermosas en si mismas. —Parecía molesto por la actitud parlamentaria del señor Shelton-Jones—. ¡Supongamos que las hubiera modelado la señorita Dax!

—En ese caso —observó con suavidad el señor Shelton-Jones—, habrían estado lejos de su horrible ambiente.

—Euclidiano —dijo Anthony—. Algunas partes pueden o no ser iguales a su total.

—De acuerdo —dijo el doctor Carmichael—. Supongamos que viera usted unos magníficos hombros en un… en un caso extremo de *lupus vulgaris*. ¿El horrible estado de la cara y el cuello haría repulsivos también los hombros?

—Todo el cuadro sería… definitivamente desagradable.

El señor Shelton-Jones ahora era todo suavidad, y la Norna volvió a él su oscura y escrutadora mirada.

El color había asomado al rostro del doctor Carmichael. Miró con dureza al señor Shelton-Jones y dijo:

—Probémoslo otra vez. ¿Quiere decir que si viera pelo castaño rojizo en una típica cabeza troglodítica pensaría que era fea debido a su entorno?

—Estoy de acuerdo con el doctor —dijo la Norna—. La otra mujer muerta, he olvidado su nombre, estaba peor formada que la primera. Pero la forma de su cráneo era noble.

—¡Uf! —exclamó lord Bracksworth—. Era la pitonisa, la mujer Stebbins… Estaba yo hablando con ese inspector esta mañana, y me contaba que cuando la encontraron, esta vieja…

A la cabecera de la mesa, Adrián LeFane se irguió de repente. Golpeó violentamente la mesa con la mano abierta, de tal manera que las copas junto a su plato tintinearon.

—¡Por favor! —Tenía la cara retorcida como si sufriera algún dolor físico —. Acabemos con esta… esta… intolerable «fealdad».

Había transcurrido aproximadamente una hora después de la cena —la cual, gracias sobre todo al genio social de la señorita Dunning, había terminado con una nota suave aunque embarazosa— cuando la señora Carmichael, estando su esposo presente, logró acorralar a Anthony en un rincón remoto del amplio salón.

Acababa él de entrar después de una visita al estudio de Adrián LeFane, donde al fin había entregado la carta que no tenía nada que ver con esta historia. Se dejó acorralar, aunque hubiera preferido mucho más hablar con la señorita Dunning, porque había algo desesperadamente suplicante en la mirada como de potra de la señora Carmichael. Ésta dijo:

—Oh, por favor, coronel Gethryn, ¿podemos hablar con usted?

Su rostro largo y pecoso mostraba tanta seriedad como su voz.

Anthony dijo:

—¿Por qué no?

Carmichael dijo:

—Oh, Min, ¿por qué insistes en preocupar a este hombre? —Miró a Anthony como disculpándose.

—¡Porque te preocupa a ti, cariño! —La señora Carmichael puso una mano en el brazo de su esposo, pero siguió mirando al coronel Gethryn—. Jim está terriblemente inquieto —dijo— por ese viejo y horrible jefe de policía. Él cree, quiero decir Jim, que la policía de Downshire no podrá atrapar a este temible asesino sino reciben ayuda de Scotland Yard. Y no pueden recibirla si el jefe de policía no la pide…

Su esposo le interrumpió.

—Por el amor de Dios, querida, Gethryn sabe todo eso.

Ella no le prestó atención. Dijo a Anthony:

—Y lo que iba a pedirle es: nos preguntábamos si habría alguna manera de que usted pudiera utilizar su influencia para…

Dejó la frase sin terminar cuando vio que un criado se acercaba a su esposo.

—Doctor Carmichael —dijo el hombre. Bajó la voz, pero sus palabras se oyeron con claridad—: Disculpe, señor, pero hay un mensaje importante para usted. —Una mezcla de consternación horrorizada y placer casandrino asomó al rostro impasible del criado. Dijo—: Ha telefoneado el inspector Fennell. Se ha producido otro de esos horribles asesinatos. Quiere que vaya de inmediato, señor, a Pilligrew Lane, junto a Masham's…

—Al doblar la siguiente esquina —dijo el doctor Carmichael, y frenó. A su lado, Anthony gruñó; nunca le había gustado y nunca le gustaría que condujera otro.

El pequeño coche patinó un poco al doblar la curva y entrar en un sendero estrecho y oscuro entre un alto seto y la parte posterior de tres grandes cobertizos.

A través de la lluvia que caía vieron un grupo de hombres y coches, que impedían el paso completamente y se destacaban en negro al resplandor de los faros.

Carmichael detuvo el motor y bajó del coche. Anthony le siguió y notó la lluvia que le caía encima y el viscoso lodo que se filtraba por las finas suelas de los zapatos. Siguió a Carmichael hacia el grupo y una figura se volvió, avanzando hacia ellos con una linterna eléctrica encendida; era un hombre con un grueso gabán negro y la gorra plana con visera de un inspector de policía uniformado.

Carmichael dijo:

—Fennell, éste es el coronel Gethryn… —y no pudo decir más porque el hombre, después de echar una mirada a Anthony, se volvió a él con asombro.

—Pero doctor —dijo el inspector Fennell en un susurro ronco y confidencial—, sir Rigby ya lo ha hecho. Lo hizo anoche, sin decirme una sola palabra. Llamó a Londres y habló con el comisario, y ha aparecido, después de telefonearle yo para comunicarle esto, con un inspector detective que acababa de llegar de Scotland Yard.

Carmichael le clavó la mirada como si no pudiera dar crédito a sus oídos, y Anthony preguntó a Fennell:

—¿A quién han enviado? ¿A Hobday?

Fennell respondió:

—Así es, señor —y les condujo hacia el grupo.

Le siguieron, resbalando en el barro, y al cabo de un instante Hobday miró a Anthony y le dijo:

—Dios mío, señor, ¿de dónde ha salido usted?

Y entonces habló unas palabras con sir Rigby Forsythe, quien parecía algo sorprendido por la presencia de Anthony, y esperaron un momento mientras los fotógrafos terminaban su trabajo con lo que yacía en la zanja junto al seto.

Anthony dijo:

—Esta nueva víctima… supongo que se trata de una mujer, pero ¿de qué clase? ¿Era otro personaje local?

Fennell respondió:

—Si, se trata de una mujer, señor. Y es… es horrible, peor que las otras. —Miró hacia la zanja y apartó los ojos inmediatamente. Pareció darse cuenta de que, con muy poca profesionalidad, se había salido de la cuestión, y se aclaró la garganta—. No creo que sea… que sea de aquí, señor. Hasta ahora nadie la ha reconocido. Al parecer era una de esas gitanas que remendaban cestas. Tenía un viejo caballo y un carro; probablemente estaba de paso, camino de Deyning.

Hobday dijo:

—Sino hubiera sido por el caballo, todavía no lo sabríamos. Pero un trabajador de la granja lo ha encontrado perdido y se ha puesto a buscar a su propietario.

Los fotógrafos terminaron su trabajo, y uno de ellos se acercó al jefe de policía y saludó.

—Hemos terminado, señor —dijo, la voz temblorosa e insegura.

Sir Rigby Forsythe miró a Anthony, y luego a Carmichael y los otros. Su rostro curtido estaba arrugado y pálido. Dijo:

—Ustedes sigan. Yo ya he visto todo lo que necesito ver. —Se quedó donde estaba mientras Fennell, con visible reticencia, abría la marcha con Carmichael, y Hobday y Anthony les seguían.

Los faros de los coches de policía atravesaban la oscuridad inundada de agua. Era como un cuadro de pesadilla, con el cuerpo que yacía mitad dentro y mitad fuera de la zanja. Anthony murmuró:

—¡Dios mío!

Y Hobday, normalmente impasible, contuvo el aliento. Carmichael, el rostro contraído y serio, se puso de rodillas en el lodoso suelo. Efectuó un examen superficial. Luego, se levantó.

—Está bien —dijo—. Ahora podemos moverla —y entonces, ayudado por Anthony y Hobday, levantó el cuerpo y lo dejó sobre la hierba mojada pero limpia y a la sombra. Le alisó la harapienta ropa que llevaba, y luego, de repente, se puso de rodillas otra vez y preguntó:

—¿Alguien tiene una linterna?

Hobday le entregó una. Iluminó con ella la cabeza, y con suavidad apartó la masa de cabello rojo, cubierto de barro, de las facciones que cubría.

—Me preguntaba si la había visto alguna vez —dijo.

Mantuvo la luz de la linterna en el rostro, y éste les miró fijamente, cada vez más limpio por la lluvia que caía. Era un rostro bruto, sub-humano, y aunque estaba deformado por la muerte y el terror, podía haber sido un poco más atractivo en vida.

Carmichael meneó la cabeza.

—No —dijo—. Tienen razón. No es de por aquí.

Apagó la linterna, pero Anthony dijo:

—Un momento —y se la cogió y se arrodilló al lado del cuerpo; encendió la luz otra vez y miró con atención la garganta de la mujer, donde, debajo de la barbilla, se veía una zona oscura como un gran moretón.

Pero al cabo de un momento, también él meneó la cabeza.

—No. Es una marca de nacimiento —dijo, y Carmichael la observó y dijo:

—Sí. O posiblemente una vieja cicatriz.

Se pusieron en pie, y Hobday cogió la linterna y a su vez se arrodilló y comenzó un lento y metódico examen.

Anthony dijo:

—Se que es una pregunta tonta, pero ¿cuánto tiempo lleva muerta?

Una pequeña cascada de agua le cayó del ala del sombrero cuando inclinó la cabeza para abrocharse el impermeable.

Carmichael dijo:

—Oh… muy por encima, y con posibilidad de error, no más de cinco horas ni menos de dos.

Anthony consultó su reloj, cuyas cifras fluorescentes indicaban las once y cuarenta y cinco, e hizo unos cálculos. Pero esto no le llevó a ninguna parte, y se alegró cuando, treinta minutos más tarde, se encontró conducido de nuevo a casa de LeFane por Carmichael. Por el camino, le dijo a éste:

—Definitivamente, no es de las cosas que yo me ocupo. Los asesinatos en masa son malos asesinatos, y los malos asesinatos, en el sentido corriente de la palabra, no tienen motivo. Esto les convierte en materia para métodos político-militares de rutina. Para los cuales yo soy absolutamente inútil, mientras que hombres como Hobday son sólidos y brillantes al mismo tiempo.

Carmichael sonrió.

—Me alegro de que los dos estén aquí, Hobday y usted. Esta noche dormiré mejor de lo que he dormido en una semana.

Llegaron a la casa y en cuanto se encontraron en el gran vestíbulo se vieron rodeados. Les sirvieron bebidas y comida, les acosaron a preguntas. ¿De verdad era otro asesinato como los otros? ¿Dónde había sucedido? ¿Era la víctima la misma clase de persona? ¿Creían que esta vez atraparían al asesino? ¿No había algo terriblemente equivocado en los métodos de la policía si se permitía que siguieran sucediendo cosas así? ¿No sería buena idea efectuar un registro diario de los movimientos de todos los hombres, mujeres y niños del distrito?

El señor Shelton-Jones dijo:

—Un punto interesante. ¿Hasta dónde pueden limitarse las libertades del individuo, cuando esta limitación tiene como propósito proteger a la comunidad?

La señorita Dunning dijo:

—Los seres humanos son aterradores, ¿no? —y tuvo un leve estremecimiento.

El profesor Martel dijo:

—Me gustaría saber… ¿ésta también era inútil y espantosa como las otras?

La señora Carmichael dijo:

—¿Sir Rigby ya había pedido ayuda a Scotland Yard? ¡Oh, gracias a Dios!

Todos dijeron algo. Excepto Adrián LeFane y Marya Dax. Y no estaban presentes.

Anthony, dejando a un lado la cortesía, por fin pudo subir a su habitación. Le parecía que él agradecía aún más que los Carmichael la llegada del inspector detective Hobday.

Se preparó para ir a la cama y después, fumando un último cigarrillo y preguntándose cómo podría marcharse por la mañana sin faltar a la educación, se acercó a una ventana.

La lluvia ahora había cesado, y una pálida luna brillaba a través de las nubes. A la luz acuosa vio una figura que subía la escalera de una terraza, más abajo, encaminándose a la casa. Era una figura alta y fuerte, de anchos hombros e inconfundible a pesar de su informe abrigo y sombrero.

Anthony se fue a la cama, se sentó en el borde y se terminó el cigarrillo. Reflexionó. Apagó el cigarrillo y se metió en la cama. Al fin y al cabo, si a la escultora le gustaba pasear de noche, ¿por qué no iba a hacerlo?

Pero sabía que al día siguiente, cuando se marchara a casa, se detendría para hablar con Hobday.

Se acostó.

Eran las seis de la tarde siguiente. Estaba en casa, en Londres, desde la una. Se hallaba sentado en la biblioteca, en Stukely Gardens, con su esposa e hijo.

Una violenta tormenta había sustituido al diluvio del día anterior. Había bramado intermitentemente sobre Londres y todo el sur de Inglaterra desde primera hora de la mañana, y la fuerte lluvia seguía azotando las ventanas, mientras el trueno retumbaba y grandes relámpagos desgarraban la semioscuridad.

El jovencito Alan Gethryn dio su aprobación a ese tiempo.

—Hace que uno esté confortable aquí dentro —dijo, levantando la vista del rompecabezas que estaba desparramado en el suelo.

Anthony dijo:

—Se exactamente lo que quieres decir —y miró a su esposa, que estaba sentada en el brazo del sillón.

El jovencito Alan Gethryn estaba absorto en el rompecabezas, una intrincada escena boscosa de la que sólo tenía hecha una esquina. Suspiró y se rascó la cabeza, y luego, de pronto, se echó a reír.

—Es como lo que dice siempre el señor Haslam —dijo.

Y Lucia miró a Anthony y le explicó *sotto voce*:

—Maestro de la nueva escuela —y luego dijo a su hijo—: ¿A qué te refieres, joven?

Él la miró, sin dejar de sonreír.

—Siempre dice: «A ustedes, jóvenes, los árboles no les dejan ver el bosque». —Ahogó la risa—. Es como este rompecabezas…

Sin saber el efecto que sus palabras habían producido en su padre, volvió a su tarea.

Pero Lucia, al ver el rostro de su esposo, se preocupó. Tuvo que esperar hasta que su hijo se había ido a cenar, pero en cuanto la puerta se cerró tras él, se puso de pie y miró a Anthony, preguntándole:

—¿Qué sucede, cariño? Tienes esa expresión. ¿Qué ha dicho Alan?

Anthony levantó un largo brazo e hizo sentar a su esposa sobre sus rodillas.

—Me ha dado una idea; sin querer, claro. —La besó—. Una maldita e incómoda idea. Me gustaría olvidarlo.

Lucia dijo:

—Sabes que no lo harás. Asique será mejor que me lo cuentes.

Anthony dijo:

—Supongamos que quisiera matar a alguien, digamos a tu tío Perceval. Y supongamos que su fallecimiento me beneficiara hasta tal extremo que tuviera miedo de que un asesinato me señalara inevitablemente. Y supongamos que yo fuera el más peligroso de los locos, el megalomaníaco secreto, y completamente despiadado. Asique supongamos que comienzo una ola de asesinatos de hombres de edad madura a los que no conocía en absoluto, y después mato a tío Perceval exactamente de la misma manera, y luego mato a otros tres hombres de la misma edad y categoría social. La policía buscaría a un loco extraordinariamente peculiar. ¡Ni se les ocurriría buscarme a mí!

—¡Qué ideas tan repugnantes tienes! —Lucia volvió la cabeza para mirarle a la cara—. Oh, Anthony, ¿sólo es una idea? ¿O crees que eso es lo que ocurre en Downshire?

—Oh, sólo es una idea —dijo Anthony despacio—. No encaja…

Ella le dio un beso en la frente y se levantó. Dijo:

—Te traeré algo de beber. Y después, amigo mío, te vas a cambiar. Tenemos que estar en casa de los Dufresnes a las ocho. Corbata blanca.

Se encaminó hacia el otro lado de la habitación, y de pronto se detuvo. Dijo:

—¿Qué demonios ha dicho Alan que te ha inspirado esa idea tan terrible?

Anthony la miró.

—Mi querida muchacha —dijo—. Los árboles no te dejan ver el bosque…

Lucia se estremeció, salió de la habitación, regresó con la bebida para Anthony y pronto le hizo subir al piso de arriba.

Cuarenta y cinco minutos más tarde ella entró en el vestidor de Anthony. Él estaba poniéndose la corbata, y la vio en el espejo y dijo:

—¿Sabes una cosa? Los americanos realmente desarrollan las posibilidades de nuestro lenguaje: ¡Nena, tienes un aspecto de un millón de dólares!

Ella dijo:

—Te quiero. Pero vamos a llegar tarde y entonces no te querré.

Él dio los últimos toques a la pajarita.

—Dame la chaqueta, bella dama —dijo, y empezó a distribuir llaves, dinero y pitillera en los bolsillos.

Lucia fue al gran armario ropero. A su lado se encontraba el baúl de Anthony, y sobre una silla cercana, colocada con pulcritud, la ropa con la que había viajado. Algo en ella llamó la atención de Lucia, y ésta se detuvo y la miró. Dijo:

—¿Qué le ha pasado a este esmoquin?

—La lluvia de anoche —dijo Anthony—. White se ocupará de ello.

Ella sonrió. Cogió con cuidado algo del hombro de la chaqueta negra. Dijo:

—Debería haberse ocupado de esto antes de que yo lo viera, ¿no?

Se acercó a él, con las manos frente a ella, una encima de la otra y bien separadas.

—¡Magnífico! —dijo Anthony—. ¡Impresionante! Pero ¿de qué se trata?

Lucia se aproximó más. Movió las manos y se vio un reflejo de luz entre ellas.

Él vio un largo cabello dorado rojizo.

Dijo:

—No soy culpable, señoría —y volvió a mirar el cabello.

Dijo:

—Nadie en casa de LeFane tenía el pelo de ese color. O…

Dijo:

—¡Dios mío!

Cruzó la habitación de un salto y agarró el teléfono.

Y dos minutos más tarde era informado de que, debido a la tormenta, todas las líneas con Downshire estaban averiadas…

Empezó a desvestirse.

Dijo:

—Que traigan el coche. ¡Rápido!

La pequeña señora Carmichael estaba tumbada en el bastante incómodo sofá de la sala de estar de la bastante incómoda casa del doctor Carmichael. Fingía leer, pero en realidad escuchaba la tormenta.

Deseaba que Jim no hubiera tenido que salir a efectuar una visita, especialmente en una noche como aquella. Pensó en Jim y en lo maravilloso que era. Aunque ya llevaban dos años casados, era más feliz ahora que en su luna de miel. Era feliz y estaba orgullosa. Orgullosa de Jim, y también orgullosa de si misma; orgullosa de que no le importaran los sofás incómodos y las tazas descantilladas y la estufa de gas en el dormitorio. Orgullosa de su habilidad —habilidad realmente inspirada por el cielo— para darse cuenta desde el principio, incluso antes de que se casaran, de que un hombre del calibre de Jim jamás podría soportar vivir del dinero de su mujer…

Ahora la tormenta estaba lejos. La pequeña señora Carmichael se quedó dormida…

La despertó el ruido de una llave en la puerta principal; la llave de Jim. Oyó que Jim entraba en el vestíbulo y se levantó de un salto y fue a la puerta a recibirle; y entonces le sorprendió su aspecto cuando abrió la puerta en el momento en que ella llegaba allí. Todavía tenía el sombrero puesto, y su impermeable. Ambos estaban oscuros y goteaban. Él fruncía el ceño, y tenía el rostro muy pálido; en sus ojos había una expresión que ella jamás le había visto.

Dijo:

—¡Jim! ¿Qué sucede, cariño? ¿Qué ha ocurrido?

—Un accidente —dijo—. He atropellado a alguien…

Se pasó el dorso de la mano por la frente, empujando el sombrero hacia atrás, y ella observó la pequeña línea roja que el borde le había dejado en la piel. Él dijo:

—Ven a ayudarme, por favor. Ponte un abrigo y corre al coche. Él está en el asiento trasero. —Se alejó por el vestíbulo para dirigirse hacia la puerta del consultorio—. Estaré contigo enseguida —dijo.

Ella corrió al armario y sacó un impermeable. Abrió la puerta de la calle y se alejó a toda prisa por el sendero, resbalando en los irregulares ladrillos.

La verja estaba abierta y a través de la lluvia vio la forma oscura del coche de Jim. Se acercó a él y abrió la puerta, y la pequeña luz del techo se encendió.

En el asiento trasero no había nada.

Perpleja, se volvió… y allí estaba Jim, cerca de ella.

Ella iba a decir algo, y entonces vio la cara de Jim…

Era la cara de Jim, pero casi no la reconoció. Y tenía algo brillante en la mano, algo brillante y afilado y aterrador.

Ella gritó… y de repente todo pasó muy de prisa frente a sus ojos, como solía suceder en las películas cuando ella era una niña, y se oyeron voces de hombres gritando, y algo pesado como una piedra voló por el aire y golpeó a Jim en la cabeza; él se desplomó al suelo y el objeto de acero brillante se le cayó de la mano, y dos hombres corrieron hasta ella y uno de ellos era el coronel Gethryn y el otro se arrodilló junto a Jim, y el coronel Gethryn la rodeó con sus brazos cuando ella se tambaleó, y el mundo mojado y negro empezó a girar vertiginosamente cada vez más de prisa…

—Pero no hay nada complejo en ello —dijo Anthony—. Comenzó cuando mi hijo me dio la idea de que «los árboles no dejan ver el bosque». Entonces Lucia encontró ese magnífico cabello rojizo en mi esmoquin. Y eso es todo…

Los otros dijeron muchas cosas, juntos y por separado.

Él esperó a que terminaran, y después meneó la cabeza con tristeza. Dijo:

—Mis queridos amigos, ese cabello fue equivalente a una confesión del doctor James Carmichael, debidamente firmada, atestiguada y registrada en Somerset House. Podría ser que jamás me hubiera dado cuenta, por supuesto, si Alan no me hubiera dado la idea de los árboles que no dejan ver el bosque. Pero cuando desarrollé la idea de ocultar un asesinato con otros muchos, bueno, resultó evidente. Carmichael, cuya esposa era rica y fea y excesivamente amorosa, encajaba con todo. Él era médico. Podía salir de casa. Él…

—Pero ¿por qué ese cabello le señalaba necesariamente a él?

—Porque tenía que proceder del tercer cuerpo. Porque nadie en casa de LeFane tenía el cabello ni remotamente rojo. Por supuesto, estaba lleno de barro y no tenía color cuando llegó a mi chaqueta, pero cuando se secó…

—¡Un momento! ¡Un momento! ¡Todavía no veo cómo señalaba al doctor!

—¡Me sorprende usted! —Anthony miró a quien dijo esto con auténtico asombro—. Al fin y al cabo, usted se encontraba en casa de LeFane. Oyó a Carmichael discutir con aquel horrible intelecto con gafas de concha del Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿No recuerda que habló de «pelo castaño rojizo en una cabeza troglodítica»?

—Sí, si… Pero…

—¿No se da cuenta de que habló demasiado pronto? Dijo que casi dos horas antes habían encontrado al tercer asesinado. ¡Y el tercer asesinado era una pelirroja con cara de bruta!

CYRIL HARE
(1900-1958)

LA MUERTE DE AMY ROBSART

Cyril Hare (Alfred Alexander Gordon Clark) fue uno de los muchos juristas ingleses que escribieron relatos de misterio. Henry Cecil, Michael Gilbert y John Mortimer, el creador de «Rumpole of the Bailey», son otros que acuden enseguida a la mente. Igual que otros escritores que aparecen en esta colección, Hare sabía escribir relatos de misterio en casas de campo inglesas al gran estilo, y lo hizo en An English Murder *(1950).*

Esta narración de finales del ciclo no es muy distinta, pero el lector se sorprenderá porque los personajes de la casa de campo han cambiado: ahora incluyen extranjeros, estrellas de cine y empresarios. ¿Están cambiando los habitantes originales del familiar argumento? No es necesario, pues la historia es vieja y conocida: asesinato de lo más horrible en un escenario de lo más hermoso.

I

Gus Constantinovitch era inglés. Su pasaporte lo decía cuando salía al extranjero. Su nombre, en realidad, sugería Rusia o Grecia, su tez el levante, y su nariz proclamaba Judea. En cuanto a su figura, era cosmopolita como las comidas de restaurante que eran responsables de ella. Pero cualquiera que le viera de pie junto a la puerta de la sala de música de su casa de Ascot, haciendo rodar un cigarro de una esquina de la boca a la otra, o le oyera los escuetos monosílabos con los que despedía a sus invitados, habría tenido motivo para pensar que era americano. De esto era responsable su profesión. Como Presidente y Director General de Cyclops Films Ltd., la organización que (según sus propias palabras) iba a vencer a Hollywood en su propio juego, había adoptado, de un modo natural, las insignias de su tribu.

El grupo reunido en honor de la exhibición comercial de «Amy Robsart, la película magnífica» iba desapareciendo poco a poco. Gus, desde su puesto junto a la puerta, miraba a los pocos invitados que quedaban con ojos apagados. Era imposible deducir por su expresión si la fiesta o la película habían sido de su agrado. La larga habitación estaba casi vacía, sus ventanas, abiertas a la bochornosa noche de julio. En el tocadiscos sonaba un vals de Strauss, pero sólo una pareja seguía girando en medio del pulido suelo, un hombre joven y delgado en traje de etiqueta y una muchacha rubia y pálida con ojos cansados que llevaba el pesado vestido Tudor de Amy Robsart. En un rincón, una mujer joven, alta y delgada, con cara de depredador, estaba sentada hablando con un gigantesco hombre soberbiamente guapo.

—Es una cosita muy bonita, ¿verdad? —dijo ella señalando a la que bailaba.

—¿A quién se refiere… a Camilla? —preguntó él—. Si, lady Portia, es adorable.

Lady Portia Fanning abrió la boca con una sonrisa feroz.

—Si, señor Brancaster, he observado durante la velada que eso era lo que usted pensaba. ¿Qué opina su esposa de ello?

Teddy Brancaster miró hacia el otro lado de la habitación, hacia el bar, donde se hallaban su esposa y uno o dos hombres.

—Podemos dejar a Geneviève al margen —dijo él, enrojeciendo.

—Por supuesto. Además, ella es francesa, y las francesas se miran las cosas de manera diferente a los americanos, ¿no? De otro modo, creo que buscaría consuelo en ese joven que ahora está con ella. ¿Cómo se llama…? Bartram, ¿no?

—No pasa nada con Dick Bartram.

—Estoy segura de ello. Pero hablábamos de Camilla Freyne… ¿Ha visto su película?

—No. Esta mañana he tenido que trabajar, y esta tarde he estado practicando zambullidas en la piscina de aquí.

—¿Gus tiene piscina?

—Claro. En el jardín. Y además muy bonita.

—¡Qué bien! ¡Demasiado como Hollywood! Pero ¿un campeón como usted necesita practicar?

—Cada día, lady Portia, sino, perderé mi buena forma.

—¡Qué maravilla! Bueno, no se ha perdido gran cosa, me refiero a la película. Su Camilla puede ser todo lo que quiera, pero como actriz, es la peor del mundo.

—Tal vez.

Lady Portia consultó su reloj.

—Tengo que irme. ¿Puedo llevarle a casa, señor Brancaster?

—No, gracias. Me alojo aquí.

—Claro, lo olvidaba. Quizá nos veremos en Londres algún día, si la señora Brancaster lo permite.

Se dirigió hacia su anfitrión.

—Buenas noches, señor Constantinovitch. Ha sido una fiesta deliciosa, y estoy segura de que la película será un gran éxito.

—Buenas noches, lady Portia. Me alegro de haberla tenido en mi casa.

El vals terminó. La pareja de Camilla se inclinó para dar las gracias y se marchó. En cuanto se hubo ido, Camilla cruzó la habitación, con un revuelo de faldas largas, hacia donde se encontraba Teddy Brancaster.

—Ahora voy a bailar contigo, Teddy —dijo—. Pon otro disco, sólo para ti y para mi… por favor. —Le miró a la cara como una niña pequeña ante el escaparate de una tienda de caramelos.

Como por arte de magia, Geneviève, que había permanecido entre el grupo del bar, satisfecha, durante el baile, apareció al lado de su esposo.

—No debería bailar más, Teddy —declaró—. ¡Mira lo cansada que está!

—Es cierto —coincidió Teddy—. Es hora de que las niñas pequeñas se vayan a la cama, Camilla. —Su voz, cuando se volvió a ella, adquirió un tono

afectuoso y tierno.

—Oh, ¿para qué sirve ir a la cama si no puedes dormir? —protestó Camilla—. Hace siglos que no duermo bien. —Se pasó el dorso de la mano por los ojos con un gesto simple como el de una niña—. Desde que empecé a trabajar en la película.

Gus Constantinovitch se había unido al grupo.

—Y ahora la película se ha terminado —dijo—. Esta noche dormirás bien, Camilla. Por eso estás en mi casa, para dormir bien.

—Pero yo quiero bailar, Gus. Sólo otro baile con Teddy.

Teddy meneó la cabeza.

—Es demasiado tarde para bailar —dijo—. Me parece que me daré un baño en la piscina antes de acostarme.

—Yo también —intervino Geneviève—. Nadaré contigo, Teddy.

—Seguro que lo harás —dijo Teddy sardónicamente—. Me seguirás a todas partes, ¿verdad, Geneviève? Bueno, vamos a ponernos el traje de baño.

—Yo también voy —dijo Camilla—. Bañarse a la luz de la luna… ¡qué bonito!

—Tú te vas a la cama —dijo Teddy con firmeza—. Además, esta noche no hay luna, ni estrellas. Está negro como boca de lobo.

—¡Ah, mejor aún! Zambullirse en la oscuridad, cuando no puedes ver nada… Eso es lo que le ocurría a Amy Robsart, ¿no? Caer en la oscuridad, y todo terminaba… —Arrastró la voz de un modo incierto.

—¡Camilla! —Gus habló con aspereza—. Señora Brancaster, llévela a su habitación. Sabe cuál es, ¿verdad? La contigua a la suya. Y ocúpese de que no vuelva a bajar.

Geneviève la cogió del brazo. Por un momento, pareció que la joven iba a resistirse, pero la mujer francesa tenía garra de acero, y se dejó llevar mansamente.

—Buena chica —dijo Gus en tono paternal—. Ahora vete a la cama, y tío Gus subirá y te arropará.

Formaban una extraña pareja cuando se dirigieron juntas hacia la puerta: la frágil muchacha, lánguida bajo la suntuosidad Tudor, y la mujer activa y musculosa que iba a su lado. Teddy Brancaster pareció percatarse del contraste y se quedó mirándolas.

—Iré a cambiarme —dijo bruscamente.

Entre el grupo del bar, Dick Bartram también las observaba.

—Es muy guapa —dijo alguien.

—Lástima que no sepa actuar.

—¿Actuar? Estoy seguro de que podría hacerlo si lo intentara.

—¡Eso me gusta! ¿No lo ha estado probando bastante durante estos últimos seis meses?

Dick enrojeció.

—¡Ah, se refiere a Camilla! Creía que hablaba de…

Hubo un coro de carcajadas, que le hizo enrojecer aún más.

—¡Pobrecito! —exclamó el hombre que había hablado primero—. No malgaste su joven amor ahí. Geneviève es mujer de un solo hombre. ¿No lo ha notado?

—Lástima que su esposo no sea hombre de una sola mujer —dijo otro.

—Oh, yo no me preocuparía. La rubia Geneviève sabe protegerse. Una navaja en la liga para las rivales… es de ese tipo.

Sin decir una palabra, Dick les dejó y salió de la habitación.

—Ahí va el mejor operador de cámara de Inglaterra —fue el comentario desde el bar—. Bueno, si Gus sigue rodando basura como esta última obra, pronto estará sin trabajo.

—¿Crees que América la verá?

—No lo creo. Esta mañana he visto a Souderberg, después de la película, y me ha dicho…

—Esta noche Gus estaba un poco pálido, me ha parecido.

—Eso no demuestra nada. Le ocurre siempre. Es su sangre británica que le hierve en las venas.

—He oído que ha habido problemas en el estudio. Ha ido un hombre de Scotland Yard.

—Ah, no ha sido nada. Un cajero brillante que ha hecho un desfalco.

—¿Adónde ha ido Gus? Hace un momento estaba aquí.

—A contar sus pérdidas, supongo. Bueno, aquí está la suerte.

Teddy Brancaster entró a grandes pasos, su magnífico cuerpo bronceado vestido sólo con pantalón de baño, con una toalla sobre el brazo.

—¿Ha bajado ya Geneviève? —preguntó.

—Mi querido Apolo, ¿alguna vez una mujer ha estado a punto cuando la esperabas? Claro que no.

Teddy salió al vestíbulo y llamó por la escalera:

—¡Eh!, Geneviève. ¿Bajas?

Geneviève apareció en el rellano.

—¡Ya vengo, Teddy! —gritó.

Se abrió una puerta justo detrás de ella, y apareció el pálido rostro de Camilla.

—Por favor, ¿puedo ir yo también? Por favor, Teddy, sólo esta vez.

Teddy sonrió y meneó la cabeza.

—¡Tú no vendrás! —dijo Geneviève con decisión, y le cerró la puerta.

—Yo ya salgo —dijo Teddy—. Nos encontraremos en la piscina. ¡Hasta ahora!

Desde un rincón del vestíbulo, sentado en una silla y muerto de envidia, Dick Bartram, le vio marchar. Después, se acercó al pie de la escalera.

—¡Geneviève! —llamó con suavidad.

II

Unos veinte minutos más tarde, los últimos invitados decidieron, de mala gana, que era hora de marcharse. Habían condenado la película *Amy Robsart* en general y la actuación de Camilla en particular, hasta el último detalle. Habían discutido alegremente la posibilidad de un fracaso similar con la película que Teddy Brancaster estaba rodando, y casi habían agotado el abundante suministro de bebidas de su anfitrión. Entonces Gus volvió a entrar en la habitación.

—Gus, amigo, es hora de que me vaya. Ha sido una gran fiesta.

—Me alegro de que te hayas divertido, Tom.

—Buenas noches, Gus. Esta chiquilla Freyne es un verdadero hallazgo. Puedes tener mucho éxito con *Amy Robsart*. Todos los chicos piensan lo mismo.

—Eso espero, Mike, eso espero.

—Buenas noches, amigo. Hemos abusado de tu hospitalidad, me temo.

—En absoluto, Jimmy. Siempre me alegra verte.

—Buenas noches… Buenas noches…

—¡Eh, amigos! ¿Alguien ha visto a mi esposa?

Teddy Brancaster entró por la puerta vidriera, la piel reluciente con gotas de agua; sus pies desnudos dejaron señales húmedas en el suelo de *parquet*.

—¡Vaya! ¡Apolo ha regresado! ¿Ha faltado a su cita contigo, Teddy?

—No. Llevo un cuarto de hora nadando y ella no ha venido.

—Qué pena, Teddy. Es una experiencia nueva para ti, que te den calabazas. Siento no poder quedarme para ver el final del drama, pero ya nos íbamos. Buenas noches.

Teddy sonrió alegremente.

—Buenas noches, amigos. Supongo que tendré que ir a a buscarla.

—Espero que no haya derramamiento de sangre cuando la encuentres.

Los invitados se marcharon ruidosamente. Teddy les siguió hasta el vestíbulo y fue al piso de arriba. Unos momentos después volvió a bajar. Gus se hallaba de pie en el vestíbulo y Teddy le miró con ojos preocupados.

—Gus, no está en su habitación. ¿Qué crees que le ha pasado?

—Yo no me preocuparía, Teddy. Quizá se ha quedado en la habitación de Camilla para ayudarle a conciliar el sueño. Iré a verlo, si quieres.

—Pero ha dicho que bajaba a nadar —objetó Teddy.

—Iré a ver de todos modos —dijo Gus, y subió la escalera.

Teddy se quedó indeciso un momento.

—¿Me buscabas, Teddy? —dijo una voz detrás de él.

Se giró en redondo como si le hubieran disparado. Geneviève y Dick Bartram acababan de salir de una pequeña sala de estar que se encontraba al otro lado del vestíbulo.

—Lamento no haber bajado contigo, Teddy —comenzó a decir, pero él le interrumpió. Se había quedado pálido, echando fuego por los ojos.

—¡Tú…! ¡Tú…! —exclamó. Parecía incapaz de decir nada más.

—Pero ¿qué ocurre, Teddy?

—¿Qué ocurre? ¿No ibas a nadar conmigo? ¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo? ¿Y quién…? ¡Oh, Dios mío!

Pero Geneviève si podía hablar.

—Ah, de manera que es eso, ¿no? —exclamó—. El gran Teddy por una vez siente celos, ¿no es así? Y todo porque yo no he acudido a él en el momento en que él lo quería, ¿eh? ¿Tan a menudo me quieres, entonces? ¿Me he quejado yo alguna vez de tu Rosa, tu Kitty, y ahora tu Camilla? Ahora sabes lo que es sentir lo que yo he sentido. ¡Eso está bien!

—¡Pequeña zorra!

—¡Cuidado, Brancaster! —exclamó Bartram—. No hable a su esposa de ese modo. Y si sugiere que ella y yo…

—Cállate, Dick. Esto es asunto mío.

—Controlad la lengua, los dos.

Una voz fresca intervino por encima del ruido de la discusión. La voz de Gus, urgente y alarmada.

—¡Dejad de hacer tanto ruido, por el amor de Dios! ¡Aquí pasa algo!

Los tres se quedaron callados de pronto.

—Camilla no está en su habitación —dijo Gus—. Y la ventana… está abierta de par en par.

Pasó un tiempo considerable hasta que alguien volvió a hablar. Gus bajó despacio la escalera. Su rostro cetrino era inexpresivo como siempre, pero

retorcía los dedos sin cesar al agarrarse a la barandilla y sus pies tropezaban a cada paso. Cuando llegó abajo, fue como si se hubiera roto un hechizo y todos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—¡Camilla! —gruñó Teddy—. ¡No, no es posible!

—*Ah, la pauvre filie!* —exclamó Geneviève—. *Elle est somnambule sans doute. C'est ça que j'ai toujours cru!*

Dick dijo simplemente:

—¿Has mirado en su cuarto de baño, Gus?

—He mirado —respondió Gus—. Está vacío. Su ropa está en la habitación, y no se ha metido en la cama.

De nuevo se hizo el silencio en el pequeño grupo, un silencio opresivo en el que cada uno miraba a los otros con creciente perplejidad y temor.

—Pero ¿a qué esperamos? —dijo de repente Geneviève—. Debemos registrar… la casa, el jardín, todo.

—¡El jardín! —dijo Dick—. ¿Tienes alguna linterna, Gus? ¡Vamos, rápido, por el amor de Dios!

Pero fue Teddy quien guió al precipitado grupo a través de la puerta del jardín que había detrás de la escalera y que daba a la parte posterior de la casa.

Para los ojos acostumbrados al brillantemente iluminado vestíbulo, el jardín se hallaba en absoluta oscuridad, y el grupo se detuvo un momento, inseguro, en el umbral. Desde la puerta abierta un ancho rayo de luz iluminaba una parte de la terraza que discurría a lo largo de toda la casa, y un poco del césped que se extendía más allá. Sus sombras vacilaron sobre el fondo de piedra blanca y vivo color verde.

—A la derecha —dijo Dick—. Allí es donde se encuentra su ventana, ¿no? ¡Rápido, la linterna, Gus!

Pero antes de que pudieran encontrar la linterna, y mientras los ojos de todos aún se esforzaban por acostumbrarse a la oscuridad, Teddy vio algo blanco que se destacaba en la oscuridad reinante.

—¡Allí! ¡Allí! —gritó, y corrió en aquella dirección.

Los otros oyeron el ruido de sus pies desnudos cuando se dirigía hacia allí, y oyeron que contenía el aliento cuando llegó. Entonces, los dedos de Gus encontraron el interruptor de la linterna eléctrica y toda la escena apareció a sus ojos.

Teddy estaba arrodillado junto al cuerpo de Camilla Freyne, un lastimoso montón desplomado sobre la amplia terraza de piedra. Sus brazos y piernas desnudos relucían blancos como el alabastro en contraste con el bañador azul

oscuro que era lo único que la cubría. Su rostro estaba tan horriblemente mutilado que apenas se la reconocía. De una herida en la cabeza brotaba la sangre que había empapado la toalla sobre la que yacía, manchando la piedra de rojo.

Teddy lloraba sin pudor.

—¡Camilla! ¡Camilla, cariño! —sollozó—. ¿Por qué lo has hecho? ¡Yo te amaba! ¡Yo te amaba! ¡Habría dado mi vida por ti, Camilla!

—¡Teddy! —La voz de Geneviève sonó estridente—. ¡Teddy, ponte de pie! No puedes hacer nada.

Teddy se levantó. Su rostro contraído por el dolor desapareció del círculo de luz. En la oscuridad, su voz sonó hueca.

—Claro, no podemos hacer nada… ¡nada! Amy Robsart ha caído en la oscuridad, eso es todo; y ahora supongo que estás contenta.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Dick.

—¡Callaos todos! —ordenó Gus—. ¿No tenéis respeto? Dick, por favor, ve a telefonear a un médico y a la policía.

—¡Un médico y un policía! —repitió Teddy con amargura—. ¡Serán muy útiles! ¿Me devolverán a mi Camilla? ¡Pregúntales eso! Pregúntales… —prorrumpió en sollozos.

—Teddy —dijo Gus con aire autoritario—, entra en casa. En mi estudio hay coñac. Bebe un poco. Y no vuelvas a salir. Geneviève, tú quédate aquí conmigo hasta que venga alguna ayuda. No es bueno que los muertos estén solos.

III

Era una mañana hermosa y brillante. El sol, resplandeciente en un cielo sin nubes, penetraba en la habitación donde Gus permanecía en la cama, despierto. Se levantó y se acercó a la ventana. La habitación ocupaba una ala construida en un extremo de la casa, y desde donde se encontraba podía ver toda la terraza. Era una escena plácida, risueña, sin nada a primera vista que le recordase los sucesos de la noche anterior. Sólo en un punto de la terraza, una única losa estaba cubierta con una arpillera. Gus apartó los ojos rápidamente. El pobre cuerpo roto de Camilla había sido retirado durante la noche bajo las órdenes de un médico que había diagnosticado en un murmullo múltiples heridas en la cabeza y conmoción, y un sargento de la policía que era un milagro de simpatía y calma. En la casa donde había sido la invitada de honor

unas horas antes no quedaba nada de ella excepto una fea mancha roja, protegida de la intemperie por un viejo saco.

Mientras Gus miraba por la ventana, dos hombres se acercaron por el otro extremo de la casa. Uno de ellos era el amable sargento de la noche anterior. El otro era un hombre alto y de anchos hombros, con pantalones grises y un gran bigote militar. Cuando doblaron la esquina parecían estar absortos en la conversación.

—… ¡béicon danés! —decía el de los pantalones grises—. Todo está muy bien, Parkinson, pero cuando vengo al campo, no espero que me den béicon danés.

—Lo sé, señor —dijo el sargento con simpatía—, pero actualmente es así en todas partes. Cuando yo era niño… ya hemos llegado, señor.

Habían llegado a la arpillera. El sargento la apartó y juntos miraron lo que había debajo. Luego, volvieron a colocar la arpillera donde estaba.

—Ya ve dónde está, señor —dijo—. Si alguien cayera o se arrojara desde aquella ventana, aquí es donde tendría que caer.

—Eso veo —respondió el otro—. Pero hablando estrictamente, no se puede caer de la ventana. Habría que subirse a la balaustrada.

—Exactamente. Pero eso es fácil.

—Sin duda.

—Supongo que ha visto el cuerpo, señor.

—Sí, me he detenido en el depósito cuando venía hacia aquí.

—Bueno, señor, a mi me parece un caso muy sencillo. Esta joven, según todas las declaraciones, se encontraba en un terrible estado de nervios. Les ocurre a menudo, a estas actrices. Se le metió en la cabeza que quería bañarse, anoche, zambullirse en la oscuridad. Le dicen que no, y se va a la cama. Después se levanta, camina dormida, se pone el traje de baño y se arroja por la ventana.

—Sin duda parece sencillo.

—Si, señor, es natural. Y le diré otra cosa. Esta chica ha estado actuando en un papel llamado Amy Robsart. Amy Robsart, por lo que deduzco, muere de una manera similar, sólo que no era una ventana de donde caía…

—Lo sé. He leído el libro.

—No es un libro, es una película. Pero me atrevería a decir que es lo mismo. Lo que quiero decir es que, como no estaba muy bien de los nervios, es muy probable que ya no supiera si era ella o si era Amy Robsart, y obró según ésta, ¿me sigue?

—Amy Robsart no iba en traje de baño, ¿no es así?

—Es cierto, señor. Pero imagino que la muchacha se hacía un lío y lo olvidó.

—Es muy probable.

Se abrió una puerta de la casa, y Teddy Brancaster, vestido —o más bien, desvestido— para nadar, salió a la terraza. Se detuvo cuando vio a los dos hombres.

—Buenos días —dijo el sargento Parkinson—. Se levanta temprano.

—Siempre me levanto para tomar un baño antes de desayunar, cuando su clima inglés lo permite —dijo Teddy. Miró con dureza al hombre de los pantalones grises—. ¿No le he visto en algún sitio? —preguntó.

—Es el inspector Mallett de Scotland Yard —explicó el sargento—. Ha realizado una investigación en los estudios Cyclops, y ha tenido la bondad de venir esta mañana para ayudarnos.

—Encantado de conocerle —dijo Teddy—. Bueno, si me excusan, caballeros, me voy.

—Quizá después pueda dedicarme unos momentos, cuando haya desayunado —dijo Mallett.

—Desde luego.

El gigantesco hombre se alejó por el césped. Cogió un sendero de piedras que discurría en dirección a unos pequeños arbustos y, siguiéndolo, desapareció de la vista. Un momento más tarde, los detectives oyeron el ruido de alguien que saltaba del trampolín al agua.

—Qué buena figura tiene ese hombre —fue el comentario de Parkinson—. Es fácil ver que se mantiene «en buena forma». A su lado nos vemos fofos, ¿verdad, señor?

—De todos modos, yo no tengo ojeras negras a esta hora del día —dijo Mallett en tono apenado.

—Bueno, señor, hemos de ser indulgentes. No creo que esta noche haya dormido mucho. Se encontraba en un estado terrible cuando yo llegué, llorando y gimiendo.

—¿De veras? ¿Vamos dentro?

Entraron en la casa. Una asustada doncella desapareció rápido al verles.

—Eso me recuerda una cosa —dijo Mallett—. ¿Qué me dice de los criados? ¿Oyeron algo, anoche?

—Todos se habían acostado —explicó Parkinson—. Duermen en una ala del otro lado de la casa. Los invitados a la fiesta se ocupaban de todo ellos mismos. Era lo que llaman una fiesta bohemia, según me han dicho; significa que se puede beber todo lo que se quiera sin criados que murmuren.

—Entiendo. Ahora, ¿por dónde vamos?

El sargento le llevó arriba. Se detuvo ante una puerta del rellano del primer piso y la abrió con una llave que se sacó del bolsillo.

—Ésta es su habitación —dijo—. No se ha tocado nada.

Era una habitación de tamaño medio, iluminada por una gran ventana de guillotina que daba al jardín. La cama estaba hecha, pero no había dormido nadie en ella. Sobre la cama y en el sillón de los pies estaba repartida la ropa que Camilla llevaba la noche anterior: el bordado vestido isabelino y el corpino almidonado que contrastaban con la fina ropa interior de seda del siglo veinte. El armario ropero estaba abierto. Sobre el tocador se hallaban desparramados un collar de perlas y varios anillos. Un frasco de polvos abierto impregnaba la habitación de un débil aroma. A la derecha, una puerta abierta daba al cuarto de baño. Aquí, en contraste con el desorden del dormitorio, todo estaba pulcramente arreglado. Las toallas estaban dobladas; las esponjas, duras y secas, colocadas en orden; y la alfombrilla del baño, bien centrada, no mostraba señales de haber sido utilizada desde que la criada la había puesto en el suelo. La pequeña ventana estaba cerrada.

Mallett se fijó en todo con unas cuantas miradas rápidas. Luego, volvió al dormitorio y se acercó a la ventana. Estaba abierta en la parte inferior y se asomó unos momentos. Fuera de la ventana había una balaustrada, de unos sesenta centímetros de altura, que discurría a lo largo de toda la casa. Entre ésta y la ventana había un pequeño espacio, suficiente para caber un hombre.

Terminado su examen, Mallett retiró la cabeza.

—¿Se ha asomado ahí? —preguntó a Parkinson.

—No, señor. Era oscuro cuando estuve aquí anoche. —Eche un vistazo ahora.

El sargento lo hizo.

—¿Y bien? —preguntó Mallett—. ¿Observa algo?

—Sí, señor.

—¿Sí?

—El lugar donde fue encontrado el cuerpo no es bajo esta ventana, señor. Está más a la derecha.

—¿Qué le sugiere eso?

—Parece como si la joven hubiera caminado por la balaustrada hacia allí hasta que cayó.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿No es lo que haría una persona sonámbula, señor? ¿Caminar por un lugar peligroso hasta perder pie? Estoy seguro de haber oído contar este tipo

de cosas más de una vez.

—Sonámbula… Mmmm… ¿Y dónde dormía, sargento?

Parkinson miró la cama, y enrojeció un poco.

—Probablemente se quedó dormida en la silla —sugirió.

—¿Encima de la ropa? Bueno, siempre es posible, aunque supongo que estaría más arrugada. Pero hay algo que usted no ha tenido en cuenta.

—¿De veras, señor?

—Si caminó dormida, como sugiere usted, ¿por qué llevaba la cabeza envuelta en una toalla cuando la encontraron?

—¡Dios mío, señor! ¿Cómo no he pensado en eso enseguida? Claro, eso lo explica. ¡No fue sonambulismo, sino simple suicidio!

—No le sigo.

—¿No ve, señor la psicología del asunto?

—¿La qué?

—La psicología, señor.

—Ah… No, no estoy seguro de verla.

—Para mi es bastante evidente. Mire, señor. La joven quiere matarse. Se decide a arrojarse por la ventana. Luego, cuando llega el momento, descubre que no tiene valor para hacerlo. ¿Qué hace entonces? Se tapa los ojos con la toalla para no ver lo que se le avecina, ¿me sigue, señor?

—Le sigo, sargento, le sigo.

—Y camina por el borde hasta que cae, pillándose a si misma por sorpresa, por decirlo de alguna manera. ¿Tengo razón?

—Puede que la tenga, sargento. Por cierto, ¿bajo qué ventana la encontraron?

—La del dormitorio del señor y la señora Brancaster, señor. Es la de al lado; entre las dos sólo hay el cuarto de baño.

—Entiendo. Bien, me parece que no podemos hacer nada más aquí arriba. Será mejor que bajemos y veamos lo que los de la casa pueden decirnos.

IV

En el comedor, los detectives encontraron a Teddy Brancaster terminando de desayunar. Se había puesto un traje de franela gris que favorecía sus magníficas proporciones.

—Veo que está usted solo —dijo Mallett.

—Ya lo ve —asintió gravemente el americano.

—¿La señora Brancaster desayuna en la cama?

—Supongo. Esta mañana no la he visto.

—¿Y cómo es eso?

—Bien, por si le interesa, anoche dormí en mi vestidor… si es que se le puede llamar dormir —añadió con amargura.

—¿Cuándo estuvo por última vez en el dormitorio de ella?

Teddy pareció sorprendido por la pregunta, y reflexionó un poco antes de responder.

—Supongo que debió de ser anoche, antes de cenar —dijo despacio.

—Pero ¿no subió a buscarla cuando entró después de darse un baño?

—Claro. Lo había olvidado. Ella no estaba.

—¿Puede decirme —prosiguió el inspector— si la ventana estaba abierta o cerrada cuando usted entró?

—Cerrada.

—¿Está seguro?

—Seguro.

—¿Sabe que fue debajo de esa ventana donde fue encontrado el cuerpo de la señorita Freyne?

—¿De veras? —dijo Teddy despacio—. No, no lo sabía.

—Se me ha ocurrido que quizá cayó de esa ventana, pero si usted está seguro de recordar que la ventana estaba cerrada, no parece posible, ¿verdad?

—En efecto, no lo parece.

—¿Y sigue diciendo que la ventana estaba cerrada?

—Insisto, señor.

—Cuando subió a cambiarse anoche, ¿no oyó nada sospechoso?

—Anoche no subí a cambiarme. Gus me deja utilizar ese guardarropa para cambiarme. Es más práctico para la piscina, ya que me paso el día entrando y saliendo.

—Gracias. Eso puede ser importante. Ahora debo preguntarle otra cosa: ¿hubo alguna discusión anoche entre usted y su esposa?

El semblante de Teddy se ensombreció.

—La hubo —admitió.

—¿Las cosas no iban muy bien entre ustedes dos?

—Bueno… supongo que habrá oído contar que los matrimonios de las estrellas de cine no funcionan muy bien.

—Los matrimonios de las estrellas de cine no suelen durar tanto como el suyo, señor Brancaster. Déjeme pensar cuánto hace, ¿seis años?

—Al parecer sabe muchas cosas de mi, inspector.

—Recuerde que he llevado a cabo una investigación bastante a fondo en los estudios, y me ha parecido necesario examinar la vida de casi todo el mundo relacionado con ellos.

—No cabe duda de que los británicos hacen las cosas a fondo —dijo Teddy con una débil sonrisa.

—Lo intentamos. Y su policía americana no se queda atrás cuando les pedimos ayuda. Ahora descubro que desde que se casó, su nombre ha estado relacionado, digamos…

—Relacionado sirve muy bien.

—… con numerosas mujeres. Por ejemplo, Rosa Layton. Murió en un accidente, ¿verdad, señor Brancaster?

—Se ahogó en un accidente de barca, sí.

—Luego fue Kitty Cardew.

—Sí. Pobre Kitty, murió de una sobredosis de Veronal.

—¿Su esposa estaba celosa de estas mujeres?

—De ellas… y de otras. Sí.

—¿Estaba celosa de la señorita Freyne?

—Con toda seguridad lo estaba.

—¿No se le ocurrió jamás, señor, que pudiera haber alguna relación entre estos varios accidentes?

Teddy Brancaster permaneció un momento en silencio, mirando su plato. Luego, dijo con los dientes apretados:

—Nunca… hasta ahora.

Dick Bartram entró en la habitación. Teddy le saludó con un escueto «Buenos días» y se puso de pie.

—Tengo que ir a trabajar —anunció—. Si desean verme otra vez, caballeros, ya saben dónde encontrarme.

Entretanto, Bartram se había sentado a la mesa y estaba atacando un pomelo con aire sombrío. No prestó atención a los otros dos hombres hasta que Mallett se dirigió a él.

—Sabe quién soy, supongo —dijo.

—Claro. Es el hombre de Scotland Yard, ¿no? ¿Cómo va su trabajo en los estudios?

—Bastante bien. Pero hoy no estoy aquí por eso.

—¿No?

—Estoy investigando las circunstancias de la muerte de Camilla Freyne.

Dick apartó su plato y levantó la vista con interés.

—¿De verdad cree —preguntó— que puede haber algo… que investigar, como dice usted?

—Todos los casos de muerte repentina han de ser investigados, naturalmente.

—Pero ¿cree usted que este caso es… es algo que necesita investigación especial?

—Creo que es posible.

—Entonces le daré toda la ayuda que esté en mi mano, por supuesto. Es decir —añadió—, si no le importa que siga con mi desayuno mientras lo hago.

—Por favor… Su café huele de maravilla, si me permite decirlo.

—Gus se lo hace importar especialmente de Costa Rica. ¿Le gustaría tomar una taza?

—Bueno, ya que insiste… Gracias… Sí, es un café excelente. ¿De Costa Rica, dice? Tomaré nota.

—¿Quiere una taza, sargento?

—No, gracias, señor —dijo Parkinson—. Yo tomo té.

—Bien, señor —dijo Mallett, dejando la taza con aire de satisfacción—. Sólo quiero formularle unas preguntas acerca de sus movimientos de anoche.

—Fueron movimientos muy limitados, inspector.

—Después que la señorita Freyne se fue arriba, ¿qué hizo usted?

—Me quedé en el bar de la sala de música un rato, y después salí al vestíbulo.

—¿Y qué más?

—Me quedé allí hasta que Brancaster se fue a la piscina…

—Mientras estuvo en el vestíbulo, ¿oyó al señor Brancaster hablar con su esposa?

—Sí, y la oí a ella hablarle a él y a la señorita Freyne.

—¿Oyó también la voz de la señorita Freyne?

—Sí.

—¿No tiene ninguna duda de ello?

—Ninguna. Durante los últimos dos o tres meses he realizado la tarea de fotografiar a la señorita Freyne cada día, y no es probable que confunda su cara o su voz o su perfume o nada suyo.

—Está bien. Después, ¿qué hizo?

—En cuanto Brancaster salió de la casa llamé a Geneviève, que estaba arriba. Bajó inmediatamente. La llevé a la sala de fumar, al lado de la sala de música, y permanecimos allí hasta que regresó Brancaster.

—¿Durante ese tiempo no abandonaron la habitación?

—No.

—Desde donde estaban, ¿podían haber oído a alguien subir o bajar la escalera?

—Creo que no. Oímos la voz de Teddy cuando entró, pero hablaba bastante fuerte.

—¿Qué hacían usted y la señora Brancaster en la sala de fumar? —preguntó de repente el inspector.

Bartram respondió sin vacilar.

—Trataba de persuadir a Geneviève de que se fugara conmigo.

Parkinson hinchó las mejillas y pareció sorprendido, pero Mallet prosiguió, imperturbable:

—¿Lo consiguió?

—No —respondió Dick con amargura—. Nada de lo que yo dijera la induciría a abandonar a ese bruto que tiene por esposo. No entiendo de qué están hechas las mujeres. Él la ha tratado vergonzosamente; la ha desatendido por una muñequita boba que se cree actriz sólo porque tiene una cara bonita…

Se detuvo bruscamente.

—Lo siento —murmuró—. Olvidaba… que está muerta. No debería haber hablado de ella de ese modo. Tengo que decir que ella no sabía lo que hacía. Era muy joven, y estaba enamorada de él. Pero estaba partiendo el corazón de una mujer que valía diez veces más que ella, y yo no podía perdonarla.

Hubo una pausa, y luego el inspector dijo en tono práctico:

—En resumen, señor Bartram: usted y la señora Brancaster estuvieron juntos, solos, desde el momento en que la señorita Freyne, que sepamos, fue vista viva por última vez hasta el momento en que se descubrió que faltaba.

—Sí.

—Y nadie, aparte de la señora Brancaster, puede verificarlo… Oh, buenos días, señor Constantinovitch.

El rostro cetrino de Gus había aparecido en el umbral de la puerta.

—Buenos días —dijo—. ¿Quería verme, inspector?

—Si me hace el favor. Pero esperaré a que haya desayunado.

—Yo no desayuno —dijo Gus, frotándose pensativo la panza—. Antes si, pero hace muchos años que… no, no desayuno.

—Le acompaño en el sentimiento. En ese caso…

—Vengan por aquí, por favor.

Los dos hombres le siguieron a su estudio, una habitación pequeñísima casi enteramente ocupada por un escritorio estilo Luis XV atestado de

papeles. Gus se sentó ante él y suspiró pesadamente.

—¿Y qué tiene que decirme, inspector? —preguntó.

—La situación es grave —respondió Mallett—. Los desfalcos son de una escala mayor de lo que creíamos al principio. Los han hecho de una manera muy hábil, y los han ocultado muy bien.

—¡Ah…! —exclamó—. Supongo que es ese tal Sneyd.

—Eso parece.

—Debemos procesarle, claro. Pero, ¿de qué nos servirá? Todo esto es muy lamentable, inspector, especialmente en este momento. Sitúa a Cyclops en una posición muy difícil. Lo digo entre estas cuatro paredes, pero la posición es difícil.

—Anoche su organización sufrió una pérdida de una clase muy diferente —observó Mallett.

—¡Pobre Camilla! ¡Ciertamente, sí! Una artista —dijo Gus sentencioso— a quien la industria británica del cine no podía permitirse perder.

—¿Su compañía le había asegurado la vida? —preguntó Mallett bruscamente.

—Por supuesto. Aseguramos a todas nuestras estrellas mientras están bajo contrato con nosotros.

—¿Cómo era el contrato de la señorita Freyne?

—Por tres años, a trescientas libras por semana. Sólo estaba empezando —añadió, como disculpándose por la miserable cifra.

—¿Y el seguro?

—Veinte mil libras.

—O sea que su muerte no era una pérdida absoluta desde el punto de vista de su empresa —sugirió Mallett.

—Hay que buscar el lado bueno, incluso de una gran tragedia —accedió Gus.

—¿Qué hacía usted anoche —preguntó a continuación el inspector— entre la hora en que la señorita Freyne se fue a la cama y la hora en que usted fue a su habitación y la encontró vacía?

—Después que ella se fue a la cama —fue la respuesta—, me quedé un rato en la sala de música y me ocupé de mis invitados, los que quedaban. Todos parecían divertirse sin mi, asique les dejé y vine aquí, donde permanecí hasta justo antes de que el señor Brancaster regresara de su baño. Quería revisar algunas cifras e informes.

—¿Cifras e informes relacionados con *Amy Robsart*?

—Sí. Mi secretaria los había dejado durante la velada.

—No eran muy satisfactorios, ¿verdad?

Gus hizo un gesto de desaprobación.

—Las reservas preliminares fueron decepcionantes —admitió.

—Sin embargo, la trágica muerte de la señorita Freyne ayudará a la película, supongo.

—Se le dará una publicidad que nos será muy útil, no me cabe duda.

—Gracias, señor Constantinovitch. Creo que eso es todo lo que quiero saber.

Mallett y Parkinson salieron de la habitación.

—Sin duda sabe hacerles hablar, señor —dijo Parkinson con admiración —. Supongo que ahora le toca a la señora Brancaster.

—¿La señora Brancaster? No, no creo que sea necesario molestarla todavía. Creo que iré a dar un paseo al jardín. Hasta ahora casi no lo he visto.

—¿El jardín, señor? Oh, sí, el jardín. ¿Puedo ayudarle de alguna manera?

—No creo que sea necesario que se moleste. Estoy seguro de que tiene muchas cosas que hacer en otra parte.

—Ya que lo menciona, señor, las tengo. ¡Buenos días, señor!

El sargento salió de la casa, y Mallett salió solo al sol.

El jardín no era un paraíso del horticultor. Su principal atracción era el bien cuidado césped que se extendía ancho y verde en unos ochenta metros desde la terraza. Ésta estaba flanqueada por unos feos macizos de antirrinos y fucsias y, en el otro extremo, unas pequeñas estatuas de plomo que pretendían dar un ambiente antiquísimo y que lo conseguían de sobra. Más allá, a la derecha, un rústico reloj de sol formaba el punto focal de una rosaleda poco exuberante que se hallaba separada del césped por el sendero que conducía a la piscina.

La piscina no era grande (unos quince metros de largo por seis de ancho) e iba en la misma dirección que el sendero, pero estaba bien equipada, con un trampolín alto, escaleras y plataforma para saltar, todo ello en el extremo profundo de la piscina, donde Mallett se encontraba ahora. Se detuvo, un pie en la plataforma de salto, y contempló pensativo el agua clara, a través de la cual el fondo con azulejos azules y blancos fluctuaba y relucía. Al levantar los ojos vio a otro hombre en el otro extremo de la piscina, al parecer ocupado en lo mismo que él. Por su ropa se podía deducir que era jardinero, y por su expresión, que no le importaba mucho su trabajo. Mallett se acercó a él.

—Buenos días —dijo.

El hombre dio muestras de haberse percatado de su presencia mirándole y sorbiendo por la nariz.

—Es bonito esto —dijo el inspector con cordialidad.

—Tiene que serlo, con todo el dinero que cuesta —fue la respuesta.

—¡Ah! Es caro, ¿eh?

—Cuesta un montón hacerlo y cuesta un montón mantenerlo. ¡El dinero no es problema! ¿Y puedo disponer de dinero para mis cosas? ¿Puedo tener un manojo de guisantes sin que primero haya una discusión con el Dios Todopoderoso? No, siempre es lo mismo, «Jenkins, no puedo permitírmelo», «Jenkins, el jardín cuesta demasiado dinero». Pero la piscina de su alteza… ¡ah, eso es harina de otro costal!

Escupió en el agua con disgusto. El semblante de Mallett debió de mostrar lo que sentía, pues el hombre añadió:

—Oh, no se preocupe. Ahora voy a vaciarla.

—No parece que lo necesite.

—¿Necesitarlo? Claro que no lo necesita. Pero eso no importa. Hay que hacerlo dos veces por semana, cuando su señoría está aquí. Es un buen trabajo para un inglés, ¿no? Limpiar una piscina para un hatajo de actores de cine extranjeros. ¡Agua de la compañía, se lo advierto! Una pérdida de dinero y de tiempo, yo lo llamo.

—¿Cuánto tarda?

—Dos horas en vaciarse, dos horas en llenarse. Y el tiempo que paso limpiándola.

—¿Cómo se vacía?

—Se lo mostraré. Es precisamente por donde está usted. ¿Lo ve? Ahí hay una espita. Se gira así, y empieza a vaciarse. Después, cuando la quiere llenar, gira esa espita de ahí. Eso es todo.

—Muchas gracias. Ahora me pregunto si podría hacer algo por mi. Quizá será mejor que le diga quién soy…

Mallett siguió hablando con el hombre durante un cuarto de hora, y después le dejó contemplando con aire triste las aguas que iban bajando de nivel con la intención evidente de no hacer nada más hasta que la piscina estuviera vacía.

Al regresar a la casa, Mallett fue directo al pequeño estudio. Gus estaba ocupado al teléfono. Cuando dejó el aparato y se volvió al inspector, mostraba un semblante decididamente más alegre que una hora antes.

—Tenía usted razón, inspector —dijo—. El valor de la publicidad de este asunto… esta triste tragedia, debería decir, será muy grande. Más de lo que yo imaginaba, y creo que debería saber algo acerca de la publicidad. Ya he dado tres entrevistas por teléfono a representantes de la prensa, y creo que ahora la

industria empezará a descubrir que en *Amy Robsart* hay más de lo que esperaban. —Se frotó las manos—. ¿No tenía yo razón cuando he dicho que siempre hay que mirar el lado bueno? —añadió.

—La tenía —admitió el inspector—. Señor Constantinovitch, hay una cosa más que me gustaría que hiciera por mi. Ahora me marcho, y no volveré hasta esta noche. ¿Puede ocuparse de que todos los que dormían anoche en esta casa estén aquí entonces?

—Eso está hecho, inspector. ¿A qué hora desea verles?

—Estaré aquí a las diez en punto.

—Muy bien. ¿Diga? ¿Sí? Soy el señor Constantinovitch… Claro que daré un mensaje para sus lectores. «La trágica muerte de la encantadora joven estrella cuando alcanzaba el pináculo de la fama en una actuación que los expertos aclaman como…».

Mallett dejó a Gus al teléfono y se encaminó a la comisaría de policía. El sargento Parkinson le saludó con ansia.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó.

—Si —dijo Mallett—. Dígame dónde se encuentran las oficinas de la compañía del agua.

Parkinson pareció algo decepcionado.

—Yo mismo le llevaré —dijo—. Pero yo me refería a… es decir, esperaba bueno, creía que querría que hiciera algo, si me entiende.

—Me temo que no; de momento, al menos. Pero me gustaría que se reuniera conmigo delante de la casa del señor Constantinovitch esta noche a las diez. Quizá entonces habrá algo que hacer.

Mallett no dijo nada más, y partió hacia la compañía del agua. Allí se entrevistó con un joven e inteligente ingeniero, quien, a medida que se desarrollaba la entrevista, pasó de mostrarse aburrido y suspicaz a estar cada vez más interesado y, finalmente, muy ocupado de verdad.

V

El grupo que esperaba la visita de Mallett en la sala de música aquella noche estaba inquieto, después de una cena que había transcurrido en su mayor parte en silencio. Gus, que era con mucho el más dueño de sí mismo de los cuatro, propuso una partida de póquer. Era un buen jugador, y en esta ocasión los demás no resultaron rivales para él. Geneviève parecía apática y preocupada, Dick estaba nervioso, Teddy, malhumorado con sus cartas, sus compañeros y él mismo. Fue un gran alivio para todos ellos, excepto para

Gus, que se había embolsado una buena cantidad de dinero de sus invitados, que al dar las diez les anunciaran la llegada del inspector Mallett.

—Creo que conoce a todos los presentes —dijo Gus—, salvo a la señora Brancaster.

Mallett la saludó con una inclinación. Ella inclinó la cabeza lánguidamente y apartó la mirada. Mallett se quedó en el medio de la habitación y se aclaró la garganta.

—Como saben todos ustedes —dijo—, estoy indagando las circunstancias de la muerte de la señorita Camilla Freyne. Habrá una investigación judicial, por supuesto, y ustedes, que fueron las únicas personas que se encontraban aquí cuando se produjo el suceso, serán testigos esenciales. Existen razones, que ahora no puedo mencionar, por las que es importante que yo sepa exactamente los movimientos de todos ustedes entre la hora en que la señorita Freyne abandonó esta habitación y el momento en que fue hallada fuera de la casa.

—Pero si ya se lo hemos contado —objetó Dick.

—Lo sé. Pero al mismo tiempo hay algunos puntos que me gustaría aclarar, y creo que puedo hacerlo mejor si ustedes me ayudan, en lo posible, a reconstruir los acontecimientos de anoche, en lo que se refiere a cada uno de ustedes. Quiero que todos realicen las mismas acciones en el mismo orden y en el mismo lugar que anoche. ¿De acuerdo?

Hubo un murmullo de asentimiento.

—Muy bien, pues. Empezaremos en el momento en que el señor Constantinovitch le pidió a la señora Brancaster que llevara a la señorita Freyne a la cama. ¿Dónde se encontraba usted?

—Aquí —respondió Gus.

—Muy bien. Señora Brancaster, vaya y quédese allí también, por favor. ¿Estaba usted con ella, señor Brancaster? Entonces quédese con ellos también. ¿Dónde estaba usted, señor Bartram?

—En el bar, en el otro extremo de la habitación.

—Entonces vaya allí, por favor. Ahora, señora Brancaster, ¿qué hizo usted?

—Salí de la habitación con Camilla.

—¿Usted las siguió, señor Brancaster?

—No enseguida.

Mallett siguió a Geneviève hasta la puerta. Ella subió la escalera y se detuvo ante la puerta de la habitación de Camilla.

—Entré un momento para hablar con ella —explicó.

—Entonces entre —dijo Mallett desde el vestíbulo.

—¿Que entre? ¿Ahí? No puedo… no lo haré.

Mallett se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo—. Entonces quédese junto a la puerta hasta que sea el momento de salir. ¿Señor Brancaster?

Teddy salió de la sala de música.

—De aquí fui al guardarropa a ponerme el traje de baño —dijo.

—Entonces vaya ahora —dijo el inspector.

—¿Me cambio de ropa?

—Claro. Quiero ver cuánto tarda.

—¿Sirve cualquier bañador viejo, o ha de ser el mismo? —preguntó Teddy con sarcasmo.

—Eso no tiene importancia. ¿Quién es el siguiente?

—Yo salí de la habitación justo detrás de Brancaster —dijo Dick, avanzando—, y me senté en el vestíbulo, aquí.

Se oyó la voz de Geneviève procedente de arriba.

—Ahora salgo de esta habitación y voy a la mía.

—Muy bien, señora Brancaster.

Gus cruzó el vestíbulo.

—Yo voy a mi estudio a revisar unos papeles —dijo.

Siguió una pausa, durante la cual nadie se movió. Mallett subió corriendo la escalera, inspeccionó el vestíbulo desde el rellano y bajó otra vez. Entonces entró Teddy, en traje de baño.

—Aquí estoy, Sherlock —anunció—. ¿Adónde voy ahora?

—Adonde fue anoche.

Teddy entró en la sala de música y salió de nuevo.

—Estoy buscando a mi esposa —explicó.

—Él me llamó, y yo salí aquí —dijo Geneviève desde arriba—. Entonces Camilla abrió la puerta y yo se la cerré, así.

—Y yo salgo a darme un baño —dijo Teddy, entrando otra vez en la sala de música.

—Quédese ahí un momento, señor Brancaster. ¿Qué hace usted, señor Bartram?

—Llamo a la señora Brancaster.

—¿Sin subir?

—Sí.

—Entonces baje, señora Brancaster.

Geneviève bajó.

—Ahora vamos a la sala de fumar —dijo.

Mallett les vio entrar y después fue a la sala de música, donde Teddy le esperaba.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Teddy.

—¿Por dónde salió?

—Por ahí —dijo, indicando la puerta vidriera.

—Entonces, vaya.

Mallett salió con él al jardín. Había luna y podían ver claramente lo que les rodeaba.

—Anoche era completamente oscuro, claro —explicó Teddy.

—Pero usted se conocía el camino, ¿no?

—Claro. Sólo hay que seguir el sendero. A partir de aquí es recto.

—En ese caso lo seguiremos.

Teddy se encogió de hombros y caminaron juntos. Cuando llegaron al grupo de arbustos, se detuvo.

—Esto es todo —dijo—. Corrí hasta aquí y me zambullí.

—Entonces, correremos —dijo el inspector amablemente.

Llegaron juntos al borde de la piscina.

—Zambúllase —dijo Mallett.

—Eh, ¿cuál es la gran idea? —dijo Teddy con violencia.

Ante ellos, bajo la luna, la piscina relucía vacía.

—¿Anoche se zambulló? —preguntó Mallett con una nueva voz, terrible—. ¿O lo hizo alguien más… alguien que no sabía, no podía ver, que se lanzaba a una piscina vacía?

De las sombras de detrás de ellos se acercó en silencio el sargento Parkinson y se quedó junto a Brancaster.

—Usted sabía que estaba vacía —continuó Mallett—. Usted mismo la había vaciado. Se las arregló para que su esposa viniera aquí anoche, para que se matara en la oscuridad. Usted esperó aquí, y la vio, como usted creía, zambullirse allí. Bajó a la piscina, le envolvió la cabeza con su toalla, para que las gotas de sangre no le traicionaran, y arrastró el cuerpo hasta debajo de la ventana de su esposa, volviendo a abrir el grifo del agua de la piscina antes de marcharse. Luego entró en la casa y empezó a preguntar dónde estaba su esposa. Hasta que la encontró no supo la verdad: que no era su esposa sino Camilla Freyne quien le había seguido… y que había matado a la mujer por quien quería matar a su esposa. ¿No es cierto?

Teddy temblaba convulsivamente, y respiraba con rápidos jadeos.

—Claro que es cierto —murmuró una y otra vez—. Es cierto, es cierto, cierto… Yo la maté… ¡yo la maté! La única chica a la que jamás he amado… ¡yo la maté! ¡Déjeme!

Mallett le había cogido por el hombro, pero Teddy giró en redondo, le apartó con un tremendo puñetazo en la cara, derribó a Parkinson y se precipitó al trampolín. Saltó en el aire, descendió con todo su peso y surcó el firmamento. A la luz de la luna, su cuerpo bronceado relució un instante al efectuar un perfecto salto de carpa, y se estrelló de cabeza en el suelo de baldosas.

RUTH RENDELL
(N. 1900)

FEN HALL

Ruth Rendell es una de varias escritoras que fueron objeto de la especulación «nueva Agatha Christie» tras la muerte de esa dama. Por supuesto, ella no es la nueva Agatha Christie. No habrá ninguna, igual que no habrá ninguna nueva Ruth Rendell cuando esta figura desaparezca.

«Fen Hall» representa un nuevo alejamiento del formato clásico de casa de campo. Los personajes están retratados con más cuidado y disminuye su valor. Su historia se cuenta a la sombra de la gran casa de campo. La casa es un anacronismo, pero muy poderoso. Lucha con un nuevo estilo de ficción de misterio, estilo que Rendell ha dominado igual que Christie dominó el tono de su tiempo. ¿Los lectores de misterios del año 2025 sentirán tanta nostalgia de las historias del inspector Wexford como los lectores de hoy por Poirot? Es muy probable, mientras los grandes relatos de misterio proporcionen placer.

Cuando los niños pintan un árbol, siempre pintan el tronco marrón. Pero los árboles raras veces tienen el tronco marrón. Los abedules lo tienen plateado, las hayas, de color del peltre, los plátanos gris y amarillo, los nogales negro y la corteza de los robles, castaños y sicómoros es verde con liquen. Pringle no se había fijado nunca en esto hasta que llegó a Fen Hall. Después, una vez tuvo abiertos los ojos y hubo visto cómo son realmente las cosas, habría pintado árboles con la corteza de diferentes colores, pero el trimestre siguiente dejaba de estudiar arte. Le daba lo mismo, pues nunca lo había hecho muy bien y, quizá, entonces no habría tenido ganas de pintar árboles. O ni siquiera de mirarlos.

El señor Liddon se reunió con ellos en la estación en una vieja furgoneta Volvo. Cargaron en ella los pertrechos de acampar, la tienda y los sacos de dormir, y las cacerolas y un hornillo a gas por si hacía demasiado viento para mantener encendida la fogata. Últimamente había hecho mucho viento, y era un verano fresco y sin sol. El señor Liddon era amigo del padre de Pringle, y Pringle le había visto en otra ocasión anteriormente, años atrás, cuando él era un niño, pero aún le recordaba para presentarle a los demás. Habló con cauta educación.

—Éste es John y éste es Roger. Son hermanos.

Pringle no dijo que a Roger siempre le llamaban Hodge. Le pareció que el señor Liddon no le llamaría Hodge, igual que a él no le llamaría Pringle. No se equivocaba.

—¿Tus padres están bien, Peregrine?

Pringle respondió que sí. Vio un brillo en los ojos de John que le auguró que le esperaban bromas. Hodge, que siempre pensaba en su estómago, dijo:

—¿Podríamos parar en el camino, señor Liddon, para comprar un poco de comida?

El señor Liddon alzó la vista. Pringle se dio cuenta de que sería «uno de esos» adultos. Todos entraron en el coche con su equipo, y cuando se hallaban a unos dos quilómetros de la ciudad, el señor Liddon se detuvo en un autoservicio. Él no bajó con ellos, lo cual estuvo bien. Habría llamado basura a la comida que compraron.

Fen Hall resultó estar a unos doce quilómetros. Cruzaron un pueblo llamado Fedgford y, un poquito más allá, tomaron un sendero que atravesaba un bosque.

—Acamparéis aquí —dijo el señor Liddon.

Conducía muy despacio, por necesidad, pues el sendero no era más que una tosca pista. Señaló los árboles. El bosque tenía un aspecto misterioso, como si estuviera lleno de secretos. Entre los árboles, la luz tenía un tono dorado verdoso y estaba empañada. Se oía el gorjeo de los pájaros y el arrullo de las palomas. Pringle empezó a sentirse excitado. Era más bonito de lo que esperaba. Un poco más allá, en el bosque, penetraron en una plantación de altos y rectos árboles con el tronco verde que crecían en hileras, y los espacios entre ellos estaban cubiertos de una planta erizada que le daba un curioso aspecto prehistórico.

—Son chopos —dijo el señor Liddon. Se notaba que era maestro de escuela—. Se cultivan como cosecha.

Esto era nuevo para Pringle.

—¿Qué clase de cosecha?

—Veinticinco años después de ser plantados se cortan y se utilizan para hacer cerillas. Si no caen antes. Los vientos del invierno pasado derribaron dos.

Pringle no le escuchaba. Había visto la casa. Era como la casa de un sueño, pensó, aunque no sabía qué quería decir con ello. Las casas que veía en sus sueños se parecían mucho a su hogar o al de John y Hodge, casas adosadas de Surrey. Esta casa, cuando todos los árboles quedaron atrás y ni una rama ni una hoja la tapaban, se elevaba al sol con la confianza de algo vivo, como si estuviera segura en su propia perfección. De color de mora oscuro y pequeños ladrillos Tudor, tenía un tejado con muchos planos irregulares y un grupo de chimeneas como velas. Las ventanas, con el sol que les daba de lleno, eran como placas de oro entre los parteluces. Debajo de los aleros, las golondrinas habían construido sus nidos.

—Dejad las cosas en el coche. Os llevaré de nuevo al bosque dentro de diez minutos. Me ha parecido que os gustaría orientaros, ver dónde estaba todo. Allí encontraréis una pala y un hacha, y espero que volváis a dejarlas en su sitio.

Iba a ser la casa más grande en la que Pringle jamás había puesto los pies, sin contar lugares como Hampton Court y Woburn. Fen Hall, parecía, y el nombre sonaba a ello, una casa de libro, no real. La puerta delantera era de roble, adornada con hierro y colocada bajo un porche oscuro y con rosas

talladas. El señor Liddon les llevó por la parte de atrás. Les hizo entrar en una cocina que era la idea exacta que Pringle tenía de una chabola de la peor clase.

Le sorprendió. Al principio no veía gran cosa porque fuera había mucha luz, pero se olía a humedad y suciedad. Cuando su visión se ajustó, descubrió que se encontraban en una habitación o caverna enorme con dos pequeñas ventanas y unos ciento veinte metros cuadrados de sordidez entre ellas. Como una isla se encontraban un pequeño horno eléctrico blanco y una pequeña nevera blanca. El suelo era de ladrillos, muy irregulares, y las paredes, de irregular yeso pintado de verde, que se desconchaba, con una especie de burbujas que salían de ellas. Pilas de platos sucios llenaban un fregadero de piedra de los que su madre había comprado uno en una venta de ocasión y había utilizado para crear un pequeño jardín de cactus en él. Todo el lugar estaba muy sucio, con montones de cosas sucias en todas partes. John y Hodge, después de haberlo visto todo, permanecieron con el rostro inexpresivo y la mirada furtiva.

La actitud del señor Liddon había cambiado ligeramente. Ya no utilizaba aquel tono intimidador. Mientras les explicaba que allí era adonde tenían que ir si necesitaban algo, la puerta de atrás, comenzó una ineficaz tarea de limpieza, metiendo cosas en los viejos armarios de madera, limpiando migas de la mesa y tirándolas al fregadero. John dijo:

—¿Podemos hacer fuego?

—Siempre que tengáis cuidado. Pero no si se vuelve a levantar viento. No tengo que deciros dónde está la leña, la encontraréis por todas partes. —El señor Liddon abrió una puerta y llamó—: ¡Flora!

Más allá se veía un pasillo con losas de piedra. Nadie se acercó. Pringle sabía que el señor Liddon tenía esposa, aunque no hijos. Sus padres le habían dicho sólo que el señor y la señora Liddon habían comprado una casa maravillosa en el campo, un año atrás, y que él y un par de amigos podían ir a acampar en sus terrenos si querían. Toda la demás información la había recogido cuando ellos no sabían que les escuchaba. Tonny Liddon no había tenido un duro hasta que murió una tía suya y le dejó un poco de dinero. Sin duda no podía haber sido mucho. De todos modos, se lo gastó todo comprando Fen Hall; él siempre había deseado un lugar antiguo de ese estilo. Mantenerlo iba a ser su ruina y Dios sabía cómo se las arreglaría.

A Pringle no le había interesado mucho todo esto. Ahora lo recordó. El señor Liddon y su padre habían asistido juntos a la universidad, pero a la sazón el señor Liddon no tenía esposa. Pringle no había conocido nunca a su

esposa, y tampoco sus padres. De todos modos, era evidente que no iban a esperarla. Volvieron a subir al coche y partieron para encontrar un lugar adecuado para acampar.

Fue un alivio cuando el señor Liddon se marchó y les dejó. El lugar evidente para acampar se hallaba en el terreno elevado de un claro, y podían hacer fuego en un hueco que el señor Liddon dijo que probablemente se trataba de una gravera en desuso. El sol estaba bajo, emitiendo largos rayos de luz que penetraban en los bosques de abedules y manzanos silvestres. En los robles colgaba muérdago como verdes nidos de pájaros. Era un lugar cálido y lleno del murmullo de las moscas. John era experto en montar la tienda y les daba órdenes.

—Peregrine —dijo—. Como una especie de pájaro loco.

Hodge se puso a corretear, con los pulgares en las orejas y agitando las manos.

—Pío, pío, pío, pájaro loco. Su dueño lo encadena como a un perro. ¡Pío, pío, pajarito!

—Prefiero ser un halcón cazador que Roger el bruto —dijo Pringle, y dio un empujón a Hodge y ambos cayeron y rodaron por el suelo hasta que John les dio una patada y les dijo que pararan y le echaran una mano, que no podía hacerlo todo él solo.

Aquella noche se estaba bien en el campamento; no soplaba viento sino que hacía un tiempo calmado y apacible después del mal verano que habían tenido. Hicieron una fogata y cocieron sopa de tomate y dedos de pescado, y se comieron un paquete entero de unas galletas que se llamaban osos escarchados. Se encontraban en sus sacos de dormir, en la tienda, John leyendo el *Libro del observador de insectos comunes*, Pringle con una novela de misterio situada en un campo de prisioneros japonés que sus padres le habrían quitado si lo hubieran sabido, y Hodge escuchando la radio cuando apareció el señor Liddon con una linterna para ver cómo estaban.

—Sólo he venido para ver si estabais bien. ¿Todo en orden?

A Pringle le pareció extraño que dijera eso considerando el desorden que tenía en su propia casa. El señor Liddon se inquietó un poco por las velas que habían encendido y prometieron apagarlas, cosa que, naturalmente, no hicieron. La noche era muy silenciosa en el bosque, el silencio más profundo que Pringle jamás había conocido, una quietud algo pesada como si una gran bestia oscura se hubiera tumbado en el bosque y hubiera sofocado todos los sonidos bajo su denso y suave pelaje. No pensó mucho en esto porque se quedó dormido dos minutos después de apagar las velas.

A la mañana siguiente no hacía un tiempo tan agradable. Era un día gris y frío para agosto. John vio una mariposa Brimstone que le gustó porque era una especie cada vez más rara. Todos fueron a Fedgford y compraron salchichas, y entonces descubrieron que no tenían sartén. Pringle fue a la casa solo para ver si le podían prestar una.

A diferencia de la mayoría de hombres, el señor Liddon estaría en casa porque era época de vacaciones escolares. Pringle esperaba verle trabajando en el jardín, que hasta a él le parecía que estaba muy descuidado. Pero no le encontró en ninguna parte. Pringle llamó a la puerta trasera con el puño, pues no había ni campana ni aldaba, pero nadie acudió. La puerta no estaba cerrada con llave. Se preguntó si estaría bien entrar, y entró.

La confusión en la cocina era peor. Un gato blanco atigrado estaba sobre la mesa comiendo de una bolsa de papel algo que probablemente no debía comer. Algo le dijo —aunque no era nada basado en la observación ni en alguna conjetura— que el señor Liddon no se hallaba allí. Fue al pasillo que había visto el día anterior a través de la puerta abierta. Éste conducía a un gran vestíbulo con suelo de losas. El lugar era oscuro y tenía gruesas vigas en las paredes y techos, y hacía frío. El olor era como de setas que se han dejado en una bolsa de papel en el fondo del frigorífico y se han olvidado. Pringle empujó una puerta y la abrió, y, siguiendo algún instinto, tosió a modo de aviso.

La habitación era enorme, con el techo con vigas talladas y telarañas. Pringle se dio cuenta de que los pocos muebles que había en ella habrían sido más apropiados para el cuarto de estar de un *bungalow*. Junto a la alta ventana con parteluz había una mujer, sosteniendo algo azul y centelleante a la luz. Iba vestida de un modo extraño, con falda larga, y el cabello le caía por la espalda; estaba tan quieta, contemplando el objeto azul con ambos brazos levantados, que Pringle, por un momento, tuvo la inquietante sensación de que no se trataba de una mujer sino del fantasma de una mujer. Entonces, ella se volvió y sonrió.

—Hola —dijo—. ¿Eres uno de los que acampan?

Por lo menos era tan mayor como el señor Liddon, pero llevaba el cabello largo y suelto como una colegiala. Su rostro era pálido y nada bonito, y no obstante, cuando sonreía, era un rostro maravilloso. Pringle se fijó en eso, mientras la miraba fijamente. Era un rostro de una sensibilidad radiante y bondadosa, aunque tuvieron que transcurrir varios años antes de que Pringle pudiera expresar en esos términos lo que había sentido.

—Soy Pringle —dijo, y como percibió que le entendería, añadió—: En realidad me llamo Peregrine, pero todo el mundo me llama Pringle.

—No me extraña. Yo haría lo mismo en tu lugar. —Tenía una voz suave y sin afectación—. Soy Flora Liddon. Llámame Flora.

Pringle no creyó que pudiera hacerlo, y sabía que acabaría por no llamarla de ninguna manera.

—He venido para pedirles si me pueden prestar una sartén.

—Claro que sí. —Añadió—: Si puedo encontrar alguna. —Le tendió el objeto que tenía en las manos y Pringle vio que se trataba de una pequeña botella de cristal—. ¿Crees que es bonita?

Él la miró con vacilación. No era más que una botella. En el alféizar de la ventana, detrás de ella, había más botellas, casi todas de cristal incoloro, pero entre ellas había algunas de color verde oscuro con los lados estriados.

—Aquí pueden encontrarse cosas maravillosas. Cavas y encuentras montones de basura que se remonta a la época isabelina. Y junto al río había una colonia romana. ¿Te gustaría ver una moneda romana?

Era negra, informe, desigual, con la cabeza de un hombre muy feo en ella. La mujer le mostró una jarra de grueso cristal verde y le dijo que era la mejor pieza de vidrio que había encontrado hasta entonces. Fueron a la cocina. Encontrar una sartén no fue fácil, pero hablarle a ella si lo fue. Cuando por fin encontró una sartén llena de grasa coagulada y la hubo lavado, él le había contado todo lo relativo al campamento y su paseo a Fedgford y lo que el carnicero había dicho:

—Espero que os lavéis antes de cocinar mis hermosas y limpias salchichas.

Y ella le contó cuántas cosas había que hacer en la casa y los terrenos y que tenían que hacerlo todo ellos solos porque no tenían mucho dinero. Ella no sabía pintar ni coser bien ni nada de jardinería, ni siquiera hacer el trabajo de la casa, puestos a decir. Lo que a ella le gustaba era no hacer nada de particular y mirar las cosas.

—¿Qué vida es esta si, con tanto trabajo, no tienes tiempo de pararte a mirar?

Pringle sabía de dónde había salido aquello. W. H. Davis, el supervagabundo. Lo habían estudiado en clase.

—Yo habría sido un buen vagabundo —dijo ella—. Eso me va.

La sonrisa iluminó su feo rostro.

Los jóvenes cocinaron las salchichas para el almuerzo y salieron de expedición para recoger insectos con John. Las libélulas que les había

prometido junto al río no se veían, pero encontró lo que dijo era un frígano, aunque Pringle pensó que se parecía a un pedazo de ramita. Hodge se comió cinco barras Mars durante la tarde. Vieron al gato blanco atigrado con un ratón en la boca. No se dejó intimidar por el público y mordió el ratón partiéndolo en dos, y el pequeño corazón salió rodando. Hodge dijo débilmente:

—Me parece que voy a vomitar.

Y lo hizo. Aun así decidieron que observarían al gato al día siguiente para ver cuántos ratones cazaba en un día.

Por entonces el tiempo era mejor. El sol no brillaba pero hacía más calor. Encontraron al gato en la plantación de chopos, acechando algo entre las hierbas prehistóricas que John dijo se llamaban colas de caballo. Los chopos tenían el tronco casi tan verde como la hierba y sus copas llenas de hojas, muy elevadas en el cielo azul pálido, susurraban movidas por la brisa. Entonces fue cuando Pringle se fijó en que los troncos de los árboles no eran marrones. Los troncos de los pinos escoceses eran de un rojo rosado claro, brillantes como flores cuando por un momento lució el sol. Señaló esto a los otros, pero ellos no parecieron interesados.

—Pareces nuestra tía —dijo Hodge—. Hace arreglos florales para la iglesia.

—Y vomita cada vez que ve un poco de sangre —dijo Pringle—. Es cosa de familia.

Hodge se abalanzó sobre él pero Pringle le hizo la zancadilla y los dos rodaron peleándose entre las colas de caballo. Hacia las cuatro de la tarde, el gato había cazado seis ratones. Flora salió y les dijo que el gato se llamaba Tigre, lo que por alguna razón agradó a Pringle. Si hubiera dicho que se llamaba Copo de nieve o Perséfone o algún otro nombre bobo de los que la gente llama a los animales, habría sentido de otra manera respecto a ella, aunque no le era posible decir por qué. Ella no le habría gustado tanto.

Cuando volvían al campamento, apareció un hombre en un Land Rover. Les dijo que había estado en la casa y llamado pero al parecer no había nadie. ¿Le darían un mensaje de su parte al señor o a la señora Liddon? Se llamaba Porter, Michel Porter, y era arqueólogo aficionado, el señor Liddon lo sabía, y estaban excavando en la pradera de abajo y habían encontrado un montón de objetos del siglo diecinueve. Iba a excavar más, descubrir la siguiente capa, asique si a la señora Liddon le interesaba la capa de arriba, ahora tenía oportunidad de echarle una mirada.

—¿Podemos verlo nosotros también? —preguntó Pringle.

Porter dijo que serían bien recibidos. Nadie trabajaría al día siguiente. Acababa de oír el parte meteorológico en la radio del coche y se esperaban vendavales. ¿Su campamento era aquel de allí? Tendrían que asegurar la tienda, les dijo, y partió por el sendero.

Pringle verificó la tienda. Parecía firme. Entraron en ella y ataron el faldón, pero no se atrevieron a encender las velas y en cambio encendieron la linterna de tormenta de John. El bosque ya no estaba silencioso. El viento ululaba como una sirena y se oyó un sonido como si se desgarrara lona. Cuando eso ocurrió, la tienda se agitó y se hinchó como la vela de un barco en alta mar. A veces, el viento paraba y había unos segundos de silencio y de calma. Después volvió, con una ráfaga y un rugido. John leía el *Manual completo de mariposas británicas*, de Frohawk, y Hodge intentaba escuchar su radio. Pero no lo conseguía y al cabo de un rato apagó la linterna y se tumbó en la oscuridad.

Unos cinco minutos después hubo la ráfaga de aire más fuerte hasta entonces, una de las que parecían rasgar la lona, pero diez veces más fiera que la última; y luego, de la dirección de la casa vino un tremendo estruendo.

John dijo:

—Creo que tendremos que hacer algo. —Su voz era enérgica pero no muy firme, y Pringle supo que estaba tan asustado como los demás—. Tendremos que salir de aquí.

Pringle encendió de nuevo la linterna. No eran más que las diez.

—La tienda se levantará —dijo Hodge.

Pringle salió de su saco de dormir y se preguntó qué deberían hacer, si estaría bien o mal ir a la casa, cuando de pronto se abrió la tienda y el señor Liddon asomó la cabeza dentro.

—Vamos, todos vosotros. No podéis quedaros aquí. Traed el saco de dormir y os encontraremos algún sitio en la casa para pasar la noche.

Algo en su tono de voz parecía indicar que la tormenta era culpa de ellos. Pringle encontró sus zapatos, se los puso y enrolló su saco de dormir. John llevaba la linterna. El señor Liddon les iluminaba el camino con la suya. En el bosque se estaba protegido pero no en el sendero, y el viento les azotaba mientras caminaban. Todo era ruido, no se veía nada, pero cuando pasaron por la plantación, el señor Liddon levantó la luz y Pringle vio lo que había producido el estruendo de antes. Uno de los chopos había sido derribado y estaba tumbado con las raíces al aire.

Por alguna razón, quizá porque era más o menos en ese lugar donde se habían encontrado con Michael Porter, John recordó el mensaje. El señor

Liddon dijo que estaba bien y les dio las gracias. Entraron en la casa por la puerta trasera. Una teja salió volando del tejado y cayó en el camino en el momento en que la puerta se cerraba tras ellos.

En los dormitorios había camas, pero sin sábanas ni mantas y los colchones estaban húmedos. Pringle pensó que eran dormitorios fantasmales, sucios y adornados con telas de araña, y no le supo mal no dormir allí. Se percibía el mismo olor a setas rancias y también a pintura donde el señor Liddon había comenzado a pintar el techo.

Al final del pasillo, mirando por la ventana, se hallaba Flora en camisón con un chal por encima. Pringle, que a veces leía historias de fantasmas, la vio como la Dama Gris de Fen Hall. Estaba a oscuras, para ver mejor los rayos que surcaban el firmamento en el horizonte, más allá del río.

—Me encanta ver las tormentas —dijo, volviéndose y sonriéndoles.

El señor Liddon encendió una luz.

—¿Dónde van a dormir estos chicos?

Era como si ella no tuviera nada que ver. No era descortés, pero tampoco se preocupaba.

—Ah, en el salón, diría yo.

—Tenemos siete dormitorios.

Flora no dijo nada más. Un largo trueno sacudió la casa. El señor Liddon les llevó abajo y a través del salón hasta una especie de estudio donde le ayudaron a preparar camas con cojines colocados en el suelo. El viento aullaba en torno a la casa y Pringle oyó que se soltaba otra teja. Permaneció acostado en la oscuridad, escuchando la tormenta. Los otros estaban dormidos, lo notaba por sus respiraciones regulares. Dentro del saco se estaba caliente, y Pringle se sintió cómodo y seguro. Al cabo de un rato oyó discutir al señor Liddon y a Flora al otro lado de la puerta.

Los padres de Pringle discutían mucho, y él lo detestaba, era lo peor del mundo, aunque ahora no era tan malo como cuando era más joven. Sólo podía oír al señor Liddon y a Flora y sólo palabras sueltas, insultantes y enojadas por parte del hombre, e indiferentes y divertidas por parte de la mujer, hasta que una frase se oyó con claridad. La voz de ella fue penetrante aunque era tranquila:

—¡Queremos cosas tan diferentes!

Pringle deseaba que dejaran de pelear. Y de pronto lo hicieron, cuando empezó a llover. La lluvia llegó casi como una explosión, golpeando las ventanas y el viejo tejado mermado. Era extraño que un ruido como aquel, un rugido alto y constante, pudiera hacer conciliar el sueño…

Ella se encontraba en la cocina cuando Pringle salió por la mañana. John y Hodge siguieron durmiendo, a pesar del brillante sol que entraba a raudales por las sucias ventanas. Fuera, un mundo limpio, recién lavado. Dentro, el mismo caos, la cocina con el mismo olor a setas y platos sucios, a pesar de que las ventanas estaban abiertas. Flora estaba sentada a la mesa, sobre la que había una confusión de platos, objetos indefinibles, pedazos de pan y mondas de fruta, y una lata abierta de comida para gatos. Ella bebía café y Tigre estaba en su regazo.

—En la cafetera hay mucho, si quieres un poco.

Flora era la primera persona adulta en cuya casa había pernoctado que no le preguntaba cómo había dormido. Tampoco iba a prepararle desayuno. Le dijo dónde estaban los huevos y el pan y la mantequilla. Pringle recordó que aún no le había devuelto la sartén, que podría ser la única que tenían.

Pringle se preparó un montón de tostadas y encontró un frasco de mermelada. La hierba y los senderos, como pudo ver por la ventana abierta, estaban llenos de hojas y ramitas rotas. Un faisán cruzó el césped.

—¿La tormenta ha producido muchos daños? —preguntó.

—No lo sé. Tony se ha levantado temprano para ir a verlo. Puede que haya derribado más chopos.

Pringle se comió una tostada. El gato había comenzado a ronronear de un modo irregular. Ella le acariciaba las orejas y el cuello con la mano. Habló, pero quizá no a Pringle o al gato, o para ellos, si querían escuchar.

—Mucha gente es así. Toda la vida es una preparación para la vida, pero no vivir.

Pringle no supo qué decir. No dijo nada. Ella se levantó y se marchó, con el gato en brazos, y al cabo de un rato él oyó música procedente, débilmente, de una parte distante de la casa.

En la plantación habían caído dos chopos y cada uno había dejado un cráter de un metro o metro y medio de profundidad. Mientras seguían el sendero para comprobar cómo se encontraba su campamento, Pringle, John y Hodge les echaron un buen vistazo. Aparte de que todo estaba un poco revuelto en el campamento y lo que habían dejado fuera estaba empapado, no se habían producido auténticos daños. El bosque había protegido su tienda.

Parecía buen momento para devolver la sartén. Después de hacerlo, caminarían hasta Fedgford para comprar unas salchichas, a menos que uno de los Liddon se ofreciera a llevarles en coche. Casi con esa intención, Pringle tenía que admitirlo, iba a devolver la sartén.

Pero el señor Liddon jamás perdía el tiempo, y ya se encontraba trabajando en la plantación. Había arrastrado hasta allí una sierra de cadena y se estaba preparando para cortar los chopos donde estaban. Cuando les vio en el sendero, se acercó a ellos.

—¿Cómo habéis dormido?

Pringle dijo:

—Muy bien, gracias.

Pero Hodge, que estaba resentido porque no les habían ofrecido una bebida caliente o algo que comer, murmuró que él había estado demasiado hambriento para poder dormir. El señor Liddon no se dio por aludido. Parecía nervioso. Dijo a Pringle que si iban a la casa dijeran a la señora Liddon —él jamás la llamaba Flora ante ellos— que había lo que parecía un vertedero de cristal Victoriano en el cráter que había dejado el chopo más grande.

—Debieron de plantar los árboles encima sin saberlo.

Pringle miró el cráter y vio fragmentos de cristal de color y un cuello de botella y una asa de un jarro que sobresalían del suelo. Dejó allí a los otros, fascinados por la sierra de cadena, y fue a devolver la sartén. Flora estaba en el salón, poniendo discos de música de piano. Se levantó excitada cuando él le habló del vertedero de cristal.

Volvieron juntos a la plantación, seguidos por el gato, que caminaba un poco detrás de ellos como un perro. Pringle sabía que ahora no tenía ninguna esperanza de que les llevaran en coche al pueblo. El señor Liddon ya había cortado la copa del chopo. En el poco tiempo transcurrido desde la tormenta, sus pálidas hojas verde-plateadas habían comenzado a marchitarse. John preguntó si podían hacer funcionar una vez la sierra, pero el señor Liddon dijo que no, ¿creían que estaba loco? Y si querían ir a la carnicería antes de que cerraran para el almuerzo, sería mejor que se marcharan.

Flora, subida su larga falda, había bajado al cráter. Si se hubiera quedado de pie, quizá de cintura para arriba habría sobresalido por encima del borde, pues los chopos tienen las raíces poco profundas. Pero no se quedó de pie. Se agachó, y utilizó el desplantador para extraer pequeños objetos del mantillo. La sierra de cadena gemía al cortar el tronco del chopo. Pringle, que observaba junto con los otros muchachos, tuvo la sensación de que el señor Liddon lo estaba haciendo mal. Pero no sabía qué era lo que hacía mal. Sólo se le ocurría una película divertida que había visto en una ocasión en la que un hombre, sentado sobre una rama, serraba el trozo que quedaba entre él y el tronco del árbol y, naturalmente, se caía cuando la rama lo hacía. Pero el

señor Liddon no estaba sentado sobre nada. Sólo estaba serrando un árbol caído, de arriba abajo.

—Daos prisa, muchachos —dijo—. No querréis perder todo el día aquí mirando.

Flora levantó la vista e hizo un guiño a Pringle, no era un guiño descortés, sólo conspirativo, y también le sonrió, sosteniendo en alto una pequeña botella de cristal rojo para que la viera. Él, John y Hodge se marcharon despacio, de mala gana, remoloneando porque el paseo que les esperaba sería aburrido y largo. Fueron a través de las colas de caballo, orilla arriba, y miraron atrás cuando la sierra volvió a gemir.

Pero Pringle no miraba realmente cuando ocurrió. Ninguno de ellos miraba. Habían mirado por última vez y echado a andar por el sendero. El ruido les hizo girar, una especie de sacudida con un crujido y después un fuerte estrépito de algo que caía. Los tres gritaron, pero nadie más lo hizo, ni Flora ni el señor Liddon. Ninguno de ellos emitió ningún sonido.

El señor Liddon estaba de pie con los brazos extendidos, la boca abierta y los ojos desmesurados. El montón de leños se hallaba a su lado, pero el tronco del árbol había desaparecido; después del último corte con la sierra se había erguido, pues las raíces habían hecho la base más pesada que la copa y lo habían desequilibrado. Pringle se llevó la mano a la boca y la mantuvo allí. Hodge, que en realidad no era más que un niño gordo, se había echado a llorar. Temerosos, muy despacio, los cuatro se acercaron al árbol ahora erguido bajo cuyas raíces ella yacía.

Llegó la policía y un granjero y su hijo y algunos hombres de por allí.

Entre todos sacaron el árbol y lo volvieron a tender en el suelo, pero por entonces Flora estaba muerta. Quizá murió en cuanto el tronco y la masa de raíces la golpeó. Pringle no había estado allí para verlo. El señor Liddon les prohibió que se quedaran en la plantación y les dijo que permanecieran en el campamento hasta que alguien les llevara en coche hasta la estación. Fue Michael Porter quien apareció a última hora de la tarde y verificó que todo estaba empaquetado y el lugar de acampada limpio. Les dijo que Flora había muerto. Llegaron a la estación en el Land Rover de Porter a tiempo para coger el tren de Londres de las cinco quince.

Camino de la estación, Pringle no mencionó el vertedero de botellas del que les había hablado. Pringle se preguntaba si el señor Liddon le había dicho algo de ello a Flora. Durante todo el trayecto en tren estuvo pensando en una cosa extraña. Estaba seguro de que la primera vez que había subido por el sendero hasta el campamento aquella mañana, no había nada de cristal en el

cráter del árbol. Lo habría visto brillar y no era así. Pero no dijo nada a John ni a Hodge. ¿De qué habría servido?

Tres años más tarde, los padres de Pringle recibieron una invitación a la boda del señor Liddon. Se casaba con la hija de un acaudalado constructor local y la recepción iba a celebrarse en Fen Hall, la casa del bosque. Pringle no asistió, pues era ya demasiado mayor para ir pegado a sus padres. De todas maneras, había perdido la afición por los árboles.

P. D. JAMES
(N. 1920)

UNA RESIDENCIA MUY ATRACTIVA

La gran rival de Rendell, si puede decirse que existió alguna rivalidad, ha de ser P. D. James (Phyllis Dorothy James White), otra escritora introspectiva dedicada al estudio psicológico.

Esta narración procede de Winter's Crime *(número 8), la importante serie anual que presenta los mejores relatos de misterio. Uno no se hace importante como escritor de crímenes hasta que no le han publicado un relato en una de estas antologías.*

«Una residencia muy atractiva» puede muy bien ser el relato que cierra la tradición. Igual que en «Fen Hall», la casa es un recordatorio del pasado. Los personajes, igual que los de Rendell, son corrientes hasta la depresión. No poseen ni la grandiosidad ni el atractivo de los que en otro tiempo dominaban la propiedad. Son supervivientes de la Gran Tradición, pero sólo supervivientes.

Cuando se recopilen las grandes narraciones de esta era, podrá muy bien hacerse en una colección llamada «Grandes misterios en pisos de ciudad ingleses». James sería una piedra angular de semejante colección. También lo sería Rendell, y Fremlin y Yorke y otros que escriben con contemporánea familiaridad.

Aquí no se hallará a lord y lady Ferncliffe, lord Peter y el señor Holmes. Éstos han desaparecido, pero no han sido olvidados. Afortunadamente, pueden ser evocados de nuevo simplemente volviendo una página.

En el transcurso y después del juicio de Harold Vinson, en el que yo era un testigo de la acusación relativamente poco importante, hubo las especulaciones desinformadas, inútiles y repetitivas de costumbre en cuanto a si los que le conocíamos habríamos adivinado jamás que era un hombre capaz de proyectar el asesinato de su esposa. Se suponía que yo le conocía mejor que la mayor parte del personal de la escuela, y a mis colegas les parecía irritantemente farisaico que yo fuera tan reacio a entrar en las murmuraciones generales referentes a lo que, al fin y al cabo, era el mayor escándalo de la escuela en veinte años. «Tú les conocías a los dos. Solías visitar la casa. Les veías juntos. ¿No lo adivinaste?», insistían, pensando, evidentemente, que había sido negligente, que debería haber visto lo que pasaba y haberlo evitado. No, yo no lo adiviné; o, si lo hice, lo adiviné mal. Pero tenían toda la razón. Podía haberlo evitado.

Conocí a Harold Vinson cuando acepté un puesto de profesor de arte junior en el instituto de segunda enseñanza donde él enseñaba matemáticas a los mayores. No era un lugar demasiado deprimente, como son estas fábricas de enseñanza. La escuela estaba basada en la vieja escuela secundaria del siglo dieciocho, con algunas adiciones modernas no demasiado espantosas, situada en una agradable ciudad junto al río a unos treinta quilómetros al sudeste de Londres. Era una comunidad en la que predominaba la clase media, un poco presumida y culturalmente tímida, pero apenas excitante intelectualmente. Con todo, me satisfacía bastante como primer trabajo. No tengo nada que objetar a la clase media o a sus habitats; yo también pertenezco a ella. Y sabía que tenía suerte de haber conseguido el puesto. La mía es la historia usual del artista con suficiente talento pero sin suficiente respeto por las idioteces de moda del sistema artístico contemporáneo para vivir decentemente. Los hombres más entregados optan por vivir en habitaciones baratas y seguir pintando. Soy exigente en cuanto a dónde y cómo vivo, asique elegí un título de enseñanza de arte y el instituto de West Fairing.

Sólo necesité una velada en casa de Vinson para darme cuenta de que era un sádico. No me refiero a que atormentara a sus discípulos. No le habrían

permitido seguir, de haberlo intentado. Actualmente, el equilibrio de poder en las aulas ha cambiado con creces, y si alguien atormenta son los niños. No, como profesor era sorprendentemente paciente y concienzudo, un hombre con auténtico entusiasmo por su materia «disciplina» era la palabra que él prefería utilizar, ya que era un esnob intelectual y dado a utilizar la jerga académica, y poseía un sorprendente talento para comunicar ese entusiasmo a los chicos. Era un ordenancista bastante rígido, pero yo nunca he visto que a los chicos les desagrade la firmeza, siempre que el maestro no caiga en ese sarcasmo pedante que, aprovechándose de la incapacidad del niño para competir, se siente como injusto. También les aprobaba los exámenes. Digan lo que quieran, eso es algo que los chavales de clase media y sus padres aprecian. Lamento haber caído en el uso de la palabra «chavales», ese moderno lema que conlleva una mezcla de superioridad y adulación. Vinson jamás la utilizaba. Su costumbre era hablar de los alumnos de sexto. Al principio creí que era un intento de humor suavemente pretencioso, pero ahora lo dudo. En realidad no era un hombre jocoso. Los rígidos músculos de su rostro raras veces se contraían para sonreír, y cuando lo hacían, formaban una mueca desconcertante así como dolorosa. Con su figura delgada, ligeramente encorvada, los ojos graves tras las gafas de concha, y las quejumbrosas arrugas profundas desde la nariz a las comisuras de la boca, parecía engañosamente lo que todos creíamos que era: un pedante de mediana edad, desagradable y no muy feliz.

No, no era a sus apreciados alumnos a quien intimidaba y tiranizaba. Era a su esposa. La primera vez que vi a Emily Vinson fue cuando me senté a su lado el día del memorial del fundador, una arcaica función heredada de la vieja escuela y contemplada con tanta reverencia, que incluso las esposas de los profesores que raras veces asomaban el rostro por la escuela se sentían obligadas a asistir a ella. Ella era, adiviné, casi veinte años más joven que su esposo, una mujer delgada y de aspecto nervioso con el cabello castaño rojizo que se había marchitado pronto, y la piel muy pálida y transparente que a menudo acompaña a ese color de pelo. Iba vestida con elegancia, demasiado para una mujer inclasificable como ella, de modo que el vestido mal elegido, demasiado moderno, simplemente resaltaba su frágil normalidad. Pero sus ojos eran notables, de un insólito gris verdoso, muy grandes y ligeramente exoftálmicos bajo las cejas arqueadas y finas. Pocas veces los volvía hacia mí, pero cuando, de vez en cuando, me lanzaba una rápida mirada elíptica, era tan asombroso como volver un óleo Victoriano desconocido y descubrir un Corot.

Al final del día del memorial del fundador recibí mi primera invitación para visitarles en su casa. Me pareció que vivían con cierto estilo. Ella había heredado de su padre una pequeña pero perfectamente proporcionada casa georgiana que se elevaba sola en unos dos acres de terreno, con céspedes que descendían hasta el río. Al parecer, su padre era un constructor que había comprado la casa barata a su arruinado propietario con la idea de demolerla y construir un bloque de pisos. Las autoridades de urbanismo habían emitido una orden de conservación justo a tiempo y él murió al cabo de unas semanas, sin duda de pena, dejando la casa y su contenido a su hija. Ni Harold Vinson ni su esposa parecían apreciar lo que poseían. Él se quejaba del gasto; ella se quejaba del trabajo que daba la casa. La fachada perfectamente proporcionada, tan hermosa que quitaba el aliento, parecía dejarles tan impasibles como si vivieran en una caja de ladrillo. Incluso el mobiliario, que había sido comprado junto con la casa, era tratado por ellos con tan poco respeto como si se tratara de reproducciones baratas. Cuando al finalizar mi primera visita felicité a Vinson por la espaciosidad y las proporciones del comedor, él respondió:

—Una casa no es más que el espacio entre cuatro paredes. ¿Qué importa si están separadas o muy juntas, o de qué están hechas? Sigues estando en una jaula.

En ese momento su esposa llevaba los platos a la cocina y no le oyó. Él habló tan bajo que yo apenas le oí. Ni siquiera estoy seguro de que quisiera que le oyera.

El matrimonio es a la vez la más pública y la más secreta de las instituciones, sus miserias tan irritantemente insistentes como una tos seca, su malestar privado menos fácilmente diagnosticado. Y nada es tan destructivo como la infelicidad para la vida social. Nadie quiere estar sentado en un silencio embarazoso mientras sus anfitriones demuestran su incompatibilidad y desagrado mutuos. Al parecer, ella no podía abrir la boca sin que él se irritara. Ninguna opinión que ella expresara merecía ser escuchada. Su conversación sobre asuntos domésticos —que era, al fin y al cabo, lo único que ella tenía—, invariablemente le provocaba por su banalidad, y así él dejaba el cuchillo y el tenedor con una expresión de aburrimiento paciente y resignado en cuanto, con una nerviosa mirada preparatoria a él, ella se decidía a hablar. Si hubiera sido un animal, al encogerse con aquella histriónica y esencialmente falsa expresión de lastimosa súplica, la tentación de darle una patada habría resultado irresistible. Y verbalmente, Vinson le daba una patada.

Tenían pocos amigos, cosa nada sorprendente. Mirando hacia atrás, probablemente sería más cierto decir que no tenían auténticos amigos. El único colega de él que les visitaba, aparte de mi, era Vera Pelling, la profesora de ciencias junior, y ella, pobre muchacha, era tan poco atractiva que no le quedaban muchas alternativas. Vera Pelling es la refutación viva de esa teoría tan querida, entiendo yo, por los periodistas de belleza y moda de las revistas femeninas de que cualquier mujer, si se toma la molestia, puede sacar partido de su aspecto. Nada podía hacerse con los ojitos como de cerdo que tenía Vera y su barbilla inexistente, y, cosa muy razonable, ella no lo intentaba. Lamento parecer duro. Vera no era mala persona. Y si creía que formar un cuarteto conmigo en una ocasional cena con los Vinson era mejor que comer sola en su piso amueblado, supongo que tenía sus razones, igual que yo tenía las mías. No recuerdo haber visitado nunca a los Vinson sin Vera, aunque Emily vino a mi piso en tres ocasiones, con la aprobación de Harold, a posar para un retrato. No fue un éxito. El resultado parecía un pastiche de un Stanley Spencer primerizo. Fuera lo que fuese lo que intenté captar, esa sensación de una vida secreta transmitida en el raro destello gris verdoso de aquellos singulares ojos, no lo conseguí. Cuando Vinson vio el retrato, dijo:

—Fuiste prudente, muchacho, al optar por la enseñanza como medio de ganarte la vida. Aunque contemplando este esfuerzo, diría que la elección no fue voluntaria.

Por una vez, me sentí tentado de estar de acuerdo con él.

Vera Pelling y yo llegamos a estar extrañamente obsesionados por los Vinson. Al volver a casa a pie, después de alguna de sus cenas, solíamos reflexionar acerca de los traumas de la velada como una vieja pareja casada que discute siempre las incapacidades de unos parientes que les desagradan pero a quienes no pueden soportar no ver. Vera era un buen mimo, e imitaba los tonos secos y pedantes de Vinson.

—Querida, creo que nos contaste ese nada interesante drama doméstico la última vez que cenamos juntos.

—¿Y qué has hecho hoy, cariño? ¿Qué fascinante conversación has mantenido con la estimable señora Wilcox mientras limpiabais juntas la sala de estar?

Realmente, confesó Vera, cogiéndome del brazo, se había hecho tan embarazoso que casi era suficiente para no volver a visitarles más. Pero al parecer no fue suficiente. Por eso también ella se encontraba en casa de los Vinson la noche en que aquello sucedió.

La noche del crimen —la frase posee un dejo estereotipado pero dramático que no es inapropiado a lo que, mírese como se mire, no era una vileza ordinaria— Vera y yo teníamos que estar en la escuela a las siete de la tarde para ayudar en el ensayo con trajes de la obra del colegio. Yo era responsable del decorado y algunos accesorios, y Vera del maquillaje. Era una hora intempestiva, demasiado pronto para comer antes y demasiado tarde para quedamos en la escuela sin pensar en cenar, y cuando Emily Vinson nos invitó, a través de su esposo, a Vera y a mi a tomar café y bocadillos a las seis, nos pareció sensato aceptar. Tengo que admitir que Vinson dejó claro que la idea había sido de su esposa. Pareció un poco sorprendido de que quisiera entretenernos tan brevemente («entretenemos» fue la palabra que utilizó). Vinson no participaba en la obra. Él nunca se negaba a emplear su tiempo libre para dar explicaciones extraordinarias relativas a su materia, pero para él era una cuestión de rígida política no involucrarse jamás en lo que describía como divertimientos de carácter privado que sólo atraían al adolescente regresivo. Sin embargo, era un buen jugador de ajedrez, y los miércoles por la noche pasaba tres horas, de las nueve hasta medianoche, en el club de ajedrez local del que era secretario. Era un hombre de hábitos meticulosos, y cualquier actividad escolar que se desarrollara un miércoles por la noche tenía que desarrollarse sin él.

Cada detalle, cada palabra dicha en aquella breve y poco notable comida —bocadillos secos de jamón cortado demasiado grueso y café sintético— fue contado por Vera y por mi ante el Tribunal de la Corona, asique siempre me ha intrigado el hecho de que no puedo visualizar la escena. Sé exactamente lo que ocurrió, por supuesto. Puedo repetir cada palabra. Sólo es que ya no puedo cerrar mis ojos y ver mentalmente, en color, la mesa de la cena y a nosotros cuatro sentados allí. Vera y yo dijimos en el juicio que los dos Vinson parecían más inquietos que de costumbre, que Harold, en particular, nos dio la impresión de que deseaba que no estuviéramos allí. Pero podía ser que a la sazón no hubiera sido así.

Este incidente vital, si se puede llamar así, sucedió hacia el final de la comida. En aquel momento pareció tan corriente, y ahora parece tan crucial… Emily Vinson, como si se hubiera dado cuenta con inquietud de sus deberes como anfitriona y del silencio inexplicable que se había hecho en la mesa, hizo un esfuerzo palpable. Levantando la vista y mirando nerviosa a su esposo, dijo:

—Esta mañana han venido dos operarios muy agradables y educados…

Vinson se rozó los labios con la servilleta de papel que después arrugó convulsivamente. Le interrumpió con insólita aspereza en la voz.

—Emily, querida, ¿crees que esta noche podrías ahorrarnos los detalles de tu rutina doméstica? He tenido un día particularmente cansado. Y estoy intentando concentrarme en el juego de esta noche.

Y eso fue todo.

El ensayo con trajes terminó sobre las nueve, como estaba previsto, y dije a Vera que había olvidado un libro de la biblioteca en casa de los Vinson y quería recogerlo al volver a casa. Ella no puso ninguna objeción. Daba la impresión, pobre chica, de que nunca tenía prisa por llegar a casa. Sólo había un cuarto de hora a paso rápido hasta la casa y, cuando llegamos, vimos enseguida que algo sucedía. Había dos coches, uno de ellos con una luz azul en el techo, y una ambulancia aparcada sin estorbar al lado de la casa. Vera y yo nos miramos brevemente y corrimos a la puerta principal. Estaba cerrada. Sin llamar, nos precipitamos al otro lado. La puerta trasera, que conducía a la cocina, estaba abierta. Vi de inmediato que la casa se hallaba llena de hombres fornidos, dos de ellos vestidos de uniforme. Había, recuerdo, una mujer policía inclinada sobre la figura de Emily Vinson, que estaba tendida boca abajo. Y la mujer de la limpieza, la señora Wilcox, también se encontraba allí. Oí que Vera explicaba a un policía de paisano, evidentemente el hombre de más edad presente, que éramos amigos de los Vinson, y que habíamos cenado con ellos aquella misma noche.

—¿Qué ha sucedido? —no cesaba de preguntar—. ¿Qué ha ocurrido?

Antes de que la policía pudiera responder, la señora Wilcox lo escupió todo, los ojos brillantes de excitación y engreída indignación. Me di cuenta de que la policía quería deshacerse de ella, pero no resultaba tan fácil. Y, al fin y al cabo, ella había sido la primera en llegar. Lo sabía todo. Lo oí contar, con una serie de frases entrecortadas:

—Golpeada en la cabeza… terrible herida… señales en todo el suelo de *parquet*, por donde la ha arrastrado… al venir… demonio humano… la cabeza descansaba sobre un cojín en la cocina de gas… pobrecilla… he llegado a tiempo, a las nueve y veinte… siempre vengo a ver la televisión en color con ella el miércoles por la noche… la puerta trasera, como siempre… he encontrado la nota en la mesa de la cocina.

La figura que se retorcía en el suelo, gimiendo y llorando en una serie de ásperos quejidos como un animal herido, de pronto se levantó y habló con coherencia.

—¡Yo no la he escrito! ¡Yo no la he escrito!

—¿Quiere decir que el señor Vinson ha intentado matarla?

Vera se mostró incrédula, volviendo la cabeza hacia los rostros atentos e inescrutables de la policía. El oficial mayor intervino:

—Señora Wilcox, creo que es hora de que se vaya a casa. La ambulancia está aquí. Más tarde irá un oficial para tomarle declaración. Nos ocuparemos de la señora Vinson. Usted no puede hacer nada más.

Se volvió a Vera y a mi.

—Si han estado aquí antes, me gustaría hablar con ustedes. Ahora han ido a buscar al señor Vinson a su club de ajedrez. Pero si hacen el favor, esperen en la sala de estar.

Vera dijo:

—Pero si él la ha dejado inconsciente de un golpe y le ha metido la cabeza en el horno, ¿cómo es que no está muerta?

Fue la señora Wilcox quien respondió, volviéndose triunfante mientras la acompañaban fuera:

—El cambio de gas, por eso. Desde esta tarde tenemos gas natural. Ese del mar del Norte. No es tóxico. Los dos hombres de la compañía del gas han venido justo después de las nueve.

Estaban colocando a Emily Vinson en una camilla. Su voz nos llegó como un gemido quejumbroso.

—He intentado decírselo. ¿Lo recuerdan? ¿Le han oído? He intentado decírselo.

La nota de suicidio fue uno de los documentos mostrados en el juicio de Vinson. Un analista de documentos del laboratorio de ciencias forenses testificó que se trataba de una falsificación, una falsificación muy bien hecha pero no era la letra de la señora Vinson. No podía dar una opinión respecto a si era obra de su esposo, aunque sin duda estaba escrita en una hoja sacada de un bloc encontrado en el escritorio de la sala de estar. No se parecía a la escritura normal del acusado. Pero, en su opinión, no había sido escrita por la señora Vinson. Dio varias razones técnicas que apoyaban su punto de vista y el jurado le escuchó respetuosamente. Pero no se sorprendieron. Sabían que no había sido escrita por la señora Vinson. Ella había subido al estrado y lo había dicho. Y ellos tenían perfectamente claro quién la había escrito.

Hubo otro dato del forense. Las «señales en todo el suelo de *parquet*» que había dicho la señora Wilcox se reducían a un solo arañazo largo pero poco profundo, justo después de la puerta de la sala de estar. Pero era un arañazo

importante. Lo habían producido los tacones de los zapatos de Emily Vinson. En los lados de los tacones raspados, no en las suelas, se habían encontrado indicios del pulimento del suelo que ella utilizaba, y había diminutos restos del betún de sus zapatos en el arañazo del suelo.

El oficial de las huellas digitales presentó pruebas. Hasta entonces no me había dado cuenta de que los expertos en huellas digitales son en su mayoría civiles. Debe de ser un trabajo aburrido, ese examen constante y meticuloso de superficies. Duro para los ojos, diría yo. En este caso, lo importante era que no había encontrado huellas. Los mandos del gas se habían limpiado. Vi que el jurado se reanimaba físicamente al oír esta noticia. Fue un error, está bien. No era necesario un juicio para señalar que en los mandos debería haber habido las huellas de la señora Vinson. Al fin y al cabo, ella había cocinado la última comida. Un asesino más listo se habría limitado a llevar guantes, manchando las huellas existentes pero asegurándose de que él no dejaba ninguna. Limpiar los mandos del gas había sido una precaución excesiva.

Emily Vinson, tranquila, afligida pero valiente, evidentemente reacia a testificar en contra de su esposo, estuvo muy competente en el estrado. Apenas la reconocí. No, no había dicho a su esposo que ella y la señora Wilcox habían quedado para mirar la televisión juntas poco después de las nueve. La señora Wilcox, que vivía cerca, solía ir a pasar un par de horas con ella los miércoles por la noche, cuando el señor Vinson estaba en su club de ajedrez. No, no le gustaba decírselo al señor Vinson. Al señor Vinson no le gustaba mucho invitar a gente a su casa. El mensaje llegó al jurado tan claro como si lo hubiera deletreado, el cuadro de una esposa oprimida, no intelectual, que ansiaba tener la compañía humana que su esposo le negaba, y que miraba un popular programa de televisión con la mujer de la limpieza a una hora en que estaba segura de que su marido no las pillaría. Miré la máscara orgullosa e inflexible de él, que apretaba las manos en el borde del banquillo de los acusados, e imaginé lo que pensaba, lo que habría dicho:

—Ya tienes bastantes insignificancias domésticas y conversación de la señora Wilcox, poco excitante diría yo, sin invitarla a pasar a nuestra sala de estar. Esa mujer debería saber cuál es su lugar.

El juicio no duró mucho. Vinson no efectuó ninguna defensa salvo reiterar con terquedad, los ojos fijos al frente, que él no lo había hecho. Su abogado hizo todo lo que pudo, pero con la obstinada persistencia de un hombre resignado al fracaso, y el jurado daba la impresión de estar formado por gente que se alegraba de verse enfrentados, por una vez, con un caso claro que realmente podían entender. El veredicto fue inevitable. Y el posterior juicio

por divorcio fue aún más corto. No es difícil convencer a un juez de que tu matrimonio está completamente destrozado cuando tu esposo cumple una condena de prisión por intento de asesinato.

Dos meses después del fallo nos casamos y tomé posesión de la casa georgiana, la vista del río, el mobiliario estilo regencia. Con las posesiones físicas yo sabía exactamente lo que obtenía. Con mi esposa, no estaba tan seguro. Había algo inquietante, incluso temible, en la competencia con que llevó a cabo mis instrucciones. Por supuesto, no había sido muy difícil. Lo habíamos planeado juntos durante las sesiones en que le pinté el retrato. Yo le escribí y entregué la nota del falso suicidio en el papel que ella me había dado unos días antes de que maduraran nuestros planes. Sabíamos cuándo iban a cambiar el gas. Ella, siguiendo las instrucciones, colocó la nota en la mesa de la cocina antes de arañar el suelo pulido con los tacones de sus zapatos. Incluso había logrado con éxito la única parte difícil, golpearse la parte posterior de la cabeza contra la pared de la cocina lo bastante fuerte para producirse una magulladura impresionante pero no tanto como para arriesgarse a no poder efectuar los preparativos finales: colocar el cojín en el fondo del horno para la cabeza, encender el gas y después limpiar el mando con el pañuelo.

¿Y quién hubiera imaginado que eran tan consumada actriz? A veces, recordando aquel angustiado grito animal de «Yo intenté decírselo. Yo intenté decírselo», me pregunto de nuevo que hay tras esos ojos singulares. Ella sigue actuando, por supuesto. Lo encuentro notablemente irritante, esa costumbre que tiene, en particular cuando nos encontramos acompañados, de mirarme con esa expresión mansa, suplicante, de perro apaleado siempre que le hablo. Provoca crueldad. Quizá ésa es la intención. Me temo que estoy empezando a tener fama de sádico. Parece que la gente ya no quiere venir a casa.

Existe una solución, por supuesto, y no puedo hacer ver que no he reflexionado sobre ella. Un hombre que ha matado a otro simplemente para conseguir su casa no es probable que sea demasiado quisquilloso respecto a matar a otro. Y fue asesinato; tengo que aceptarlo.

Vinson sólo cumplió seis meses de su condena antes de morir en el hospital de la prisión de lo que debió ser una gripe sin complicaciones. Quizá su trabajo era en realidad su vida y sin sus apreciados alumnos desapareció la voluntad de vivir. O quizá no quiso vivir con el recuerdo de la gran traición de su esposa. Bajo la tiranía, la impaciencia, la acritud, quizá había existido alguna clase de amor.

Pero la solución última me está prohibida. Hace un mes, Emily me explicó, mansa, como una niña que plantea un problema, y con una rápida mirada de soslayo, que había escrito una confesión y la había dejado en manos de su abogado.

—Sólo por si me sucede algo, cariño.

Explicó que lo que hicimos al pobre Harold le atormentaba, pero que se sentía mejor después de haber escrito todos los detalles y podía estar segura de que, después de su muerte, al fin se conocerá la verdad y el recuerdo de Harold será limpiado. No podía decirme más claramente que me interesa morir antes que ella.

Maté a Harold Vinson para conseguir la casa; Emily, para conseguirme a mí. En conjunto, ella salió ganando. Dentro de pocas semanas perderé la casa. Emily la vende. Al fin y al cabo, no puedo hacer nada para detenerla; este lugar le pertenece a ella, no a mi.

Después de casarnos, dejé mi puesto de profesor, pues me resultaba embarazoso encontrarme con mis colegas como esposo de Emily. No es que nadie sospechase. ¿Por qué iban a hacerlo? Yo tenía una coartada perfecta para la hora del crimen. Pero había soñado que, al vivir en aquella perfección, tal vez pudiera convertirme en pintor. Era ésta la mayor ilusión de todas.

Ahora están retirando del final del sendero la tabla que dice: «Esta atractiva residencia está en venta». Emily consiguió un precio muy bueno para la casa y los muebles. Mas que suficiente para pagar la pequeña pero pretenciosa caja de ladrillo en un inmueble de ejecutivos en el norte de Londres que será mi jaula a partir de ahora. Lo ha vendido todo. Sólo nos llevamos la cocina a gas. Porque, como señaló Emily cuando protesté, ¿por qué no? Está en perfecto estado.

JAMES MILES

EL ENIGMA DE WORCESTER

Antes de terminar, una aventura final; un regreso a aquellos días de esperanza y gloria en que el bienestar de la nación descansaba a menudo en las seguras manos de Sherlock Holmes.

Esta vez nos enfrentamos con un problema extraordinario, uno de los casos de Holmes menos conocidos, pero que incluye uno de los misterios más incomprensibles de Inglaterra.

Las campanadas del Big Ben suenan fuera de la ventana. Se oye el traqueteo de los carruajes en Baker Street. Se levanta la niebla nocturna. Una figura emerge de las sombras y se acerca a la puerta del 221B…

Distinguidos señores:

Les adjunto el manuscrito «El enigma de Worcester» y carta. Fueron hallados recientemente entre los papeles de la finca de mi abuelo. Debido a su tema, he creído que tal vez pudieran encontrarlo adecuado para su publicación en su revista.

Atentamente,
James M.

Dr. Thomas M. 3 de mayo, 1936
Sansome Walk
Worcester, Inglaterra.

Querido Tom:

Me alegré mucho de volver a verte después de todos estos años. Tenías un aspecto magnífico. Normalmente los asuntos de esa clase me parecen un gran aburrimiento, pero debo decir que disfruté inmensamente de nuestra charla.

Me preguntaste por los casos de Holmes que incluían Worcester, y el otro día, mientras consultaba mis archivos, encontré el que te adjunto. Durante algún tiempo tuve intención de publicar lo del enigma de Worcester, pero descubrí, después de varios intentos de ponerlo por escrito, que era demasiado técnico para el público general. También incluye la mención de cierto fluido corporal que el público nunca ha encontrado aceptable en literatura, por muy buen gusto que se ponga al presentarlo.

Finalmente, y con toda sinceridad, en este asunto Holmes me avergonzó, por decirlo de alguna manera, en mi propia

profesión, vergüenza que tengo pocos deseos de hacer circular entre mis lectores.

Por lo tanto, te envío a ti este manuscrito. Todavía está muy en bruto, y le falta el pulido final que intento dar a mis relatos publicados. Léelo a tu comodidad. No deseo que me lo devuelvas.

Saluda a Kate de mi parte.

Sinceramente,
John (Watson).

Era finales de la temporada del ochenta y ocho cuando nos reunimos en la sala de estar del 221B de Baker Street, después de asistir a una función de tarde de *La Traviata* en Covent Garden. Holmes se había esmerado en señalar los defectos de la Violetta, una tal señorita Maud Palmerston, pariente lejana de sir Charles Halle.

—La señorita Palmerston —observó Holmes, aplicando un arco a su violín mientras paseaba por la habitación— ha alcanzado la dudosa distinción de hacer parecer que la infortunada heroína de Verdi moría como consecuencia de un ataque de asma de tres horas. En verdad, parecía tan estrangulada y sin aliento, que casi esperaba que usted se levantara del asiento para prestarle auxilio médico.

Yo hundí los ojos en el periódico de la tarde, tratando de olvidar aquella espantosa experiencia.

—Watson —prosiguió mi amigo, haciendo sonar unas impecables notas de un capricho de Paganini—, se me ocurre que si Inglaterra se convierte en una tierra sin música, lo más probable es que sea porque aquí se trata tan mal a la musa. Conozco su afición a Parry, y esas abominables mezclas de Stainer, pero debe admitir que Inglaterra no ha logrado producir una figura musical de primera clase desde Henry Purcell.

—Vamos, Holmes, creo que exagera —objeté, dejando el periódico—. ¿Qué me dice de las operetas de Sullivan? Le he oído comentar con agrado sus méritos.

—Si, si —dijo él impaciente—, pero seguramente no les situaría usted junto a las obras de Mozart y de Verdi… Vaya, ¿qué es eso?

Holmes se había detenido en la ventana y miraba hacia la calle. Me acerqué a él a tiempo de vislumbrar a un hombre de constitución robusta y

porte militar que miraba nuestra casa inciertamente a través de la neblina del atardecer.

Holmes volvió al centro de la habitación y reanudó sus reflexiones con el violín. Inició un tema bastante característico de intervalos descendentes que recordaba haberle oído tocar en anteriores ocasiones.

—Ya ve, Watson, con qué facilidad entra en el oído. Estoy seguro de que es debido a su correspondencia con ciertas pulsaciones eléctricas y circulatorias dentro del cerebro.

La señora Hudson llamó a la puerta para anunciarnos que teníamos visita.

Holmes asintió con la cabeza sin interés y comenzó a repetir su tema.

—Me temo que estas sutilezas de la musicalidad han escapado al oído inglés. Al menos al oído de la señorita Palmerston, que ha reescrito la música de Verdi en detrimento suyo. Ah, escuche eso, Watson. Tan endemoniadamente sencillo, y sin embargo tan agradable al oído. ¿No está de acuerdo, señor?

Se volvió de pronto para mirar a nuestro visitante, que apareció en el umbral de la puerta. El pobre tipo fue pillado por sorpresa, naturalmente.

Observé que nuestro invitado era mucho más joven de lo que me había parecido al principio, no tendría más de treinta, diría yo. Poseía una nariz prominente y cuadrada, un gran bigote que amenazaba con rodearle la cabeza, y una frente alta sobre unos ojos cálidos aunque con una mezcla de melancolía y malicia. Enseguida le tomé por un hacendado rural —firme y vigoroso, brillante y bucólico—, la personificación de todo lo que distingue mejor a los ingleses.

Holmes dejó su instrumento y señaló una silla junto al fuego.

—Como estábamos inmersos en un serio discurso acerca de la naturaleza de la música, he pensado que quizá usted, como músico serio y experto, podría ofrecernos su teoría.

—Extraordinario —exclamó el hombre joven, sentándose—. Pero ¿cómo lo ha sabido?

—Simple razonamiento deductivo —declaró Holmes, cogiendo una pipa de la mesita auxiliar—. Por los pequeños restos de tela blanca que tiene sobre el hombro izquierdo de la chaqueta, diría que tiene la costumbre de colocar allí un pañuelo. Por lo tanto, he de sacar la conclusión de que toca el violín. Por las uñas de las manos tan cortas, he de suponer que no se trata de algo casual. Por la forma de las palmas de las manos, también deduciría que es adepto a un instrumento de teclado. Por las peculiares señales en la suela de su bota, que se han revelado al cruzar las piernas, supongo que el instrumento

de teclado es el órgano. Por lo tanto, las manchas de tinta del puño son consecuencia de un trabajo escrito, seguramente composición musical.

—Asombroso —dijo nuestro invitado, inclinándose hacia adelante—. Es usted tan bueno como Alice me hizo creer.

—Bien, pero dudo que haya venido desde Worcestershire sólo para que le adivinara su profesión.

—Veo que no puedo tener secretos para usted —dijo nuestro invitado, complacido.

Holmes, paciente, dio unas chupadas a su pipa y esperó a que nuestro invitado hablara.

—Así es, señor Holmes. Soy músico, profesor de música de Worcester. También soy compositor de algunas obras muy modestas. Recientemente me he enamorado de una de mis alumnas, la señorita Caroline Alice Roberts, hija del general de división sir Henry Gee Roberts. Le diría que tenemos intención de casamos, pero…

Dejó de hablar, y empezó a rebuscar en su chaleco, ostensiblemente tabaco.

—Hay problemas —intervino Holmes, ayudando al tipo en lo que a todas luces era un trance difícil.

—Si, eso me temo —admitió, abandonando su búsqueda—. Verá, tengo poco dinero propio, en su mayor parte lo que gano con las clases, y unos cuantos chelines de vez en cuando con algún concierto local. No es mucho, me temo. Los padres de Alice están muy bien situados y, cosa nada sorprendente, se oponen a la unión. Preferirían que Alice se casara con el señor Adrián Fox-Fordyce, hijo del diputado local. Adrián es más ambicioso, y tiene una base más sólida en cuestiones que ellos consideran importantes para el bienestar de Alice.

Holmes asintió en gesto de comprensión.

—Amo a Alice, señor Holmes. Y ella me ama. Ella ha sido mi inspiración, me ha hecho más que yo mismo. Hace dos noches, instado por Alice, decidí pedir su mano en matrimonio. Sabía lo que diría el general Roberts, pero estaba decidido a explicarme.

»Lamentablemente, se produjo una escena terrible. Me temo que ambos llegamos a gritar. Abandoné la casa bruscamente. Más tarde, Alice envió recado de que su padre se había puesto enfermo. Al parecer padece de diabetes, y debe de haber perdido el control. Está gravemente enfermo, y lady Roberts me acusa a mí de habérselo provocado.

Holmes asintió, y volvió a encender su pipa.

—Un asunto muy lamentable, pero no veo en qué puedo ayudar yo.

—Esta mañana he vuelto a hablar a Alice, y ella es de la opinión de que puede existir juego sucio. Según uno de los criados, el general Roberts regresó de Londres el día de ese desafortunado suceso en un estado de agitación e inquietud. Mi petición sólo sirvió para alterarle más. Aquella noche, más tarde, el general Roberts y su esposa tenían que cenar con sir Gregory Fox-Fordyce, pero regresaron a casa temprano porque el general se quejó de no encontrarse bien. Alice dice que los Fox-Fordyce habían estado presionando para que ella se casara con Adrián. Sir Gregory ha sufrido pérdidas financieras recientemente, como consecuencia de unas inversiones poco juiciosas. Ese matrimonio resultaría ventajoso para él.

Holmes se levantó y se acercó a la ventana.

—Y supongo que Alice piensa que sir Gregory podría tener algo que ver con la repentina enfermedad de su padre.

—A Alice no le cae bien sir Gregory, señor Holmes. Cree que es un hombre cruel que haría cualquier cosa para ascender. Estando el general Roberts incapacitado, Alice cree que su madre podría ser presionada para celebrar esa unión. Lady Roberts ha dependido durante años de su esposo. Si él no estuviera… bueno, creo que entiende usted a dónde quiero llegar.

—Indudablemente —dijo Holmes—. Supongo que algún médico sigue el caso.

—Sí, el doctor Harvey. Un destacado hombre del lugar. Muy bien considerado. Se retiró de una consulta en Harley Street por razones de salud. Acudió en cuanto el general se puso enfermo.

—Muy bien, Watson. Creo que debemos partir de inmediato. —Se volvió de nuevo a su invitado—. Por cierto, con sus prisas, la señora Hudson se ha olvidado de darnos su nombre.

—Lo siento, caballeros —dijo el hombre, ofreciendo su mano—. Me llamo Elgar. Edward Elgar.



Subimos al último tren de la estación de Paddington, llegamos a Worcester en plena noche, y no perdimos tiempo en ir directamente al piso de Elgar en las afueras de Malvern, unos trece quilómetros al sudeste. Yo me encontré dando cabezadas varias veces, pero Holmes se hallaba estimulado por el reto, y conversó largamente con el joven Elgar junto a un fuego preparado a nuestra llegada.

Finalmente, al amanecer, nos encaminamos a través del verde campo de Worcestershire hacia la residencia de los Roberts, Hazeldine House, en Redmarley d'Abiot. Nos anunciaron y presentaron directamente a la señorita Alice Roberts, una elegante y femenina figura cuyo rostro reflejaba, no obstante, el sacrificio de sueño que la presente calamidad le había requerido. Era, supuse, unos años mayor que Elgar, aunque su actitud era de lo más gentil y encantadora. No era, diría yo, una mujer verdaderamente hermosa, pero había cierta dosis de fuerza y ánimo en su porte que le hacía parecerlo. Nos saludó calurosamente, a pesar de lo temprano de la hora.

—Me alegro de que hayan venido —dijo a modo de saludo—. El doctor Harvey está aquí. Papá sigue igual. Finalmente he convencido a madre de que descanse un poco, pobre. No se ha tomado esto nada bien. Confío en que «Edoo» les ha contado la situación.

Se puso a su lado y le cogió la mano afectuosamente mientras hablaba.

—Si —dijo Holmes—, pero quedan algunas cuestiones. ¿Cuál era la naturaleza del viaje de su padre a Londres el día de su enfermedad?

—No estoy segura. Creo que tenía que examinar algunos asuntos de negocios, y reunirse con algunos amigos en su club.

—¿Vio a su padre después que regresó de la cena con los Fox-Fordyce aquella noche?

—Sí, aunque brevemente. Él estaba bastante agitado y preocupado. Se quejó de dolor de cabeza, y al principio se negó a que madre enviara a buscar al doctor Harvey. Más tarde, sin embargo, cambió de opinión, y él mismo lo mandó ir a buscar.

—¿Cuándo vio usted a su padre, después?

—Mucho más tarde. Padre se retiró a su estudio hasta que llegó el doctor Harvey. Su estado se deterioró muy rápidamente. Tuvimos suerte de que el doctor Harvey viniera tan pronto como lo hizo.

—Supongo que su padre se encuentra en buenas relaciones con sir Gregory.

—A juzgar por las apariencias, sí. Madre dijo que la velada había sido muy cordial, aunque a padre le pareció que sir Gregory fue muy poco delicado al plantear el tema de la boda. Supongo que «Edoo» le ha contado que mis padres desean que me case con Adrián. Bien, no tengo nada contra Adrián. De hecho, es una persona dulce e inofensiva. Pero les he dicho que sino me permiten casarme con «Edoo», no me casaré con nadie. Y es definitivo.

Sus ojos eran desafiantes, y por la mueca que hizo con la boca supe que era una mujer que hacía lo que se proponía.

Nuestra conversación fue interrumpida por la aparición de un hombre alto, elegantemente vestido con un traje oscuro, que llevaba un maletín de médico. El hombre, quien supuse se trataba del doctor Harvey, se inclinó ligeramente ante nuestra presencia. Incluso en el campo de las Midlands tenía la actitud altiva de Harley Street.

—Señorita Roberts, ¿puedo hablar con usted? —preguntó con toda cortesía—. Tengo malas noticias. Su padre no ha experimentado ningún cambio, a pesar de todos mis esfuerzos. Creo que debería informar a su madre de que se prepare para lo peor.

La angustia y el dolor asomaron al rostro de la señorita Roberts. Elgar la sostuvo con ternura, conteniendo las lágrimas.

—Debo regresar a mi consulta —prosiguió el doctor—, pero volveré a pasar más tarde esta mañana, en cuanto pueda. Entretanto, he dado instrucciones a la señorita Jenkins. Es una mujer muy capacitada. Sin embargo, no vacile en enviarme recado en caso de que me necesiten.

—Supongo, entonces, que el general Roberts se encuentra en un coma diabético irreversible —preguntó Holmes, adelantándose.

—Me parece que no nos han presentado —dijo el doctor, retirándose y mirando a mi amigo como si se tratara de un repugnante pedazo de sebo.

—Permítame que me presente. Soy Sherlock Holmes, amigo del general Roberts.

El semblante del doctor Harvey traicionó su sorpresa. Abrió ligeramente la boca, y abandonó por completo su actitud tirante.

—He oído hablar de usted, señor —dijo educado—. Debe perdonar mi rudeza. Estoy muy cansado. La enfermedad del general nos ha puesto en tensión a todos.

—No lo dudo. ¿Puede aclararme los detalles de la enfermedad del general?

—Me llamaron a esta casa a las nueve y media con un mensaje que decía que el general Roberts se quejaba de dolor de cabeza y malestar. Hace aproximadamente un año, le descubrí una leve diabetes en un examen de rutina. Cuando le vi la otra noche en su estudio, resultaba evidente que la enfermedad había avanzado en un grado alarmante. Se volvió letárgico e insensible. Apenas pude meterle en la cama. He probado todas las medidas que conozco para invertir su estado, pero no han servido de nada. Me temo que la situación no tiene esperanzas.

—¿Tiene idea de qué es lo que ha hecho que la enfermedad avance tan implacable?

—No, pero según mi experiencia es un caso frecuente con la diabetes.

—Entiendo —dijo Holmes pensativo—. ¿Es posible que ingiriera algo, quizá accidentalmente, que pudiera producir esto?

—No veo adonde quiere ir a parar, señor Holmes.

—Me han dicho que su paciente regresó temprano de una cena. Me preguntaba si podría haber tomado allí algo que pudiera afectar adversamente a su diabetes.

—Ah, entiendo —dijo el médico frotándose la barbilla caviloso—. Con toda franqueza, no había pensado en esa posibilidad. Supongo que es posible, pero no se me ocurre qué sustancia podría ser. El general tenía mucho cuidado con su dieta.

—Me pregunto si podría ver al general Roberts. No me quedaría más que unos minutos.

El doctor Harvey pareció que iba a objetar algo, pero dio su aprobación.

—¿Da su permiso para que mi amigo, el doctor Watson, nos acompañe? Es un amigo de confianza, y valoraría su presencia.

Harvey accedió de inmediato, y le seguimos hacia el vestíbulo, subimos una gran escalinata central y penetramos en una habitación a oscuras.

El ambiente era sofocante y olía a enfermedad; unas gruesas cortinas cubrían las ventanas, dando un aspecto de funeral. Una gran cama de caoba, con dosel, dominaba el otro extremo de la habitación. La iluminación procedía de una solitaria lámpara sobre una mesa que había junto a la cama, donde una hermana enfermera, con un traje recién almidonado y un reloj de oro clavado en el corpino, leía un libro sentada en una silla. Se levantó rápidamente cuando el doctor Harvey entró y le habló en un tono discreto.

Yo apenas podía vislumbrar el débil contorno de un hombre anciano a través de la cortina transparente que rodeaba la cama. Su respiración era lenta y profunda. Su rostro, o lo que veía de él, estaba pálido y exangüe.

El doctor Harvey metió la mano debajo de la cama y retiró un pequeño frasco de muestra que acercó a nosotros.

—Vean esto —dijo—. Grandes cantidades de azúcar a pesar de una dieta estricta sin azúcar.

Cogió unas gotas de reactivo Benedict y las echó en la muestra de orina. Ésta rápidamente se volvió oscura, confirmando la gravedad de la enfermedad del paciente.

—¿Qué significa esto? —preguntó con estridencia una voz de mujer—. Doctor Harvey, usted dijo que no estaban permitidas las visitas a mi esposo, ni siquiera la familia, y sin embargo usted convierte esta habitación en una sala de recepciones.

Una mujer, que supuse sería lady Roberts, se hallaba de pie en el umbral de la puerta, apoyándose en una doncella. Tenía el rostro contraído y ojeroso, sus facciones graves y exageradas. Interrumpió todos los intentos de explicación, ordenándonos que saliéramos de la casa. Ni siquiera las súplicas de Alice Roberts sirvieron de nada.

Una vez fuera, Holmes dio las gracias al médico, estrechándole la mano con toda cordialidad antes de subir al coche de Elgar. El joven músico estaba claramente inquieto, aunque no dijo nada cuando cogió las riendas.

—Qué lástima, Holmes —dije, mientras viajábamos por aquel paisaje rural—. Mal asunto, esta diabetes. Me temo que poco se puede hacer.

—Watson, me decepciona. El problema está ante nosotros con bastante claridad. Es un asunto diabólico. Hemos de actuar con rapidez.

—Dios mío. Entonces sospecha usted de juego sucio.

—En su forma más escalofriante. No hay tiempo que perder. Señor Elgar, si tiene la bondad, debemos ir enseguida a la oficina de telégrafos más próxima. Usted regrese a su piso y espere noticias de Hazeldine House.

Mi amigo quedó callado de nuevo, absorto en sus pensamientos. Una vez durante nuestro trayecto, le pillé llevándose un dedo a los labios, pero me encontraba demasiado cansado para darme cuenta de su significado.

Aproveché la oportunidad para dormir un poco en el sofá en la habitación delantera del piso de Elgar, mientras esperábamos a que Holmes regresara. Era un mueble duro e incómodo, hecho que me pasó inadvertido hasta que desperté varias horas más tarde. Elgar estaba sentado ante su piano, improvisando una pieza que había escrito para la señorita Roberts llamada *Salut d’Amour*. La tocó varias veces, y recuerdo que pensé que era una encantadora pieza sentimental.

Pasamos la tarde hablando de cuestiones musicales, observando el reloj de la repisa de la chimenea.

Al anochecer, Holmes entró, excitado.

—Rápido, hemos de volver a Hazeldine House. Espero que lleguemos a tiempo para evitar la tragedia.

Nos movimos con gran celeridad, realizando el viaje de dieciséis quilómetros en la mitad del tiempo que habíamos empleado por la mañana. Holmes irrumpió en la casa sin esperar a ser anunciado, y subió a toda prisa la

escalera hasta la habitación del enfermo. Lady Roberts se enfrentó con él en lo alto de la escalera, en un tono helado y áspero.

—¿Quién le ha dado permiso para irrumpir en esta casa como un delincuente común?

—Lo lamento, lady Roberts, pero si valora la vida de su esposo, me dejará pasar.

Sin esperar, Holmes la apartó y entró en la habitación del enfermo.

—No es necesario —dijo, cogiendo la jeringa de la mano de la sorprendida señorita Jenkins—. Señor Elgar, ¿quiere ocuparse de esta mujer?

Se volvió a mi, ansioso.

—Ahora, Watson, mire de cerca, ¿qué ve incorrecto?

Miré al paciente comatoso, e inmediatamente comprendí la situación.

—Por supuesto, Holmes. La respiración. ¡No es rápida y poco profunda, como sería en un coma diabético!

—Exactamente —dijo él, acercándose a la cabecera de la cama—. Si quiere ayudarme…

Se inclinó y se puso a examinar la parte posterior del cuero cabelludo del paciente.

—Ajá —exclamó, dejando al descubierto una herida que había bajo el blanco cabello—. He aquí la auténtica causa del coma del general Roberts.

Lady Roberts estaba pasmada. Su rostro no habría reflejado mayor sorpresa si Holmes hubiera sacado la Estrella de la India.

—Pero Holmes —dije—, ¿y el azúcar en la orina? Nosotros mismos lo vimos.

—Si, lo puso adrede para nosotros el doctor Harvey, mientras nuestra atención estaba centrada en el general Roberts. Fuera, después de estrecharle la mano, he notado pequeñas partículas granulares en mi mano, partículas dulces al gusto. He comprendido que había puesto azúcar en la orina cuando la ha sacado de debajo de la cama.

—Pero no lo entiendo —protestó lady Roberts—. El doctor Harvey y mi esposo eran buenos amigos. Se habían embarcado juntos en una aventura financiera.

Holmes contestó a lady Roberts, corriendo la cortina de la habitación.

—Sí. La misma aventura en la que su vecino, sir Gregory Fox-Fordyce, perdió recientemente sumas considerables. Me he tomado la libertad de telegrafiar a la Sociedad Médica de Londres para ver de lo que podía enterarme del retiro del doctor Harvey de esa sociedad. He sabido que se produjeron algunas irregularidades en las finanzas de varios de sus pacientes

de más edad. Lamentablemente, nada que pudiera ser demostrado ante un tribunal de justicia. Las víctimas eran reacias a presentar cargos. Asique una delegación de la Sociedad Médica le puso frente a lo que habían descubierto y le obligaron a abandonar la práctica médica.

»Su padre —prosiguió Holmes volviéndose a Alice Roberts— al parecer se enteró de esto en su viaje a Londres. Por eso regresó tan alterado. Cuando hizo venir al doctor Harvey a la casa, fue para encararle con este hecho, no en busca de atención médica. El doctor Harvey se asustó, y golpeó a su padre en la cabeza; luego inventó todo este asunto de la diabetes, hasta que pudiera decidir qué hacer.

»Sabía que al final tendría que acabar con su padre para protegerse a sí mismo. Afortunadamente, no ha podido conseguirlo.

—Y en buen lío me ha metido a mi —se quejó la señorita Jenkins, casi olvidada en manos de Elgar.

—Sí, eso me temo. No me ha dicho cómo la indujo a prolongar el coma con inyecciones de morfina mientras él contemporizaba.

La señorita Jenkins se encogió de hombros patéticamente.

—Supongo que siempre he sabido que nunca se casaría conmigo. ¿Dónde está ahora?

—Se ha marchado de Worcester. Eso se lo aseguro. Al menos, el apellido Roberts se ha ahorrado la notoriedad de un juicio largo y público.

La figura que yacía en la cama se movió.

Holmes se volvió a mi:

—¡Ánimo, amigo! Creo que el general Roberts requerirá los cuidados de un médico de primera clase, y yo recomendaría calurosamente sus servicios.

Varios años más tarde, en la primavera del noventa y nueve, llegó un sobre por correo con dos entradas de palco para el concierto del diecinueve de junio en St. James Hall. Lo más destacado del programa iba a ser una nueva serie de variaciones de un tema original de Edward Elgar. Alice Elgar añadió una nota indicando que era de suma importancia para su esposo que nosotros asistiéramos.

Fue, no es necesario recordarlo, un concierto como ningún otro en la historia de Inglaterra. Las *Variaciones-Enigma* fueron aclamadas con gran entusiasmo, y nuestro amigo se vio obligado a saludar varias veces en el escenario hasta que le permitieron retirarse.

Holmes fue de lo más efusivo en sus alabanzas de la composición, y eso comentó a los Elgar cuando nos reunimos con ellos más tarde, aquella misma noche, en el Belgravia.

—Me alegro de que hayan venido —dijo el compositor, estrechando la mano de Holmes con gran entusiasmo—. Supongo que comprende la deuda que tengo con usted por el éxito de esta noche.

Holmes de pronto se puso a silbar fuerte una melodía, en el vestíbulo del Belgravia, gesto asombroso que me sorprendió enormemente. Nuestro amigo, sin embargo, pareció complacido.

—Ah, lo ha captado —dijo el músico—. He recordado el tema muchas veces desde que le oí tocarlo aquella noche en Baker Street. Era tan agradable al oído, como usted dijo. Decidí utilizarlo como base de mis trece *Variaciones-Enigma* que representan a mis amigos, aunque dudaba en afirmarlo abiertamente, ya que no podía alegar que era mío.

—Claro que es suyo, con toda seguridad —dijo Holmes indulgente—. El tema pertenece con todo derecho a una figura musical de primera clase que ha podido transformarla en una obra genial que habla la lengua de Inglaterra para que todos puedan apreciarla. Acéptela como obsequio agradecido de su más devoto admirador, Sherlock Holmes. Pero si me permite una pequeña sugerencia, le diría que dejara que el tema de sus *Variaciones-Enigma* permaneciera un secreto. He descubierto, mi querido Elgar, que los ingleses aman, tanto como un buen tema musical, un buen misterio[3].

Notas

[1] Miembros de un partido del Parlamento en la guerra civil inglesa del siglo XVII, llamados así por llevar el pelo muy corto. *(N. de la T.)* **<<**

[2] *Sir Roger de Coverley*, danza popular. *(N. de la T.)* **<<**

[3] Edward (más tarde sir Edward) Elgar (1857-1934) está considerado en general como el primer compositor inglés importante en más de dos siglos, y el más popular que el país jamás ha producido. En 1889 se casó con Caroline Alice Roberts. El matrimonio duró hasta la muerte de ella en 1920. Aunque es más conocido por sus *Marchas de pompa y solemnidad*, fueron las *Variaciones-Enigma* (1889) lo que le creó su fama internacional. Las *Variaciones*, una serie de retratos en música (incluido un autorretrato), están construidas en torno a un tema principal que nunca se manifiesta por sí mismo. El origen y el significado de este tema jamás fue revelado por Elgar, y su identidad sigue siendo un misterio que todavía intriga a los estudiosos de hoy en día. *(N. del E.)* <<

CRIMEN & CIA.

Arthur Conan Doyle
G.K. Chesterton
Agatha Christie
Dorothy L. Sayers
Ngaio Marsh
Margery Allingham
John Dickson Carr
Nicholas Blake
P.G. Wodehouse
Michael Innes
Ethel Lina White
Philip MacDonald
Cyril Hare
Ruth Rendell
P.D. James
James Miles

Cuentos de la pérfida Albión

(edición de Thomas Godfrey)

SERIE MAYOR



